
Los Escándalos de Somerton
Desenmascarando a la Heredera de Plata
Ava Devlin

DESENMASCARANDO A LA HEREDERA DE PLATA

Las Seducciones de la Hoja de Plata. Libro 1

Ava Devlin

CONTENIDO

Página del título

Copyright

Nota de la autora

Prólogo

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Epílogo

Nota de la autora

COPYRIGHT

Primera edición en inglés: *Unmasking the Silver Heiress*.

Copyright © Ava Devlin, 2020.

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no se puede reproducir ni utilizar de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito de la editora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de este libro.

Primera edición del año 2020.

http://avadevlin.com

Para contactar a la autora: ava@avadevlin.com

Portada de BZN Studio Designs.

http://covers.bzndesignstudios.com

NOTA DE LA AUTORA

Hola lectores,

Esta serie es un spin-off directo de *Los Escándalos de Somerton*. Comienza justo después del libro 2 (*El Sinvergüenza y la Socialité*), y sigue a Nell y Nathaniel en sus propias líneas argumentales.

Si no has leído *Somerton*, no te preocupes, aún podrás seguir este libro.

Aquí está el resumen: Nell y su hermano fueron a una fiesta campestre para recuperar documentos relacionados con la sociedad secreta conocida como la Hoja de Plata. Allí, Nell se enamoró de su compañero, el agente Nathaniel Atlas, quien, por desgracia, estaba prácticamente comprometido con su mejor amiga, Gloriana.

Gloriana, a su vez, se enamoró de alguien completamente distinto. Todo el asunto terminó en una fuga escandalosa, dejando a Gloriana felizmente casada y a Nell atada a Nathaniel, mientras huían al campo con una maleta que, por desgracia, no contenía los documentos secretos que buscaban.

Y ahí es donde comienza nuestra historia.

¡Espero que disfrutes el viaje!

Ava.

PRÓLOGO

«Mi más querido hermano.

Por favor, lee esta carta completa, antes de salir de tus aposentos, esta mañana. Por mi bien y el tuyo, es mejor que obtengas toda la información relevante directamente de mí, antes de hablar con nadie más.

Primero, y lo más importante, debes saber que me fui de Somerton con Nathaniel Atlas. Para cuando leas esta carta, ya estaremos completamente atrincherados en nuestro viaje hacia el norte, rumbo a Newcastle-on-Tyne. El propósito de esta huida no era fugarnos, pero, por supuesto, ahora es necesario hacerlo para mantener el decoro.

Te he dicho, más de una vez, que duermes demasiado profundamente y que deberías contárselo a un médico. Sé que quizás no sea el momento adecuado para darte la lata, pero, ¡ay! Peter, pienso dejarte este mensaje directamente en las manos, esta noche, y sé con certeza que no te moverás. ¡Esto me preocupa!

Bueno, no importa.

Anoche dormiste en medio de un caos absoluto. Un intruso irrumpió en Somerton, y esperó en las sombras del dormitorio de Lord Alex. Su búsqueda en esa habitación arrojó tan pocos resultados como la mía (y la tuya y la de Nathaniel, por cierto). Así que esperó a que Alex regresara, lo amenazó para que le revelara la ubicación de lo que había traído de Oxford, y luego le dio un golpe en la cabeza.

Alex Somers está perfectamente bien. Sé que te habrás puesto de pie de golpe, pero, te imploro, hermano, que vuelvas a sentarte.

Hay más que debes saber, antes de salir de tu dormitorio.

Estoy segura de saber quién se llevó la maleta de Somerton y qué ruta tomará para entregársela a su jefe. Consideré despertarte para que me acompañaras, pero me di cuenta que no quería dejar al señor Atlas atrás, no fuera que confrontara a Alex Somers por todo el asunto. Sé que te sorprendiste tanto, como yo, cuando Atlas sugirió que lastimáramos a Somers, y como él parece no tener reparos, en tomar tales medidas, pensé que sería mejor retirarlo por completo, mientras intentamos resolver la situación.

Además, no deseo ver a mi amiga Gloriana casada con un posible asesino. Estoy mucho mejor preparada que ella para lidiar con un esposo peligroso, lo creas o no. Te recuerdo que he sido agente de la Hoja de Plata, durante mucho más tiempo que tú y nunca me han descubierto, a pesar de haber revelado mucha información confidencial, a las partes implicadas.

Atlas se ha mostrado desesperado por el fracaso de su primera misión, y con razón. Un recluta que no puede completar su tarea inicial rara vez es retenido. Por qué está tan decidido a participar en una operación menor, como la nuestra, sigue siendo un misterio, pero he aprovechado este conocimiento para alejar a Alex y Gloriana de cualquier peligro que él pudiera representar.

Quizás lo menos relevante de todo es que yo no quería morir solterona ni conformarme con el tipo de hombre que podría haberme aceptado a regañadientes. No espero tener una vida romántica de cuento de hadas con el esposo, que he elegido, pero esto me preparará para una posición social, donde seré respetada, no compadecida. Nuestros padres estarán encantados, por supuesto, y la tía Zelda comprenderá la lógica con el tiempo.

Te conozco demasiado bien como para pedirte perdón de inmediato, pues sé que estarás demasiado enojado para dármelo. Solo pido que tus frustraciones conmigo sean breves. Pido que la sensatez y la razón, que sé que posees de sobra, te lleven a comprender que lo que he hecho, ya está hecho, y no se puede

mejorar con descontento. Eso es lo que quiero. Además, y quizás más importante, esto mejorará (y hará más segura) la vida de muchísimas personas, a quienes ambos apreciamos profundamente.

Te suplico que gestiones con cuidado los acontecimientos posteriores a mi partida. Es inútil que intentes perseguirme, pues ya le escribí una carta a Lady Somers para advertirle de lo que he hecho. No puedes arreglar ni deshacer esto, Peter, así que, por favor, acéptalo y confía en mí.

Una vez que recuperemos el paquete, insistiré en que regresemos inmediatamente a Londres. Si no te encuentro allí, te dejaré otra carta. No te preocupes, por favor. Estoy bien.

Tu devota hermana,

Nell».

CAPÍTULO UNO

Eleanor Applegate estaba sobrepasando sus límites.

Quizás algo así no fuera tan impactante para una mujer de tan modesta estatura. Aún así, esta no era una sensación que ella disfrutara. Nell nunca se había sentido tan pequeña en su vida, como en ese momento, y había pasado toda su vida sintiéndose pequeña.

Cuando esto comenzó, se sintió como de diez pies de altura. Se adentró en un plan propio con los ojos abiertos, el corazón acelerado y la sangre caliente corriendo por sus venas. La invadió la certeza que agarraba su futuro con ambas manos, y si se embarcaba, en esta aventura, estaría dando el primer paso para convertirse en la mujer, que siempre había soñado ser.

Debería haber sabido que tal cosa era ridícula, que, al otro lado de su plan, no sería más que la tímida y decepcionante Nell Applegate. Lo único que había logrado, estos últimos días, era traicionar a una de sus mejores amigas y, de paso, conseguir un novio poco entusiasta.

Ese retorcido arrepentimiento no era como imaginaba que se sentiría, al estar sola, en una habitación, con el hombre más hermoso que jamás había visto. Pero allí estaban ambos, despatarrados en el suelo de una destartalada posada, en la frontera con Escocia, y atrapados en un silencio doloroso, en lugar de compartir un abrazo apasionado.

¿En qué había estado pensando?

Suspiró, frotándose los ojos para quitarse el cansancio. Sabía perfectamente lo que había estado pensando. Desde el momento en

que le puso la primera nota, en la mano, en Almack's, hacía medio año y se sintió paralizada por esos ojos color avellana de camaleón, había estado luchando contra una obsesión imposible y persistente. Nada de lo que había hecho, ningún razonamiento consigo misma, había logrado acallar sus vergonzosos deseos.

Ahora lo tenía, ¿no? Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

La luna se ocultaba tras una densa capa de nubes, en el exterior, dejando solo los tristes hilos de luz que emanaban de dos velas grasientas, a ambos lados de la habitación. Incluso su sombra parecía pequeña, se dio cuenta, y se sintió aún más pequeña. La sombra de su compañero se inclinaba sobre el suelo, como un gigante imponente, listo para aplastar a su diminuta adversaria.

Su misión había sido técnicamente un éxito. Una maleta, maltratada y anodina, yacía abierta sobre el suelo de madera irregular entre ellos, con todo su contenido desparramado sobre la alfombra raída, a los pies de la cama. Realmente, ese contenido, o la falta del mismo, era el problema.

—No puedo creerlo —murmuró ella, demasiado agotada para siquiera levantar la cabeza y mirarlo, rozando con el pie la pila de libros y papeles desparejados, que tenía esparcidos frente a ella—. Después de todo, seguimos sin tenerlo.

Nathaniel Atlas guardó silencio, aunque Nell imaginó que podía sentir las oleadas de furia fría, que emanaban de él. Se preguntó si esa ira se debía al fracaso o a estar atrapado con ella. ¿Acaso esos ojos se movían y brillaban con los colores de tanta rabia? ¿Qué clase de hombre era cuando estaba enojado? El hecho de no saberlo le revolvía el estómago.

Una vez más, técnicamente, ella había dicho la verdad. El ladrón era, en efecto, quien sospechaba, y fue fácilmente encontrado en el camino a Newcastle. Habían recuperado la maleta, antes que llegara a su destino, huyendo de la posada, donde la habían llevado, antes que se notara su desaparición. Tenían la

maleta. Una maleta inútil, inservible, llena solo con los restos de los últimos días de un estudiante mediocre en Oxford.

Los tecnicismos no eran un consuelo en el gran esquema de las cosas.

El señor Atlas tendría que tomar una decisión ahora, dependiendo de su percepción sobre si Nell había cumplido con su parte del trato. Decidiera o no casarse con ella, su reputación había quedado total e irrevocablemente manchada por esta travesura. Ella sabía que la suya también, y antes había tenido la intención de buscar un novio completamente distinto.

—¿Y ahora qué? —dijo él finalmente, poniéndose de pie con un solo movimiento. Esa voz era suave e indescifrable, lo cual resultaba más inquietante que la ira manifiesta. Se dirigió a la puerta, sirviéndose un vaso de agua con movimientos silenciosos y gráciles, como los de una pantera—. Aún no tenemos ni idea de qué pasó con el paquete.

—No, no lo sabemos, —respondió ella, en voz baja, apretando los ojos para intentar calmar el horrible nudo que se le subía al estómago—. Supongo que lo mejor que podemos hacer es regresar a Londres, cuanto antes, e informar de lo sucedido. Estábamos tres presentes, así que no hay que preocuparse por la duplicidad.

Él soltó una risa sin humor, pasándose una mano por ese brillante cabello castaño. Ella nunca lo había visto tan despeinado. Si bien verlo así era ciertamente emocionante, aunque un poco vil, no podía disfrutarlo plenamente en las circunstancias actuales.

—La cuestión es más bien la duplicidad, ¿no? —dijo él, dejando el vaso vacío sobre la mesa con un fuerte ruido.

Ella no estaba en desacuerdo.

—Es demasiado tarde para hacer nada esta noche —continuó él—, podemos hacer una parada rápida por la mañana, preparar los documentos del matrimonio y luego regresar a Londres lo antes posible. Supongo que solo puedo rezar para que esto no haya

destruido por completo mi reputación y mi potencial para seguir participando en la causa.

—No lo ha hecho —susurró ella.

—¿Cómo puedes saber esto? —espetó con un dejo de furia, en la voz—. ¿Cómo es que alguien como tú se involucra en estas cosas? ¡Es indecoroso!

—Lo sé —respondió ella, finalmente levantando la barbilla para mirarlo a los ojos—. No puedo explicártelo hasta que lleguemos a Londres. Lo siento.

—Sí, sí, todo son secretos y subterfugios. Lo entiendo —murmuró, caminando hacia la esquina de la cama y dejándose caer sobre el colchón mal revestido—. Ya es demasiado tarde para dudar de nosotros mismos.

—Probablemente Peter habrá regresado, antes que nosotros —dijo Nell sin dejar de observar a su futuro esposo, desde el suelo—. Quizás informe que fuimos en busca del paquete, lo que sin duda nos dará algo de credibilidad. El hombre de Lady Hansen estará aterrorizado por haber perdido la maleta, y probablemente seguirá dando por sentado que el objeto de valor estaba dentro. Quizás en este momento, podamos engañarlo para obtener la misma ventaja que esperábamos obtener.

—¿Engañarlo? —repitió—. ¿Y si Alex Somers aún lo tiene?

—Él no lo sabe —suspiró Nell con la frustración reflejada, en su voz—. Tú mismo dijiste que se llevó el paquete por error. Si Elizabeth hubiera sido un poco más concisa, en el mensaje que te envió, cuando desapareció, quizás habríamos tenido más éxito en encontrarlo.

—Demasiado verboso. —Él hizo una mueca—. ¿No frustra eso el propósito de la comunicación cifrada?

Nell suspiró, negando con la cabeza. —¿Quizás nos perdimos de algo? Dime otra vez exactamente cómo se movió el objeto de un

lugar a otro.

—No tiene mucho sentido —dijo él—. Es mejor dormir un poco. Llevaremos la maleta al sur y la entregaremos tal como la encontramos. ¿Qué daño podría hacer esto?

Ella asintió, ocupada en guardar el contenido de la maleta, quizás con más pulcritud, que cuando la encontraron. Al menos, sus manos estaban firmes. Nathaniel no podía ver lo mal que ella estaba de los nervios.

Habían compartido cama, las dos últimas noches, en el sentido más amplio de la palabra. Ambos permanecieron completamente vestidos con mantas separadas, que los mantenían calientes. Atlas se esforzó tanto por acurrucarse en el extremo más alejado del colchón, que Nell sintió que podría haberse despatarrado como una hedonista sin tocarlo.

Se decía a sí misma, que él solo cuidaba de la decencia, pero en el fondo sospechaba que a él le repugnaba la idea que ella fuera su compañera de cama por el resto de sus vidas. Era comprensible, después de todo, ¿no? Hasta hacía unas noches, él había pensado que su futura esposa sería Gloriana Blakely, una belleza célebre, tan despampanante que los hombres, a menudo, se quedan paralizados cuando ella pasa.

Nell difícilmente podía resentirse por su decepción, ¿Cierto? Seguramente, él era racional. Ella no era una gran belleza y nunca había albergado esperanzas de convertirse en una. Sin embargo, ella era astuta, inteligente y con mejores contactos de los que él podría imaginarse.

Ella no sería tan vulnerable como Glory, al estar casada con un hombre así. Ya había visto la oscuridad que él oculta, bajo esa apariencia de encanto político y belleza cuidadosamente estilizada. No la esperaba la devastación, al otro lado del altar, cuando la verdadera naturaleza de un hombre finalmente debe revelarse.

Esto sería lo mejor... Para todos.

«Él llegará a comprender el sentido de esta unión», reflexionó, *«tendrá que hacerlo, aunque tarde un tiempo. ¿Qué importa el tiempo, de todos modos, cuando el matrimonio es un asunto tan, tan largo?»*.

CAPÍTULO DOS

No fue la boda que él había imaginado. De eso estaba seguro.

En lugar de una novia resplandeciente, radiante de alta costura y llena de júbilo, Nathaniel Atlas se encontró frente a una joven exhausta y sucia, cuyo vestido cuadrado y anticuado estaba manchado con la suciedad del viaje. Las ojeras se le magnificaban tras las gafas, lo que le devolvía un aspecto cansado.

«Fue la decisión correcta», su mente lo alertó. *«Fue la decisión sensata, dadas las circunstancias»*. Todo lo que él había hecho, a lo largo de los años, toda la planificación, el trabajo y el sacrificio, no habrían servido de nada, si hubiera arruinado su primera misión con la sociedad de la Hoja de Plata, destruyendo así sus posibilidades de unirse a sus filas.

Pero... Sí, sus planes incluían una novia muy distinta. Había pasado, gran parte de la temporada pasada y buena parte de este otoño, cortejando a la exquisitamente bella Gloriana Blakely, una mujer cuya reputación de rechazar solteros codiciados solo era superada por la admiración por su don de gente. Habría sido la compañera ideal para él, mientras se abría paso entre la vorágine de la alta sociedad.

En realidad, él imaginaba que la propia Glory, probablemente, había experimentado algo menos que angustia, al enterarse de su partida. A la mayoría de los huéspedes de Somerton, en los últimos meses, les había resultado evidente que el interés de ella se había desviado, de forma muy obvia, hacia Alex Somers.

A Nathaniel esto no le preocupaba. No se había sentido especialmente atraído por la chica, a pesar de esa belleza. Aunque quería una esposa que lo apoyara en sus planes de futuro, y la

señorita Blakely habría sido justamente eso, independientemente de sus preferencias románticas. Entonces, si eran compatibles, el uno con el otro.

Ahora... Bueno, ahora él estaba casado con una mujer que se sentiría mucho más a gusto entre una pila de libros que entre la alta sociedad.

Supuso que no debería sorprenderse demasiado. Después de todo, el destino había destrozado sus planes, muchas veces. Lo importante era recordar que siempre lograba encontrar el camino, que pretendía, a pesar de todo tipo de sorpresas y obstáculos.

Este desafío en particular no era tan terrible. Le compraría a su desaliñada esposa una cabaña, donde ella quisiera, y la alojaría con sus libros. Ella estaría contenta, mientras él siguiera con este negocio. Incluso ellos podrían negociar más estipulaciones y detalles, según fuera necesario. Seguramente, un acuerdo así los satisfaría a ambos.

Apenas había dormido, en las últimas noches. Entre el pánico creciente por su fracaso, en su primera misión, y la distracción de compartir la cama con una mujer, por primera vez, en siglos, incluso lo único que había podido hacer era acurrucarse de lado y cerrar los ojos con fuerza para no dormir.

Ella no era precisamente una tentadora, por supuesto. La pobre había estado rígida como una tabla de madera, en su lado del colchón, agarrándose las mantas a la altura de la barbilla. Le dio la impresión que ella tampoco dormía mucho, y que esos grandes ojos grises pasaban horas clavados en los extraños techos, que los cubrían, en lugar de dormir plácidamente. Como ambos compartían la misma preocupación, no estaba seguro si era un consuelo o sal en la herida.

«Es un poco de ambas cosas», pensó acertadamente.

En la neblina de su fatiga, le pareció que parpadeaba y de repente le ofrecieron una licencia de matrimonio para que la firmara,

lo cual hizo con mucha menos delicadeza de la que solía implicar su firma. *«¡Qué apropiado!»*. Todo este maldito evento era lo contrario a la delicadeza.

La chica, por su parte, firmó con letra pequeña y pulcra, y entregó el documento a los testigos, dos completos desconocidos, quienes sellarían la legalidad de su unión. No tembló ni se estremeció, ni lloró ante la decepción, ni frunció el ceño, ante los adornos del lugar.

Se le ocurrió que tal vez esta chica creía que estaba sacando lo mejor del trato. Quizás así fuera, considerando la situación general. No le había prestado mucha atención, antes de la necesidad de una misión compartida. Dedujo que ella debía de ser algo reservada, y probablemente no contemplaba muchas perspectivas de matrimonio.

Esto era algo bueno, razonó. Era mucho mejor tener una novia feliz que una descontenta. Si ella se conformaba con su condición de esposa, él estaría encantado de entregarle su soltería.

Después de todo, Nathaniel había pasado toda su vida trabajando para alcanzar un único objetivo, uno al que había estado incómodamente cerca de perder por completo y para siempre el acceso.

La joven Eleanor Applegate lo llevaría directamente a su destino deseado, ya sea que ella se diera cuenta o no.

*****

Gran parte del primer día, en el carruaje, transcurrió en un sueño mutuo. Si bien la situación no se había resuelto por completo, ambos habían llegado a una conclusión lo suficientemente clara, como para permitirse un poco de descanso.

Los sueños de Nate eran un revoltijo de recuerdos relacionados con su situación actual. En un momento, se deslizaba hacia un

rincón de Almack's para abrir una carta encuadernada, en cera plateada, con las manos temblando de anticipación. Al siguiente, una mujer con velo se le acercaba, mientras los relojes marcaban la medianoche, en el deteriorado barrio londinense de Seven Dials. Antes que pudiera hablar, se encontraba en Somerton, rebuscando entre las pertenencias de Alex Somers, y luego, en un abrir y cerrar de ojos, estaba en la carretera con su nueva esposa. Y así sucesivamente, y tan pronto como esto terminaba, todo volvía a empezar.

No fue un sueño muy reparador. Se despertó sobresaltado, más de una vez, por alguna preocupación latente, que ya había pasado, sustituida por uno o diez miedos nuevos, más agudos y desesperados. En esos pocos momentos, en que volvía a la vigilia, nunca notó la diferencia, en la postura reclinada de su esposa, con las manos cruzadas bajo la mejilla, abrazada por un sueño perfectamente sereno.

Esto era envidiable.

Se detuvieron dos veces, ese primer día. La primera vez ni Nate, ni Eleanor pudieron despertar de su descanso, ni siquiera ante la tentación de una comida caliente, mientras cambiaban los caballos. La segunda, muchas horas después, se arrastraron a regañadientes del carruaje hacia una estación de paso, en parte por la promesa de comida y una cama, pero finalmente convencidos por el hecho que su cochero también necesitaba dormir un poco, y ellos querían llegar a Londres.

Él había esperado poder conducir esa primera noche, para evitar cualquier connotación o expectativa propia de lo que técnicamente era su noche de bodas.

Había optado por bañarse, antes de dormir, y para su alivio, descubrió que su nueva esposa se había sumido profundamente, en el sueño, antes que él pudiera unirse a ella. Se había puesto unos pantalones limpios, aunque no eran ideales para dormir, solo para darle un toque de decoro a la noche. Cuando la encontró

profundamente dormida, en lugar de esperar con ansias un arrebato, se sintió un poco avergonzado.

Ella se veía diminuta, acurrucada en la cama, con la manta deslizándose por ese cuerpo y llegando al suelo. No se trataba de una trepadora conspiradora, que lo estaba engañando para sus propios fines. Era una joven que, de alguna manera, se había involucrado en asuntos peligrosos de los que alguien debió haberla protegido. Si no lo hizo su hermano, entonces su padre, pero, ¿no?

Esas gafas manchadas estaban tiradas, en la mesa, junto a la almohada. Esas monturas plateadas brillaban a la luz de la vela, que ella había dejado encendida, como si aún no hubiera pensado en dormirse. Ella se había quitado unas horquillas del pelo, supuso, a juzgar por el pequeño montón de objetos brillantes, como agujas, junto a las gafas. No obstante, ese cabello oscuro seguía recogido, como si se hubiera quedado fijado para siempre en el moño torcido con horquillas o sin ellas.

Reprimió las ganas de suspirar, optando en cambio por secarse el pelo mojado con una toalla y buscar una camisa para dormir. Deseó haber pedido una segunda habitación. Dormiría mucho mejor en una cama, solo, sobre todo después de desperdiciar toda esa preocupación innecesaria, pensando en lo que ella podría querer de él, en su noche de bodas.

Pero, ¿por qué él se resistía tanto a la idea? Frunció el ceño y se frotó el puente de la nariz. Más bien, él pensaba como una tía solterona, no como un novio. Seguramente, esto era fruto del pragmatismo y de algún instinto profundo, que se había desatado con la fatiga, a pesar del retraso en su razonamiento.

No era que hubiera tomado una decisión particular para ser célibe, durante tanto tiempo. Simplemente esto se había desarrollado por necesidad con las mujeres tan abajo, en su lista de tareas importantes, que debía conquistar. En los años, en que se había consolidado como un estadista competente, un embajador

astuto y un invitado encantador, a las fiestas, apenas había tenido tiempo para respirar, y mucho menos para tener una amante.

Por supuesto, había tenido escarceos ocasionales, en su juventud, y más de una proposición de algunas de las damas más atrevidas, que había conocido, en los salones de baile de Londres. Al final, los riesgos que implicaban la mayoría de las posibles citas habían superado el atractivo de la satisfacción momentánea, por lo que, de alguna manera, se había visto obligado a tomarse un descanso vergonzosamente largo de los placeres de la carne.

«Quizás soy frígido», pensó con tristeza. *«¿Acaso los hombres pueden ser frígidos? Seguramente, no soy estrictamente frígido, si estoy tentado a compartir la cama con alguien como Eleanor Applegate, ¡incluso en mi estado de agotamiento miserable!».* Aún así, él tampoco había necesitado toda su fuerza de voluntad para resistirse a ella, estas últimas noches.

Él negó con la cabeza, se puso una camisa limpia sobre su torso húmedo, y luego giró para mirarla nuevamente.

Con el tiempo, tendría que reclamar sus derechos como esposo. Era solo que ella parecía tan delicada. No le gustaba la idea de lastimar a una mujer tan pequeña, sobre todo si romper la barrera de sus deseos largamente desatendidos lo llevaba a un frenesí animal.

¿Habría él tenido las mismas preocupaciones con la señorita Blakely? Ella no era tan diminuta como Eleanor, pero también era esbelta. Curiosamente, descubrió que no la había considerado así ni le había preocupado perder el control de sus impulsos más bajos con la otra mujer, en cualquier momento.

Simplemente, él estaba cansado. Él se dio cuenta. Increíblemente cansado. Una vez que se le quitara la fatiga de la cabeza, estaría mucho mejor preparado para afrontar los diversos desafíos, que lo aguardaban. Una vez que pensara con claridad, seguramente la perspectiva de acostarse con una esposa dispuesta

ni siquiera ocuparía un lugar destacado, en su lista de preocupaciones.

Aún así, tuvo cuidado, al meterse en la cama, junto a ella. Levantó la manta desde el suelo y la cubrió con esta, mientras su mujer respiraba con calma, revoloteando las pestañas de vez en cuando, al dormir.

Primero intentó dormir boca arriba, luego giró de lado, quedando de espaldas al calor que lo acompañaba. Hizo una mueca de vergüenza, al ver cómo reaccionaba su cuerpo ante ella.

«Esto es simplemente una reacción física», pensó, *«tan natural como el amanecer»*. Nuevamente se recordó que este no era un problema que mereciera su preocupación.

Pero los sueños de ambos parecían ser diferentes.

CAPÍTULO TRES

Nell siempre había sido madrugadora, pero abrir los ojos por sí sola, antes que el sol se asomara, en el horizonte, era antinatural, incluso para ella. Había perdido la noción del tiempo, en los últimos días, y al despertar, pensó por un instante que estaba de vuelta en su cama, sola, y que no pasaba nada.

Supuso que tal desorientación era, como mínimo, señal de un muy buen sueño.

Le dolía todo. Llevaba varias noches durmiendo con el rígido vestido de viaje, que se había puesto, en Somerton, con el pelo recogido contra el cuero cabelludo y sujeto con horquillas afiladas. Lo único que deseaba era despojarse de todo y tumbarse en un baño caliente y jabonoso, durante varias horas.

Se mordió el labio, mirando de reojo el rayo de luz, que se filtraba por las cortinas de su habitación. Por muy tentador que fuera, era mejor no mojarse el pelo, pues tendrían que volver a la carretera, antes que ella lo secara, y el otoño ya había bajado la temperatura, a un frío intenso. No le apetecía enfermarse, sobre todo por un simple toque de impaciencia. Quizás podría lavarse del cuello para abajo, si el posadero estaba dispuesto a calentarle el agua.

Su mirada se posó en el señor Atlas, dormido a su lado con un brazo sobre los ojos. Se sintió momentáneamente paralizada al verlo.

«Ese es tu marido», le dijo una vocecita en su cabeza. *«Ahora eres la señora Atlas».*

Esto era casi inconcebible. Si no hubiera estado tan sucia e incómoda, se habría pellizcado para asegurarse que esto no fuera una fantasía descabellada, que solo se encontraba en sus sueños.

Sin embargo, allí estaba él, vestido con una camisa blanca holgada sobre unos sencillos pantalones de ante. Esas clavículas y la parte superior de ese musculoso pecho estaban a la vista, sin chaqueta, chaleco ni corbata que ocultaran la vista del magnífico torso, estando cubierto únicamente por la fina y vaporosa camisa. Anhelaba tocar esa piel y palpar la textura de los rizos castaños claros, que se asomaban justo por encima de ese corazón.

«Es casi irreconocible en sueños», pensó, *«sin esa cuidadosa consideración de cómo presentarse en un momento y lugar determinados»*. En el sueño, era simplemente él mismo sin artificios que lo moldearan. Él lucía una nariz larga y recta, y labios carnosos, que formaban un arco de Cupido perfecto, especialmente separados, como estaban justo ahora, mientras dormía. Era tan hermoso, que a ella casi le dolía mirarlo. Le recordaba las filas de hombres, que adornaban los salones del palacio, cada uno hecho de mármol blanco pulido, y preservado a través de los siglos por méritos de su perfección.

Ese cabello estaba recién lavado, esponjoso y despeinado, como si se hubiera secado, durante la noche. Cualquier aspecto de Nathaniel Atlas, que no hubiera sido preparado a la perfección, era un placer excepcional. Ella nunca habría imaginado que ese cabello pudiera encresparse o tuviera un ligero rizo natural. Caía sobre la frente, en una suave onda de color marrón azabache, que debía alisar, antes de aparecer en público. Ella también quería tocarlo. Se veía tan suave.

Ella hizo una mueca, al darse cuenta que su rostro no era tan atractivo, como para que él se despertara. Imaginó que si él se despertara de repente, justo ahora, y la viera desaliñada y con los ojos muy abiertos, retrocedería horrorizado.

No queriendo poner a prueba esa hipótesis, en particular, arrojó las piernas al borde de la cama, se puso las pantuflas, y bajó apresuradamente las escaleras, en busca del posadero.

La familia, dueña de la posada, ya había empezado a moverse por la planta baja, con el fuego encendido, en la chimenea central, y dándole comienzo al desayuno, creando tentadores aromas, que llegaban desde la cocina. Nell detuvo a una criada para pedirle que subiera agua para el baño y algunas hojas de jabón, si tenían algunas de sobra. La criada asintió, abriendo un poco los ojos, al notar el vestido arrugado con el que Nell había dormido.

—¿También necesitará una lavandera, señora?

—Desafortunadamente, no tendremos tiempo —suspiró Nell—. Pero, gracias por la oferta.

Ella se apresuró a regresar a sus habitaciones, antes que alguien más pudiera verla en tal desorden.

No era vanidad. Al menos no del todo. Era improbable que viera a alguien conocido en una posada rural, pero si lo hacía, no quería que la reconocieran. Era esencial que ella y Nathaniel llegaran a Londres, antes que la noticia de su fuga apareciera en los periódicos.

La tía Zelda jamás la perdonaría si una imprenta de la competencia se adelantara a la noticia. Al fin y al cabo, el señor Atlas era un soltero codiciado, y ella... no era una de las candidatas obvias, a su afecto, por decir lo menos. Quizás traer a casa, un poco de chisme provechoso, incluso a su costa, suavizaría el golpe de lo que había hecho.

En su carta a Lady Somers, Nell le había explicado que deseaba contactar con su familia, antes que se enteraran de su fuga por los rumores. Considerando que Lady Somers había sido en su día la chica mimada de la prensa sensacionalista, Nell esperaba que esta petición fuera suficiente para retrasar la noticia, antes de su llegada.

Observó con un gesto irónico de los labios que las tres maletas habían sido subidas a sus habitaciones desde el carruaje: la suya, la de Nathaniel y la que le habían robado a Alex Somers.

Había empacado con tanta prisa que ni siquiera estaba segura qué encontraría en su pequeña maleta. Para su alivio, había dos vestidos y camisas limpias, y un sencillo gorro, que podía usar para cubrirse el pelo hasta que tuviera tiempo de lavarlo bien. Pero ella no había traído nada para leer, lo cual era un descuido inusual, incluso bajo presión. Con suerte, Peter traería el resto de sus cosas a Londres.

Mientras llenaban la bañera, abrió de nuevo la maleta de Alex y rebuscó entre las cosas del colegio. Se dijo a sí misma que solo buscaba algo para leer, pero aún así se sentía decepcionada porque el paquete que buscaban no había aparecido milagrosamente, desde la última vez que había mirado adentro.

La mayoría de los libros eran aburridos y académicos, aunque encontró una novela barata, al final, que parecía muy entretenida. Era el tipo de cosas que Peter llamaba «basura vulgar».

La bañera de madera resultó ser poco más que un cubo enorme, así que no fue tan relajante, como Nell había anticipado. Tuvo que arrodillarse adentro, y el agua apenas le llegaba al pecho. Pensó que si Nathaniel hubiera usado esa misma bañera, la noche anterior, solo le habría llegado a la cintura.

Negó con la cabeza y se obligó a sí misma, a dejar de imaginarlo desnudo y de pie en la bañera, mientras el rubor le subía a las mejillas. Era mucho más sensato ocuparse de resolver los innumerables desafíos, que los aguardaban, mientras se limpiaba el polvo del camino, que fantasear con el hombre con el que acababa de casarse.

Aún deseaba tener tiempo para cuidar su cabello. No estaba del todo mal recogido y apretado en un moño, pero lo único que deseaba era sentirse realmente limpia, después de los últimos días. Odiaba la sensación de tener el cuero cabelludo graso y le

disgustaba lo mucho más oscuro que se veía su cabello, cuando estaba sucio. Era un cabello aburrido, incluso en el mejor de los casos, y por eso sufría mucho con cualquier pequeña desventaja.

Aún así, el lavado con jabón y la ropa limpia y fresca marcaron una gran diferencia. Se sentía de mejor humor con sus ideas más claras y su confianza quizás un poco más firme. Guardó la ropa sucia, en su maleta, y la cerró de golpe, lista para continuar su viaje.

Como siempre dice la tía Zelda recordó que: *«el único camino que vale la pena recorrer es el que avanza»*.

*****

Las dos primeras horas de viaje de esa mañana transcurrieron en completo silencio. Nathaniel parecía absorto en sus pensamientos, y para no iniciar una conversación, que no pudiera mantenerse, Nell intentó sumergirse en la novela, que había encontrado. Se dio cuenta, tras releer la primera página, por tercera vez, que quizás la razón por la que no había empacado ningún libro para este viaje era porque no tenía la capacidad de disfrutarlos.

Se contentó un rato con contemplar el paisaje desde la ventana. Después de todo, el otoño era una de las épocas más hermosas del año, y el follaje era realmente espectacular, en la región central, con todos los enclaves boscosos y pueblos cubiertos de hiedras, a lo largo del camino. Ella había crecido al oeste de Londres, en la ciudad de Winchester, antes que la enviaran a Bath-Spa para terminar sus estudios. De las tres ciudades en las que había pasado tiempo, ninguna había sido lo que se podría describir como salvaje, todas tenían más piedras y ladrillos que el alcance de la Madre Naturaleza. Los espacios verdes, a los que estaba acostumbrada, eran todos céspedes bien cuidados y topiarios recortados, no esta salvaje nudosidad de un bosque indómito.

Siempre había imaginado que, de mayor, podría explorar toda Inglaterra, en busca del hogar perfecto, hasta encontrar el lugar que mejor le convenía. Nunca había considerado las pocas opciones, que tienen la mayoría de las mujeres, en estos asuntos, ni que estaría atada a cualquier propiedad que su futuro esposo tuviera. De hecho, no tenía ni idea de dónde vivía Nathaniel Atlas, cuando no lo necesitaban en Londres o en el extranjero por asuntos oficiales.

Frunció el ceño y volteó hacia su nuevo esposo con este repentino pensamiento, solo para encontrarlo observándola atentamente. Esos ojos cambiantes parecían casi del color de un merlot, intenso a la luz de la tarde, y no se apartaron al encontrarse con los de ella, más bien le sostuvieron la mirada, como si esa curiosidad aún no hubiera sido satisfecha.

—¿Algo anda mal? —preguntó él, al cabo de un rato con la serenidad y el control absoluto. No mostraba nada del hombre paralizado, que ella había visto, antes del amanecer. Llevaba el pelo aceitado y peinado hacia atrás, una corbata anudada al cuello y un chaleco ajustado, a esa agradable figura. Si él sabía que ella lo había visto sin armadura esa mañana, esto no debió de inquietarlo, pues había vuelto sin problemas a ser el hombre, al que ella estaba acostumbrada.

—Me preguntaba dónde vives, cuando no estás en Londres o en el extranjero —respondió ella, en voz baja—. He caído en la cuenta que sé muy poco de ti, aparte de los detalles que me ha dado tu reputación.

Esto pareció divertirlo, y las comisuras de esos labios se curvaron, al interrumpirla: —A menudo he pensado lo mismo de ti, señorita Applegate.

—Ya no soy una Applegate —le recordó, ladeando la cabeza—. Soy tu esposa.

—Así es —asintió—. ¿Te llamo señora Atlas? ¿O quizás simplemente Eleanor? Usar tu nombre de pila me parece inapropiado. Como dijiste, no nos conocemos muy bien.

—Puedes llamarme Nell, si quieres —respondió, y luego añadió después de un momento de vacilación—, ¿Nathaniel?

Esos dientes brillaron y esa sonrisa ya estaba completamente formada. —De acuerdo, Nell. No he vivido mucho en ningún sitio de forma permanente, desde que dejé el colegio. Tengo una casa en Marylebone, que uso cuando el Parlamento está en sesión y entre los diversos viajes, que he hecho, por orden de la Corona, cuando estoy en el extranjero, simplemente alquilo un espacio adecuado, durante mi estancia.

—Pero, seguramente eres originario de algún lugar distinto de Londres —insistió ella.

—Mis padres murieron, cuando yo era muy pequeño —respondió con naturalidad, encogiéndose de hombros, como si esto no le importara mucho—. Después de eso, estuve un tiempo con unos parientes y luego me enviaron a la escuela. Me temo que no tengo orígenes, querida.

Ella no sabía cómo responder a tal revelación. Claro que debería haber sabido que los padres ya no vivían, de lo contrario, probablemente desempeñarían un rol tan importante en la sociedad, como su hijo. No podía imaginar cómo habría sido esa infancia sin padres, a pesar de todos esos defectos. Vivir con una familia numerosa y bulliciosa, por no mencionar una que consideraba a Winchester algo innato en ella, era algo natural para ella. Era inquietante pensar en cómo sería la vida sin un hogar ni padres que lo hicieran posible.

—Lo siento mucho. —Ella logró decirlo, después de un momento—. Nadie debería perder a sus padres tan joven.

La sonrisa se le borró del rostro, esa expresión se tornó pensativa o quizás incluso sorprendida. —La vida suele ser dura —replicó él—. Imagino que una mujer involucrada en la despiadada necesidad del espionaje lo sabe mejor que nadie.

—¡Espionaje! Nuestro trabajo no es tan glamuroso ni exigente —respondió ella con una leve sonrisa—. De hecho, me sorprendió de verdad que reaccionaras tan bien a nuestra invitación.

Él arqueó esas cejas bien cuidadas, pero no abordó más esta confesión. En cambio, se apoyó en la pared del carruaje y la observó por un momento, como si estuviera deliberando sobre la mejor pregunta que hacerle. Nell encontró desconcertante tal escrutinio, pero hizo todo lo posible por permanecer quieta, esperando contra toda esperanza que lo que él encontrara, al examinarla, fuera satisfactorio.

—Ahora somos marido y mujer —continuó—, ¿acaso esos títulos no permiten una mayor intimidad? Me gustaría saber cómo te involucraste con la sociedad de Hoja de Plata. No pareces tener la edad suficiente para haber sido reclutada, y mucho menos para ser considerada una agente experimentada.

—Bueno, eso es un gran salto desde preguntar de dónde viene alguien —dijo Nell, frunciendo el ceño—. Te prometí que todo se aclararía, en cuanto llegáramos a Londres.

—Estamos, al menos, a dos días de Londres, ¡Nell! —confirmó, y ese nombre le salió de la boca de una forma que la hizo estremecer—. No me gusta meterme en situaciones para las que no estoy bien preparado.

Ella respiró profundamente sin saber por dónde empezar a explicarle su situación, a alguien que no sabía nada de la misma. —¿Recuerdas cuando te invité a reunirte con Lady Silver la primavera pasada?

—Naturalmente.

—Cuéntame qué pasó después. Me será útil saber qué información ya tienes, antes de intentar inundarte con más.

Nuevamente, él le mostró los dientes, como si la respuesta le agradara. —De acuerdo, seguiré con este juego. La carta que me diste me indicaba que debía vestirme como un obrero, no llevar

nada de valor significativo y presentarme en la taberna Swan's Tooth, en Seven Dials, a la hora y fecha indicadas. Como sugerían los rumores, Lady Silver llegó con velo y parecía tan conocida por los clientes del pub que ni siquiera la miraron.

—Un velo —repitió Nell—. Ella tiene predilección por el dramatismo. Entonces, ¿dices que conocías la sociedad de la Hoja de Plata, antes del reclutamiento?

—¡Ah! Sí —asintió—. Llevaba tiempo buscando una presentación. Estoy familiarizado con muchos negocios clandestinos, en Gran Bretaña, por necesidad profesional, claro, pero el tuyo es el único al que he querido unirme.

«¿Por qué?», quiso preguntarle, *«¿qué buscas?».* En lugar de eso, ella preguntó: —¿Lady Silver te dio una cita esa noche?

—En efecto. Me asignaron la primera etapa de lo que ella llamó una misión de prueba. Un mensajero en Londres había dejado entrever un romance entre la esposa del general Hansen y otro miembro de alto rango de la Orden Real. Quería saber si era cierto, y de ser posible obtener pruebas para justificarlo. No fue tarea difícil. Conseguí una invitación a la residencia de los Hansen, cuando llegaron a Londres para la temporada y armé algunos problemas con las reformas de la casa, lo que llevó al general a invitarme a quedarme unos días. Durante ese tiempo, fue muy fácil rebuscar entre las pertenencias de Lady Hansen, y encontrar un montón de cartas de amor bastante escabrosas.

—Así que se las diste a mi... —Ella se aclaró la garganta, sonrojándose—. A Lady Silver, quiero decir.

—No lo hice —dijo con curiosidad, ladeando la cabeza—. Le dejé un mensaje en Swan Tooth, como me indicó, y ella me contactó, unos días después, solicitándome que empaquetara las cartas y una cantidad de monedas, y las depositara debajo de un sofá, en un concierto privado, unos días después. Debía sentarme, en el sofá, hasta que se acercara otro agente, en este caso una mujer casada, quien conversó brevemente conmigo, antes de

llevarse el paquete, a su siguiente destino. Me aseguraron que me devolverían las monedas, una vez completada la transferencia de información.

—La dama casada —supuso Nell—. Era Elizabeth Corden.

Él asintió, aún con esa máscara de ligera diversión, que ella sospechaba que era a su costa. —Así es. Ella debía conservar el paquete hasta que el pánico de Lady Hansen se manifestara por completo, y luego, una vez que la querida dama desistiera de recuperar su propiedad, se lo entregaría a tu hermano, quien lo transportaría de Oxford a Londres, a Lady Silver. Eso es todo lo que sé... ¿No? —continuó—, pero, ella me aseguró que tenía un escondite muy seguro, en su casa de Oxford, donde ni su marido, ni ningún sirviente encontrarían el paquete, antes que pudiera ser transportado a su destino final... Cuando ese escondite resultó ser inseguro, entró en pánico y me buscó en Londres para pedirme ayuda, mencionando que mi reputación también estaba en juego.

Nell se mordió el labio inferior, asimilando la serie de acontecimientos. Bess había contactado al señor Atlas en lugar de a la propia sociedad para reportar la pérdida del paquete. Presumiblemente, esperaba recuperarlo, antes que alguien descubriera que lo había perdido. Para cuando Peter llegó a recogerlo, no le quedó más remedio que decirle que había desaparecido, probablemente alguien se lo había llevado Alex Somers, cuya presencia, en esa casa, ella se negó a explicar en detalle.

—Seguramente, ya tenías toda esta información, mi querida esposa —agregó Nathaniel, mientras esos ojos ilegibles brillaban bajo el sol de la tarde.

—Una parte —replicó Nell—. No toda. ¿Debo deducir que no has descubierto la identidad de Lady Silver, gracias a tus importantes contactos?

—No es por falta de esfuerzo. —Ella se rió entre dientes y él continuó—, vamos, es mi turno de hacer preguntas. Sigo queriendo

saber cómo te involucraste con Lady Silver y sus intrigas.

—Es mi tía —respondió Nell con las palabras saliendo de su boca tan rápido que se superpusieron. Se estremeció al ver cómo la sonrisa relajada de Nathaniel se desvanecía de ese rostro, y esa postura se volvía rígida y alerta de repente.

—¡Tu tía! —repitió él, aparentemente horrorizado.

—Supongo que ahora también es la tuya —respondió Nell con un débil intento de sonrisa—. Es la hermana mayor de mi madre. Su verdadero nombre es Zelda Smith. Mis padres no son gente adinerada, señor Atlas, y no podrían haberme dado la educación ni el debut que he tenido. No obstante, nunca se ha intentado ocultar las maquinaciones de mi tía, en mi casa, así que siempre he sabido quién y qué es. Cuando tenía catorce años, le propuse que me enviara a la escuela para señoritas de la señora Arlington, a cambio de información sobre mis compañeras, la mayoría de las cuales pertenecen a familias muy influyentes. Le impresionó la idea y estuvo dispuesta al intercambio con mi eterna gratitud.

Ella bajó la mirada hacia sus manos, sin querer ver cómo él se tomaba la noticia, por temor a que fuera un horror deslumbrante. La visión de sus uñas despuntadas y descascaradas no calmó su propia ansiedad.

Esperaba que él le reprochara su horror, al casarse con una mujer que había espiado a sus compañeras y amigas desde la infancia. Sería más fácil solo oír esas palabras y no ver ese hermoso rostro contraído por el asco.

Sin embargo, él no pronunció palabra alguna. Solo hubo un largo silencio, hasta que ella no pudo soportarlo más y levantó la cabeza para mirarlo.

Ese rostro era neutral e indescifrable, aunque él se rascaba la mandíbula, pensativo. —Zelda Smith —dijo con cautela, al cruzar su mirada con la de ella—. ¿La encargada de la imprenta? ¿En Bond Street?

—Lo mismo digo yo —asintió Nell con un pequeño suspiro—. Como ves, no te despedirá, si deseas seguir ayudándola. Es mi anfitriona en Londres, durante la temporada, ya que mis padres no tienen dinero para esas cosas ni tiempo entre mis muchísimos hermanos. Iremos directamente al piso, que tiene encima de la tienda, y le explicaremos lo sucedido.

—¿También pagó la educación de tu hermano? —preguntó él con curiosidad.

Nell negó con la cabeza. —No. Peter fue admitido en Oxford por méritos académicos, apoyado por la administración, con la esperanza que permaneciera, al terminar sus estudios, como educador. No se involucra mucho en los asuntos de la tía Zelda, pero en este caso, aceptó servir de mensajero. No se esperaba que esto fuera un asunto complejo.

Atlas asintió sin alterar esa expresión. —Esto es inesperado —confesó, entrelazando los dedos—. Tengo muchas preguntas, como puedes imaginar, pero ninguna tiene que ver con el asunto del paquete perdido. Eres muy curiosa, señorita Applegate.

—Nell —corrigió ella con una voz que era poco más que un susurro.

—¡Nell! —insistió él con un tono de voz, que podría haber significado muchas cosas diferentes.

CAPÍTULO CUATRO

Nate nunca le había dado mucha importancia al concepto del destino. Ese tipo de diversiones caprichosas eran más propias de su primo Kit. Después de todo, sin duda, si existiera un auditor del destino, el mundo sería un lugar mucho más justo en general.

Aún así, él no podía dejar de maravillarse de su suerte, en los últimos días. No se trataba solo del asunto con Alex Somers, aunque esto sin duda trascendía los límites de la casualidad. Acababa de casarse con la familia de la mujer más misteriosa de Inglaterra. Podría haber sido agente de Lady Silver, durante varios años, y aún no haber descubierto su identidad, de no ser por el matrimonio improvisado, en el que se había metido con su sobrina.

Kit lo habría visto como la prueba de un gran plan para todos. Nate simplemente pensó que esta vez había logrado avanzar a trompicones, en lugar de retroceder.

Así que la solterona inflexible, convertida en empresaria, Zelda Smith, era la famosa Lady Silver. Nunca la había visto sin velo, pero había oído hablar mucho de ella de sus clientes de la alta sociedad.

«Tiene cierto sentido», pensó. *«Una empresa así seguramente no opera solo bajo la jurisdicción de una mujer casada, y el mismo negocio del escándalo y los chismes es necesario para inspirar las impresiones, que se venden en su tienda y otras similares»*.

Incluso él mismo había aparecido en unas caricaturas satíricas, realizadas por Lady Silver, hacía algunos años. Nunca tuvo el placer de ver estos dibujos, pero le dijeron que era una representación divertida de su trabajo intimidando, a varios dueños de plantaciones jamaicanas para que pagaran sus impuestos, según lo acordado con la Corona. En definitiva, este tipo de cosas podrían beneficiar su

reputación a largo plazo, y por eso no le había importado esto, en absoluto.

Esto también era una excelente manera de aprovechar el tipo de chantaje, que había encontrado en esas cartas a Lady Hansen. Ahora surgía la pregunta de cómo surgió esta sociedad, en primer lugar, y de parte de quién, o si venían de alguien en el gobierno. No había ninguna conexión obvia, como él esperaba, al haber identificado a Lady Silver.

Cuando volvieron a parar para comer, al final de la tarde, él se encargó de refrescar a los caballos y conseguir un segundo cochero. Así, podrían seguir viajando, toda la noche, sin tener que pasar otra noche incómoda, compartiendo una cama, en la posada. De todas formas, imaginaba que dormirían mejor, en lados opuestos del carruaje.

Se imaginó que su pequeña esposa respiraba aliviada junto a él. Ella se había sumergido en un libro tras las explosivas revelaciones de la conversación anterior, y apenas había salido a tomar aire desde entonces. Incluso se lo había llevado a las estaciones de paso para leer, mientras comía. De hecho, él estaba muy seguro que ella había terminado el maldito libro, y lo había vuelto a empezar solo para evitar cualquier conversación.

Ella lo había mirado por encima de la deshilachada portada del libro, varias veces, con los ojos agrandados por esas gafas redondas, y cada vez, él la miraba con una sonrisa. Él sabía que esto era un poco cruel, pero lo hacía porque ella era muy graciosa, cuando se ponía nerviosa. Nunca había conocido a una mujer de buena cuna, que expresara con tanta claridad cada pequeño detalle que sentía.

Ciertamente, ella fruncía los labios, ante cualquier cosa que le pareciera objetable, y entrecerraba los ojos, si sospechaba de la sinceridad de los demás. Sentarse frente a ella, durante la conversación, era todo un entretenimiento visual. Aún así, molestar a la gente no era algo que a ella le interesara mucho, a menos que

se pudieran clasificar las manipulaciones, durante las negociaciones, como bromas, y esto nunca se hacía.

Él tendría que involucrarla en algún tipo de juego de azar, solo para observar todas esas peculiares señales. ¿Cómo una mujer así lograba espiar? Esto era algo que no entendía.

Ella parecía esperar a que él se quedara dormido, antes de acomodarse, en su lado del carruaje, bajo una de las mantas. Él nunca llegó a presenciar ese ritual para dormir, y en cambio, siempre parecía encontrarla rápidamente transformada de un estado de completa consciencia, a una pose casi infantil, con las manos cruzadas bajo la mejilla, las gafas escondidas, en algún lugar, y la respiración regular y perdida en el olvido del sueño.

Por supuesto, normalmente estaría demasiado oscuro para observarla más de cerca poco después, mientras el carruaje avanzaba ruidosamente entre los adoquines, la tierra y algún que otro pavimento, que no había sido retocado desde la Antigua Roma. No sintió el sueño más reparador de su vida, pero aún así el último fue una mejora con respecto a los días previos a la boda.

Él estaba deseando volver a Londres y dormirse en su propia y hermosa cama. La idea de no estar solo, en esa cama, no lo preocupaba. Este era un problema para el día siguiente.

*****

A su llegada, una espesa niebla cubría Londres, siendo un denso velo de aire helado que brillaba con la inminente promesa de nieve.

Lejos del bullicio de las calles y las elegantes plazas de la temporada, la ciudad, en pleno otoño, era el hogar de obreros y pobres, abrigados con sus abrigos, bufandas y guantes remendados. Era desolado y brumoso, demasiado imponente y silencioso, para

interesar a quienes disfrutaban de los encantos de la riqueza y de los cálidos hogares de las extensas fincas rurales.

Nathaniel observó a su esposa, mientras ella con los ojos muy abiertos, contemplaba desde la ventanilla del carruaje la ciudad tan transformada. La escena se veía realzada por el ominoso resplandor del atardecer, que aglutinaba a la multitud, en las calles, con el deseo de regresar, a sus hogares, antes del anochecer. El libro en el que había estado absorta, estaba en el regazo de ella, con uno de esos finos dedos, sujetando el lugar donde había leído por última vez, pero parecía olvidado por primera vez en días.

Ella se había asomado tanto a la ventana, que esa naricita respingada casi rozaba el cristal, con los labios entreabiertos por la sorpresa, mientras esa respiración creaba una pequeña nube de niebla, que aparecía y desaparecía con cada inhalación. Como siempre, era un placer observarla, a pesar del pelo despeinado y todo ese aspecto tan descuidado.

Aunque ella había hecho todo lo posible por mantener el moño recogido, en la nuca, ese cabello se había vuelto más rebelde cada día, negándose a quedarse, en ese lugar, y dejando caer mechones, que simplemente ella se había acomodado detrás de las orejas. Él suponía que tampoco le había ido mucho mejor, y ciertamente, ambos ansiaban bañarse y descansar.

Le prepararía una habitación de invitados. Sí, esto sería lo mejor. Podrían recuperarse del viaje sin preocuparse por despertarse o molestarse mutuamente. Su personal sabía guardar silencio, y les iría mucho mejor con una noche de sueño reparador, que ir directamente a Bond Street a presentar su fracaso a Lady Silver... ¿O debería pensar en ella ahora como la tía Zelda?

Negó con la cabeza, reprimiendo las ganas de suspirar, ante la extrañeza de todo aquello. Una vez en la ciudad, cada calle parecía durar tanto como un día entero, en el campo, como si cuadra a cuadra comenzaran de nuevo su viaje. De pequeño, él solía rebotar las piernas o juguetear con las manos, cuando se sentía así, como si

el tiempo transcurriera tan despacio, como podía, solo para atormentarlo. Había recibido suficientes golpes en los nudillos por ello, que la costumbre se había superado por completo, en la edad adulta, pero, ¡maldita sea! A veces no deseaba poder permitirse un poco de inquietud infantil.

Su casa era modesta, según su propio diseño, elegida por su ubicación privilegiada, que resultaba conveniente para las exigencias de la temporada y lo suficientemente aislada, como para que rara vez tuviera que lidiar con visitas inesperadas. Incluso la grava del camino parecía silenciosa bajo las ruedas del carruaje, al entrar. Aunque, por supuesto, su personal estaba listo para ayudarlos a desembarcar y entrar.

—La señora necesita un baño y una cama —le dijo al mayordomo, mirando a Nell por encima del hombro—. Yo también, por favor. La cena debería servirse rápido, no con opulencia, ¿me entiende? Y ambos deberíamos despertarnos temprano por la mañana. Si puede encontrar con tan poca antelación una doncella para atender a nuestra invitada, se lo agradeceríamos mucho.

Él no se detuvo a esperar un gesto de asentimiento, confiando en que sus instrucciones fueran tomadas con la misma reverencia profesional, a la que estaba acostumbrado. Se vio subiendo las escaleras y entrando en el dormitorio, quitándose la corbata y la chaqueta por el camino. Unos momentos de descanso, en su cama, eran todo lo que necesitaba, luego podría levantarse, lavarse y comer algo, como planeaba para el día siguiente.

Una bañera con patas y jabones de su botica preferida marcarían la diferencia. Un estómago lleno de algo distinto a las raciones de viajero, que habían consumido durante el camino, lo fortalecería. Y dormiría bien, se despertaría renovado, y afrontaría los retos del día con la misma precisión de siempre.

«Sí, solo un poco de descanso primero», pensó, mientras se metía en sus sábanas importadas y hundía la mejilla en las almohadas de edredón. *«Solo un poco de tranquilidad primero»*, se

prometió, y cerró los ojos para protegerse de los sonidos de su casa volviendo a la vida.

CAPÍTULO CINCO

Fue la primera vez, en más de una semana, que Nell sintió un calor verdadero, que le llegó hasta los huesos.

La habían conducido a un sillón, en la pared del fondo de un amplio dormitorio, donde rápidamente se avivó el fuego, convirtiéndose el mismo en una generosa ofrenda. Los sirvientes la rodeaban, trayendo una tina de porcelana, que parecía tener capacidad para tres personas, y transportando su maleta y la robada, a la habitación.

—¿Cuándo se reunirá mi esposo conmigo? —preguntó Nell, observando el vapor que salía de la bañera. Quería sumergirse en el agua, pero la idea que Atlas entrara y la viera desnuda no era algo que estuviera dispuesta a contemplar. Al menos, todavía no.

—¿Su esposo, señora? —preguntó una sirvienta con el ceño fruncido—. El amo dijo que usted solo se quedaría esta noche—. ¿Deberíamos esperar a otro invitado?

Nell abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. En seguida, se ruborizó. —No —dijo con voz débil—. Solo estoy muy cansada. Me sentí confundida por un momento.

La sirvienta ladeó la cabeza con una leve sonrisa y esos grandes ojos azules parecían ignorar la escandalosa verdad. Ella parecía un poco mayor que la propia Nell, de figura robusta y cabello rizado, con mechones de color rubio miel, que se le escapaban de la gorra alrededor de las orejas. Giró y se apresuró para ocuparse del equipaje. —Viajar también me aturde —dijo ella, alegremente—. Pero, ¿para qué irse de Londres, si todo lo que necesita está aquí? Bueno, ¡menos su marido, supongo!

—Deje la marrón —le dijo Nell rápidamente, agarrándose al brazo del sillón, mientras veía a la sirvienta dudando sobre las dos maletas—. La azul es mía, aunque no hay mucho adentro. Dos vestidos que deberían lavarse, más el que llevo puesto. Si no le importa prepararme una camisa para dormir y planchar el último vestido limpio para mañana, sería perfecto.

—Bueno, puedo hacerlo, señora, sin problema —dijo, tomando la maleta azul y llevándola al banco acolchado, a los pies de la cama —. Me llamo Sarah, por si se lo pregunta. Llevo varios años con el señor Atlas, pero, usted es la primera invitada que hemos recibido, desde que estoy aquí. ¿Podría preguntar su nombre, señora, para saber cómo llamarla?

—Eleanor —respondió ella—. O Nell, si usted prefiere.

Sarah se mordió el labio y se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda. —¡Apenas podría llamarla por su nombre de pila, señora! ¡El amo me cortaría la cabeza!

Nell dudó sin saber si su esposo había ocultado deliberadamente su matrimonio a su personal o si se trataba de un simple descuido. Quizás él recordaba su preocupación por que los chismes llegaran a su familia, antes que ellos, y actuaba en su propio beneficio. Sí, debía de ser eso.

—Puede llamarme señora Applegate, si quiere —decidió, pecando de cautelosa.

—¿Y va a estar mucho tiempo con nosotros, señora Applegate? —preguntó cortésmente—. Podré adaptarme mejor a su comodidad, si tengo tiempo suficiente para prepararme.

—Apenas puedo seguirle la pista a mi casa de un día para otro, Sarah —dijo Nell con lo que esperaba fuera una mueca amistosa—. La posición de una mujer cambia constantemente.

—Palabras más ciertas —asintió Sarah con una pequeña risa.

Otro dúo de sirvientes entró con agua hirviendo y vertió el botín, en la bañera. Esta vez, se detuvieron y cada uno hizo una pequeña reverencia a Nell, como para indicarle en silencio, que esa era la última agua para su baño.

Sarah los miró con el ceño fruncido y la impaciencia en el rostro. —La señora necesitará toallas y jabones, por supuesto —dijo —. Y una esponja nueva.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, pero no discutieron, girando sobre sus talones para encargarse de esta tarea adicional. Mientras tanto, Sarah negaba con la cabeza, murmurando sobre la inutilidad de los hombres. Tenía los vestidos sucios atados bajo el brazo y el último vestido limpio de Nell, extendido sobre la cama, listo para ser usado en camino a un plácido sueño, en una cama real.

—Pronto llegará la comida —le dijo Sarah—. La traeré yo misma. ¿Necesita una mampara para bañarse? ¿Algún artículo de aseo en particular?

—No, gracias, Sarah —respondió Nell, parpadeando ante el lujo que se le ofrecía—. Con lo que hay aquí es más que suficiente. Pero, me lavaré el pelo, esta noche, y no me fío de mí misma para permanecer despierta hasta que esté completamente seco. ¿Podría ayudarme con las trenzas o los rizos, antes de irse a dormir?

Sarah asintió con las mejillas sonrojadas de placer. —Me encantaría, señora Applegate. Permítame llevar estos vestidos a la lavandería y subirle la comida. Siéntase libre de meterse en la bañera, en cuanto los caballeros traigan sus jabones y toallas. Nadie más entrará para sorprenderla.

Nell asintió con las piernas adoloridas, al ponerse de pie. ¿Cómo podía una persona acabar tan adolorida por la falta de movimiento, tanto como por el ejercicio intenso? No se sentía tan rígida, desde una larga subida, durante una visita a Edimburgo, hacía unos años. Ojalá un buen baño caliente le resultara tan tónico, ahora, como en ese entonces.

Los dos sirvientes regresaron con una selección de aceites y jabones para que ella eligiera. Había una hermosa esponja amarilla, que debía haber sido importada del Mediterráneo, una jarra con algún tipo de crema humectante, y dos toallas blancas y esponjosas para envolverse, cuando terminara su baño.

Más tarde, a Nell le pareció que tan pronto como la puerta se cerró detrás de esos dos sirvientes, ella desapareció de su posición, junto al fuego, y apareció, de alguna manera inmediatamente, despojada de su ropa, en el abrazo abrasador de la bañera.

Por supuesto, la evidencia que había cruzado esa distancia por medios humanos era evidente, tanto por sus huellas, en la alfombra, como por su ropa esparcida, en el suelo, pero mientras se hundía por completo en la bañera, abrazada por los puntos flotantes de aceite de rosas, que le daban un aroma encantador, no pudo molestarse en evocar ningún recuerdo más que el presente, sumergida como una ninfa marina, en un maravilloso capullo de perfecta calidez.

*****

La mañana llegó demasiado rápido.

A Nell le habría encantado quedarse en esa cama absurdamente grande y maravillosamente lujosa, durante días, hasta sentirse completamente humana de nuevo. Pero, por desgracia, fue ella quien pidió involucrarse, en los asuntos de su tía, y ahora le tocaba afrontar ese deber sin poder esconderse.

Se había sentado junto al fuego, después del baño, con los párpados caídos, mientras Sarah le pasaba un peine de dientes anchos por la cabellera. No le sorprendía que estuviera lleno de enredos y nudos, después de cómo los pelos se habían maltratado tanto, en el camino, aunque los dedos suaves de Sarah y sus alegres divagaciones sobre temas, en los que Nell apenas podía

concentrarse, la tranquilizaban lo suficiente, como para que no le importara el proceso de desenredarlos.

Una vez que su cabello volvió a estar presentable y peinado, el efecto secante del fuego ya había hecho gran parte de su trabajo.

—¡Qué color tan bonito! —susurró Sarah, mientras empezaba a trenzar los mechones de Nell—. Ojalá mi cabello fuera tan bonito.

Nell se burló, aunque le agradeció el cumplido, mientras saboreaba la comida, que le habían subido. Para cuando finalmente se metió, en esa lujosa cama, apenas tuvo tiempo de cubrirse con una manta, antes de quedar completamente inconsciente.

Eso fue hasta que la mañana hizo su inoportuna aparición, como siempre. La despertó Sarah, quien había regresado para ayudarla con su cabello y ropa, radiante de oreja a oreja, como si la salida del sol fuera lo más emocionante del mundo.

—Me quedaría, en esta cama, hasta la semana que viene, si pudiera —confesó Nell, arrastrándose de vuelta a la silla, donde le habían trenzado los pelos, la noche anterior—. Nunca he tenido el placer de disfrutar una tan lujosa.

—¡Ah! Sí, la ropa de cama de aquí, arriba, es carísima, esto la haría llorar —susurró Sarah con aire de complicidad—. Así que es un desperdicio, ¿no? Que rara vez recibamos visitas y nunca pasen la noche aquí.

Nell no respondió, aunque le resultaba más incómodo ocultar la verdad de su nombre y estatus, a la luz del día. Seguramente, el propio Nathaniel aclararía su identidad enseguida, y ella podría disculparse con Sarah por el engaño inmediatamente después.

—Mire, qué rizo tan bonito —dijo Sarah con aprobación, mientras le quitaba la trenza a Nell, dejándola en una brillante cortina de color castaño dorado, que le llegaba casi a los codos—. ¿Dejamos un poco suelto alrededor de la cara y en la nuca? Creo que la forma del rizo le daría un aspecto muy atractivo.

—¡Oh! Si usted quiere —replicó Nell, mirándola—. Normalmente lo recojo en un moño apretado.

—¡Qué lástima! —continuó la doncella, chasqueando la lengua —, si mi pelo fuera tan dócil, lo peinaría de mil maneras.

Y así, con el cuidado y mimo de Sarah, Nell se encontró enfundada en su último vestido limpio, un tupido tejido azul claro, y con el cabello recogido, en lo alto, salvo por algunos rizos, que le caían sobre el hombro. No le importó en absoluto el efecto, aunque le había llevado un tiempo desmesurado arreglarlo.

La llevaron al comedor y le informaron que el amo se reuniría con ella, enseguida. Se sentó, erguida y nerviosa, resistiendo el impulso de estirar el cuello, cada pocos segundos, para comprobar si su marido estaba allí. Había dejado sus gafas y su libro en el dormitorio. De lo contrario, habría recurrido de nuevo a la compañía de un detective con poca educación y sus atrevidas hazañas.

Cuando finalmente él llegó, ella casi saltó de su piel por el sobresalto que le dio, ya que había estado mirando al frente en, silencio, durante lo que pareció una eternidad.

—Buenos días —dijo Nathaniel con desenfado, acercándose a la cabecera de la mesa y sentándose. La miró parpadeando con una leve sonrisa en las comisuras de los labios, al observarle el cabello—. ¿Dormiste bien?

—¡Ah! Sí —dijo ella rápidamente, todavía paralizada—. Muy bien. No sé si tu ropa de cama es especialmente lujosa, o si simplemente contrasta mucho con el banco del carruaje y las mantas de los caballos.

—¿Quizás un poco de ambas cosas? —Él se rió entre dientes, haciendo un gesto a un lacayo para que les trajera té caliente y leche espumosa—. Pensé que quizás podríamos hablar de nuestro plan de acción, antes de ir a Bond Street, a ver a tu tía. Quiero asegurarme que tengamos un enfoque que funcione en conjunto, en

lugar que nos pisoteemos sin querer, al intentar explicar nuestro dilema.

—Pensé que simplemente le arrojaríamos la maleta y huiríamos, antes que pudiera haber repercusiones —respondió Nell, llevándose el té a los labios.

Atlas se quedó mirando por un momento, luego finalmente negó con la cabeza y se recostó, en una silla, con una mirada incrédula. —De verdad que estás llena de sorpresas, señorita Applegate.

—Nell —la corrigió, dejando la taza de té y tomando los cubiertos. Este desayuno parecía ambrosía comparado con todas las comidas de las tabernas, que habían probado en el camino, y ahora tenía toda la intención de disfrutar cada bocado.

—Nell —coincidió él, jugueteando con el tenedor, mientras la observaba—. ¿Crees que se enfadará, entonces?

Nell se encogió de hombros levemente, terminó el bocado que acababa de tomar y se secó los labios, antes de responder. —Yo no diría ira. La tía Zelda es una mujer calculadora, y estoy segura que cualquier penitencia, que debamos hacer, por arruinar una tarea tan sencilla conllevará todo tipo de trampas ocultas. Simplemente, debemos mantenernos alerta y prepararnos para lo inesperado.

—¿Cómo se prepara uno para lo inesperado, por favor? —preguntó él, divertido—. ¿No es esto contradictorio?

—Eres político, Nathaniel —respondió ella con serenidad—. Sabes a qué me refiero, aunque lo expreses de otra manera. Al fin y al cabo, debes estar preparado para hablar, cuando surja la oportunidad, sin saber de antemano qué se dijo antes ni qué vendrá después.

—Te lo concedo.

Era inquietante la forma en que él la observaba. Lo había hecho, durante todo el tiempo que llevaban en el carruaje, como si

ella fuera un libro para estudiar y memorizar o un rompecabezas que debía resolver. Incluso él parecía tener muy poco interés en la comida, solo picoteando un trocito, aquí y allá, luciendo esa expresión de contemplación, y observándola con mucha más atención de la que ella estaba dispuesta a tolerar, mientras hacía algo tan indigno como comer.

—Gracias por encargarte de todo anoche —dijo ella con la esperanza de sacarlo de esa ensoñación—. Un baño caliente era justo lo que necesitaba.

—Mmm, ¿consiguieron encontrarte una doncella? Por desgracia, no tengo ninguna aquí, por razones obvias.

—Sí, Sarah —respondió Nell, cortésmente—. Aunque dijo que había trabajado para ti, durante algunos años. ¿Quizás tiene alguna habilidad que simplemente no estás aprovechando?

—Puede ser.

Él parecía no preocuparse por tales coincidencias y asuntos banales, lo que, por supuesto, era solo otra oportunidad para que volviera a caer en esa inquietante observación de ella.

—No sabe que soy tu esposa —dijo Nell, en voz tan baja que los lacayos que estaban en la puerta del comedor no pudieron oírla —. Apenas supe cómo presentarme.

—¡Ah! —Esas mejillas se sonrojaron un poco y se aclaró la garganta—. Disculpa... Pensé que sería mejor que nos recuperáramos del todo, antes de decidir, juntos, cómo seguir adelante. Espero que no te hayas ofendido. Admito que estaba demasiado concentrado en mi propia recuperación, como para pensar en la situación.

—Solo es una pequeña ofensa —le dijo ella, arqueando las cejas—. Supongo que tienes razón. Deberíamos planear cómo manejar la situación, antes de partir hacia Bond Street. ¿Hablamos de estos asuntos aquí, o en un lugar más privado?

Los ojos de Nathaniel brillaron, como ámbar pulido con destellos dorados. Sin dudarlo, despidió a los dos sirvientes y les pidió que cerraran las puertas tras ellos.

Ella contuvo la respiración. Su corazón se aceleró inesperadamente, ante este acontecimiento. Cuando él se inclinó hacia adelante, pensó que se estaba desmayando.

—Sí —dijo él, en voz baja—. Hablemos claro, señora esposa.

CAPÍTULO SEIS

Nathaniel había pasado mucho tiempo, esa mañana, debatiendo cómo vestirse para esta aparición con Lady Silver. A menudo, antes de emprender una negociación delicada o conocer a alguien nuevo, tenía tiempo para enterarse de los chismes sobre el objetivo o para observarlo desde lejos, antes de presentarse.

Eso no era una opción con Zelda Smith. Sabía su nombre, por supuesto, como cualquier miembro de la alta sociedad, pero nunca había frecuentado su tienda ni se la habían presentado. Podría haber visto a esta mujer, varias veces, sin velo, y no haberse dado cuenta. Desde el principio, no tenía ni idea qué esperar, y tras una breve conversación con su sobrina, él estaba aún más inseguro.

—No es una mala persona —le había asegurado Nell con esos grandes ojos grises, parpadeando con ingenua sinceridad, desde el otro lado de la mesa del desayuno—. Solo que a veces es difícil saber si está enfadada o no.

—No puedo imaginarme cómo es eso —respondió él con tristeza, esperando hacerla reír.

En lugar de eso, ella inclinó la cabeza hacia él, apoyó la barbilla en esa mano, olvidándose del plato de fruta y las tostadas, y le dijo: —Quizás puedas interpretarla mejor que yo. Después de todo, tú también eres un enigma.

—Solo porque la verdad es muy aburrida —replicó con un guiño, aunque su jovialidad sonaba mucho más relajada de lo que se sentía. Ese chiste tampoco la hizo reír. ¿Por qué a él le importaba tanto si la extraña pata se reía o no?

Ella se veía mucho mejor sin esas gafas sobre la nariz y el pelo recogido, en un moño severo. Ese vestido seguía siendo poco elegante, pero al menos estaba limpio, y el azul pálido le sentaba bien, realzando el color tempestuoso de esos ojos. Quizás podría vestirla de forma presentable, si necesitaba una esposa del brazo para futuros negocios. Sin duda, ella tenía la complexión para ello, pero no la presentación.

Él se removió incómodo, en el asiento del carruaje, mirándola de reojo. Ella seguía fascinada con la vista desde las ventanas, viendo cómo Londres cobraba vida sin la intervención de la nobleza. Se había envuelto en una pelliza de lana de un color olivo descolorido, que parecía algo muy querido y usado, es decir, un poco deteriorado. Él frunció el ceño, observando el sencillo tejido de esos guantes de punto y las rozaduras de las botas.

Ella había dicho que sus padres no eran ricos, pero su tía sin duda lo era. Sin duda, acoger a una sobrina para su educación y financiar un debut, en Londres, a costa de convertir a una muchacha, en una agente del engaño, debería justificar algunas visitas a una modista respetada. Era demasiado tarde, en el año, para las tiendas, que hubiera elegido, durante la temporada, pero era seguro que podría encontrar a alguien, en la ciudad, que vistiera a su esposa, a la medida.

Tenía la ligera sospecha que ella nunca se habría quejado ni siquiera habría notado que la calidad de esa ropa era tan inferior a la suya. El hecho que esta constatación la ofendiera, en lugar de aliviarla, le resultaba un poco incómodo. Ella debería aprender a valorarse al mismo nivel que los más privilegiados de la sociedad, lo pensó. Tal como él lo había hecho contra todo pronóstico.

Sí, una sastra sería su primera prioridad, una vez que se resolviera este asunto con la Hoja de Plata.

—¿Siempre está tan gris aquí? —reflexionó ella, mirándolo por encima del hombro—. Me pregunto si simplemente no me doy cuenta, cuando hace calor afuera con tantas distracciones.

—No me importa —respondió, encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, hace que el fuego adentro sea aún más lujoso, cuando es miserable por fuera, y los días soleados son aún más preciados.

Ella sonrió ante eso, aparentemente genuinamente encantada por ese poco de cinismo de una manera que sus bromas no habían logrado. —Tienes toda la razón —asintió, juntando las manos—. Hay una belleza especial en cada entorno. ¡Qué oportuno recordatorio! Señor Atlas.

—Nathaniel —la corrigió con una mueca, complacido por cómo se sonrojó y se mordió el labio—. O Nate, si quieres.

—Nate —dijo ella, probando el sonido con la lengua—. ¡Qué lindo apodo! Me atreveré a recordar usarlo.

—Debes hacerlo —indicó él con seriedad—. De lo contrario nuestras iniciales coincidentes pasarán desapercibidas para los transeúntes.

Finalmente, ella soltó una risita, llevándose los dedos a los labios y sacudiendo la cabeza. Volvió a la ventana, soltando otra risita disimulada, para reanudar su observación del paisaje que pasaba.

Nate estaba tan contento de haberla hecho reír por fin, que estaba a punto de marearse. Se contuvo, un poco desconcertado por su euforia, ante un intercambio tan simple y sin sentido. Quizás la rareza de la chica simplemente la convertía en una oponente más agradable, en las partidas sociales del ajedrez. Sí, probablemente era eso, sumado al hecho que no había tenido más compañía, que la de ella, durante más de una semana.

Llegaron a Bond Street y se encontraron con una tranquilidad, casi inquietante, debido a que la mayoría de las tiendas y boutiques de la zona ya habían cerrado por el invierno. Aunque la imprenta de la señora Smith seguía abierta con sus ventanas biseladas, reluciendo por la escarcha matutina. El letrero que colgaba sobre la

puerta parecía tener una nueva capa de pintura roja, presentándose al mundo.

Su pequeña esposa se estremeció. Él sospechó que esto no tenía nada que ver con el frío del aire. Le dirigió una mirada significativa por encima del hombro con los labios fruncidos, en una línea de aceptación, justo cuando el conductor abrió la puerta, dejando entrar la tenue luz de la mañana.

Los recibió, en la puerta, una mujer esbelta de mediana edad, rostro redondo y amable y una mata de pelo cobrizo. Él se preparó para el reconocimiento de ese rostro, al verlo, sin embargo, ella solo le dedicó una mirada, mientras abrazaba a Nell. Desde la puerta, pudo distinguir una gran selección de caricaturas satíricas, folletos, panfletos y demás papeles, organizados en el modesto y pequeño espacio.

—¡Ay, pequeña Eleanor, debes de estar congelada hasta los huesos! —dijo la mujer, chasqueando la lengua, haciéndoles pasar y cerrando la puerta con la cadera—. La helada ha llegado demasiado pronto, este año. ¿Viene el caballero contigo?

—Sí —dijo Nell, en voz baja, mirando a la mujer y luego a Nathaniel—. Señor Atlas, ella es Harriet Goode. Ayuda con la tienda de mi tía.

—Un placer conocerlo —dijo la señora Goode con una sonrisa amplia y sincera, acercándose a él para estrecharle la mano—. Seguro que querrá hablar con Zelda. ¿Por qué no suben y les preparo un té, mientras esperamos a que regrese? —Volteó para ver a Nell—. Ella salió a comprar pasteles con tu hermano.

Nell se quedó paralizada, dirigiendo su mirada por encima del hombro de la señora Goode. —¿Peter está aquí? —preguntó con una voz despreocupada, que no encajaba en absoluto con la expresión de su rostro.

—Mmm, vino anteanoche y dijo que los esperara pronto. ¡Vengan! —Cruzó el piso y abrió una puerta que daba a una

escalera, permitiéndoles subir, antes que ella.

Arriba había un apartamento elegantemente amueblado, mucho más opulento que la tienda de abajo. Como les habían prometido, los sentaron frente a la chimenea con dos tazas de té hirviendo, mientras la señora Goode se quejaba de la falta de galletas hasta que la campana de abajo la obligó a volver a sus tareas.

—Esto es bueno, ¿cierto? —preguntó Nate, echando un terrón de azúcar, en su taza, y revolviéndolo suavemente—. Quizás Peter ya se haya tomado la iniciativa de explicar la mayor parte de nuestra desventura, y solo nos queda esperar nuestra sentencia.

—Peter tiende a dramatizar las cosas —dijo Nell con una mueca—. Puede urdir una historia mucho más dramática que la verdadera serie de acontecimientos. Una vez que lo hace, a menudo me resulta difícil corregir la interpretación de la historia por parte de alguien.

—¿Qué tan imaginativo es él? —respondió Nate con una risita —. De verdad que no me lo habría imaginado. Apenas habló, durante el mes que pasamos, en Somerton, ni conmigo, ni con nadie que pudiera oírme.

—Sí, bueno —respondió Nell con un suspiro—. Una vez que tiene el coraje de hablarle a alguien, es posible que nunca más se detenga.

—Fascinante —murmuró, mientras bebía un sorbo de té.

La campana volvió a sonar, abajo, seguida de un aluvión de voces y luego de pasos pesados en la escalera. Nell se enderezó, agarrando su taza de té con una firmeza, que le hizo temblar los nudillos, lo que hizo que Nathaniel sintiera un poco de ese nerviosismo. Aún no sabía qué esperaría allí.

La puerta pareció abrirse de golpe por la fuerza de la mujer que irrumpió. Llevaba un vestido ajustado y bien confeccionado de color morado oscuro, y su cabello blanco, completamente blanco,

había sido recogido en una coleta rizada en la nuca. Charlaba con Peter Applegate, agobiado y sobrecargado, quien entró a toda prisa, tras ella, con las gafas deslizándose por la nariz, mientras luchaba por mantener, en equilibrio, varias cajas de productos horneados, recién hechos, en los brazos.

—¡Ay, Peter! —dijo Nell con un chasquido, poniéndose de pie y dejando su taza de té sobre la mesa con un movimiento fluido. Le quitó varias cajas de cartón, lo que le permitió a su hermano recuperar el equilibrio y la dignidad, ante la completa indiferencia de su tía, que simplemente había entrado y se estaba quitando los guantes, junto al espejo del pasillo, sin dejar de charlar.

Y le dijo al hombre: —¡Calumnias! Eso es lo que estás haciendo ahora mismo contra mi negocio, pues puedo demostrar la veracidad de mis afirmaciones y la ineptitud de las tuyas... Te juro que pensé que iba a llorar, pero al menos te callé unos instantes para poder escapar. —Se detuvo para respirar, frunció el ceño y giró sobre el hombro—. Oye, Peter, ¿me estás escuchando siquiera? ... ¡Hola, Eleanor!

—Buenos días, tía Zelda —replicó Eleanor, en un tono que delataba su cansada familiaridad con tales regaños—. ¿Dónde ponemos los pasteles?

—¡Oh! Debería haberlos dejado abajo. Ahora alguien tendrá que llevárselos. Ahí, sobre la mesa del centro, por ahora, por favor. —Ella giró con los guantes, bien apretados, y le dedicó a Nathaniel la sonrisa más gélida, que él jamás había visto—. Este debe ser tu marido.

—Señora —dijo, levantándose y haciendo una reverencia—. Es un honor conocerla.

—¡Basta ya! —resopló Nell, pasando rápidamente junto a su asombrado hermano para dejar las cajas en la mesa del centro y abrir la tapa de la que estaba en la cima de la pila—. Él ya sabe quiénes son ustedes y ustedes saben quién es él. ¡Dejen las formalidades! ¡Ay, *pain au chocolat*! Debió de estar esperándome.

—Siempre te espero, querida —dijo Zelda Smith con una sonrisa, que se encendió considerablemente, al mirar a su sobrina—. Así, nunca me equivoco.

—Ni lo pienses —murmuró Peter Applegate, en voz baja.

Si había oído el comentario, la señora Smith no dio muestras de ello. Abrazó a Nell rápidamente, pero se apartó enseguida, acariciando su cabello blanco, cuidadosamente peinado, y mirándose en el espejo, que colgaba junto a la puerta.

—¿Te apetece un pastel, Nathaniel? —preguntó Nell, girándose para mirarlo con esos ojos grandes y sinceros—. No son tan bonitos como te imaginas, pero están deliciosos.

—No, gracias, querida —respondió con lo que esperaba fuera una sonrisa cariñosa—. Quizás tenga más apetito, cuando terminemos nuestro asunto con tu tía. Después de todo, creo que tenemos mucho que discutir.

—No tanto como te imaginas —replicó Peter, aunque miraba a su hermana, en lugar de a Nate.

—Fue una táctica astuta. Te lo concedo —dijo la señora Smith, sacando una tarta de manzana de la caja de cartón y sentándose en la silla frente a Nate—. Dividir tus esfuerzos duplicó tus posibilidades de éxito, y solo a costa de tu libertad, querida sobrina.

—Encontré los documentos —le dijo Peter con las palabras saliendo a toda prisa de su boca—. Es una historia muy tonta, pero Alex sí los sacó de la casa de los Corden por accidente. Los recuperé completos, junto con las monedas.

—Ya veo —expresó Nell, frunciendo el ceño ligeramente, mientras su entusiasmo por el pastel disminuía considerablemente—. ¿Y Alex?

—Perfectamente bien —dijo la señora Smith con un sorbo altivo—. Aunque esa prometida suya exige una serie de presentaciones muy elevadas para la próxima primavera.

—¿Prometida? —repitió Nell—. ¿Te refieres a la señorita Blakely?

—¡Oh, quién sea! —exclamó la señora Smith encogiéndose de hombros—. Será Lady Somers pronto, supongo.

Nate mantuvo una expresión neutral, pero sostuvo la mirada de su esposa, cuando ella se giró hacia él con el ceño fruncido por la preocupación. No sabía qué reacción esperaba, pero la ausencia total de ella pareció aliviar, al menos, la rigidez de esos pequeños hombros.

Ella se veía como una figura trágica, allí de pie, con los ojos abiertos, picoteando distraídamente los trozos de masa, que agarraba, anticipando alguna muestra de celos. Él sintió el extraño impulso de ponerse de pie de inmediato, envolverla en su chaqueta, y acompañarla de vuelta a la seguridad del carruaje.

Por supuesto, esto era absurdo. Si alguien necesitaba protección, ese era el propio Nate. Al fin y al cabo, era el único que no estaba metido hasta el cuello, en los misteriosos asuntos de esta familia, y se había casado con ella, pensando en obtener una ventaja para sus propios fines.

Suspiró, alzando la vista hacia la figura esbelta y discreta del hermano gemelo de su esposa. Peter era mucho más alto que Nell, pero era igual de esbelto. Ese cabello era del mismo castaño oscuro, que el de ella, y estaba alborotado por el viento, lo que probablemente era una absoluta falta de preocupación por su apariencia.

Entre este hombre y la señora Smith, una mujer cuya formidable edad había atenuado un poco su atractivo, creía que él y la pequeña Eleanor formaban un buen frente unido, si llegaba la necesidad de enfrentarse a ellos. Después de todo, Nell ya era una Atlas. Así funcionaba el matrimonio. Ahora ella era suya, no de ellos.

Cuando él volteó hacia la señora Smith, la vio mirándolo con los ojos entrecerrados, como si pudiera escuchar cada pensamiento

insultante, que acababa de pasar por su cabeza.

—Nellie, Peter —dijo ella, al fin—. ¿Serán tan amables de llevarle la otra caja de pasteles a Harriet? Me gustaría conocer, un momento, a mi nuevo sobrino.

—¡Oh! Pero... —empezó Nell con voz fina y nerviosa.

—Vamos —la interrumpió su hermano, poniéndole una mano en el hombro—. Nos dará un momento para hablar también.

Ella volvió a mirar a Nate, como esperando su opinión. Él asintió levemente, y Nell respondió, girando sobre sus talones y saliendo a la escalera delante de su hermano, quien pronto la siguió, dejándolo a él solo, en el silencioso desván, frente a Lady Silver, que no llevaba velo.

CAPÍTULO SIETE

Nell nunca se había sentido tan acosada en su vida.

Tomó las escaleras de dos en dos, entrando a la tienda, mucho antes que su hermano, y se adelantó de inmediato para apoyarse en el mostrador. Respiró profundamente, diciéndose que todo estaba bien, que todo era como debía ser. ¡De hecho, era mejor de lo que habían anticipado! Entonces, ¿qué le pasaba?

Peter había recuperado los documentos de alguna manera, ¿no? Sí, ella se había fugado sin ningún motivo aparente, pero, ¿qué importaba esto comparado con una misión exitosa? ¡Oh! ¿Qué estaría pensando Nathaniel de ella, ahora mismo? Debía sospechar, al menos, que siempre había sabido que Peter tenía los documentos, y que ella no era más que una debutante, intrigante e inmadura, que había visto la oportunidad de ligar con él, y la había aprovechado como fuera.

«¿No lo hiciste?», le susurró una voz, en su cabeza.

—¡Nell! —siseó Peter, apareciendo a su lado y deslizando la caja de pasteles con descuido por el mostrador—. ¡He estado muy preocupado! Llevo tres días esperando aquí, muerto de la preocupación por no saber qué pasó ni cómo reaccionó ese canalla, cuando no recuperaste los documentos. ¿Cómo pudiste hacer algo tan peligroso? ¿Cómo pudiste?

Podía sentirlo furioso, a su lado, y sabía que esos ojos la clavaban, esperando a que girara para poder mirarla con furia a la cara. Era una muy buena razón para quedarse donde estaba, viendo solo el trozo de encimera de mármol entre sus manos.

Harriet estaba en la esquina opuesta de la tienda, ayudando a una clienta, a elegir entre las nuevas láminas. Todos estaban absortos en su conversación, completamente ajenos al susurro entre dos jóvenes, al fondo del local.

—Fugarme no es precisamente lo más atrevido que he hecho, hermano —dijo con la mayor serenidad posible—. Me atrevería a decir que fue sensato, en lo que a la sociedad respecta.

—Bueno, sí —replicó Peter con la voz entrecortada por la exasperación—. ¿No estabas presente, todas esas veces, cuando este tipo sugirió con indiferencia, el asesinato, como solución a diversos problemas? ¿No lo escuchaste? En el mejor de los casos, él es simplemente un depravado, pero podría tener un largo historial de masacrar, a quienes se les han cruzado, en el camino, y ahora estás ligado a él. ¡Para siempre!

—Sí —asintió ella—. Estoy casada con un hombre rico e influyente, que me dará una vida cómoda y respetable. Ya no soy la inevitable hija solterona, que pende como un yugo sobre el cuello de nuestros padres. No soy la trágica alhelí con un linaje de hermanas más guapas sofocadas, a mi sombra, esperando una propuesta de matrimonio, que nunca llegará. ¡No me disculparé por mi decisión!

Peter guardó silencio tanto tiempo que ella renunció a su determinación de evitar esa mirada. Soltó el mostrador y se giró para mirarlo con un leve suspiro de derrota.

Parecía como si le hubieran tirado un montón de piedras en la cabeza, con el rostro inexpresivo y afligido, los brazos colgando flácidos a los costados. La miraba fijamente, evidentemente atónito por esas palabras, aunque seguramente la situación no la había sorprendido a ella, en absoluto.

—Ninguno de nosotros te considera una carga —balbuceó finalmente, levantando ligeramente las manos, como si ofreciera sus palabras, en bandeja invisible—. Nunca lo haríamos.

—No importa si tienes estos pensamientos o no —dijo ella, extendiendo la mano para tomar una de las de él—. La realidad difícilmente se moldea con la generosidad de una familia paciente. No puedes negar que no tenía futuro ni puedes creer que nuestras hermanas habrían tenido la oportunidad de buscar el patrocinio de la tía Zelda, si yo hubiera seguido siendo su leal protegida solterona. Estaba decidida a moldearme a mi imagen, Peter. Solo quiero mi propia imagen, sea cual sea, al final.

—¿Y él qué? —preguntó Peter, en lugar de discutir lo que ella decía—. ¿Cómo te mantendrás a salvo, a solas con Atlas? ¿Y si algún día se enfada y te pone las manos encima? —dudó con una expresión de horror, en el rostro—. ¿O ya lo ha hecho?

Ella resopló, negando con la cabeza para evitar reírse ante la pregunta. —De hecho, no me ha tocado para nada —dijo, encogiéndose de hombros y con una sonrisa malvada—. Ni siquiera un beso, después de nuestros votos matrimoniales. No creo que tengas nada de qué preocuparte por eso. Más bien creo que planea encerrarme en algún lugar y seguir con su vida, como siempre, lo que me dejará libre para crear mi propio futuro. Será un resultado agradable para ambos.

—Mmm —gruñó Peter con el rostro lleno de dudas—. Ya veremos. Supongo que deberíamos ir a interrumpirlos ahora, en cualquier caso, antes que empiecen a tramar cosas sin nosotros.

Ella inhaló profundamente y asintió, dándole un último apretón a la mano de su hermano. —Sí —dijo—. Ahora, a pesar de tus preocupaciones personales sobre mis decisiones, debo pedirte compasión. ¿Me apoyarás, mientras se presenta la decepción de la tía Zelda, probablemente extensa y con gran fervor?

—Por supuesto que sí —dijo con un suspiro—. Podemos decepcionarla juntos.

*****

Nate observó a su esposa, quien se alejaba corriendo con una especie de parálisis impotente, sin ver ninguna ruta de escape obvia, mientras Lady Silver dirigía sus astutos y brillantes ojos hacia él.

Nell tenía esos ojos, él se dio cuenta, aunque mientras los de ella le recordaban a nubes de tormenta sobre el mar, los de su tía eran de acero puro y pulido. O quizás plata era la comparación más apropiada, lo pensó con un destello de diversión.

Ella se tomó su tiempo para servirse una taza de té, dejando caer un terrón de azúcar con un sonoro «plop», mientras observaba atentamente lo que él hacía o decía. Él sabía que esta era una técnica común en las negociaciones. El silencio a menudo provocaba ideas mucho más fascinantes que cualquier pregunta o consulta.

Afortunadamente, él tenía mucha práctica, en el arte de permanecer en silencio, y simplemente se recostó, en su silla, entrelazó sus dedos y le dio una sonrisa plácida, mientras ella comenzaba su ritual de mezclar el azúcar y la leche, en una taza de té perfectamente preparada.

A ella pareció divertirle su reacción, o al menos eso le pareció a él por el brillo de esos ojos. Ella tomó un delicado sorbo de té, tan pequeño que él no pudo estar completamente seguro de si lo había consumido, y realizó un largo ritual: volvió a colocar la taza en el plato y la acomodó a su gusto.

—Fue un gesto inesperado de su parte —comentó ella con ligereza, mirándolo como si acabara de recordar su presencia—. ¿Con qué podría una chica, como Eleanor tentarlo, sobre todo frente a esa reluciente figura de la alta sociedad a la que usted cortejaba? No me extraña que sospeche...

—¿Sospeche qué...? —preguntó él con una postura aún lánguida, pero fija—. Para perseguir al ladrón fue necesario comprometerme con su sobrina. Hice lo que cualquier hombre decente haría.

—Un hombre decente podría haber perseguido al ladrón con Peter, en lugar de hacerlo con Nell —respondió.

—Su sobrino no se despertó con el alboroto, y hubo muy poco tiempo para actuar. Aún así, me sorprende que usted, que parece adorar tanto a la chica, piense tan poco en su atractivo como mujer.

Ella soltó un leve bufido y se inclinó para recuperar la taza de té. Era evidente que él le había ganado la primera ronda de voluntad. —¿Usted se dejó llevar por la lujuria? —espetó—. Señor Atlas, amo a mi sobrina, pero no pretendamos que es una hábil seductora o una tentadora rosa inglesa, que solo pide ser desplumada.

—Tiene otras cualidades —dijo, procurando no ser áspero en sus palabras—. He llegado a creer que seremos una buena pareja como marido y mujer.

Ella le sonrió, mostrando los dientes, como los de un gato justo antes de abalanzarse. —¿Ya lo han hecho? ¡Oh! Estoy segura que ya tiene planeados los próximos años.

—Tuve una corazonada —dijo, encogiéndose de hombros—. No hay que ir por la vida sin preparación alguna.

—Por supuesto que no. —Ella dio otro sorbo al té, observándolo a él—. Da la casualidad que tengo una tarea para ustedes dos, que se beneficia inmediatamente de esta boda apresurada. Espero que la acepten con amabilidad, pues usted le ha robado a Eleanor un futuro próspero.

—¿Qué futuro es ese? No estoy en la miseria.

—No, pero el dinero suyo es suyo, no de ella. Una solterona tiene mucha más libertad y diversión que una esposa, en mi opinión. Esperaba convertirla en mi sucesora y dejarle esta tienda. Aún podría hacerlo.

—¿La tienda? —repitió, arqueando las cejas—. ¿No la Hoja de Plata?

—Es lo mismo. ¡No sea insolente conmigo, jovencito! —Ella chasqueó la lengua, dejando la taza de té sin preocuparse, en lo más mínimo, por lo bien que él le había caído antes—. Ya es demasiado tarde para quejarse. Lo hecho, hecho está, y espero que semejante descaro nos beneficie a todos, al final.

—La escucho —dijo Nate, inclinando respetuosamente la cabeza. No quería provocar la antagonización de esta mujer, por muy tentador que fuera el intercambio verbal—. ¿Cómo podemos servirle?

—¡Qué bueno que lo pregunte! Lo primero que hará será llevar a su nueva esposa a casa, y anunciar con orgullo su matrimonio.

—Ya la he traído a mi casa —replicó—. Puedo enviar avisos hoy mismo. Eleanor me hizo creer que usted quería tener la información primero.

—Usted tiene razón —afirmó la señora Smith sin dar más detalles—. Pero, aún no la ha llevado a su casa... Su casa, en Londres, es poco más que un aposento para sus constantes aventuras políticas. No es donde se instala a una esposa. Debe llevarla a la casa de sus antepasados, en Kent.

—¿Kent? —repitió él, momentáneamente atónito. Parpadeó, obligándose a recomponerse, a pesar del malestar que le subía al estómago—. Nadie ha vivido en Meridian House, en décadas. Probablemente ahora sea poco más que una ruina.

—Ya verá que no es así —respondió ella con una sonrisa burlona—. Estoy segura que ya sabe que fui muy amiga de sus padres, Nathaniel. ¿Pensaba que dejaría que ese hogar se desmoronara en el suelo? No. No, hijo mío, no. Les hice una promesa a sus padres y la he cumplido. Tendrá que proporcionarse ropa y un bastón, pero el caparazón de Meridian House ha estado bien cuidado, estos últimos años. Le traeré las llaves. Su tía se quedó con el otro juego, desde aquel asunto desagradable con su tío. Es una pena, ciertamente... Un momento.

—¿Mis padres? —reflexionó él con voz hueca.

Ya era demasiado tarde. Él se había levantado y se había ido flotando hacia un destino desconocido en la parte trasera del piso, justo cuando Nell y su hermano reaparecieron por lo alto de la escalera.

Ella miró, a su alrededor, con el ceño fruncido y giró para encontrarse con la mirada de Nate con mucha más preocupación de la que él creía que la situación merecía, incluso considerando todo el contexto.

—¡Ah, bien! —canturreó Zelda, regresando a la habitación con un juego de llaves de latón en un gran aro—. No tendré que repetirlo. Eleanor, debes ir a Kent con tu esposo y ocupar el lugar que te corresponde en su propiedad ancestral.

—¿Kent? —preguntó Nell con los ojos muy abiertos, mirando a su tía y a su marido—. ¿Eres de Kent?

El hermano estaba de pie, junto a ella, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mmm, cerca de Dover —confirmó Zelda, en nombre de Nate, extendiendo el brazo para ofrecerle las llaves directamente a Nell, en lugar de dárselas a Nathaniel—. Debes hacerte visible y amigable con toda la gente que vale la pena conocer, en la zona, pero hay una familia, en particular, a la que querrás dedicarle una atención especial. Es imperativo que consigas una invitación al baile de máscaras de invierno, en una finca llamada La Falaise. Es un evento muy exclusivo.

—¿En serio? —preguntó Nate con la voz un poco más alta de lo estrictamente necesario—. Nunca había oído hablar de La Falaise ni de ningún baile de máscaras invernal de moda, en Kent.

—Y con razón —reiteró Zelda, todavía de espaldas a él—. Ahora, sentémonos todos, tomemos una buena taza de té y les daré su tarea. ¿No es encantador? No hace falta que vayan a Seven Dials

ni se pongan un disfraz ridículo... Siéntate con tu esposo, Eleanor, se les ha enfriado el té.

Nell suspiró levemente, cerró los ojos con fuerza por un instante y luego se adelantó para obedecer las órdenes de su tía. Cuando se sentó a su lado, él reaccionó instintivamente y le tomó la mano.

Si ella se sorprendió, no lo demostró. Mantuvo la mirada al frente, aunque él le apretó ligeramente los dedos. El gesto podría haber sido de gratitud o quizás de consuelo, pero aún así fue un consuelo en medio de aquel torbellino de confusión.

Ella no comentó nada sobre la mirada de su tía y su hermano, que miraban las manos entrelazadas, como si fuera algo vulgar e insondablemente impactante. Mantuvo la calma y la serenidad, e hizo lo mismo que él había hecho momentos antes. Dejó que el silencio los invadiera, lo que obligaría a Lady Silver a hablar primero.

Fue una suerte que su esposa supiera cómo manejar este encuentro, porque Nate ya no confiaba en sí mismo para hablar.

CAPÍTULO OCHO

—¡Son personas, Nathaniel, no muebles! ¡No puedes simplemente embalarlos y enviarlos a la costa! —gritó Nell exasperada, siguiendo a su esposo, a los pies de la cama, mientras él metía cosas en su maleta—. Podemos contratar personal nuevo, en Kent.

—No veo la diferencia. —Él resopló, esquivando ese acercamiento con la elegancia de quien ha evitado muchas cosas desagradables, en su vida—. Esto es una casa. Meridian es una casa. Viven en la casa donde trabajan. ¿Por qué les importaría cuál es?

Ella cruzó los brazos sobre el pecho con el rostro fruncido por la irritación. —¿Podrías detenerte un momento a escucharme? ¡Esta gente vive en Londres! Probablemente, tengan vidas aquí, tal vez incluso familias. No puedes desarraigar una casa entera y enviarla al este, como un baúl de pertenencias. Tendrás que consultar con todos y cada uno de ellos, y aceptar solo a los que estén dispuestos, a hacer este cambio, que podría ser mucho más permanente que un baile de invierno, al que debamos asistir.

—Bueno —dijo él, cerrando de golpe la tapa de su maleta y asegurándola—. ¿Les pregunto yo? ¿O prefieres hacerlo tú?

—Todavía no saben quién soy —replicó ella—. Seguro que están todos escandalizados, que yo esté en tu dormitorio, ahora mismo, incluso sin todo el ruido que haces tirando cosas por ahí.

Él dudó y su mano se aflojó en el asa de la maleta, antes de poder arrojarla al montón de equipaje, que había estado acumulando. Giró para mirarla. Ella estaba allí de pie con la espalda erguida y el pecho inflado, como una pequeña boxeadora remilgada,

justo antes de un combate. Eso lo hizo suspirar, dejando que un ápice de culpa se deslizara entre las grietas de su indignación.

Ella le había estado hablando todo el camino de vuelta desde Bond Street y él no había oído ni una palabra. Todavía le daba vueltas la cabeza por el descaro de esa mujer, Lady Silver, o la señora Smith, o quien fuera, ¡y por haberle entregado a ella las llaves de Meridian, como si tuviera derecho a estar allí! Le asombraba haber permanecido sentado, cuando ella mencionó a sus padres, en lugar de cruzar la habitación de un salto y aferrarla al cuello.

Aún así, nada de eso era culpa de la señorita Applegate, ¿cierto? Ella se había sentado a su lado, agarrándole la mano, como si fuera una colegiala asustada, y lo había mirado, antes de responder a las exigencias de su tía. De hecho, cada vez sospechaba más que la chica desconocía realmente la naturaleza del trabajo de su familia, aunque estuviera metida hasta el cuello en el mismo.

—Lo siento —dijo finalmente, girándose y desplomándose, en el borde de la cama. Le hizo un gesto para que se uniera a él, divertido, a su pesar del repentino pánico que brilló en ese rostro—. Vamos, no te haré nada malo.

—Lo sé —replicó ella rápidamente, dejando caer los brazos cruzados y caminando hacia la cama. Se sentó en la esquina, más alejada de él, con los tobillos entrelazados y las manos cruzadas sobre el regazo. Lo miró con sus grandes ojos grises, como si él fuera a abalanzarse sobre ella, en cualquier momento.

Él hizo todo lo posible por controlar la sonrisa nerviosa, que amenazaba con escabullirse en su rostro, y en su lugar adoptó su mejor expresión de penitencia. —Eleanor —comenzó—, Nell. Te pido disculpas por mi comportamiento. ¿Recuerdas cuando en el carruaje te dije que no tengo origen?

Ella asintió, absorta en su atención, pero no emitió ningún sonido.

—Quizás creas que esto es falso, ahora que sabes que nací en Kent y viví un tiempo en una casa antigua, que perteneció a varias generaciones anteriores a mí. Debes entender que lo que te dije es lo que creo. No siento por ese lugar ni por esa casa nada que no esté sumido en algo profundamente desagradable. Ojalá nos enviaran a cualquier otro lugar, menos allí. No tengo intención de mantener un equipo permanente, una vez terminada nuestra misión, y por eso creo que lo más pragmático es simplemente trasladar a mi personal actual de confianza para este interludio temporal.

Ella se mordió el labio, probablemente reprimiendo el impulso de preguntarle detalles de esos recuerdos desagradables, a los que hacía referencia, y miró a un lado, evitando esa mirada.

Él la observó, aún atormentado por la sensación de haberla maltratado. —Haré un anuncio al personal de inmediato —le dijo con dulzura—. Les explicaré que solo queríamos contárselo a tu familia, en persona, antes de hacer pública nuestra unión. Es la verdad, ¿no?

—Lo es —asintió ella con voz suave y distante.

El silencio flotaba entre ellos, interrumpido únicamente por el silbido del viento exterior.

—Lo siento, Nathaniel —añadió ella, alzando de repente la barbilla para mirarlo a los ojos—, siento que te he arrastrado a la miseria y no sé cómo remediarlo.

Él se quedó atónito, buscando por un momento las palabras para responderle. ¿Lo sentía? ¡Oh! ¿Cómo podía esta mujer estar involucrada en algo que sucedía en las sombras? Ella era inocente como una ovejita.

—No tienes nada de qué disculparte —le dijo—. Estoy seguro que este ha sido un momento extraño y sin precedentes para ambos.

—No tenemos por qué irnos —dijo ella, mirándolo con esos ojos grandes y confiados—. Podemos simplemente decidir no formar

parte de la Hoja de Plata, si así lo deseamos. No creo que la tía Zelda tome represalias, aunque sin duda se disgustaría.

Él suspiró. Esta era probablemente la solución inteligente, a esta difícil situación. Pero no podía explicarle a ella por qué esto era imposible, y por qué había pasado más de una década buscando respuestas, que jamás encontraría, si hacían lo sensato y seguro, al retirarse. —Me temo que soy un hombre de palabra —insistió—. Iremos a Meridian y llevaremos a cabo esta misión, y luego decidiremos, si queremos continuar con las maquinaciones de tu tía.

Ella asintió, tomando aire profundamente, como para fortalecerse. —¿Por qué ella tenía las llaves de la casa de tu familia? —preguntó en un tono, que no esperaba respuesta—. ¿Qué quiso decir con lo que le dijo a Peter? ¡Me siento más perdida ahora que esta mañana!

—Yo también —respondió él, severamente—. En cuanto a que ella tenía las llaves de la propiedad de mi familia, estoy tan desconcertado como tú. No parecía preocupada, en absoluto, que la acusara por entrometerme en mi propiedad. Sabe que no puedo hacerlo sin plantear un montón de preguntas sin respuestas fáciles.

Ella hizo una mueca, negando con la cabeza, ante lo que debía de ser toda una vida de fechorías de su tía. —Ella te conoce desde hace mucho más tiempo que tú a ella.

—Eso parece —replicó él con serenidad. La impresión no era del todo correcta, pero le inquietaba que Lady Silver aparentemente lo hubiera visto venir hacía años. No se lo esperaba, sobre todo sabiendo lo que él sabía de ella.

—Entonces, ¿es Kent? —preguntó ella, ladeando la cabeza—. ¿Y un anuncio de nuestra unión?

—Eso parece —asintió, poniéndose de pie. Le ofreció la mano y la ayudó a ponerse de pie también, mirándola a los ojos—. ¿Te presentamos al personal, señora Atlas?

Ella sonrió tímidamente, mordiéndose el labio inferior. A pesar de las molestias que los rodeaban, a él le emocionó un poco verla tan tímida a sus órdenes.

—Nathaniel —dijo en voz baja, dando un paso al frente, acortando la distancia entre ellos y dejando su mano, en la de él—. Sé que no te casaste conmigo por las razones por las que la mayoría de los hombres se fugarían con una chica. Aún así, me gustaría esforzarme por ser feliz, en nuestra unión, por ser la esposa que hubieras deseado, si las cosas hubieran sido más predecibles.

Él podía sentir cómo ella contenía la respiración y cómo esas oscuras pestañas parpadeaban, mientras intentaba disimular la vergüenza de lo que había dicho. El primer instinto de Nathaniel fue interpretar al héroe romántico. Él era muy bueno en eso, experto en palabras dulces y gestos cariñosos, que sumían a las debutantes en un embrollo de fascinación. Sabía que la apaciguaría, quizás incluso la emocionaría, pero se encontró dudando, ante este artificio.

Ella nunca iba a ser la novia, que él había soñado. Era escurridiza y fría, alimentando ambiciones que abarcaban la alta sociedad de principio a fin. Decirle lo contrario sería mentirle, y él pensaba que ya había pasado su vida rodeado de suficiente deshonestidad.

—Si no quieres compartir la cama conmigo, lo entiendo — añadió ella, levantando la barbilla para protegerse del calor que le inundaba las mejillas—, nunca insistiría en algo así, cuando no es necesario.

Él la miró parpadeando, tentado una vez más a reírse ante una afirmación tan absurda. No lo hizo. Sabía perfectamente cómo le parecería eso, en un momento de vulnerabilidad como ese.

—Creo que vale la pena —le dijo, llevándole la mano a los labios para besarla suavemente—. Me encantaría intentar ser felices como marido y mujer, aunque no sea lo que ninguno de los dos hubiera imaginado. Todo esto es extraño y nuevo para mí también.

Ella esbozó una tenue sonrisa, con el color aún intenso en las mejillas por el roce de esos labios. —¿Hablamos con el personal, entonces?

—Sí —coincidió él, metiendo la manita en el hueco del brazo y señalando hacia la puerta—. Es una idea espléndida.

CAPÍTULO NUEVE

En vista de todo lo sucedido, Nell se dio cuenta que no podía negarle a su nuevo esposo la necesidad de empacar sus cosas de inmediato y emprender la marcha de nuevo. Después de todo, el otoño estaba dando paso rápidamente al invierno, y sería mejor evitar las primeras nevadas, si podían, sobre todo porque aún no sabían qué les aguardaba en Kent.

—Algo que dijiste, antes, me hizo darme cuenta que podemos simplemente empacar y enviar algunas de las necesidades más urgentes, querida —le había dicho Nathaniel, durante una cena temprana—. No creo que quede mucho en Meridian, que queramos usar por mucho tiempo, así que al menos deberían enviarnos una cama y algunos artículos básicos de aseo.

—¿Yo te di esa idea? —se había preguntado sin recordar ninguna sugerencia similar.

—Exacto. Dijiste que no podíamos simplemente enviar el personal, como si fueran muebles, lo que me hizo darme cuenta que sí podíamos enviar los muebles, en sí. Eres muy lista, ¿sabes?

—¡Oh! —Ella se sonrojó, concentrando su atención en la comida para disimular el rubor de placer, que se le subía a las mejillas. Sabía que la cabeza le daría vueltas, durante horas, por lo ocurrido, en la primera mitad del día.

—Enviaremos algunas cosas, esta noche, creo, y partiremos mañana, al amanecer —continuó Nathaniel, ajeno a todo—, mo me apetece volver a dormir, en ese carruaje.

Por supuesto, ella deseaba más que nada sugerir que no hicieran nada parecido. Parar en posadas sería mucho más cómodo

para ambos y les daría la oportunidad de compartir habitación y un poco de privacidad, en la siguiente travesía. Ahora que ella había recuperado sus cosas de su tía, tenía ropa de dormir adecuada y algunos vestidos, que podrían realzar sus escasos encantos con más eficacia, que los que había usado hasta entonces, como mujer casada.

Aún así, no se atrevía a mencionar la idea de compartir la cama. Él no había sido cruel ni la había rechazado directamente, antes, pero tampoco había expresado una intención apasionada de cumplir con los deberes conyugales. Por primera vez, en su vida, ella deseó profundamente haber pasado más tiempo cotilleando con las chicas, que había conocido en la escuela. Quizás algunas de ellas le habrían dado algún consejo sobre cómo seducir a un marido.

Su propia madre nunca la había aconsejado mucho, en estos asuntos, pues estaba malcriada por un largo y amoroso matrimonio con un hombre que la adoraba. Quizás debería escribirle y preguntarle de todos modos, lo pensó, por muy embarazoso que esto fuera. Después de todo, sus padres habían tenido muchos hijos y seguían siendo muy cariñosos, a pesar de la falta de riqueza y lujo.

Se preguntó con una sonrisa burlona: *«¿Qué sugerirá la tía Zelda al respecto?»*. Sin duda, ella sabía de esas cosas, por muy desagradables que le pareciera. Nell había visto grabados realmente impactantes de diversas aventuras amorosas entre personas ricas e influyentes, a lo largo de los años, aunque siempre apartaba la mirada rápidamente, en lugar de examinarlas, buscando información útil.

¡Ah! Quizás esto era inútil. Debería estar eufórica por haber sido presentada, al personal de la casa, como la señora de Nathaniel Atlas, en lugar de obsesionarse con sus quejas superficiales. De todos modos, era muy común que una mujer tuviera su propia habitación, en casa de su esposo. De hecho, la señora Arlington les había dicho a sus alumnas, más de una vez, que precisamente eso era la clave de la armonía matrimonial. No había nada de malo en ello.

Él la había presentado como si ella fuera un tesoro precioso, que había desenterrado, ayudado por fuerzas del más allá, y mientras el personal la miraba con pura curiosidad, él les había presentado la misteriosa oferta de unirse a él, en Kent, durante los próximos meses, dejando las decisiones finales, en manos de su mayordomo y llevándosela al comedor, antes que pudiera siquiera respirar.

Realmente, él era magnífico. Nunca había visto a nadie defenderse con tanta indiferencia contra su tía. Nathaniel se había sentado, a su lado, tomándole la mano en lo que debió ser un gesto sincero y devoto de compasión, mientras los bombardeaban con instrucciones crípticas, que arruinarían aún más sus vidas. Él lo había soportado todo con una educada indiferencia, y cuando ella terminó, simplemente aceptó sus condiciones, como si no fuera ninguna molestia.

Peter se había ofrecido a acompañarlos, aún con el ceño fruncido por una preocupación insensata por la seguridad de Nell con su nuevo esposo. Zelda había respondido sin ambages que tenía sus propios planes para Peter y «su brazo armado», fuera lo que fuera que eso significara. Él parecía tan desconcertado, como ella, pero no pudieron sacarle más detalles, a su tía, en ese momento.

—Tenemos dos tareas que atender, esta noche, antes de partir de Londres por la mañana —dijo él, sacándola de su ensoñación.

Ella parpadeó y volvió al presente, dándose cuenta que había estado agarrando el tenedor con tanta fuerza, que se le habían clavado remaches rojos y furiosos, en la mano. Soltó el objeto ofensivo de inmediato, y levantó la cabeza rápidamente para mirar a su esposo, a los ojos.

—Uno de nosotros debe escribir el anuncio de boda para el *Evening Standard* y uno genérico para algunos de los periódicos de menor tirada. El otro tendrá que encargarse de elaborar una lista de compras, antes de nuestra llegada a Kent. Enviaremos un

mensajero, esta noche, antes del transporte de muebles. ¿Tienes alguna preferencia, al respecto?

—Soy capaz de hacer ambas cosas —respondió ella con sinceridad. Como mínimo, Nell sabía que era útil.

—Entonces, si no te importa, prefiero la frivolidad de redactar un conjunto de anuncios ventajosos —dijo él con una leve mueca, en esos labios finamente esculpidos—. Espero que no me consideres insulso.

—Nunca —le aseguró ella, tal vez un poco más reverente, en un tono más formal.

Así fue como ella se encontró junto a Sarah, la doncella que la había ayudado la noche anterior, con un trozo rígido de pergamino equilibrado sobre un libro, en su regazo.

—Disculpe que lo diga, señora, pero creo sinceramente que todos llegaremos a Kent, y nos daremos cuenta que hemos olvidado muchas cosas importantes.

—¡Oh! Sin duda —expresó Nell—. Siempre pasa lo mismo con cualquier viaje, ¿cierto?

—¡Oh! No lo sé, ¿cierto? —dijo Sarah con una sonrisa—. Nunca he salido de Londres.

—¿Nunca? —repitió Nell, horrorizada. No es que ella misma viajara mucho, pero no salir nunca de los confines de Londres le parecía imposible. Este era un lugar que la alta sociedad solo podía tolerar, durante la mitad del año, mientras que todos pasaban la otra mitad recuperándose del bullicio interminable, en diversos rincones del campo—. ¿Entonces no piensa venir con nosotros, a Kent? Es su decisión, por supuesto.

—¡Oh! Es mejor que lo haga. —Sarah se encogió de hombros. Ese buen humor parecía extenderse a una aventura inexplorada. Esos ojos azules brillaban con hoyuelos, en las mejillas, al hablar—. Me gustaría ver el océano, después de todo. Y he oído que el campo

está lleno de hombres fornidos, que necesitan una buena esposa. Quizás encuentre uno por ahí, ¿eh? Todo es posible.

—Es posible —coincidió Nell—. Al fin y al cabo, yo encontré marido.

—¡Y cómo lo hizo! —coincidió Sarah con una risita—. El amo es un partido muy bueno.

Nell ladeó la cabeza, observando a la otra chica. Era soltera, sin duda, pero tal vez podría ofrecerle algún consejo femenino, similar a lo que había estado considerando antes. No podía preguntar ahora mismo, por supuesto. No se sabía hasta qué punto era chismosa ni a quién le debía realmente su lealtad, pero tal vez, si seguían llevándose tan bien... De todos modos, valía la pena considerarlo.

—Serán necesarios platos y cubiertos, aunque creo que comprarlos, en Kent, es más sensato que transportar una gran cantidad de porcelana frágil, ¿no le parece? —preguntó Nell, distraídamente, rascando la lista que estaba haciendo—. ¿Y los libros? ¿El señor Atlas es un gran lector?

—Aquí hay una pequeña biblioteca —respondió Sarah—. Aunque suele preferir su estudio.

—Bueno, al menos querré algo para leer por el camino —dijo Nell—. Supongo que abastecer una biblioteca, en Kent, no es una prioridad, por mucho que me duela. Alguien debería contratar a un mozo de cuadra y aperos y provisiones para recibirnos. No sé en qué estado estarán los establos de Meridian, pero nos beneficiará más repararlos, que pagar que las monturas se alojen en otro lugar. ¿Sabe por casualidad cuántos miembros del personal piensan unirse a nosotros, en esta aventura?

—No conozco a nadie que no quiera ir —respondió Sarah con seriedad—. Es una perspectiva extraña y emocionante para gente como nosotros. Dudo que muchos dejen pasar la oportunidad.

—Bueno, al menos eso es todo —suspiró Nell—. Organizar el transporte para tantos va a ser un poco complicado, pero al menos

conocemos la calidad de cada trabajador, desde el principio. Creo que esta es la lista más completa, que podemos hacer, Sarah. Si no se le ocurre nada más, mejor entréguesela al señor Humphrey, ahora mismo.

—Sí, señora —replicó Sarah, poniéndose rápidamente de pie para hacer una reverencia—. ¿Quiere otro baño esta noche? ¿Usted y el amo van a la ciudad? Puedo volver para ayudarla a vestirse, si es así.

—No, no —dijo Nell, negando con la cabeza—. Debemos madrugar para emprender el viaje. Probablemente, me retiraré pronto. Si me pudiera mostrar la biblioteca, que usted mencionó, elegiré algunos libros para mi viaje.

—Por supuesto, señora —lo expresó Sarah, alegremente, señalando hacia dónde se dirigían—. Está justo enfrente de los aposentos del amo. Es una casa grande, pero cualquiera se acostumbra.

Era una casa grande. No tan grande como la finca donde ella había pasado la mayor parte del otoño, sin duda, pues aún estaba enclavada en una zona residencial de Londres, donde el espacio escaseaba. Aún así, era mucho más grande que la casa, donde se había criado de niña y, por supuesto, mucho más grande que el piso amueblado de su tía, encima de la imprenta.

Ella sintió una punzada de arrepentimiento por tener que irse tan pronto, sin tener la oportunidad de explorar el lugar adecuadamente. Aunque, por supuesto, regresarían en primavera, cuando se reanudaran las sesiones del Parlamento... O, al menos, Nathaniel lo haría. Quizás no quisiera llevar a su esposa, a la temporada. Muchos hombres no lo hacían.

Frunció el ceño, despidió a la doncella con la mano y entró en la biblioteca. Era una habitación ordenada con cuatro estantes, dos sillas a juego y una chimenea. Nell siempre había pensado que los espacios de lectura eran desordenados por naturaleza, un lugar donde los pensamientos y las pertenencias se desorganizaban,

acumulaban y reorganizaban con demasiada frecuencia, como para mantener algún tipo de orden. Evidentemente, su nuevo esposo no compartía esa línea de pensamiento.

Había muy poca ficción digna de mención, en los estantes que alcanzaba con la altura suficiente. Solo había mitologías y algunas novelas clásicas, quizás por necesidad académica más que por el placer de abrazar la fantasía.

Pasó los dedos por los volúmenes cuidadosamente ordenados alfabéticamente de referencia e investigación. Maquiavelo dio paso a Milton, quien la condujo a Moro. Ninguno de estos libros le era desconocido, pero tampoco eran amigos entrañables. Se decidió por una colección de poemas de Alexander Pope, que sin duda nunca habría tenido a su disposición, en casa de la señora Arlington, y una breve historia de Kent, lugar del que no sabía mucho. Tras un momento de reflexión, también agarró un volumen de traducciones titulado *Cuentos de oriente*, que, como mínimo, le pareció fascinante.

Al salir de la biblioteca con la intención de regresar a sus aposentos, se quedó paralizada, mirando la puerta cerrada del dormitorio de Nathaniel con una repentina inspiración. No sabía nada de seducción, admitía, pero sí sabía mucho sobre cómo justificar sus deseos hasta que otros les vieran el sentido.

Se mordió el labio, pensando, a toda velocidad, en diferentes maneras de llevar a cabo su idea. Apretó los libros, a un lado, con la energía nerviosa subiendo desde las plantas de los pies hasta la velocidad de su corazón, y decidió que debía aprovechar su condición de señora Atlas, mientras pudiera, para no quedarse atrás y no desperdiciar otra oportunidad de hacerlo.

*****

Nate estaba empapado hasta los huesos, apretando la mandíbula con fuerza para evitar que le castañetearan los dientes. No entendía por qué se había tomado la libertad de entregar personalmente los dichosos anuncios de boda, a los editores que había elegido, aunque seguramente tenía una buena razón, al partir.

Llegó a su casa en un caballo muy agitado, con su aliento condensado en grandes nubes de niebla, que dejaba a su paso. La lluvia ya no caía con fuerza, pero incluso las finas cortinas que caían, desde arriba, eran como un escalofrío, que le llegaba directamente a la piel.

Había intentado esperar, deteniéndose en un pub vacío, cerca de las oficinas del *Evening Standard*, y bebió whisky, durante casi una hora. De haber podido, habría tomado un carruaje a casa y enviado a alguien a buscar su montura, pero con la familia apresurándose para salir temprano, simplemente no podía permitirse crear más trabajo para ninguno de ellos ni podía holgazanear, en un pub, toda la noche.

A esa altura del año, ya estaba oscuro, muy temprano, en el día, y había perdido la carrera a casa por la luz del anochecer, que se apagaba rápidamente.

Al llegar, esquivó a varios hombres que subían un armazón de cama de madera a un carruaje, esforzándose por proteger las piezas, bajo una lona encerada. Esperaba que el colchón no se arruinara con este tiempo, antes de llegar a Kent, para que él y su nueva esposa no tuvieran que conformarse con mantas, en un suelo desnudo, y probablemente muy sucio.

Entró en la casa, sacudiéndose una capa de gotas de lluvia, mientras se quitaba el sombrero y el abrigo, y se los entregaba a un lacayo que lo esperaba.

—¿Necesita un baño, señor? —le preguntó el muchacho, observando su aspecto desaliñado.

—No, solo una o dos toallas y mi pijama me vendrían bien —respondió Nate—. Y quizás un poco cerca de la chimenea.

—Al menos su cama ya está calentita —dijo el joven con un ligero rubor—. La señora Atlas se retiró hace tiempo.

—¿Cierto? —replicó con curiosidad—. Esperemos no despertarla con el frío. Asegúrese que esta ropa esté seca, antes de empacarla para el envío, y después de todo, llevaré un poco de agua caliente. Solo una palangana para un baño rápido, por favor.

—Señor —dijo el lacayo, mientras daba la vuelta para marcharse para cumplir con su tarea.

Nate resistió el impulso de interrogar más al lacayo y, en cambio, se apresuró a ir a su dormitorio, profundamente curioso por lo que podría encontrar dentro. Incluso le había dicho, hacía apenas unas horas, que no se acostaría con ella, si ella no lo quería.

Suspiró para sí, aliviado que la tela ceñida de su ropa fuera lo suficientemente fría como para combatir cualquier pensamiento peligroso que esta premisa pudiera inspirarle. La chica no era una seductora intrigante ni mucho menos, y no deseaba dañar esa delicada figura ni su creciente confianza en él, como esposo, entregándose a un impulso brutal y animal, en el dormitorio.

Debía andar con cuidado. Con el tiempo, él sí se acostaría con ella, sí, y tal vez incluso engendraría un heredero, pero debía ser en un momento, en que tuviera mayor control sobre sí mismo. Su vida había sido más tumultuosa, en las últimas dos semanas, que desde que tenía diez años, y por muy tentador que fuera perderse en el placer con su dulce esposa, debía ser cuidadoso con el proceso de seducción, siendo mesurado y diplomático.

Después de todo, si el primer encuentro le resultaba a ella, aterrador o doloroso, quizás ella no estuviera dispuesta a repetirlo. Él sospechaba que, al ignorar sus instintos más bajos durante tanto tiempo, complacerlos, una vez, despertaría un apetito desbordante.

¿Cómo se acostaba uno con una virgen, en fin? Frunció el ceño, dudando justo afuera de la puerta de su habitación. Hacía años que no se sentía tan desprevenido. Era una tontería, pero sintió un repentino impulso de analizarla, como si fuera a un examen o a una negociación particularmente delicada.

«¿Qué clase de hombre se resiste a tener una chica dispuesta en su cama?», se preguntó. *«¿Quién de ustedes es virgen, después de todo?»*.

Respiró profundamente y giró el pomo de la puerta, negándose a dejarse amedrentar por la perspectiva de algo que prometía ser placentero, aunque le hubiera hecho latir el corazón con ansiosa duda. No sabía qué esperaba encontrar adentro, pero la realidad no le decía que ella fuera una esposa exigente, que esperaba y merecía atención carnal.

Nell estaba efectivamente en su cama. Dormía, aparentemente sin querer, recostada sobre almohadas con un libro abierto sobre el pecho. Sus gafas habían salido del equipaje y se balanceaban precariamente sobre la punta de su nariz, amenazando con caerse, en cualquier momento.

Ella soltó una bocanada de aire, y de repente él se sintió absurdo. Para no molestarla, dejó la puerta entreabierta para que pudieran traer el lavabo lo más silenciosamente posible.

Él se dirigió a la cama, notando que ella había elegido el lado izquierdo, como suyo, y con cuidado le quitó las gafas de la cara, tratando de no tocarla para que no despertara. Incapaz de resistir la curiosidad, las sostuvo frente a sus ojos, observando, a través de los cristales redondos, el mundo como ella debía verlo.

«Esto no es terrible», reflexionó. Él podía distinguir todo en la habitación, pero si le hubieran pedido que leyera el libro, que ella sostenía, no habría podido. Una debutante promedio habría usado estas gafas lo menos posible, pero hoy era la primera vez, que la veía sin estas. Sintió una leve tentación de acercarse al espejo y

mirarse con las gafas puestas, aunque pensó que sería mejor no caer en tonterías.

En lugar de eso, las dobló, colocándolas con cuidado sobre la mesa, junto a ella, pensando en cómo podría levantar el libro sin perturbarle el sueño.

La puerta crujió, sobresaltándolo. Una criada le hizo un gesto respetuoso con la cabeza, depositando rápidamente un cuenco de agua humeante en una palangana de alambre y saliendo a toda prisa, cerrando la puerta silenciosamente tras ella.

Decidió dejar el libro donde estaba, por el momento, para poder lavarse y calentarse hasta estar presentable, antes de arriesgarse a despertarla. Se quitó la ropa mojada y colocó cada pieza, en las sillas frente al fuego, temblando al exponer su piel húmeda al aire.

Un paño mojado, en agua caliente, le alivió el frío de maravilla, aunque ahora que había probado el calor, le habría gustado darse un baño. Se puso una pijama de lana seca, que había absorbido parte del calor de la chimenea, y se apartó el pelo húmedo de la cara.

Realmente, uno nunca aprecia lo maravilloso que es estar seco y cálido sin un duro recordatorio de la otra alternativa.

—¿Nathaniel? —murmuró Nell con voz aturdida, desde la cama.

Él dio la vuelta y la encontró, todavía aferrada al libro contra el pecho, mirándolo fijamente, desde el otro lado de la habitación. —No quería despertarte —dijo, en voz baja—. Mis disculpas.

Ella negó con la cabeza, frotándose los ojos para quitarse el sueño y se incorporó. El libro se desprendió del camisón, revelando una tentadora cantidad de piel desnuda, a lo largo de los hombros y el escote. No era el delicado y atractivo negligé que podría verse en una recién casada, sino más bien una prenda práctica y apreciada, propia de una doncella. ¿Por qué era eso aún más provocativo?

Ese cabello oscuro estaba trenzado, a la espalda, con algunos rizos rebeldes que se le escapaban por el rostro, y el modesto escote dejaba entrever un busto más generoso de lo que había imaginado en una figura tan menuda. Verla así le hacía desear haber dedicado más tiempo a aprender a ser un libertino.

—Se llevaron mi cama —dijo, reprimiendo un bostezo tras su mano—. A Kent.

—¡Ah! Sí, vi cómo lo cargaban para el transporte —respondió Nathaniel con voz débil—. ¿Necesitas algo? Yo también estaba a punto de acostarme. Tenemos que madrugar.

—Mmm, no —dijo ella con los párpados ya cerrados—. Ven a la cama, por favor.

Esas palabras, de alguna manera, le hicieron desear cualquier cosa menos dormir. Sin embargo, huir de la casa descalzo y en pijama, alejándose de una esposa que probablemente pesaba menos que algunos de los libros que leía, era una propuesta tan absurda, que se obligó a seguir adelante, valiéndose de sus años de experiencia, en mantener una fachada tranquila.

Ella se había puesto de lado, ajustando las almohadas a una altura razonable. Cuando él retiró la manta para acostarse, a su lado, pudo ver esas delgadas y pálidas piernas, asomándose por el dobladillo arrugado del camisón, que se lo había subido hasta las rodillas.

Él tragó saliva, decidiendo que alejarse de ella era de hecho la forma más segura de dormir, e hizo lo mejor que pudo para ignorar el aroma a lavanda y menta, que se elevaba desde las sábanas, mientras se acomodaba, en su lugar.

Las antorchas ya estaban apagadas. La única luz en la habitación provenía de la chimenea. Era suficiente luz para delatar su miembro libertino, si se ponía boca arriba de ella. Apretó los dientes, intentando buscar la calma, mientras ella se acomodaba, a espaldas de él.

—Buenas noches, Nathaniel —susurró y esa mano tocó brevemente su espalda.

—Buenas noches, Eleanor —replicó, sabiendo que no dormiría en absoluto.

CAPÍTULO DIEZ

«¿Puedo darte un beso de buenas noches?».

La pregunta se repetía, una y otra vez, en la mente de Nell, abriéndose paso hasta sus labios, formándose casi las palabras con el corazón latiendo con fuerza, impulsándola a decirlas. Se quedó allí, paralizada, mientras que su mente le gritaba que fuera valiente. No estaba tranquila, pero de alguna manera, ella se quedó dormida, antes de poder pronunciar una sola sílaba, con la lengua hecha un nudo, toda la noche.

Cuando ella despertó, Nathaniel ya no estaba. El lugar donde ese cuerpo había estado, al parecer hacía apenas unos momentos, estaba vacío y frío, y era demasiado tarde para decir algo. Ella se había tomado la molestia de urdir un plan, de mandar que le desmontaran la cama y se la llevaran, solo para quedarse dormida, antes de ejecutarlo.

«¡Fracasé dos veces!».

¡Oh! Ella podría simplemente gritar.

Nell no estaba acostumbrada al fracaso. Más bien, estaba acostumbrada a sacar buenas notas y llevar sus ideas, a buen término, ¡así era ella! Esto no era diferente a una asignatura del instituto, ¿cierto? Era un reto, una tarea, y había flaqueado, al llegar a la meta.

Hasta ahora, nunca se había propuesto una meta que no estuviera segura que no estuviera a su alcance.

—Buenos días, señora —dijo Sarah, alegremente, desde la ventana, ajena a la clamorosa crisis interna de su señora.

Fue la luz que dejaba entrar la que sacó a Nell de su atormentado sueño. Al levantar la vista, parpadeó rápidamente y mil orbes rosados estallaron ante ella. Era una mañana radiante.

—Ha parado de llover, así que las carreteras deberían estar en buen estado, cuando salgamos de Londres —comentó Sarah, sonriendo al buen tiempo, como si esto lo hubiera provocado ella misma, y estuviera contenta con su trabajo.

—¿Dónde está Nathaniel? —preguntó Nell con voz ronca y seca, mientras se abría paso entre las mantas hacia el mundo de los vivos—. ¿Dónde está mi esposo?

—¡Oh! Él se fue, antes del amanecer —respondió Sarah, girando sobre sus talones para ir a buscar una bandeja con el desayuno para Nell—. Dijo que quería adelantarse a Kent y asegurarse que las necesidades básicas estuvieran cubiertas, antes que llegara su prometida. Muy considerado de su parte, esa es la verdad. Muchas chicas de abajo han estado encantadas con semejante gesto. Es usted una mujer afortunada, si me permite decirlo, señora.

—Por supuesto, gracias —replicó Nell, a falta de nada más que decir. Dejó que la doncella le pusiera la bandeja, en el regazo y, sin pensarlo mucho, eligió y mordió una tostada seca. Se obligó a masticar, agradecida que la tarea le impidiera hacer expresiones faciales, para no delatar su descontento con esta repentina partida.

¡Él se había escapado de ella! Debería estar horrorizada y avergonzada, pero en ese momento, prefería estrangularlo. O quizás quería estrangularse a sí misma. Ya no sabía cómo se sentía.

—Puedo acompañarla, en el carruaje, si usted lo desea, señora —continuó Sarah, preparando el vestido del día—, pero si no desea compañía, me esfumaré. Hay muchos asientos en los otros carruajes. Algunas nos quedaremos los próximos días para seguir empacando y cerrando la casa, pero creo que es mejor estar, a su disposición, durante el viaje.

Nell hizo una pausa y tomó un vaso de agua para bajar los restos de pan, que le pesaban en la garganta. En cuanto recuperó el habla, se dirigió hacia Sarah con lo que esperaba que fuera un rostro confiado. —¿No querrá empacar todos los muebles para enviarlos a Kent? Sería un gasto considerable de tiempo y recursos empacar toda la casa. Solo acordamos lo básico, ¿cierto?

—Sí, por supuesto, señora, pero lo básico suma muchos artículos y, además, algunos lotes pesados.

—Nathaniel desea que la cama principal se quede aquí —dijo de repente con un tono sereno, que le daba a la orden un peso de autoridad—. Es pesada y está hecha de materiales preciosos, que podrían dañarse fácilmente en el camino. Después de todo, no necesitaremos alojamiento para invitados, durante solo unos meses, y podemos arreglárnoslas con los muebles de la habitación, que alquilé la primera noche. Dejen esta como está.

—¡Oh! —expresó Sarah con sus brillantes ojos azules abiertos, estando alerta—. Sí, por supuesto. Se lo diré a los hombres. No empacaremos nada pesado, aparte de lo que se llevó anoche. Ni alfombras, ni mesas, ni nada por el estilo.

—Bien —confirmó Nell. Esta vez, levantó una tostada y se tomó su tiempo para cubrirla con una suave capa de mantequilla y una cucharada de mermelada. Este pequeño acto de desafío, de alguna manera, la había tranquilizado—. Solo un armario para nosotras también. Debería bastar. Dígame, ¿cuántos días de viaje calcula?

—Bueno, no lo sé con exactitud, señora, pero algunos miembros del personal más mundano han hecho cálculos. Dicen que a caballo, por donde fue el amo, probablemente, tardaremos menos de dos días. Para nosotros, en la diligencia, quizás tres, pero todo depende de las carreteras y el tiempo.

—Ya veo. —Nell deseó con desesperación dar un gran suspiro, pues lo único que hacía la perspectiva de otro largo viaje, en un carruaje ruidoso, menos atractiva de lo que ya parecía era la ausencia de su nuevo marido, como distracción—. Me gustaría que

viajara conmigo, Sarah —aceptó, complacida con la forma en que se iluminó el rostro de la chica—. Paso mucho tiempo leyendo, durante estos viajes, si no le importan los momentos de silencio.

—¡Oh! Para nada —expresó Sarah sin aliento, juntando las manos con una emoción apenas contenida—. Tengo que tejer un poco y quizás consiga un libro de la colección. Nunca tengo tiempo para esos placeres.

—Entonces, está decidido —dijo Nell con un gesto de la cabeza —. Vayamos a Kent y a Meridian House.

—Sí, señora —reiteró Sarah, alegremente.

*****

Nell descubrió que era muy hábil para ser la señora de un dominio. Nunca antes en su vida había sido ella quien daba órdenes. Nunca antes en su vida había vivido en otro lugar, que no fuera el techo de otra señora, ya fuera el de su madre, su tía, la señora Arlington o, más recientemente, el de la vizcondesa Somers.

Sin ninguna práctica, pudo hablar con la suficiente autoridad como para que la obedecieran, y así, su carruaje partió primero, con dos conductores y Sarah a cuestas. Les explicó el método que Nathaniel había usado para acelerar la llegada de Escocia a Londres, con caballos frescos en posadas y turnos entre los dos hombres de arriba. No fueron instrucciones que recibieron con agrado, aunque fueron acatadas, y eso era lo único que importaba al final, ¿no?

Se puso su habitual vestido azul, pero volvió a lucir sus rizos oscuros recogidos y recogidos con sumisión. Se acomodó en el rincón del carruaje, al que se había acostumbrado, e intentó comenzar el viaje, ahondando en la obra de Alexander Pope, un hombre cuya obra se consideraba inapropiada para la biblioteca de su escuela de perfeccionamiento.

Sarah se sentó frente a ella, entrechocando alegremente sus agujas de tejer, mientras que trozos de tela surgían del otro extremo. Después de una hora, Nell encontró el proceso de tejer mucho más fascinante que las cínicas opiniones del señor Pope sobre la vida misma y su inevitable futilidad.

Quizás ahora, él la tocó demasiado de cerca.

Al hacer su primera parada, Nell logró negociar un refrigerio para su grupo con una comida caliente y un rato, en una de las habitaciones de la posada, un dormitorio con catres cerca del granero, donde los caballeros podían echarse una siesta, si lo deseaban, antes de partir de nuevo. Nell se sentía demasiado inquieta para dormir, y Sarah parecía contenta de acurrucarse, junto al fuego de la posada, y acribillar a los demás viajeros con preguntas curiosas.

No estaban a más de un día de Londres, pero para la doncella, que tenía los ojos muy abiertos, bien podrían haber cruzado el océano y llegado a costas desconocidas.

De vuelta en el carruaje, Sarah parloteó con nostalgia sobre lo que le habían contado del pueblo de Canterbury y cómo sería visitarlo. —La gente hace peregrinaciones allí —dijo sin aliento—. ¡Es muy famoso!

—Sí —asintió Nell, divertida—. Yo tampoco he estado. Aunque probablemente esté en la historia de Kent que saqué de la biblioteca de Londres. Si usted tiene curiosidad sobre el lugar, échele un vistazo.

—¡Oh! Sí señora, eso suena espléndido —suspiró Sarah, levantándose inmediatamente y apoyando la mano en el techo del carruaje para poder rebuscar en la bolsa con los libros—. ¿Quiere esta otra, entonces? Parece que no le gusta la que tiene.

—Sí, mejor así —dijo Nell con un suspiro, ofreciéndole la antología del señor Pope a cambio de *Cuentos de oriente,* que había

tomado prestado impulsivamente—. Quizás este sea un poco más optimista sobre el estado del mundo, ¿eh?

—Bueno, nos dirigimos al sureste, señora —dijo Sarah con seriedad—. Me parece apropiado.

Nell se rió entre dientes, acomodándose contra la ventanilla del carruaje con los pies apoyados en el otro lado, y abrió la tapa del libro.

«Cuentos de oriente», leyó. *«Una colección de magia y mitos lejanos».*

No reconoció el nombre del traductor, aunque sí notó que el libro había sido publicado por la Universidad de Oxford. Se preguntó distraídamente si su hermano conocía al hombre, que había hecho las traducciones. Quizás el mundo era más pequeño de lo que ninguno de ellos imaginaba.

Era un pensamiento extraño, antes de ser catapultada a un mundo de fantasía completamente ajeno a Nell. Allí no había caballeros de acero brillante, ni lores, ni ladies al frente. En lugar de jardines ingleses y valles serpenteantes, había arena dorada y árboles tropicales, llenos del canto de los pájaros y el parloteo de los monos. Los héroes no eran los ricos y poderosos sino la esposa de un pescadero, que pide deseos a una pesca mágica, una concubina ansiosa por huir con su amante, o una banda de ladrones tras un tesoro, que ciertamente no les pertenecía.

Cada historia era un poco más larga que la anterior, y cada rastro de magia era un poco más audaz y fantástico. Nell pensó que el hombre que había traducido, esta obra, había hecho un trabajo excelente, al sumergirse en lo extraño y foráneo.

Cuando se topó con una historia titulada *Alí con el miembro grande*, se dio cuenta que probablemente este libro tampoco estaba dirigido a mujeres jóvenes. Era una historia extraña sobre la anatomía masculina y cómo quienes poseen un órgano, en particular, tienden a obsesionarse con cada aspecto de este.

Habiendo visto solo hombres desnudos en esculturas de buen gusto, Nell pensó que la preocupación por tal cosa era completamente exagerada, aunque la historia en sí misma le había hecho sonrojar.

El libro era largo y tan denso que Nell a menudo terminaba una historia solo para leerla dos veces, simplemente para absorber todo lo que contenía. Más de una vez se encontró buscando una antorcha para poder seguir leyendo, durante las horas oscuras de su viaje.

Se encontró en el mar con genios y sirenas, en una corte real adornada con rubíes, mientras un sultán le exigía al culpable de un asesinato, en tan solo tres días, asesinar a otro hombre, o pagaría con su propia vida, si fracasaba. Le dio escalofríos leer sobre una mansión embrujada, llena de espíritus embaucadores, deseosos de arrebatar la vida a los humanos, a cambio de sueños placenteros.

El segundo día, al parar a comer y descansar, Nell se tomó la libertad de ordenar baños para los cuatro, para que se sintieran un poco más humanos, en la última etapa del viaje. Animó a todos a tomarse su tiempo y a sentirse renovados, ya que no le apetecía la perspectiva de llegar a la puerta de Nathaniel tan desaliñada y descuidada, como al final de su último viaje.

A pesar de la urgencia de volver a sumergirse, en su libro, Nell decidió tomar una siesta, después del baño, dejando su larga melena de pelo, al final de la cuna para que se secara, mientras dormía.

Para cuando despertó, ya era de noche, y pensó que mejor pasarían la noche allí. Los conductores, en particular, expresaron su agradecimiento por la idea, y Nell llevó a Sarah arriba para compartir una de las habitaciones más bonitas con una cama más grande por la noche, en lugar de seguir a bordo con varias personas al anochecer.

—Parece que le gusta su libro tanto como a mí el mío, señora —dijo Sarah, alegremente, mientras peinaba la maraña de rizos de Nell, antes de acostarse—. ¿Podríamos intercambiarlo cuando

terminemos? Nunca antes había tenido tanto tiempo para leer sobre Inglaterra, y me está dando un gran placer.

—¿De verdad? —preguntó Nell, complacida—. ¿Qué ha aprendido?

—¡Oh! Muchísimas cosas, señora. ¿Sabía que Inglaterra solía ser italiana?

—¿Italiana? —preguntó Nell, girando la cabeza, durante un momento.

—Sí, señora. Kent, en particular, formó parte de Roma en la Antigüedad. Ni siquiera el gran rey Alfredo, que supongo era un tipo muy eficaz, pudo confundir Kent con los sajones. El libro dice que la influencia romana sigue muy vigente hoy en día. ¡Me pregunto si allí todos son morenos y con aspecto italiano!

—Lo dudo —dijo Nell, riéndose—. Roma era prácticamente toda Europa, en aquel entonces. Probablemente sean tan ingleses como usted y yo... Usted sabe, yo soy de Winchester, al oeste de Londres. Allí somos sajones hasta la médula. El rey Alfredo está enterrado a un paso de la casa de mis padres.

—Quizás finalmente esté conquistando Kent para los sajones, señora —dijo Sarah, riéndose—. Si no, se unirá al enemigo.

—Supongo que ya veremos —respondió Nell con una leve sonrisa—. Si es posible, haré que mis antepasados se sientan orgullosos.

—¡Oh! Estoy segura que sí —dijo Sarah, al soltarle la trenza a Nell—. Mientras no nos convirtamos en paganos para Navidad, creo que nos hemos mantenido fuertes.

—Sí —repitió Nell, metiéndose en la cama y acurrucándose entre las sábanas—. Cuando termine mi libro, desearé haber sido una pagana desde siempre.

—Espléndido. —Sarah bostezó—. Sería una pagana guapísima, señora. Le quedan bien las pieles.

Nell se quedó dormida, sonriendo, mientras su mente daba vueltas con un extraño tapiz de pensamientos, que dieron lugar a sueños espectaculares, aunque incoherentes.

CAPÍTULO ONCE

Nathaniel no era un cobarde.

De todos modos, no se consideraba un cobarde. No había huido de nada desde los once años, cuando se escondía, en los establos, para evitar la correa de su tío. Sin embargo, allí estaba él, al otro lado del país, porque una dulce mujercita quería compartir la cama con él.

Esto era absurdo. Él estaba actuando de una manera absurda.

Se había enfrentado a confrontaciones, mucho más angustiosas que la de acostarse con una esposa dispuesta, y que además era cada día más atractiva.

No podía comprender qué era lo que de repente le resultaba tan irritante. Quizás era la costumbre entre hombres y mujeres: si pasaban suficiente tiempo, juntos, surgían ciertos impulsos. Debía ser eso. Nunca antes había tenido problemas para resistir la tentación, cuando él era el único rey de su vida privada.

Era su presencia constante lo que le nublaba la mente. Le podía pasar a cualquiera. ¡Diablos! Probablemente le pasaba a la gran mayoría. Nate debería felicitarse por lo poco común que era, en lugar de arrepentirse de sus debilidades.

Ella era mujer y él era un hombre. Así era la naturaleza de las cosas. Presentarla como una especie particular de atractivo femenino era simplemente su impulso primario que lo impulsaba a actuar.

Aún así, cada vez que pensaba en este deber marital, en particular, sus tácticas de supervivencia para mantener la calma parecían fallar. Su estrategia general de encontrar maneras sensatas

de desestimar sus impulsos y su pánico, como si fueran tonterías irracionales, era tan inútil como sus intentos de ocupar su mente, en asuntos importantes, que aún debía atender.

Parecía que cada vez que tenía un momento de tranquilidad para formular pensamientos coherentes, se veía arrastrado a diversas fantasías sobre cómo luciría ella bajo toda esa ropa cuadrada y pasada de moda. Una vez que se dejaba llevar por ese particular fervor, no había forma de calcular con precisión ni de ejecutar con serenidad un plan que garantizara un resultado óptimo.

Podría haber llorado, si fuera propenso a esas cosas. Pero él no lo era, y en su lugar se conformó con montar, a caballo, con todas sus fuerzas, bajo un clima frío y brumoso, camino a Kent. ¿Para qué enviar una misiva, cuando podía simplemente llegar a la puerta de su distanciada familia, después de todo?

¿Por qué hacía estas cosas, en efecto? No le importaba dormir en uno o dos establos para apresurar su llegada. De todos modos, la paciencia nunca había sido su mayor virtud. Era difícil pensar en problemas tan tontos, cuando le dolía el cuerpo, y la piel se le había entumecido por la implacable arremetida del frío. Y nunca soñaba mucho, mientras dormía, a causa de un agotamiento tan profundo.

Una vez que pasó el límite del condado, más allá del cartel de madera que orgullosamente declara *«Invicta»* entre una pintura tosca de dos sementales blancos, los recuerdos de este lugar comenzaron a reemplazar sus pensamientos inconexos sobre Eleanor.

Su primo, Kit, aún vivía en la casa de su infancia, una finca rodeada de huertos frutales, lo suficientemente cerca de Meridian House, como para llegar a caballo, en menos de una hora. De niños, Kit y Nate solían visitarse, todas las tardes de verano, en una u otra casa.

Llegar a la casa de los Cooper era algo natural para Nate, incluso después de todos estos años. Algunas cosas quedaban

grabadas para siempre en la memoria, sin importar cuán lejos lo llevara el destino.

Había visto a Kit, en Londres, la temporada pasada, recién llegado de la guerra y condecorado. Estaba como siempre, con los ojos brillantes y deseoso de explorar el futuro. Optimista y con ganas de vivir, ahora que podía saldar las deudas de su familia, estando libre del derrochador de su padre.

Habían pasado algunas noches juntos, bebiendo oporto en White's, pero ambos estaban tan ocupados con sus propios asuntos que parecía, que no se habían visto en absoluto. Nate había rechazado con mucha brusquedad una invitación a visitar a Kit, en otoño, por lo cual no era el escenario ideal para presentarse en su puerta de repente, y mucho menos tan acosado y desaliñado, como probablemente parecía.

Aún así, no dudó ni consideró buscar alojamiento, en otro lugar. A pesar de todo, sabía que sería bienvenido, y cuando Kit abrió la puerta, no pronunció una sola queja. No dijo palabra alguna. Simplemente, le ofreció un abrazo de bienvenida, sin esperar respuesta alguna.

*****

No fue hasta la mañana siguiente que Nate se sintió verdaderamente humano de nuevo. Su ropa estaba un poco desgastada por el trajín del viaje, aunque un afeitado, un baño y un desayuno, en una silla cómoda, fueron suficientes para calmar parte del pánico salvaje, que había estado experimentando, durante los últimos días.

Al llegar, su primo lo condujo adentro y se encargó de inmediato que se sintiera cómodo y comiera, insistiendo en que las explicaciones podían esperar hasta el día siguiente. Fue un alivio,

pues una o dos horas más, en ese maldito caballo, Nate estaba seguro que se habría desplomado para pasar la noche en la hierba.

Kit se había ido por la mañana, atendiendo algunos asuntos en los huertos frutales, que había comprado recientemente, a nombre de su familia, y por eso Nate cenó, junto a su tía Susan, quien le dio una palmadita en la mano, a modo de saludo, y estuvo perfectamente feliz de sentarse, en un cómodo silencio, hasta que se dignó a hablarle.

El silencio había sido un medio de supervivencia, cuando el tío Archie aún vivía, ya que ese temperamento siempre estuvo al borde de la explosión, e incluso mientras él se pudría en alguna prisión, por los deudores, al otro lado del mundo, el hábito aún pesaba pesadamente sobre ellos.

Ella se veía muy parecida a la última vez que Nate la vio: esbelta, aunque fuerte, con una postura que no se dejaba abatir por ningún infortunio. Tenía algunas arrugas nuevas, alrededor de sus dulces ojos azules, y parte del brillo de su cabello rubio le había dado paso a un tono plateado. Su sonrisa aún era cálida, sus ojos se entrecerraban de placer, al haberlo encontrado sentado a la mesa, y sus manos aún mostraban los callos característicos de una mujer, que pasaba demasiado tiempo en un telar.

—Me casé —le dijo para romper el silencio.

Fue quizás un anuncio demasiado abrupto, dicho en voz demasiado alta, porque ella levantó la cabeza de golpe, sorprendida, lo que lo hizo estremecer.

—¿Lo hiciste? —preguntó ella, en voz baja, extendiendo la mano de nuevo para tocarle la suya—. ¿Cuándo?

—En el mes pasado —respondió vagamente—. Fue una fuga, por eso no los contacté para que asistieran. No hubo boda formal.

—¡Oh! —expresó ella, pensándolo—. Nunca habría pensado que una fuga fuera algo de tu incumbencia, Nathaniel. Debe de ser una mujer ejemplar.

—Se llama Eleanor —dijo—. Se reunirá conmigo en unos días. Esperamos pasar el resto de las vacaciones en Meridian.

Ante eso, esos ojos se abrieron considerablemente y esa mano se tensó sobre la de él. —¡Nathaniel! Ya ni siquiera sé si es seguro vivir en Meridian —expresó, como si la casa pudiera oírla—. Ha estado desatendida, durante muchísimo tiempo. ¿Por qué no te quedas aquí con nosotros? ¡No serás una molestia!

—No puedo. Debe ser en Meridian —respondió él con una débil sonrisa—. Evidentemente, se ha cuidado lo suficiente como para que aún sea habitable. Un amigo de mis padres se ha encargado del mantenimiento general de la finca, aunque ha permanecido desocupada, durante mi ausencia. Esperamos poder volver a convertirla en nuestro hogar.

Ella parecía demasiado aturdida para formular una respuesta y parpadeó con asombro.

—Se lo diré a Kit, cuando regrese —dijo Nate, dándole una palmadita en la mano que ella tenía congelada sobre la suya—. Espero que esté dispuesto a ayudarme con la restauración.

—¿Y tu esposa? —preguntó Susan, visiblemente, un poco escandalizada—. ¿Dónde está?

—Se reunirá conmigo, en unos días, con algunos de nuestros muebles de Londres y un pequeño equipo para ayudarnos a restaurar Meridian, a su antiguo esplendor. Está deseando reencontrarse con viejas amigas de aquí. ¿Conoces a la familia Dempierre?

—¿Yo? —manifestó Susan con una risita—. Creo que sabes bien que no me muevo en esos círculos, Nathaniel. Conozco a los Dempierre, pero desde luego nunca he hablado con ninguno de ellos. ¡No podría permitirme ese privilegio!

—¿Son ricos? —le respondió, como si la información no le importara mucho—. Es extraño que no los conozca, entonces. No recuerdo a ningún Dempierre entre la alta sociedad, durante alguna

temporada reciente, y aún así mi esposa insiste en que tienen mucha influencia social.

—Bueno, son franceses, ¿no? Son muy reservados. Supongo que están un poco dolidos por la difícil situación del exilio. Viven en un pequeño castillo, en los acantilados, y organizan bailes de supervivientes y todo tipo de espectáculos extranjeros —dudó, un pensamiento escandaloso la hizo abrir los ojos de par en par—. Nathaniel, ¿esta novia tuya es de Francia?

—Es de Winchester, querida, no temas —respondió Nathaniel sin poder contener la risa—. No debería hacer algo tan impactante sin al menos avisar antes.

—Me imagino que sí —le advirtió con cierta amabilidad—. Has recorrido tu propio camino desde que gateaste, ¿cierto?

Él se encogió de hombros, a modo de disculpa, sin dejar de sonreír. —Supongo que tengo tendencia a planear mi futuro por mi cuenta. Puede que se vuelva más difícil, ahora que tengo una esposa.

—Eso espero —replicó ella, secándose los labios con una servilleta—. Bueno, si estás decidido a vivir en Meridian, podríamos ir a ver cómo está, ¿no crees? Kit no volverá hasta después de comer, y está a un corto trayecto desde aquí. ¿Tienes las llaves?

—Sí —respondió Nate, arqueando las cejas con sorpresa—. Voy a buscarlas. Supongo que no hay mejor momento que ahora, y admito que tengo curiosidad por saber cómo está el viejo lugar, últimamente.

—Entonces iré por mi chal —dijo ella, echando la silla hacia atrás—. Quién sabe qué encontraremos. Que el Cielo nos ayude.

Nate la vio irse, llevándose un último bocado del desayuno a la boca. No estaba seguro qué recuerdos estaban a punto de despertar de su profundo letargo, y quizás hubiera sido mejor arriesgarse a lo desconocido, solo.

Aún así, obviamente fue un consuelo volver a ver a su tía. Quizás, después de todo, él tenía sus orígenes.

CAPÍTULO DOCE

Cuando el sol comenzó a ponerse, Nate y su tía se dieron cuenta de lo enredados que estaban, al explorar las habitaciones de Meridian House.

Como por arte de magia, el primer carruaje con un cargamento de objetos, desde su casa londinense, llegó con artículos, que podrían haber servido como dormitorio, tan solo una hora después que Nate y Susan comenzaran su tarea. Fue una suerte, pues pudieron seleccionar una habitación para barrer y limpiar el polvo, de modo que todo pudiera empezar a tomar forma, ese mismo día.

Aún quedaban muchos muebles, en la vieja casa, la mayoría envueltos en grandes telas blancas, cubiertos de polvo. Él y su tía habían inspeccionado algunas cosas: un pianoforte en la sala, la mesa y las sillas del comedor, e incluso la cuna de la antigua habitación de los niños, que parecían rescatables, mientras que otras cosas, como los colchones de veinte años, abandonados a su suerte en sus estructuras, tendrían que desecharse.

—Kit se estará preguntando dónde nos hemos metido —dijo Susan, observando el tenue resplandor del sol poniente—. Tampoco hay cena. Supongo que podríamos ir a buscarlo, y cenar en la taberna, ¿no?

—Me encantaría —asintió Nate—. Ya has trabajado mucho hoy.

Regresaron a la casa de los Cooper, un poco más polvorientos de lo que Nate hubiera preferido, y se reunieron con el primo para salir a cenar, algo preparado en el pequeño y acogedor pub, que había estado en la esquina, desde que reinaban los Tudor.

—Me sorprende que hayan aguantado tan bien —les dijo Susan, mientras se sentaba a comer un sustancioso pastel de pastor, junto con una cerveza—. Quienquiera que haya sido su misterioso cuidador, durante todo este tiempo, hizo un trabajo maravilloso, al contrarrestar las consecuencias del tiempo.

—No puedo creer que quieras vivir ahí —dijo Kit con los ojos entrecerrados sobre su copa de vino, mientras observaba a su primo —. Parecías decidido a no volver a poner un pie en esa casa... Jamás.

—Bueno, el tiempo cambia a uno —replicó Nate, encogiéndose de hombros y esperando que una mirada significativa a Kit silenciara cualquier otra pregunta, en ese sentido—. Y el matrimonio también. No serviría de nada tener a mi nueva esposa, en Londres, todo el año, ¿cierto? Crearemos nuevos recuerdos que eclipsarán los viejos.

—Sí —asintió Kit con los ojos aún entrecerrados por la sospecha—. No me cabe duda de ese acuerdo.

—Cuéntanos todo sobre ella, Nathaniel —dijo Susan, extendiendo la mano para estrecharle la suya por encima de la mesa —. Si mi hijo no se casa, tendré que disfrutar de tu unión. ¿Qué podemos esperar de tu Eleanor?

¿Qué podrían esperar? Nathaniel no tenía ni la menor idea, pero le dedicó su sonrisa de político experto y la elogió, como si no le cupiera duda alguna, ignorando la mirada penetrante de su primo, con una intensidad incómoda, probablemente viendo a través de cada artificio suyo, por muy bien construido que estuviera.

*****

No fue hasta que Susan Cooper se retiró por la noche que Kit habló libremente.

—Quiero verlo. —Eso fue lo primero que dijo.

—¿Qué quieres ver? —preguntó Nate, ya fantaseando con volver a subir las escaleras y quitarse las botas.

—Meridian. Salgamos ya. Aún es temprano, y habrá tiempo de sobra para volver, si lo deseas. Si no, tengo entendido que ya tienes una habitación preparada, ¡oh! Amo y señor.

Nathaniel suspiró, pasándose una mano por el cabello y apartando la mirada de su primo.

De niños, la gente solía pensar que eran hermanos. Kit era solo dos años menor que Nate, y el parecido se describía a menudo como asombroso. Kit era más rubio con el pelo más dorado y los suaves ojos azules de su madre, y mucho más musculoso, debido a su tendencia a tomar malas decisiones en la vida. Llevaba el pelo más largo, la ropa más sencilla y sus emociones eran más sinceras.

Esa noche con Kit erguido sobre él de brazos cruzados y el ceño fruncido, Nate casi pensó que su primo era la manifestación de su propia consciencia. Kit era un reflejo de sí mismo sin sombras ni artificios, y él era la única persona, en el mundo, que no se tragaría con gusto sus empalagosas medias verdades y él agradecía ese placer.

Sin embargo, él era una maldita molestia.

—Ensillaré los caballos —dijo Kit, como si el asunto estuviera zanjado—. Trae unas antorchas y aceite. Nos vemos afuera, en unos minutos.

No tenía sentido volver a suspirar, pero de todos modos Nate hizo lo que su primo le pidió. Al salir, Kit le lanzó unas riendas y, sin decir palabra, montó en su propio caballo, listo para partir. Cabalgaron en silencio, lo cual era una suerte, pues Nate no estaba preparado para el nudo de miedo, que se le formó en la garganta, al ver a Meridian coronando el horizonte, iluminado solo por la luz de la luna.

A la luz del día, no parecía ni la mitad de siniestro, ni la mitad de lleno de dolor y secretos. No obstante, ahora no había vuelta

atrás, y si estaba decidido a cumplir con la tarea, que le había encomendado Lady Silver, debía apretar los dientes y afrontarla con valentía, como cualquier otro hombre.

El rostro de Kit estaba sombrío, al llegar. Cada movimiento que él hacía se volvía más pesado, de alguna manera, debido a toda la historia que rodeaba este lugar. Era raro ver a Kit sin una sonrisa, a decir verdad, lo que solo agravó el temor que Nate albergaba.

Sacó el llavero de su abrigo y avanzó a grandes zancadas, decidido a no prolongar la situación más de lo necesario. Sus empleados dormían en una posada local, esa noche, así que la casa probablemente estaría vacía, durante el día siguiente, o más, mientras se arreglaban las cosas adentro. Las bisagras de la puerta no chirriaron ni protestaron, sino que se abrieron de golpe, a la menor insinuación, como si estuviera acostumbrada a invitar a los visitantes.

Kit contuvo la respiración, al cruzar el umbral y entrar en la galería con la antorcha en alto. La luz de las velas proyectaba un tenue resplandor en el salón, amplio y vacío, cuya frialdad se veía magnificada por el mármol italiano del suelo y el latón frío y deslustrado de los herrajes. Bien podría ser una ruina o una cueva en algún rincón desconocido del mundo, por el parecido que guardaba con lo que había sido antes.

—Apenas hemos empezado a trabajar —dijo Nathaniel, secamente, rodeando a su primo y señalando la escalera de la izquierda—. Tendrás que perdonar nuestra falta de progreso. Ven, te mostraré el dormitorio, que estamos amueblando, si quieres.

Kit asintió con los ojos muy abiertos, observando el entorno, mientras lo seguía con cada paso resonando en el interior cavernoso de la bestia, no alimentada, que era esta casa.

Pasaron junto a la habitación del bebé con la puerta abierta sobre bisagras, que necesitaban ser reemplazadas, y la cuna adentro brillaba con una luz de luna misteriosa sobre una alfombra raída. Kit

pareció temblar, acurrucándose, un poco más en su abrigo, después de esto.

Al llegar al dormitorio, Nate se alegró de ver que la cama estaba completamente armada con sábanas incluidas, y el suelo barrido y ordenado. Incluso había leña fresca en la chimenea. Podría pasar la noche allí, fácilmente, si así lo deseara.

—Encenderé una fogata —dijo, pasando junto a su aturdido primo para dedicarse a traer algo de calor, al lugar. Esto le dio una excusa para mantenerse de espaldas, ocupar sus manos y su mente, mientras Kit llegaba a las conclusiones que quisiera.

Se quitó los guantes y se arrodilló junto a la chimenea, recogiendo el yesquero y un poco de leña para continuar con su trabajo. No recordaba la última vez que había tenido que encender su propio fuego. Ver cómo las chispas cobraban vida y se convertían en llamas poderosas le produjo una profunda satisfacción.

Cuando se levantó, el fuego estaba ardiendo agradablemente, y el calor era muy bienvenido.

La luz que inundaba la habitación parecía resaltar las paredes y los suelos desnudos. El dormitorio había sido despojado de todo, sin siquiera cortinas que oscurecieran el exterior. Intentó recordar si había habido algún tipo de decoración allí, esta mañana. Había una alfombra, lo sabía, cuando pasó con su tía, pero no podía recordar con claridad cómo eran las paredes.

Esta había sido la habitación de sus padres.

Kit dejó la antorcha y cruzó el dormitorio, sentándose en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas. Negó con la cabeza, mirando fijamente al fuego, en lugar de ver directamente a Nate. Al hablar, esa voz había perdido intensidad, embotada por la impresión de haber vuelto allí. —¿Quién es ella, Nathaniel? —preguntó—. ¿Qué haces aquí realmente?

Nate no respondió de inmediato, se reclinó contra la repisa de la chimenea e intentó organizar sus pensamientos de una manera

que fuera más agradable.

—No me mientas otra vez —suspiró Kit, pasándose una mano por la cara y frotándose los ojos—. Siempre sé cuándo mientes.

—Sí, lo sabes —replicó Nate con serenidad—. Eres el único.

—¿No es tu esposa?

—Mucho menos mi esposa —negó Nate con la cabeza, mirando por las ventanas desnudas hacia las colinas, que se extendían bajo la casa, y observando una mancha de hierba ennegrecida y árboles esqueléticos en la oscuridad—. Creo que sabes que yo no habría vuelto aquí por voluntad propia. Es una necesidad desagradable para el bien de todos, y simplemente quisiera hacerlo lo más llevadero posible. No deberías agobiar a tu madre con más preocupaciones, y menos por mí.

—Me preocuparé por mi madre, Nate. —Él volvió a fruncir el ceño, como un juez tan severo de lo que está bien o mal—. ¿Quién es la chica con la que te casaste? ¿En qué andas metido? Dilo ya y ahórranos el aburrimiento de una larga partida de bloqueo y parada.

Nate respiró profundamente, decidiendo que no tenía sentido seguir con tanto subterfugio, al menos con Kit involucrado. Cruzó los brazos y miró a su primo con su mejor seriedad. —Mi hermana habría cumplido veinte años la primavera pasada. ¿Lo sabías?

Kit se estremeció, visiblemente sorprendido por el rumbo que había tomado la situación. —Sí, claro que sí. Fue una tragedia lo que les ocurrió, Nate. Fue cruel e injusto.

—No fue un accidente —indicó Nate—. ¿Recuerdas los desvaríos de tu padre sobre mis padres, que estaban involucrados en negocios turbios? ¿O sobre cómo los ejecutaron por traidores con una bebé, como daño colateral?

Kit lo miró con los ojos entrecerrados, con la confusión reflejada en su rostro. —Mi padre era un loco delirante. Veía conspiraciones por todas partes. Una vez nos acusó de darle

información al vicario, ¿recuerdas? Nos persiguió por el jardín con un palo de polo. Su insistencia en que tus padres se acostaban con espías de la Hoja de Plata no era más que otro desvarío lunático.

—No te equivocas del todo —dijo Nate con suavidad, resistiendo la tentación de admitir que, de hecho, le estuvo pasando información al vicario, durante el incidente en cuestión—. Archibald Cooper era un imbécil paranoico, inestable y poco fiable. Sin embargo, en este asunto en particular, sus grandilocuentes creencias resultaron ser correctas. Mis padres sí estaban involucrados con un grupo de espías. Se llaman la sociedad de la Hoja de Plata, y he pasado años buscando respuestas sobre quiénes son y a qué fines sirven.

Kit no respondió de inmediato; abrió la boca y luego la cerró de golpe, mientras se tapaba los ojos con la mano. Gimió, probablemente arrepintiéndose de haberle pedido que revelara la verdad.

—Mis padres trabajaban para la sociedad de la Hoja de Plata. Está confirmado sin lugar a dudas, pero más allá de eso, los detalles siguen siendo un misterio.

—¿Qué detalles? —preguntó Kit, como si realmente no quisiera conocer la respuesta.

Nate frunció el ceño. —Lo sabes muy bien. Partieron de Dover rumbo a Calais con mi hermanita a cuestas, y ninguno regresó. Tu padre dijo que agentes de la Corona los liquidaron por traición. Es una realidad desagradable, pero me inclino a creerle hasta que vea pruebas de lo contrario.

—¡No puedes creerlo! ¡Debes darte cuenta de lo desquiciado que esto suena!

Nate levantó una mano y siguió hablando sin sentir compasión por la sorpresa que estaba causando a su primo. —Tras mucho tiempo y esfuerzo, por fin he conseguido entrar en las filas de esta sociedad secreta. Por eso estoy aquí. Debo ser un lacayo leal hasta

descubrir toda la verdad. Después, pretendo exponer y destruir todo lo que quede de sus filas asesinas, y he avanzado mucho en ello.

—¿Y la chica? —preguntó Kit con la voz cargada de exasperación—. ¿Tu esposa?

Nate dudó sin encontrar una respuesta sencilla en su mente. Eleanor no solo era miembro de la sociedad, que pretendía desmantelar, sino que era la heredera que se haría cargo de toda la operación. Ese expresivo rostro, tan desprovisto de maldad o malicia, le vino a la memoria, y descubrió que ya no podía definir qué rol desempeñaba ella, en todo esto.

—¡Nate! —espetó Kit, mirándolo fijamente.

—La estoy protegiendo de ellos —respondió Nathaniel, sintiendo la verdad, en lo más profundo de su ser—. No sea que su corazón inocente la lleve de cabeza a un peligro insalvable. *«O a una corrupción insondable».*

—¡Ah! Sí —dijo Kit con sarcasmo, en sus palabras—. Nathaniel William Atlas, defensor de las doncellas. ¿Qué diablos te pasa? ¡Esto es una locura! Tienes una buena vida en Londres. ¡Un futuro prometedor! El pasado ya quedó atrás. ¿Qué te pudo haber llevado a meterte en asuntos, que podrían hacerte daño, y mucho más, involucrarte con una chica inocente, que está en el punto de mira, sin darte cuenta?

—Estaba allí, antes que la encontrara, Kit. —Nathaniel se apartó de la pared y caminó de un lado a otro con la energía nerviosa tan intensa, que no podía quedarse quieto—. Necesito asegurarme que la atiendan de forma segura, siempre y cuando haya arrojado luz sobre los oscuros asuntos, en los que se ha visto envuelta. Pero, no debes decirle nada de esto. Estamos aquí en una misión sencilla para la Hoja de Plata, y la cumpliremos fielmente, como es debido.

Kit esperó a que Nathaniel volteara y lo mirara con los labios apretados, en señal de desaprobación. —¿Qué misión es esa?

—Nos deben invitar a un baile de máscaras de invierno organizado por una familia llamada los Dempierre. Por lo que me dijo tu madre, parece difícil encontrarlos, en los círculos sociales de la zona, así que debo investigarlos y planificar nuestro plan de acción.

—¿Qué les vas a hacer? —insistió Kit—. ¿En este baile de máscaras?

—Nada —respondió Nate, encogiéndose de hombros—. Solo estamos para asistir y observar, al menos hasta donde sabemos. No haría fechorías que pudieran lastimar a alguien.

—¿No?

—¡No! —espetó Nate—. Sabiendo cómo la Hoja de Plata lidió con los desertores hace unos veinte años, me encontré tanteando el terreno en mi primera misión para determinar, si aún están dispuestos a usar medios letales para castigar a quienes le den la espalda a la Corona.

—¿Y?

—Sí, así es, solo la mujer que dirige el asunto lo sabe. Todos los agentes con los que he trabajado reaccionaron con horror absoluto, ante la sola idea de una represalia violenta, incluso bajo mucha presión. Lo cual es una suerte, porque podría haber tenido que arriesgarme a perder mi progreso para advertir a algún pobre idiota, que se les cruzara en el camino, si hubieran estado dispuestos a aplicar soluciones letales.

Kit simplemente lo miró, parpadeando, con el rostro inexpresivo por la incredulidad. Nate supuso que era mucho para lanzarle a alguien de golpe, pero Kit y su maldita persistencia se lo habían buscado.

—Nate —murmuró Kit, dejándose caer sobre el colchón y mirando al techo—. Eres un completo imbécil.

Nate lo miró por un momento y luego asintió a regañadientes. —Sí —asintió—. Supongo que sí.

CAPÍTULO TRECE

Avanzar por las carreteras del condado de Kent fue casi surrealista. Este viaje había sido varios días más corto, que el que había hecho al sur con Nathaniel, hacía menos de una semana, y no obstante, de alguna manera, durante este, casi había llegado a creer que nunca llegaría a su destino.

No había duda. Los carteles empezaron a mostrar nombres de ciudades familiares, muchos de los cuales hicieron que Sarah repasara un montón de curiosidades, que acababa de aprender del libro de historia, que había tomado prestado.

Se detuvieron para desayunar tarde en una estación de paso entre una espesura de árboles, que se estaban quedando calvos rápidamente, donde el suelo era un mosaico de oro y óxido por el manto de hojas. Nell tomó una reconfortante taza de chocolate caliente humeante con un modesto desayuno de gachas de avena con miel, y observó, desde la ventana, cómo más hojas caían flotando para cubrir la tierra con cada ráfaga de viento.

Cuando el conductor preguntó cómo llegar a Meridian House, la reacción fue como si hubiera preguntado por la ubicación del inframundo. Les costó un poco persuadirlos para que les dieran indicaciones, e incluso entonces les advirtieron que nadie había vivido en esa casa, durante casi veinte años, y que su viaje sería en vano.

Nell le pidió a Sarah que la volviera a peinar, en el carruaje. Se le aceleró el pulso, al darse cuenta que pronto volvería con Nathaniel. Deseaba poder bajar del carruaje con sus impresionantes faldas de seda y el contoneo de una mujer, que sabe cómo cautivar

a un hombre, como las cortesanas de *Cuentos del oriente*. Lo que no daría por contar con semejante destreza.

Tal como estaban las cosas, simplemente esperaba estar presentable, pues hoy se sentía como el primer día que viviría como una mujer adulta y casada, llegando a su granja para pasar el largo invierno. Si sentía anticipación o miedo, esto parecía irrelevante, pues la respiración acelerada y el corazón acelerado eran iguales, en ambos casos.

—Debe extrañar muchísimo al señor Atlas —dijo Sarah con una sonrisa cómplice, mientras retorcía y sujetaba con horquillas los rizos rebeldes de Nell—. Si yo tuviera un marido así, yo también estaría desesperada por volver con él.

Nell se mordió el labio, y se le encendieron las mejillas, al pensarlo. —Sarah, ¿usted tiene un novio en Londres? ¿O quizás en otro lugar?

—¿Yo? No, ya no —respondió Sarah, alegremente—. Un panadero me cortejó un poco, pero esto no estaba destinado a ser... Pero, mi madre me regañó por dejarlo ir. Le dije que tenía tantas opciones, que no me arrepentiría, pero, no fue así.

—¿Usted no lo amaba? —preguntó Nell, curiosa.

—No como una esposa ama a su esposo, no —suspiró Sarah, asegurando otra horquilla y recogiendo un nuevo mechón de pelo—. Mi madre siempre me regañaba por gustarme los guapos. «No te enamores de los guapos, Sarah. No puedes confiar en los hombres guapos», siempre me dice, pero me gustaría aprender esa lección por mi cuenta, si tuviera la oportunidad, Además, muchos hombres feos también son indignos de confianza, ¿cierto?

—Supongo que es cierto —coincidió Nell, frunciendo el ceño—. ¿Diría que Nathaniel es un hombre guapo?

—¡Oh, cómo no lo haría! —Sarah resopló, levantando una mano para ahogar el sonido impropio de una dama—. Disculpe, señora. Me olvidé de mí misma.

Nell giró para mirar a su doncella, cuyas mejillas aún estaban sonrojadas por la diversión, cubriendo con la mano la sonrisa de sus labios. —Siempre puede hablar libremente conmigo, Sarah —le aseguró con una sonrisa cómplice—. Y quédese tranquila, si hubiera respondido de otra manera, la reconocería como una mentirosa.

Las dos se rieron, durante el momento, y volvieron a sumirse, en un cómodo silencio, mientras el carruaje avanzaba lentamente por el último tramo del camino hacia su destino.

Meridian House estaba construida en una ladera rocosa inclinada con una extensión de terreno llano y verde, a su alrededor, salpicada de árboles frutales. No era ni de lejos tan imponente como una mansión rural, mucho menos como Somerton, donde ella y Nathaniel habían pasado, el mes anterior, pero sí era muy majestuosa en su practicidad. Incluso era atemporal. Era una finca heredada, lo suficientemente imponente como para tener un nombre, aunque también lo suficientemente modesta, como para albergar a los vecinos.

No estaban en el primer carruaje en llegar al camino, ese día, a juzgar por el proceso de descarga, a medida que se acercaban.

Un hombre que ella casi lo confundió con Nathaniel gritaba órdenes a los trabajadores, mientras sacaban un mueble particularmente pesado y cubierto de su lugar seguro en el carro de transporte. *«Debe ser un pariente»*, pensó, pues incluso desde la distancia podía ver el parecido entre los dos hombres. Este no tenía los colores tan vivos ni era tan elegante, y no poseía la elegancia de movimientos de su propio esposo, aunque sin duda ellos eran parientes.

Él saludó a su carruaje con un entusiasmo sonriente, que Nathaniel nunca habría mostrado tan abiertamente y se acercó para abrirles la puerta, extendiendo una mano para ayudar a Nell, a salir, al brillante sol de la tarde.

Ella salió con cuidado sobre el empedrado irregular, que necesitaba mucha reparación y estaba cubierto de maleza entre las

piedras. Mientras recuperaba el equilibrio, el hombre se ocupó de ayudar a Sarah, a salir, y luego le dio instrucciones, al cochero, para guardar los caballos, en el establo, y descansar un rato dentro de la casa.

—¡Nell! —llamó una voz desde la casa, haciéndola girar en su dirección con el corazón directamente en su garganta.

Nathaniel cruzó el césped con una expresión en ese atractivo rostro que, al menos, parecía complacido con su llegada. Iba elegantemente vestido, y esas botas brillaban a la luz del sol, al acercarse a ella, extendiendo las manos para recibirla en señal de bienvenida.

Ella no sabía exactamente qué gesto era el apropiado, así que le devolvió una tenue sonrisa y extendió los dedos, dejándolos envolver por la calidez y la fuerza de esas grandes y fuertes manos. No confiaba en sí misma para hacer mucho más. Cuando él se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla, pensó que merecía ser considerada una heroína por no desplomarse en el suelo, desmayada.

—¡Llegaste en un tiempo excelente! —dijo él con mucho entusiasmo—. No calculé tu llegada hasta dentro de una o dos noches, al menos. Disculpa el estado de la casa, pero sabes tan bien, como cualquiera, que es una obra en progreso. Permíteme presentarte a mi primo, Christopher Cooper. Nos está ayudando a poner la casa en orden.

El otro hombre apareció de nuevo, saludándola con una pequeña reverencia. —Nadie me llama Christopher —le dijo—. Debes llamarme Kit, como todos los demás.

—Bueno, entonces llámame Nell —dijo ella con una sonrisa y una leve reverencia—. ¡Qué alegría conocerte, Kit! No esperaba que la familia anunciara nuestra llegada.

—¡Oh! Tu marido se ha ocupado de muchas cosas, esperando tu llegada —le dijo Kit con un toque de humor juguetón, en esos

brillantes ojos azules—. Nunca lo había visto tan firme.

—Me resulta difícil creerlo —dijo Nell con tono de protesta, complacida a pesar de saber que aquello debía de ser poco más que un halago rutinario.

—Me he tomado algunas libertades —confirmó Nate, en voz baja, atrayendo la atención de ella hacia él, solo para quedar inmediatamente atrapada en la hipnótica atracción de esos ojos camaleónicos, tan deslumbrantes como el follaje otoñal que los rodeaba—. Sin embargo, supongo que querrás descansar, antes que te bombardee con todos los detalles. Ha sido un largo viaje.

—Así es —asintió ella sin aliento.Esa sonrisita cómplice se curvó en las comisuras de esos labios. Ella señaló la puerta hacia Meridian House, colocándole la mano en el codo con el mismo gesto que había practicado en Londres. —Te mostraré el dormitorio —dijo él—. Te mereces un momento de relajamiento.

Ella se dejó llevar por él, y solo percibió un leve destello de desconcierto, en el rostro del primo, cuando entraron a la casa, protegidos de la brillante iluminación del sol de la tarde.

«Dormitorio», lo había dicho, como si solo hubiera uno hasta ahora. Si hubiera estado sola en la escalera, podría haber dado un pequeño salto de victoria, ante el resultado de esa pequeña treta, independientemente de su fracaso en Londres.

—He estado haciendo averiguaciones —dijo Nathaniel, en voz baja y profunda, en un susurro que solo llegaría a su oído.

Ella sabía que él no pretendía ser un seductor ni siquiera uno que fuera particularmente íntimo, pues estos eran solo asuntos de la Hoja de Plata. Aún así, no pudo evitar que se le pusiera la piel de gallina. Nadie podría justificar ese tono de voz con sus tontas reacciones físicas, ¿cierto?

—La familia Dempierre rara vez se junta con gente local. Aunque le tienen cariño a una sastra de Dover, una francesa cuyos diseños, al parecer, son tan lujosos que pusieron su vida, en peligro

durante el levantamiento inicial. Ya he visitado la tienda y le he encargado varias prendas. Espero que puedas recabar información, mientras te hacen las pruebas.

—Probablemente sí —dijo Nell con cautela—. Depende del temperamento de la costurera, o, supongo, de quienes trabajan allí.

Nathaniel le dedicó una leve sonrisa, como si estuviera realmente complacido con esa respuesta. —Nunca dudé de ti —le aseguró, deteniéndolos para abrir la puerta del dormitorio principal.

Los detalles eran muy sencillos. Había una cama con un montón de almohadas suaves y preciosas y mantas calentitas, y eso era todo lo que realmente le importaba a ella. Los muebles eran simplemente ornamentales, a pesar de la absurdamente lujosa ropa de cama de Nathaniel.

Ella avanzó, contemplando la habitación. Habían colgado cortinas provisionales, que eran simples rollos de tela negra, que bloqueaban la luz. Agarró una, la apartó de golpe, y se quedó momentáneamente atónita, ante la vista.

Desde allí, en lo alto del mirador, se podía ver el paisaje, a varias millas a la redonda. Un terreno inclinado daba paso a un precipicio, y más allá no había más que agua azul brillante, extendiéndose infinitamente hasta el horizonte.

Nathaniel se acercó por detrás, deteniéndose, a punto de tocarla con las manos cruzadas a la espalda. —¿Te gusta la vista, querida? —preguntó, como si ella supiera que sí.

—¡Oh! Nathaniel —dijo ella, girándose para mirarlo a la cara—. ¿Sabes que nunca había visto el mar? ¡Y ahí está, justo afuera de mi ventana!

La diversión burlona desapareció de esa expresión, aparentemente ahuyentada por la sorpresa de esas palabras. —¿Nunca? ¿Cómo es posible?

Ella se rió, girándose completamente para mirarlo y recostándose contra el alféizar de la ventana. —De Winchester a Londres, de Bath a Yorkshire, son los únicos viajes que he hecho en mi vida. Ninguno de esos lugares tiene costa.

Él soltó una risita incrédula, sacudiendo la cabeza. —No me lo puedo imaginar. Tendré que acercarte pronto al mar, y quizás cuando vuelva el calor, puedas nadar allí.

—¡Ay! No sé nadar —dijo apresuradamente—. Me hundiría como un ancla y tendrías que buscarte otra esposa.

Él no respondió de inmediato; esos ojos la escrutaban con una expresión indescifrable.

—Bueno —dijo ella, en voz baja—. No podemos permitirlo, ¿cierto?

Ella se sonrojó, al darse cuenta de la tontería de lo que acababa de decir. Abrió la boca, intentando disimular la incomodidad del comentario, pero de repente se sintió atraída por su marido, envuelta en ese delicioso aroma.

Esos labios descendieron sobre los de ella con un movimiento rápido y decidido, aunque aterrizaron con una suavidad y calidez indescriptibles. La abrazó con un brazo, alrededor de su cintura y la otra mano ahuecada contra su mejilla, y la besó con un deseo sincero.

Nell nunca había sido besada, por supuesto, aunque pensó que era muy probable distinguir entre un beso reticente y uno sincero. En su opinión, este era un beso dulce, no el tipo exigente y apasionado de los libros y los chismes, sino quizás uno nacido más del cariño que de la necesidad urgente.

Quizás había llegado a gustarle. Sin duda, eso era mejor que simplemente desearla, ¿no? No entendía por qué, pero ella sabía que, por el momento, todo era emocionante.

Ella se permitió liberar la tensión de sus extremidades, inclinarse hacia adelante y suavizar sus labios contra los de él, en lo que esperaba fuera una muestra de aceptación y placer, ante el gesto. Dejó que sus pensamientos se dispersaran, en sensaciones ambiguas, deleitándose con la sensación.

Él se apartó, antes que ella pudiera sumergirse en el torbellino de sensaciones extrañas y alarmantes, que comenzaban a agitarse en su interior. Aún conservaba esa expresión de desconcierto, aunque no parecía disgustado.

Se miraron fijamente, el uno al otro, durante un largo instante de silencio. Nell con los ojos muy abiertos y Nathaniel contemplativo.

—Te dejaré descansar, señora Atlas —dijo finalmente con una pequeña reverencia de formalidad.

—¡Oh! —Eso fue todo lo que ella logró decir, y ninguna otra palabra le vino a la mente hasta que él ya había cerrado la puerta detrás de él.

*****

Ella había estado completamente segura que no descansaría nada, después de ese beso. No era de extrañar que se sintiera tan desorientada, al despertar, más de una hora después, todavía despatarrada boca arriba, en la lujosa cama de plumas. Había estado contemplando los dibujos de yeso del techo, con el cuerpo aún caliente y el hormigueo del primer beso. Ni siquiera recordaba haber cerrado los ojos.

Cuando apartó la cortina improvisada por segunda vez, el sol ya había pasado su punto más alto y, aunque aún brillaba con intensidad, se había ocultado tras la casa. Desde el dormitorio, a esa hora, no se veía el sol directo, salvo los destellos dorados de la refracción, en la inmensidad del océano, a lo lejos. Cerró los ojos,

imaginando que podía oler la sal, en el aire desde donde estaba, e imaginando además que su marido había regresado para pedirle otro beso, junto a esa ventana.

Aunque ninguna de las dos cosas se hizo realidad, ella seguía sonriendo, cuando abrió los ojos nuevamente.

La habitación estaba tan vacía, como antes de quedarse dormida, aunque alguien había entrado a encender el fuego, mientras ella dormía. Observó el tirador de la campanilla, junto a la cama y se preguntó si todavía funcionaba, y aún así, si sonaría en las habitaciones, donde ya se habían instalado los sirvientes.

Ella se sintió más renovada de lo esperado y notó un vigor, en sus pasos, al salir de la habitación y bajar las escaleras hacia el vestíbulo. Había obreros descansando en el césped, algunos durmiendo la siesta en la hierba alta y otros comiendo. La puerta estaba abierta, dejando entrar una corriente de aire fresco otoñal, que serpenteaba por la planta baja, como si ella estuviera en su propia casa.

No vio a Nathaniel entre los trabajadores de afuera, ni parecía haber nadie merodeando dentro de la casa. Giró, estirando el cuello hacia los pasillos gemelos, que se bifurcaban desde el centro de la habitación, cada uno serpenteando bajo una escalera distinta. Nadie sabía dónde estaban las cocinas, que imaginaba eran el acceso a las habitaciones del servicio.

—¡Ah, ya despertaste! —gritó una alegre voz masculina detrás de ella—. Espero que hayas descansado bien.

Nell volteó con lo que esperaba fuera una sonrisa que pareciera más amable que aliviada, al ver a Kit Cooper acercándose a la puerta principal. —Estoy completamente recuperada —dijo—. Esta casa es maravillosa, ¡pero me aterra salir a explorarla, no sea que me pierda para siempre!

—Es una casa preciosa —replicó Kit, encogiéndose de hombros —. O al menos tiene potencial para serlo. Imagino que estás

buscando a Nate.

—Sí, lo estoy... Él mencionó que el centro de la ciudad está a un corto trayecto, y pensé en comprar algunas cosas, en Dover, para familiarizarme con el entorno... Si supiera dónde se ha metido mi doncella, probablemente la llevaría conmigo.

—Bueno, Nate tomó el carruaje hasta la ciudad para recoger algo de madera y morteros para nuestras reparaciones, pero si no te importa montar a caballo, estaré encantado de acompañarte a la ciudad.

—Preferiría ir a caballo, después de las últimas semanas —dijo ella con auténtico alivio—. Te agradecería mucho la compañía. ¿Estás seguro que no te necesitan aquí?

—¡Oh! Por supuesto. —Kit se rió—. Por eso me encantaría tener una excusa para no estar aquí. Además, así podré conocer a mi nueva prima. Ensillaré y nos iremos.

—Espléndido —replicó Nell, aplaudiendo—. No tardo ni un minuto.

Ella nunca había sido muy dada al dramatismo ni a la hipérbole, pero pensó que quizás este día había sido el mejor de su vida. El pensamiento le infundió una ligereza que la apresuró a recoger su abrigo, y a lanzarse a la siguiente aventura.

CAPÍTULO CATORCE

La ciudad de Dover no era tan grandiosa como Londres ni tan elegante como Bath, pero Nell pensó que posiblemente era tan rica históricamente como su ciudad natal, Winchester.

Mientras reducían la velocidad, al galope, para acercarse a los establos de la ciudad, Kit señaló una gran estructura medieval, que se encontraba a varias leguas de la ciudad misma, y le explicó que había sido una especie de castillo, fuerte o faro, desde que los primeros hombres llegaron a Gran Bretaña.

—¡Qué fascinante! —expresó Nell, estirando el cuello por encima del hombro todo lo que pudo hasta que cabalgaron demasiado lejos para seguir mirando—. Supongo que no estará abierto al público. Visité un fuerte romano muy antiguo, en York, hace unos meses, pero no era ni de lejos tan imponente.

Kit se rió entre dientes, negando con la cabeza. —Lamentablemente, no hasta que termine la guerra y todas las escaramuzas posteriores. El castillo ha experimentado una cantidad increíble de renovaciones y mejoras desde que Francia empezó a arder, y ahora es una guarnición y armería. Si cabalgas hasta los acantilados, más allá del castillo, en un día despejado, puedes ver las costas francesas. Algunos dicen que es nuestra fortaleza más importante con o sin conflicto.

Él desmontó y levantó las manos para ayudarla a bajar de su montura. Era una yegua de carácter dulce, aunque algo mayor, que había presentado en Meridian como Apple. —Su nombre completo es Apple Tart —explicó, frunciendo el ceño, ligeramente—. Pero siempre tuve la impresión que no le gustaba que la llamaran así, así que ahora, en su vejez, lo acorto.

La acompañó hasta la calle principal y hacia la tienda de ropa, que Nate había elegido, manteniendo un ritmo pausado y señalando los puntos de referencia, a lo largo del camino.

—Confieso que no sé cuánto tiempo les lleva a las damas semejantes esfuerzos —le dijo Kit, señalando con la cabeza el brillante letrero de madera sobre la tienda de ropa—. ¿Vuelvo en una hora? ¿Dos?

—Una hora debería ser suficiente —le aseguró—. No me haré cargo de mucho hoy, pero me gustaría mucho ver el progreso. Una vez que tanto Meridian House, como yo, estemos a la altura, me encantaría invitarte a cenar con tu familia.

—Eres demasiado dulce para alguien como Nathaniel —le aseguró, despidiéndola con la mano, mientras ella tocaba la campana de la tienda.

Se dio cuenta que no le había preguntado a Kit, si tenía esposa o hijos. Simplemente, él parecía de los que tienen una casa acogedora con muchos pequeños correteando. *«Es una versión más dulce de Nathaniel»*, pensó, *«sin las preocupaciones de la ambición. Probablemente, él tiene una vocación propia y disfruta trabajando con sus propias manos»*. Estos pensamientos la hicieron sonreír, preguntándose cómo ella hubiera lidiado con su esposo, cuando eran niños, sin ponerse de acuerdo sobre qué juegos jugar.

Lo primero que la impactó, al abrir la puerta, fue el olor a flores secas. No era tan intenso, como para resultar desagradable, aunque sí era sorprendentemente intenso, quizás intensificado por el calor que emanaba de la chimenea central. En lugar de una campanilla sobre la puerta como la que su tía tenía en la imprenta de Londres, este lugar había optado por tres campanas que se rozan, produciendo delicadas notas que se extienden por una sala lujosamente decorada en tonos de color crema y rosado.

—¡Estamos atrás! —gritó una mujer, en un inglés con ligero acento—. Venga, por favor.

Nell, aferrada a su bolso, se paseaba entre las sillas acolchadas, que rodeaban el mostrador de ventas. No se había quitado el abrigo ni la bufanda, ni los guantes, pues no sabía dónde guardar las cosas en un lugar que ya parecía estar a punto de reventar.

Sintió un contraste muy soso con el entorno, al compararlo con su ropa de colores grises, negros y azules, que lucían apagados, su abrigo viejo y sus zapatos desgastados, a juego. Habría estirado la mano para alisarse el pelo, pero se dijo a sí misma que debía ser más sensata.

Sus pasos eran amortiguados por la lujosa alfombra, que también parecía absorber el sonido de las voces, que provenían de detrás del biombo, en la parte trasera de la tienda. —¿Hola? —dijo Nell, deteniéndose justo, antes de mirar por el biombo, y quizás captar a alguien—. Estoy aquí para hablar con Madame Bisset. Mi esposo hizo un pedido para mí.

—¡Oh! Señora Atlas, por fin usted llega —gritó la misma voz, visiblemente encantada con la sorpresa—. Puede venir. Simplemente estamos compartiendo una copa de vino. ¿Le apetece una?

—¡Oh! Yo... Sí, ¿por qué no? —respondió Nell con incertidumbre, acercándose al borde de la pantalla y mirando a su alrededor, como si aún no estuviera segura de tener permiso para hacerlo.

Una joven estaba reclinada en una chaise longue rosada, mullida y forrada de brocado como las de la antesala. Tenía el pelo rubio miel, recogido en un moño, y bebía una copa de vino blanco, vestida solo con su camisola y los pies descalzos. Levantó sus ojos de color verde musgo para encontrarse con los de Nell, y soltó una risita, a modo de presentación.

—*Sois sage* —chasqueó la lengua una segunda mujer, que pasó por encima de la primera. Esta era mayor y se encontraba completamente vestida. Su cabello era de un llamativo tono rojizo artificial, recogido en una cascada de rizos y flores de seda, que a

Nell le parecieron favorecedores, a pesar que eran más apropiados para una mujer de avanzada edad.

Esta mujer mayor dirigió su atención a Nell, ofreciéndole una copa de vino y una amplia sonrisa. —Por favor, acompáñenos, señora Atlas. ¡Me alegra mucho conocerla finalmente, en persona! Su esposo es muy generoso, así que debo felicitarla por su matrimonio. Soy Silvie Bisset, ¡y le doy la bienvenida!

—¡Oh, gracias! —dijo Nell, extendiéndole la mano—. Encantada de conocerla. Como usted ya sabe, soy Eleanor Atlas.

—Esta holgazana maleducada es Giselle Dempierre —dijo Madame Bisset, poniendo los ojos en blanco con cariño—. La llamamos Gigi.

—Me llaman de mil maneras —aclaró la rubia, mirando a Eleanor con los hoyuelos. Carecía de acento, pero pronunciaba cada palabra con cierta indiferencia, que la delataba como extranjera—. Pero, usted puede llamarme Gigi, por favor. Solo codiciaba algunas de las piezas que su marido le compró. Madame Bisset se portó como una bruja horrible, y se negó a venderme algunas de sus cosas sin su consentimiento.

—Ya estoy vieja para estas tonterías —expuso Madame Bisset con desdén—. Además, mire a la pobre señora Atlas, obligada a usar un atuendo tan inapropiado hasta que pueda remediarlo. ¡Es inadmisible! Tengo que ir a buscar mi cinta y mis alfileres. Por favor, un momento. Disculpe, señora Atlas.

Nell vio a la sastra alejándose, a toda velocidad, con sus brillantes rizos rojos, ondeando por la prisa, y se sintió profundamente insegura sobre qué hacer. Ella sostenía la copa de vino, en una mano enguantada, el bolso en la otra, y seguía de pie, erguida como un palo, en medio de la sala, más extraña, en la que había estado parada. Esto habría sido abrumador por sí solo, pero al parecer, ella también se había topado directamente con un miembro de la familia, al que solo esperaba observar discretamente.

Giselle Dempierre volvió a reírse, aparentemente muy entretenida con el aire británico desaliñado, que Nell irradiaba. Hizo un gesto de inclinarse hacia adelante y dejar su copa sobre una mesa de cristal, luego estiró los brazos por encima de la cabeza, arqueando la espalda, como una gata para exhibir su elegante figura. —Podría desvestirse —dijo con dulzura, acurrucándose en el diván, como esa misma gata imaginaria—. Mi querida Silvie no puede medirla bien con todo... —dudó, recorriendo con la mirada el modesto conjunto de Nell, como si fuera una exhibición morbosa—. Bueno, con todo eso...

Nell asintió nerviosamente, buscando otras superficies, antes de darse cuenta que tendría que poner su propia copa de vino, junto a la de Gigi.

Le dio la espalda a la otra mujer, esperando que el rubor, que subía a sus mejillas, no fuera visible, y se quitó la ropa de abrigo con cuidado. Dobló cada prenda y las apiló en un pequeño montón, junto a la mampara. Mientras se sentaba para quitarse las botas, se le ocurrió, aparentemente para gran diversión de la otra mujer, que si bien no se había expuesto al objetivo, en el sentido estricto de la palabra, sin duda se estaba poniendo en una situación vulnerable, mucho antes de lo previsto.

«Estoy literalmente expuesta», pensó, sintiendo una punzada de ansiedad, en el pecho. Peor aún, no tenía ni idea qué decirle a la otra mujer.

Una vez que se puso la camisa, tomó la copa de vino y se la llevó a la boca, agradecida por el calor reconfortante, que le recorría las extremidades. Sabía que no debía pedir otra copa tan pronto, pero pensó que necesitaría varias botellas para calmar sus nervios.

Madame Bisset regresó con montones de encajes, telas de satén, terciopelos y pieles en los brazos, coronadas por un alfiletero, en precario equilibrio. Asintió con la cabeza, en señal de aprobación, al ver que Nell ya se había quitado sus vestimentas, que al parecer le quedaban mal.

—¡Su marido calculó muy bien! —dijo con una sonrisa sugerente, observando la figura de Nell bajo su cómoda y desgastada camisa—. Si quiere, podrá llevarse a su casa, algunas cosas, esta noche.

—Bueno —destacó Gigi sin hacer algún ademán de vestirse de nuevo ni de dejar a Nell en su intimidad—. ¿A quién no le gustaría eso?

*****

Nate no estaba seguro si estaba indignado o avergonzado.

La última vez que vio a su pequeña esposa, la besó. No había planeado besarla. Eventualmente, sí, pero no en el instante en que llegó, tan repentinamente. Entonces, se dio cuenta que si la besaba más tiempo, no podría detenerse y debía salir corriendo. ¡Ahora, ella había desaparecido!

Bueno, no desapareció del todo. Había ido a Dover con Kit, según lo que él había deducido, pero ni siquiera le había dejado una nota para avisarle a dónde se había ido.

El último rayo del crepúsculo se cernía sobre el cielo. Había dejado de pasearse por el vestíbulo, como si fuera una institutriz preocupada y, en su lugar, se había dirigido al comedor, a escribir la correspondencia, muy retrasada, a sus diversos contactos en el Parlamento. El problema era que no podía concentrarse en las frases secas y repetitivas, el tiempo suficiente, para plasmarlas adecuadamente en el papel.

No había podido dejar de pensar en ese beso. Había besado a la señorita Blakely, una vez, en un baile en Londres, hacia el final de la temporada pasada, cuando se hizo evidente que ambos aceptaban la idea del matrimonio. Fue un beso bonito, aunque un tanto metódico, y no tuvo ningún problema en separarse después y

dejarla ir. Ciertamente, no tuvo que retroceder, antes que el deseo de saborearla más profundamente lo dominara.

Negó con la cabeza, dejando escapar un breve suspiro. Se creía dueño de sus propios deseos más bajos, si personas como Gloriana Blakely no lo hubieran tentado a pensamientos peligrosos. Al fin y al cabo, ella era considerada como una de las debutantes más hermosas que Londres jamás había visto. No obstante, allí estaba él, casado con una mujer que al principio le había parecido tímida y despreciable, y que, de alguna manera, lo había llevado a una distracción con la que no había lidiado, desde su juventud.

La doncella había desempacado el modesto conjunto de cosas de su esposa, colgando no más de media docena de vestidos en el armario y depositando con cariño un libro y las gafas de Nell, en la mesita de noche, donde su esposa seguramente querría que estuvieran. ¿Ella se conformaba con tan poco? Ciertamente, parecía que así era, aunque Nate no le encontraba sentido a estas actitudes.

Él había pasado toda su vida anhelando el siguiente paso, el siguiente logro y la siguiente victoria. Debería haber estado radiante, ansioso y esperando que su mayor proyecto y su meta más atenta estuviera finalmente tan cerca de completarse. En cambio, a menudo, olvidaba por completo a la Hoja de Plata, mientras pensaba en tapicerías, alfombras y un ajuar, a la medida de una novia amada. Se había perdido en la exploración de esta vieja tumba y en la anticipación de la llegada de su esposa.

Ahora que ella estaba allí, solo podía esperar que la monotonía de los días, que pasaban, moderara su ardor y le diera espacio a su antigua chispa para que volviera a encenderse. Esas tonterías sin aliento no eran sostenibles. Todos lo sabían.

El sonido de voces y la puerta del vestíbulo, al abrirse, lo pusieron de pie de inmediato, dirigiendo su mirada hacia los paneles de espejo de la pared del fondo para arreglarse el cabello. El inconfundible sonido de la voz de su esposa, superpuesto a la risa

estruendosa de Kit, le provocó una punzada de alerta, impulsándolo hacia el alboroto.

Nell tenía la cara sonrojada y sonreía, abrigada con tantas capas, que parecía una muñeca de lana. Llevaba dos cajas de cartón, ambas rectangulares, y Kit parecía tener cuatro más del mismo tamaño.

¡Ay, Nathaniel! —exclamó, al verlo con el rostro iluminado, como si estuviera encantada. Depositó con cuidado las cajas que sostenía, en el suelo, y corrió hacia él, abrazándolo, como si fuera un viejo amigo—. ¡Ay, muchísimas gracias! ¡Nunca había tenido tantas cosas buenas! ¡Tuve un día maravilloso!

No quería ponerse amoroso, delante de su primo, así que le dio un beso con los labios apretados, en la parte superior de la cabeza, y murmuró alguna obviedad acerca que esto no era ninguna molestia.

Kit los miró con los ojos entrecerrados, de la misma manera que había mirado a Nate esa noche en el pub.

—Me temo que he bebido un poco de vino —susurró Nell, soltándolo y retrocediendo. Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, mientras que los ojos grises de ella brillaban como piedras lunares—. Mucho vino —rectificó, apretando los labios, como si se tratara de una broma.

—Tendré que tomar algo y ponerme al día contigo —replicó Nate, usando la voz, que había perfeccionado para una conversación encantadora, durante la cena. Eleanor le sonrió radiantemente, pero esto solo acortó la mirada curiosa de Kit. Nate simplemente levantó la barbilla, retándole en silencio a su primo—. Ven, podemos comer algo y me lo cuentas todo... Kit, ¿te quedas a cenar?

—Ojalá pudiera —respondió Kit, entregándole las cajas que llevaba a un sirviente, que había venido a recogerlas—. Tengo asuntos que tratar con mi madre. Tendrán que venir a cenar, a mi

casa, muy pronto, sobre todo ahora que tu esposa tiene el atuendo adecuado para la cena.

—¡Oh! Eso suena genial —dijo Nell—. ¿Verdad que suena genial, Nathaniel?

Kit esbozó una amplia y exasperante sonrisa, encantado que su audiencia no fuera consciente de su antagonismo.

—Parece que vale la pena considerarlo —respondió Nate con calma—. Vamos a quitarte el abrigo y a darte de comer, ¿eh? Kit, ¿te veo afuera?

—Si quieres —respondió Kit, encogiéndose de hombros—. Sé cómo volver.

—No estoy convencido que sepas tanto como crees —dijo Nate, alegremente, dándole una palmadita a Nell, en el hombro, mientras cruzaba la sala para ayudar a su primo a irse—. Salgamos, entonces, salgamos.

Kit se rió en silencio, aunque Nate podía ver cómo le temblaban los hombros. Su caballo seguía ensillado y lo esperaba en el camino.

—Sí que bebió mucho vino —le dijo Kit, acercándose al caballo y acariciándole el hocico—. Creo que fue esa costurera, quien le dio un elixir para las compras impulsivas. Sin embargo, te alegrará saber que se negó rotundamente a añadir nada, a la ya exorbitante compra que has emprendido.

—No me importaría, si lo hubiera hecho —respondió Nate—. ¿Eso es lo que hay en esas cajas? ¿Ropa?

—Sí, pero eso no es todo. Creo que es sobre todo ropa interior y un abrigo nuevo, aunque claro, no pregunté. No tuvimos tiempo de pasar por el zapatero, así que tendrás que ir otra vez para eso.

—No es molestia. Supongo que debería agradecerte por atender sus necesidades, pero pudiste haber garabateado una nota

rápida para que no tuviera que interrogar a la mitad del personal y averiguar a dónde se habían ido.

La amplia sonrisa de Kit solo acentuó el ceño fruncido de Nate. —Lo siento —dijo, como si no lo lamentara en absoluto—. No dejes que yo te retenga más. Se nota que estás deseando pasar tiempo con tu amada.

—Suenas sorprendido —replicó Nate con frialdad.

—¡Estoy sorprendido! —insistió Kit—. A diferencia de ti, disfruto de una buena sorpresa. Ahora, vuelve adentro. Regresaré por la mañana y podremos abrir algunas habitaciones de la planta baja, ¿eh? Quizás por fin encuentre esos dados que perdí de pequeño.

Nate se burló, aunque esbozó una media sonrisa a regañadientes. —Quizás. Han pasado cosas más raras.

Kit no respondió, pero Nathaniel percibió esos sentimientos, en esa sonrisa burlona. Lo saludó con la mano, dio media vuelta y regresó a la casa, en busca de su novia.

CAPÍTULO QUINCE

Nate sintió la extraña necesidad de llamar a la puerta, antes de entrar en su dormitorio, aunque sabía que lo esperaban. Al regresar al comedor, le informaron que la señora de la casa deseaba cenar en el dormitorio y que, a menos que se opusiera, también lo atenderían allí.

No estaba seguro de cómo iban a lograrlo con nada más que una cama y un armario, en esa habitación, aunque ciertamente, él estaba dispuesto a intentarlo.

Se armó de valor y empujó la puerta, dejando al descubierto el resplandor de las velas y un pequeño arreglo improvisado: una mesa de centro, que había estado en el salón, y dos cojines del sofá del salón, que servían de sillas. Habían colocado una vieja mampara junto a la chimenea, y desde donde estaba, podía ver sombras moviéndose tras ella.

Había sirvientes en la habitación, lo que hacía aún más ridícula su inquietud al entrar. Uno colocaba la comida y el vino, en la mesa baja, otro desempacaba las cajas de Dover, y otro acomodaba faroles, alrededor de la habitación, a falta de una lámpara que funcionara en la oscuridad.

—Sarah, ¿podría pasarme una de esas antorchas o una vela si la tiene? —gritó Nell, desde detrás del biombo—. No veo nada desde aquí atrás.

—Sí, señora, por supuesto —dijo la doncella de pelo rizado, que había llegado en el carruaje con Nell, esa mañana. Le entregó la caja, que estaba desempacando, a una criada, y agarró una antorcha para atender a su señora, rodeando a Nathaniel, como si fuera un mueble más.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó un lacayo, en voz baja, señalando el extraño arreglo de la cena en el suelo. Había un bol de cerezas en el centro de la mesa, dos copas vacías, una botella de vino y dos platos repletos de carne y patatas.

Nathaniel pensó que a su esposa le vendría bien un vaso de agua, en lugar de más licor, pero al girarse para hablarle a través de la mampara, todo pensamiento coherente se ahogó en su garganta. La luz de la antorcha iluminó con total nitidez las siluetas de las dos mujeres que estaban detrás, hasta los cordones del corsé que la doncella estaba aflojando alrededor del torso de Nell. La luz recorrió la curvatura de esas piernas, incluso con el fantasma del camisón flotando sobre ellas, a través de la barrera.

Se dio cuenta, en un instante de horror, que si el lacayo daba la vuelta, él también disfrutaría de esa maravillosa vista.

—Nada —dijo, quizás un poco más brusco de lo que pretendía —. Pueden retirarse. Los llamaré si necesitamos algo más.

—Señor —respondió el lacayo con rigidez, saliendo a toda prisa, en lugar de quedarse con un amo agitado. Afortunadamente, esto significó que no dio la vuelta.

—Sarah, puede irse —murmuró la suave voz de Nell, desde detrás del biombo—. Si me pasa la bata nueva, primero, me trenzaré el pelo para dormir.

—Sí, señora —respondió la doncella. Salió de detrás del biombo, obligando a Nathaniel a fingir un profundo interés en el estado de esas cutículas hasta que le pasó la bata y le dio las buenas noches a su señora. No obstante, él pudo ver claramente lo deficiente que era el biombo para proteger la modestia de Nell.

Nate no la miró a la cara, cuando pasó junto a él, al salir, pero podría jurar que sintió la sonrisa cómplice, que probablemente se dibujaba en ese rostro, al pasar rápidamente. Una vez cerrada la puerta, pudo contemplar la exposición con los ojos abiertos, algo

que logró contener, durante cuatro segundos, mientras se dirigía a los pies de la cama para quitarse las botas.

Era solo que la mirada no podía evitar ser atraída por las sombras que se movían tras el biombo. Ella se movía con tanta elegancia, con una lentitud deliberada que probablemente se debía a que estaba un poco ebria. Aunque, él apostaría a que ella siempre había tenido mucho cuidado con lo poco que poseía, lo que significaba que no se desvestía ni se quitaba la ropa con prisa, ni siquiera con la mente más despejada.

Él dejó caer las botas al suelo y renunció a intentar convencerse que estaba interesado en algo más que esta seducción involuntaria.

Ella se quitó las horquillas del pelo y se lo soltó con una sacudida. Esos largos y rebeldes rizos le caían hasta los codos. Él se dio cuenta que nunca la había visto con el pelo suelto. No se lo había imaginado tan largo y salvaje. ¿Cómo había logrado encajar una melena tan exuberante en esos moños tan recatados, que siempre estaban un poco ladeados?

Se subió la enagua y la arrojó por encima del biombo, inclinándose para sacar una de sus nuevas prendas de la caja. Desde donde él estaba con la respiración estática, en los pulmones, pudo ver la forma detallada de esos pezones y la tentadora manera en que desplazaban, al inclinarse hacia adelante. Ese trasero se redondeó agradablemente y le brindó un delicioso rebote, al sacudir la prenda que sostenía. Se la quitó por la cabeza con cuidado, deslizándola hasta su lugar, en vez de jalar de ella.

Ella extendió un brazo y agarró la bata azul oscuro, que él le había encargado, colgada en la esquina del biombo. Él había elegido la tela, teniendo en cuenta el color, detallando la forma que consideraba más favorecedora para Madame Bisset: ceñida en la cintura y con una caída generosa en la parte inferior, para que incluso los pies le quedaran protegidos por la cálida y elaborada tela. Ella suspiró felizmente al tomarla, abrazándola, en un momento de

indulgencia infantil, antes de atarla en su sitio y alisarla por la piernas.

Ella salió. La bata se balanceaba graciosamente en esas caderas. Ese cabello era una gloriosa maraña sobre esos hombros, y dio un pequeño respingo al encontrarlo sentado allí, con los ojos fijos en ella.

¡Ay, Nathaniel! —chilló, tocándose la faja de la cintura, como si acabara de darse cuenta que no estaba completamente vestida—. Espero que no te importe que haya improvisado una cena, pero estaba terriblemente incómoda, y ansiaba ponerme las cosas preciosas que me compraste.

—No me importa en lo más mínimo —le aseguró con voz ronca, seguido de un rápido aclarado de garganta.

Ella dudó, tímida e ajena a la visión que presentaba. Todo ese cabello oscuro cayó a ambos lados de un rostro pálido y esos grandes ojos grises brillaron como diamantes, bajo el profundo azul real de su cuello. ¿Cómo había él podido pensar que ella era tímida o sencilla?

—¿No quieres venir a sentarte? —dijo él finalmente con una leve sonrisa, arrodillándose sobre la almohada más cercana a la pantalla. Esa bata y el camisón se le desbordaban a ella, alrededor de las piernas, en tonos tinta y turquesa. Él tomó el vino y sirvió una cantidad moderada, en ambas copas, con la mano firme a pesar de su anterior indulgencia.

—Sé que parece una tontería, pero he leído mucho en *Cuentos de oriente*, donde se describe esta forma de comer, y me moría de ganas de intentarlo. No habría podido justificarlo, una vez que hubiéramos arreglado los muebles.

Nate respiró fuertemente, inseguro de la conveniencia de permanecer de pie, en su estado actual, pero rápidamente se arrodilló frente a ella, mientras se distraía con las bebidas. Se aclaró la garganta, reprendiéndose a sí mismo para controlar sus impulsos,

y le dedicó lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora. —Es encantador, Nell. Me alegra mucho que te gusten las prendas que elegí —dijo, en voz baja—. Si me permites decirlo, este conjunto te sienta de maravilla.

Ella se sonrojó, llevándose la copa de vino a los labios para disimular una sonrisa. —Gracias —dijo, después de un momento—. Fue una salida muy productiva. Además de recoger algo de mi ropa nueva, conocí a una de los Dempierre.

—¿Lo hiciste? —Él se maravilló. Esta información al menos lo había llevado a una dirección más segura—. ¿Cómo lo lograste?

—Fue pura casualidad —le dijo—. Estaba en la tienda de Madame Bisset, cuando llegué y... se quedó, durante toda la prueba. Creo que le hice gracia.

—Eres divertida —le aseguró, mientras comía un bocado de su filete.

—No era divertida como alguien que cuenta chistes —dijo ella, lentamente, ladeando la cabeza pensativa—. Más bien, es como si a ella se divirtiera con un cachorro descoordinado, o un hombre que se resbala y se cae en la calle. Yo era una curiosidad para ella, creo.

Nathaniel frunció el ceño. Sabía exactamente a qué se refería ella. A menudo la había encontrado divertida de forma similar, aunque consideraba su propia diversión cariñosa y la de esta desconocida como hostil. De repente, se sintió sofocado y se puso de pie, intentando quitarse la chaqueta.

Ella lo observaba con una expresión más curiosa que otra cosa, y mordisqueó su cena, mientras él se quitaba los puños, la corbata y el chaleco, respirando profunda y satisfactoriamente sin restricciones. —Yo también quiero ponerme la pijama —le dijo, dedicándole una sonrisa que, según esperaba, era amistosa—. Te ves muy cómoda con la tuya.

—Sí, lo estoy —dijo ella, alegremente—. Nunca he tenido nada tan fino. Podría vivir con este conjunto para siempre y no volver a

necesitarlo, ¡y aún así, he traído varios más a casa! Me hará estar presentable para cenar con tu familia o para enviar mi tarjeta a casa de los Dempierre.

—¿Eso es lo que piensas hacer? —preguntó, volviendo a su cojín con mucha más libertad de movimiento—. ¿Enviar una tarjeta?

—Bueno, Gigi, es decir, la chica Dempierre, programó otra prueba con Madame Bisset, dentro de una semana. Pensé que tal vez pasaré por la tienda, ese mismo día, y esperaré tener otro encuentro casual. Si esto no funciona, entonces, sí, creo que enviar una tarjeta es nuestra mejor opción, ahora que una de ellos me conoce.

Él asintió, pensándolo. —Creo que es simple y directo —dijo—. Si le pareces divertida, como dices, puede que esté deseando seguir interactuando contigo.

—Una vez que la casa esté lista, deberíamos organizar una reunión aquí e invitarlos a todos —continuó Nell, metiéndose un trocito de patata en la boca. Al tomar su copa de vino para otro sorbo, encontró a Nathaniel con una tentadora mirada a su escote—, para algo íntimo que dé que hablar. Dependiendo de cuándo se celebre esta mascarada, puede que tengamos muy poco tiempo para congraciarnos con esta familia.

—¿Mmm? ¡Ah! Sí, por supuesto —dijo él, quizás tomando un trago demasiado profundo de su propio vino y obligándose a concentrarse en su plato.

Ella guardó silencio por un momento, quizás simplemente para disfrutar de la cena. Él no lo sabía, pues se esforzaba al máximo por mantener la cabeza gacha. El crepitar del fuego y el raspado de los tenedores, en los platos, fueron los únicos sonidos, durante un rato, luego el tintineo de los huesos de cereza, en un plato, mientras Nell probaba la fruta del cuenco.

—¿Por qué me besaste? —preguntó ella de repente con su voz perforando el silencio, como el canto de un pájaro.

—¡Menuda pregunta! —respondió él de inmediato, sin poder disimular la mueca—. ¿Un hombre debe tener una razón para besar a su propia esposa?

Ella se recostó sobre las manos, observándolo, iluminada por el resplandor de las antorchas que bordeaban la habitación. —No lo habías hecho antes.

—No —concedió—. Pero debería haberlo hecho.

Ella frunció los labios, pensándolo, pero no le encontró sentido por la forma en que negó con la cabeza. —¿Pero qué te hizo besarme, entonces, en ese momento?

—No podría asegurarlo —confesó él, recorriendo la figura de su mujer con la mirada. ¿Sabía ella lo que hacía? ¿Sabía qué aspecto tenía ella, reclinada así de manera tentadora?—. Me pareció lo más natural y lo deseaba. ¿Quieres que me abstenga de hacerlo, en el futuro?

—¡Qué! —exclamó ella, incorporándose con los ojos abiertos—. ¡Por supuesto que no! ¡No tengo ni la más remota idea de qué comportamiento debería imitar, si quiero inspirarte a hacerlo otra vez!

Esta admisión quedó flotando en el aire, por un momento, y Nathaniel no estaba seguro de haberla escuchado correctamente.

—¡Oh! —gimió ella, hundiendo la cara entre las manos—. Lo siento. El vino me soltó la lengua y no pensé antes de hablar.

—Quizás deberíamos pensar un poco menos y expresarnos con más libertad —sugirió él, extendiendo la mano por encima de la mesa para apartar una mano de ella, de la cara, y ponerla en la suya —. ¿Quieres que te bese otra vez?

Ella lo miró a través de su único ojo descubierto y asintió casi imperceptiblemente.

—Bien —susurró—. Ven aquí.

Ella tragó saliva, parpadeando un par de veces, como para asegurarse de haber oído bien. Quizás sin sus gafas, había empezado a desconfiar de todos sus sentidos. Aunque ella no se levantó, pues él seguía sentado y le sujetaba la mano. En cambio, se arrastró alrededor de la mesa y se arrodilló junto a él, rozándole las rodillas con las suyas. Temblaba ligeramente con las mejillas sonrojadas por la anticipación.

Él no pudo evitar la sonrisa que salió de las comisuras de sus labios, y en lugar de dejar que ella pensara que se estaba riendo de ella, se inclinó hacia delante y aprovechó mejor esos labios, inclinándose sobre los de ella tan suave y cuidadosamente, como pudo.

Ella emitió un sonido de placer muy agradable y colocó sus manos tentativamente sobre esos hombros, intentando devolverle el beso, imitando la forma en que él usaba los labios.

Él se rió entre dientes, fascinado por ese inocente entusiasmo, y sacó la lengua para saborear la dulce curva de ese labio inferior. Le ahuecó la mejilla y deslizó el pulgar por esa mandíbula, instándola a abrir un poco esa boquita dispuesta para que él también pudiera saborearle la lengua.

Ella parecía disfrutarlo, deslizando las manos hacia adelante, recorriendo la nuca de él. De nuevo, ella imitó esos movimientos, curiosa por encontrar su lengua con la de él. Era evidente que era una estudiante dedicada con un don para aprender rápido.

Ella se movió hacia adelante, a solo un tirón de estar en ese regazo. Sus dedos exploraron los músculos de ese cuello y hombros, mientras probaba diferentes ángulos para besar y encontraba un nuevo deleite en cada uno.

Él gimió sin estar seguro de cuánto más podría soportar, y se apartó ligeramente, depositándole un beso en la barbilla y mirándola fijamente a los ojos.

—Nell —dijo, acariciándole un lado del rostro y enredando los dedos en ese cabello suelto—. ¿Qué sabes del lecho nupcial?

—Entiendo la mecánica, en teoría —dijo ella con voz entrecortada—. Y cada vez entiendo mejor su atractivo.

—Quiero acostarme contigo —le dijo, consciente que su voz se había vuelto más grave y más urgente—. ¿Te gustaría?

Ella se mordió el labio inferior, como él estaba descubriendo que solía hacer cuando estaba excitada, y asintió rápidamente. Esto fue suficiente.

Él se puso de pie con esfuerzo y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse también. Levantar ese pequeño cuerpo del suelo no era un gran reto, y fue increíblemente satisfactorio oírla chillar de sorpresa.

Sabía que tendría que mantener la calma. Sin control, imaginaba que maltrataría a la pobre chica, durante un minuto o menos y luego ella se desplomaría, quedando inconsciente y poco aliviada, durante los siguientes días. Esto no debía pasar. Ella merecía mucho más.

Además, él razonó que sería más probable que ella le permitiera repetir la actividad, si se esforzaba por hacerla soportable.

La depositó con cuidado sobre la cama y deslizó los dedos por esa garganta, entre esos pezones, hasta llegar al nudo, que se había atado a la cintura con el fajín de la bata. La observó, mientras jalaba del nudo, sujetándole la mirada hasta que pudo abrir la bata, dejando al descubierto ese delicioso cuerpecito, en el fino tejido de muselina y encaje que él había elegido para ella.

Él se inclinó hacia delante para besar la curva de esa garganta, saboreando la piel pálida, mientras sus manos exploraban la textura del camisón, hundiéndose en la curva de esa cintura, disfrutando de la curva de esos muslos y la suavidad de ese abdomen. Lenta y gradualmente, acarició ese pecho, deseando prolongar la

anticipación, y sintiendo que se había ganado esa suavidad y peso en su mano.

Ella emitió pequeños jadeos, algunos de placer, otros de sorpresa. Cuando él se recostó y se quitó la camisa por la cabeza, ella tuvo un momento para recuperar el aliento, y quizás para disfrutar un poco de la anticipación que él mismo sentía.

Él se incorporó hasta sentarse, sacó los brazos de la bata de ella, y la arrojó sobre el poste de la cama. Ella lo miró fijamente con los ojos abiertos y brillantes, enmarcados por una hermosa franja de pestañas oscuras. Lo observó sin pudor, analizando ese pecho desnudo, la mata de pelo rizado sobre el corazón y el plano de músculos firmes que le terminaba en la línea de los pantalones.

Ella extendió una mano con cautela, presionando las yemas de los dedos contra la cálida piel bajo esa clavícula, deslizando suavemente sus uñas, aparentemente fascinada por la sensación. —Nunca he tocado a un hombre —susurró, como para sí misma—. A menudo me he preguntado si tu piel se sentiría como la mía: suave, cálida y tersa.

—¿Y? —preguntó él, permitiéndole explorar, mientras acariciaba los mechones de cabello que le caían sobre los hombros.

—Es bonito, pero diferente. —Ella extendió ambas manos sobre ese pecho, separando los dedos, y recorriéndolo con los dedos sobre los hombros y bajando de nuevo por las costillas.

Él se estremeció y estiró la mano instintivamente para agarrarle la muñeca, antes que pudiera arrastrarse más, pero no fue lo suficientemente rápido para detener ese retroceso involuntario.

Ella levantó la vista para mirarlo a los ojos con incredulidad. —Tienes cosquillas —se dio cuenta con una sonrisa extendiéndose por su rostro—. El señor Atlas tiene cosquillas.

—Tonterías —susurró sin poder reprimir una leve sonrisa—. Solo quiero tus manos en otro lugar.

—¿Ah? —susurró ella, bajando la mirada hacia donde él la tocaba y abriéndola de par en par, al comprender su intención—. ¡Ah!

Él la soltó, dando un suspiro, y su visión pareció oscurecerse, cuando permitió que la dulce manito de ella le presionara la erección. Ella no se inmutó ni se acobardó, más bien se le abalanzó sobre la rodillas y se encargó de acariciarle el miembro, a través del suave cuero de los pantalones, aparentemente fascinada por esa parte de él.

Él le envolvió el cabello, alrededor de su mano, y la atrajo de vuelta a los labios, besándola con fuerza esta vez, exigiendo entrar en esa boca, en lugar de solicitarla. Con la otra mano, regresó a los pezones, moldeándolos en su palma, y deslizando el pulgar sobre los picos tensos de esos pezones, encantado con la forma en que ella lo alimentaba con pequeños gemidos entre besos.

Él empujó los tirantes del camisón por esos hombros, saboreando su camino hacia abajo por la columna de la garganta y dentro del hueco entre esos pezones, empujando hacia abajo la tela flácida hasta que los pezones firmes y rosados se liberaron, apretándose en puntos erectos, mientras la piel de gallina se extendía sobre la extensión lechosa de ese pecho.

Ella siguió su ejemplo, una vez más. Si él podía quitarle la ropa, ¿por qué no al revés? Sus dedos, ágiles y eficientes, desataron las ataduras de la cintura y bajaron el cuero suelto, alrededor de las caderas, para poder sacarlo completamente a la luz del fuego.

La sensación de esas manos sobre su pene desnudo fue lo que lo llevó a una necesidad primitiva. Ya no había que esperar, no hasta saciarse. Le rozó un pezón con la lengua y retrocedió de la cama lo justo para quitarse la ropa, que le quedaba, mientras la observaba arrodillada, en medio de la cama, con el pecho al descubierto, respirando pesadamente por esos labios hinchados.

Parecía una virgen sacrificial, entregada a su cama y expuesta para su placer, en un anillo de llamas parpadeantes, dispuesta a ser

tomada, ansiosa de entregarle la inocencia a sus propios deseos depravados.

Ella no rehuyó, ante la desnudez de él, ni pareció alarmarse al verle la rígida erección. Más bien, se humedeció los labios y se bajó el camisón por la cintura y las caderas, dejándolo en un lugar, alrededor de las rodillas, para que él también pudiera verla expuesta y contemplara su cuerpo sin inhibiciones.

Había muchas cosas que él pretendía hacer con ese cuerpo, muchas cosas a las que se entregaría, una vez saciada su frustración animal. Se arrastró de vuelta a la cama, levantándola con un brazo por detrás de la cintura y acostándola boca arriba.

—¡Cuidado! —jadeó ella, cuando él le quitó el camisón por las espinillas y lo liberó de los pies—. Es delicado.

Él asintió, demasiado confundido para asegurarle que podía comprarle doscientos camisones idénticos y aún así estar dispuesto a hacerlos trizas, a cambio que le permitiera quitárselos. No era el momento y no confiaba en tener el vocabulario necesario. Se lo colocó con cuidado sobre la bata que ella había colgado del poste de la cama y volvió hacia ella, reclinándose sobre las almohadas de seda.

Ella era la cosa delicada allí, el tesoro que no quería dañar. Le separó las rodillas con suavidad y la tocó, con la ligereza de una pluma, en el centro del placer. Ella jadeó, pero no pareció objetarlo. Más bien, separó aún más las rodillas, reclinó la cabeza sobre las almohadas y cerró los ojos, como si confiara plenamente en que él haría con ella lo que quisiera.

«Ten cuidado», repitió la voz en su cabeza. *«Ella es delicada».*

Probó esa entrada con los dedos, complacido al encontrarla húmeda por un deseo propio. Iría tan despacio, como pudiera soportarlo. Ya habría tiempo para el abandono, más tarde, en las largas vidas que pasarían juntos, compartiendo esta cama. La idea le

provocó una oleada de calor, mientras se subía sobre ella y se posicionaba, en esa entrada.

—Detenme, si te lastimo —le susurró con la voz tensa por los últimos restos de autocontrol.

Ella asintió, aparentemente ansiosa, y movió las caderas hacia adelante, atrayendo la punta de él hacia el cálido pozo de ese cuerpo. Esos ojos se cerraron y la cabeza le daba vueltas, mientras él comenzaba a penetrarla, poco a poco, creando un ritmo suave, a medida que esa humedad los acomodaba a ambos. Ella jadeó bruscamente, unos segundos después, justo cuando él supuso que la había penetrado, pero no lo detuvo ni gritó de dolor.

Él presionó su frente contra la de ella, mientras ella lo rodeaba con los brazos, y la suavidad de esos muslos descansaba contra sus caderas. Sabía que explotaría rápidamente, que esta era una mala actuación para su primer encuentro, pero no pudo contenerse más de lo que se podía evitar la salida del sol. Esta vez no pudo...

Una vez que logró sumergirse, en ella, lo suficiente como para mantener un ritmo constante, su cuerpo se apoderó de sus sentidos. Ella no perdió la dulzura, pero los sonidos de esos leves jadeos, la sensación de ese agarre en sus hombros y el roce de esos dedos en su cabello eran, de alguna manera, más fuertes que cualquier pensamiento que él hubiera tenido.

Cómo había logrado pasar tantos años sin satisfacer ese deseo, esa necesidad, era incomprensible. No podía imaginar ese grado de placer en otra mujer, que no fuera suya, ni lo deseaba.

Sintió ese suave y dulce cuerpecito dándole la bienvenida, y esto fue suficiente para empujarla al límite, como si mil años de contención finalmente hubieran abierto una grieta en la presa. Bombeó su semen profundamente en ella, gimiendo suavemente, mientras hundía la cara, en ese cabello, y gradualmente aminoraba la velocidad de sus embestidas hasta que se meció para llegar a la quietud.

Ella respiró temblorosamente y acunó la cabeza contra ese hombro. Le acarició el cabello y lo dejó allí tumbado sobre ella hasta que su respiración se calmó.

Cuando él la miró, preguntándose qué disculpa podría ofrecerle por una actuación tan corta y probablemente insatisfactoria, ella lo besó, antes que él pudiera hablar.

—¿Me abrazarás, al menos hasta que me duerma? —susurró ella contra esos labios, y él sintió la curva de esa sonrisa, cuando le dijo que sí lo haría.

Sin embargo, al final, él fue quien se durmió primero, envuelto en un abrazo reconfortante.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Nell no durmió durante mucho tiempo. Menos mal que Nathaniel había encontrado su propio descanso tan rápido, pues sin duda habría insistido en abrazarla por un buen rato, mientras esperaba que el olvido la encontrara. Le acarició el cabello, apoyando la mejilla en la suave coronilla de esa cabeza, e inhaló ese aroma, mientras pasaban los minutos.

Él había permanecido tan inmóvil y rígido, cuando durmieron juntos, en las posadas y en Londres. Respiraba tan silenciosamente, que a veces ella creía que no respiraba. Esa noche, por primera vez, parecía un hombre cálido de carne y hueso, uno que se mueve en sueños y respira con tanta fuerza que se le oye. Era como si hubiera pasado del mármol a la carne de golpe.

Cuando él se apartó de ella, acurrucándose de lado contra una almohada, ella sonrió. No era porque la hubiera soltado, pues sabía que no lo había hecho deliberadamente ni esto tenía un significado más profundo, sino porque una parte de él mismo, que mantenía tan firmemente bajo llave, parecía haberse escapado en el acto de esa intimidad.

Ella se deslizó silenciosamente de la cama y se fue de puntillas hasta el borde para recoger su camisón y ponérselo por la cabeza. Lo levantó por encima de la cintura y se dirigió al lavabo para enjuagar rápidamente la sangre de su virginidad, que quedó en sus muslos, con sumo cuidado de no manchar su ropa nueva.

El fuego ardía lentamente, aunque ella lo observó por un rato, maravillándose de cómo su piel percibía cada roce de la tela que la cubría. Era como si su sentido del tacto se hubiera expandido más

allá de sus límites anteriores, y, por primera vez, estuviera realmente dentro de su propio cuerpo.

Estaba cansada, sí, y sabía que debía dormir, pero al mismo tiempo, sentía que podía correr a lo largo del terreno, zambullirse en el océano y nadar hasta Francia sin un instante de arrepentimiento ni duda. Se sentía como si estuviera a punto de lograr algo, lo cual era ridículo, porque ya había descubierto tanto, en las últimas horas.

Cubrió la comida desechada con las servilletas de tela, que habían caído al suelo, y caminó de un lado a otro del perímetro de la habitación, apagando cada antorcha con una rápida ráfaga de aire, hasta que solo quedaron las brasas brillantes en la chimenea, dándole forma al entorno.

Cuando terminó y estaba lista para volver a la cama, se entregó a un último momento de capricho, girando en círculo para enviar su energía nerviosa al universo, en la campana de su falda. Era algo que podría haber hecho de niña, e incluso una sola vuelta la dejó conteniendo la risa, un poco mareada. Quizás girar como una niña y tomar varias copas de vino no hacían buena pareja.

Fue lo más cerca que estuvo de considerar realmente lo que había sucedido allí, esta noche, y lo que podría significar para el futuro. Estos eran pensamientos para mañana, cuando su mente estuviera despejada y el sol brillara con fuerza. Esta noche, era simplemente una criatura de sensaciones, arrastrada por un impulso tras otro.

Se metió en la cama, cubriéndolos a ambos con la colcha, y se acurrucó alrededor de la espalda de Nathaniel, hundiendo la mejilla, en el calor entre esos hombros. Pensó que si tenía que permanecer despierta allí, durante más horas, al menos lo haría feliz, en esta posición.

Es curioso lo rápido que cualquiera puede quedarse dormido una vez que abandona toda esperanza de hacerlo.

******

Fue el ruido de los platos lo que la despertó.

Nell había dormido tan profundamente, que parecía que hacía solo un momento, que se había metido en la cama, y no obstante, era evidente que habían pasado muchas horas. El sol brillaba en la ventana, las cortinas negras improvisadas estaban descorridas para el día, y los sirvientes recogían del suelo los restos de su pequeña cena.

Se tomó un momento para sentir un tranquilo alivio, al pensar, que se había vuelto a poner el camisón, pues se quitó la manta del cuerpo, antes de recordar lo que había pasado allí la noche anterior.

—Buenos días —dijo Nathaniel, desde el armario, donde se arremangaba la camisa frente a un espejo delgado y apoyado. Le sonrió en el reflejo, haciéndole sentir un vuelco en el corazón—. Espero no haberte despertado.

—No lo hiciste —le aseguró, frotándose los ojos para quitarse el sueño y reprimiendo un bostezo matutino—. Normalmente me levanto, antes del amanecer. Tuve un sueño inusualmente profundo.

—¿En serio? —preguntó, volteando hacia ella, visiblemente complacido con la idea—. También dormí mejor que en mucho tiempo. Es un alivio haber terminado con las molestias del viaje por un tiempo.

Ella se sonrojó, buscando su suntuosa bata nueva, mientras se deslizaba de la cama. De alguna manera, a la luz del día, se sentía menos segura de su cuerpo con una tela tan fina. Quizás era una tontería ser tímida ahora, pero así era ella, de todos modos.

—Voy a abrir algunas habitaciones del primer piso, esta mañana, después del desayuno —continuó, ajeno a una repentina reticencia—, quién sabe qué encontraremos. También viene un carpintero, hoy, para instalar la iluminación adecuada en esta

habitación y en el comedor. No es necesario que me ayudes con las tareas, por supuesto, simplemente creo que es prudente que yo inspeccione cada habitación, antes que llegue el personal, para saber si falta algo. Mi tía estará encantada de enseñarte los jardines, hoy, si lo prefieres.

—Me encantaría ver los jardines, pero preferiría conocer la casa primero, si voy a ser su dueña. Además, debo confesar que siento una curiosidad terrible por lo que hay, en algunas de estas viejas habitaciones —dijo, acercándose a él para que le sacara algunas prendas del armario—. Me pondré uno de mis vestidos viejos para que el polvo no sea un problema. No me importa un poco de suciedad, pero no me gustaría manchar uno de los nuevos.

—No es solo polvo. Podría haber roedores u otras cosas desagradables en las zonas desatendidas —le advirtió—. El primer día encontramos una araña enorme y desagradable en la cocina.

Ella se rió entre dientes, sacudiendo su vestido de viaje remendado y lanzándolo sobre la cama. —Crecí junto a un hermano gemelo, señor. Te aseguro que he conocido a bastantes enemigos. Mientras no sean venenosos, les plantaré mi cara con valentía.

—Como digas —objetó con una leve sonrisa—. Confieso que no me gustan los insectos, así que quizás tu valentía también me anime. Por favor, no le cuentes a tu hermano sobre esta debilidad mía. Así no podría recuperar mi dignidad.

Nell lo echó de la habitación, riéndose para sí misma, y llamó a Sarah. Fue fácil abrocharse uno de sus viejos y útiles vestidos en comparación con las capas y los innumerables botones y lazos, que había tenido que sortear, en la tienda, el día anterior.

Ella le recogió el pelo en su moño habitual y, tras pensarlo un momento, decidió usar sus gafas. Al fin y al cabo, iba a estar oscuro y polvoriento, en esas viejas habitaciones, así que sin duda ver mejor le vendría bien, ¿no?

Ojalá a Nathaniel no le importara esto tanto como a sus amigas del colegio. ¿Acaso él veía la utilidad de una vista optimizada, en momentos oportunos? Parecía un hombre práctico, en ciertos aspectos, aunque ella sabía que tenía predilección por las cosas bellas.

Apartó la mirada de su reflejo, al pasar frente al pequeño espejo, recordándose que nunca le habían importado preocupaciones tan vanas, y que sería un desperdicio de sus mejores cualidades comenzar a obsesionarse con ellas, justo ahora.

Contempló a su marido, durante el desayuno que compartieron, en una conversación discreta, mientras cascaban los huevos y mordisqueaban las tostadas. Él no hizo ningún comentario sobre sus gafas, si es que las notó. Era como si nada hubiera cambiado, desde ayer, cuando en realidad su vida entera se había redefinido.

Notó una ligera molestia en su cuerpo, aunque no le resultaba del todo desagradable recordar que Nathaniel la había poseído. Era difícil saber con certeza qué tan bien había sido este encuentro, aunque esperaba que la forma en que él durmió después significara, que de alguna manera, él se había sentido más cómodo con ella. ¿Seguro que sí, después de todo eso?

No era de extrañar que las chicas se metieran en líos tan a menudo en la alta sociedad. Nunca había entendido por qué a algunas les costaba tanto comportarse y estar donde debían estar, pero si alguien como Nathaniel hubiera intentado convencerla que se metiera en líos, antes de su matrimonio, sabía sin duda que ella lo habría seguido. Aunque tenía mucho que aprender sobre cómo complacer a su marido, en la alcoba, esta primera experiencia había sido brillante, y esperaba repetirla pronto.

—¿Kit nos acompañará hoy? —preguntó ella, mientras retiraban los platos.

—No hasta después del almuerzo —respondió Nathaniel con un gesto de la mano—. Está negociando hoy con los capataces del

huerto para poder retener personal de confianza para la primavera. El cambio de tierras tantas veces, en los últimos años, ha creado una red inestable de trabajadores, lo que, por supuesto, significa una cosecha deficiente. Probablemente, tomará varios años más que todo vuelva a su estado anterior.

«Huertos», pensó Nell, mientras se dirigían a la primera de las habitaciones sin abrir. —¿Qué cultivan aquí? ¿Manzanas?

Nate asintió, y esa mano se posó distraídamente, en la parte baja de su espalda, mientras la guiaba por el laberinto de pasillos, sin percatarse de la emoción que le producía a ella. —Y las peras y las cerezas que comimos anoche. Mi tía tiene un don para las macetas y las conservas. También teníamos campos rotativos de cebada, centeno y rábanos, en esos días.

—¿Cómo se deterioraron? —preguntó Nell con curiosidad—. Kit parece una persona sencilla y responsable.

—Sí. El problema surgió antes que Kit tuviera la edad y la educación suficiente para administrar los campos. Mi tío, es decir, el padre de Kit, no era un terrateniente responsable y tenía la desafortunada costumbre de involucrarse en inversiones turbias y usar nuestras tierras, como garantía. Así que Kit ha pasado la mayor parte de su vida, intentando recuperar lo que una vez perteneció a nuestras familias, y tratando que los campos vuelvan a dar frutos.

Nell asimiló esto, mordiéndose la lengua, ante las preguntas que inmediatamente le vinieron a la mente con respecto a este tío y la historia personal de Nate con él.

Guardó su curiosidad para un momento más oportuno, al llegar a su destino, y retrocedió, mientras su esposo, con ese peso, empujaba la primera puerta doble, que requería una o tres manos de pintura fresca. Cuando cedió con un leve crujido de madera astillada, una nube de polvo emergió del interior, obligándolos a retroceder por el pasillo hasta que la misma se asentó.

Quedó claro de inmediato que esto había sido un salón de baile. Algunos tapices estaban cubiertos con sábanas, lo que le dio a Nell la esperanza que hubieran resistido el paso del tiempo sin sufrir grandes daños. La luz del sol se filtraba oblicuamente, a través de las manchas y vetas de las ventanas, descuidadas durante tanto tiempo, resaltando sus huellas en la madera color burdeos intenso que formaba el suelo. Los sofás estaban contra las paredes, todos cubiertos con capas de tela cuidadosamente colocadas. En un rincón había una pequeña plataforma elevada con un conjunto de instrumentos, que no habían sido cubiertos, y que habían acumulado una gruesa capa de polvo por los años de descuido.

Primero, ella se dirigió a los instrumentos. Su mirada se sintió inmediatamente atraída por la elegante forma de un arpa de pedal, tallada en exquisito relieve. No pudo resistirse a la fascinación de semejante objeto, como no pudo renunciar a su amor por los cuentos ni a su gusto por el melón de verano. Luego rodeó el pianoforte, como si el mismo no tuviera tanta importancia, atraída como una doncella por el encantamiento de un cuento de hadas.

El arpa era más alta que ella, pero la mayoría de las arpas lo eran. Era mucho más fina que el instrumento que había tocado, en casa de la señora Arlington, bajo la tutela de un maestro galés, un hombre que consideraba a Nell como su prodigio personal. De cerca, podía ver los detalles de la madera: animales, al estilo de una pintura renacentista, retozando sobre las curvas y depresiones, persiguiéndose unos a otros por el núcleo central de abeto macizo.

Extendió la mano para tocar el arpa, intuyendo que las cuerdas estaban viejas y desafinadas, y sabiendo perfectamente que todo el instrumento estaba cubierto de polvo. Aún así, rápidos movimientos con sus dedos propiciaron brillantes sonidos de música desafinada.

—¿Tocas? —preguntó Nathaniel, sobresaltándola, como si la hubieran pillado metida en algo inapropiado.

Ella giró rápidamente con una sonrisa de disculpa, apretando las cuerdas con la mano para silenciarlas, mientras el polvo se

disipaba. —Sí —confirmó, una vez que el tono se apagó—. Antes era muy hábil, pero llevo más de un año sin practicar.

—Los restauraremos —dijo él con firmeza—. Quiero oírte tocar.

—¡Oh! —replicó ella con las mejillas sonrojadas por esas atenciones—. ¡Sería maravilloso, Nathaniel! De verdad... Es un instrumento precioso. Tiene un tallado excepcional en la madera. Es una pena que haya estado tanto tiempo sin usarlo.

—Sí —asintió él, en voz baja—. Los instrumentos hermosos están hechos para estar abrigados y recibir visitas frecuentes. Con suficiente cariño, estoy seguro que podrás compensar ese descuido.

Ella soltó una risa nerviosa, bajando de la plataforma con las manos entrelazadas y evitando esa mirada. Algo que él dijo la había puesto nerviosa de la forma más absurda. Miró las paredes, buscando algo que valiera más la pena examinar que su guapísimo esposo.

Sin embargo, él la había visto desnuda, la noche anterior. Y debía de estar pensando en esto, cada vez que la miraba. Debía de estar recordando las cosas que ella le había permitido hacerle.

«¿Por qué todo es mucho más vergonzoso, a la luz del día?».

—Me encantan las piezas barrocas —soltó ella con voz aguda y nerviosa—. ¡Una vez me pasé dos meses memorizando la *Passacaglia* entera, tal vez con razón, al saber que no podría llevarme la partitura al irme de Bath! Es mi pieza favorita, aunque es muy larga.

—Estás llena de sorpresas, señorita Applegate —replicó.

—Nell —corrigió ella, automáticamente, solo para darse cuenta, al hablar, que él había pronunciado el nombre, en un tono que implicaba que el error había sido deliberado. Dio la vuelta, frunciendo el ceño, y lo encontró apoyado contra la pared con los brazos cruzados, observándola con una sonrisa irónica—. ¡Ah! Me estás tomando el pelo.

—Sí —confesó él, abriendo las manos, en señal de disculpa—. No puedo evitarlo. Te juro que no es mala intención, Eleanor. Me parecen muy entrañables tus reacciones, cuando te pones nerviosa.

—¿En serio? —preguntó ella, genuinamente sorprendida—. No puedo imaginarme por qué.

—¿No puedes? —repitió él, levantando las cejas.

Nell intentó balbucear su desconcierto, pero al no encontrar las palabras, simplemente, suspiró exasperada. —Sin duda, eso explicaría las cosas, si mi angustia fuera divertida para los demás. Glory solía provocarme así, y cuando me enfurecía, de repente me abrazaba, riéndose, como si le hubiera contado el mejor chiste de su vida. Me volvía completamente loca.

Él se rió entre dientes, lo que solo la hizo suspirar, nuevamente, mientras esos brazos caían a los costados.

—Nell —dijo él con dulzura, apartándose finalmente de la pared y caminando hacia ella. Rayos de luz danzaban sobre él, mientras avanzaba, cambiando el brillo de esos ojos de dorado a verde y de nuevo a dorado—. ¿Alguna vez has conocido a alguien que no sea consciente de su propio encanto? ¿Alguien a quien le tomas cariño, casi por casualidad, como si te hubiera surgido, cuando mirabas hacia otro lado?

—No lo creo —respondió ella, frunciendo el ceño, mientras consideraba la pregunta comparándola con sus conocidos. Después de un momento, se encogió de hombros y dijo—. Suelo saber enseguida si alguien me gusta o no.

Se acercó a ella, le tomó las manos y la miró con evidente escepticismo. —¿En serio? ¿Tu opinión de mí es la misma, hoy, que aquella noche, cuando me entregaste la carta en Almack's? ¿Es la misma que hace unas semanas, cuando salimos juntos de Somerton?

Ella frunció el ceño, apartando la mirada, mientras reflexionaba sobre las preguntas.

—Siempre... —dudó él sin querer humillarse—. Siempre me has parecido atractiva, aunque supongo que a medida que uno conoce a otra persona, se van formando rasgos más concretos de la otra.

Él se llevó las manos de ella, a los labios, deteniéndose en los dedos con un suave beso. Sus ojos brillaron divertidos, ante esa evidente incomodidad de ella, como para demostrarle el extraño razonamiento que él acababa de describirle. —¿Así que es diferente, ahora que estamos casados?

—Es diferente ahora que hemos pasado tanto tiempo, juntos. —Ella resopló, esforzándose por no morderse el labio—. Y claro, después de... eh...

—¿Después de lo de anoche? —la instó, atrayéndola hacia sí, de modo que a ella no le quedó más remedio que sostener esa mirada o verlo directamente a la camisa—. No hay nada de qué avergonzarse, Nell. Estamos casados. Es algo que los casados comparten.

—¡Ya lo sé! —suspiró ella, segura que su rostro brillaba como el bol de cerezas de la noche anterior—. De todas formas, no me refería a eso. Quise decir que antes eras una figura enigmática, una cuestión que no podía responder, y aunque sigues siendo un hombre de muchos enigmas, siento que esas preguntas me apremian menos, cuando interactuamos.

—Responderé a cualquier pregunta que tengas —le dijo Nathaniel—. ¿Qué te gustaría saber?

«¿Alguna vez has matado a un hombre?».

Ella negó con la cabeza, desvaneciendo esta idea, la cual no encajaba con el tono del momento ni con la incipiente intimidad, que habían empezado a forjar.

«¿Cuál es tu interés en la sociedad de la Hoja de Plata?».

«¿Quién eres realmente?».

«¿Por qué aceptaste casarte conmigo?».

Él suspiró, usando un dedo bajo la barbilla de ella para levantarle la cabeza y depositarle un suave beso en la frente. —Tienes razón en que no he sido muy franco con los detalles de mi pasado —dijo, malinterpretando por completo el silencio de ella—. Quizás esta noche pueda contarte toda la triste historia, y explicarte por qué soy tan frío y remilgado la mayor parte del tiempo.

—Jamás te llamaría así —protestó ella, aunque para ser sincera, esa cercanía con él la mareaba. Recuerdos que una dama jamás debería albergar cobraban vida entre su confusión y esta cercanía.

El dolor entre sus piernas le recordaba lo ocurrido, y aunque no era precisamente agradable, era delicioso a su manera, un recordatorio secreto de cómo ella había cambiado. Se lamió los labios y respiró profundamente. —No me avergüenzo —le aseguró, esta vez logrando mantener su mirada fija sin perder el control—. En absoluto.

Él sonrió, deslizando los dedos por esos brazos y atrayéndola hacia sí. —Yo sí, para ser sincero. No fue mi mejor actuación.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó ella con voz entrecortada y suave. Se encontró apoyándose en las puntas de los pies, deseando estar lo suficientemente cerca para besarlo de nuevo, como lo había hecho la noche anterior.

—Te lo mostraré —le aseguró—. Pronto. Quizás esta misma noche.

Nell sentía que el corazón le latía con fuerzas contra las costillas, como exigiéndole una reacción más efusiva. Ella miró ese rostro, ese hermoso rostro y esos labios perfectos y esculpidos, y se preguntó cómo se sentiría, al ser esa clase de mujer, que besa a un hombre por voluntad propia con la absoluta confianza que será bien recibida.

Un golpe seco en la madera de la puerta abierta rompió la superficie de su trance, devolviéndola rápida y bruscamente a la

realidad. Detrás de Nathaniel, uno de los lacayos rondaba junto a la puerta, con aspecto sumamente incómodo.

—¿Qué pasa? —suspiró Nathaniel, soltando a Nell y girándose para encarar al pobre muchacho, que parecía desear estar en cualquier otro lugar del planeta.

—Visitas, señor. Vienen a ver a la señora Atlas.

—¿A mí? —replicó Nell con una mirada de sorpresa compartida con su esposo—. ¿Quién es?

—Son Lady Dempierre y su hija, señor —respondió el muchacho, rápidamente—. Vienen de Dover. La joven dice que hace poco se hizo amiga de la señora Atlas.

Esta vez la mirada compartida entre Nell y Nathaniel tenía un peso aún mayor.

—Apenas estamos vestidos para recibir visitas, Stuart —dijo Nate—. ¿Tenemos siquiera una habitación disponible para conversar?

—El salón está limpio, señor, y tiene mucha luz natural. Ahí es donde hemos puesto a las dos damas, aunque las cambiaremos de lugar, si así lo desea.

—No... Eso servirá —dijo Nathaniel, pasándose una mano agitada por el pelo—. Después de todo, es demasiado tarde para causar otra impresión —añadió para que Nell lo comprendiera.

—Parece que a veces la montaña sí acude a Mahoma —murmuró Nell, mirando las huellas polvorientas en su falda—. Supongo que debemos aprovechar esto al máximo.

Nathaniel la miraba de reojo, como si algo que ella hubiera dicho lo hubiera pillado desprevenido. Parpadeó, despejando la confusión, y le ofreció el brazo. —Quieren sorprendernos —dijo—. Así que sorprendámoslas a ellas también, aparezcamos desde las trincheras de nuestro propio trabajo. Al fin y al cabo, lo inesperado suele dar ventaja a un oponente.

Nell estaba agradecida de poder seguir el ejemplo de su marido, pues no tenía idea si esto era cierto o no, y tampoco tenía la menor idea de dónde estaba el salón.

CAPÍTULO DIECISIETE

Nathaniel podría haber estrangulado a ese lacayo por interrumpirlos. Le habría gustado hacerlo por la noticia que trajo, que había destrozado por completo el momento para el futuro previsible. Por supuesto, sabía que no era culpa del pobre Stuart que los Dempierre aparentemente llevaran la delantera ni que Nathaniel hubiera preferido alojarlos, cerca de un huerto estéril, antes que dejar que nadie viera la casa en su estado actual.

Meridian quizás no fuera su posesión más preciada, pero no le importaba verlo tan expuesto, cuando era plenamente consciente de su potencial grandeza. Además, no le gustaba, que su pequeña esposa estuviera revolviendo el polvo de sus faldas con el ceño fruncido, en señal de consternación. Debió haber sido algo deliberado, tomarlos tan desprevenidos. Esto lo inquietaba.

Ella se levantó las gafas, que se le balanceaban sobre la punta de la nariz, y lo miró con una repentina reflexión. —¿Debería quitármelas? —susurró, mientras salían del salón—. Sé que no están de moda.

—Para nada —respondió Nate con firmeza—. Esta es tu casa y te estoy pidiendo tu tiempo con mucho descaro. Si ves mejor con las gafas puestas, espero que no te las vuelvas a quitar, nunca más.

—Excepto para dormir —dijo ella con una leve sonrisa—. He roto más de un par así para gran consternación de mi padre.

Él le dio una palmadita en la mano y le hizo un gesto a Stuart para que los condujera al salón principal, esperando saludar a las visitantes.

Ambas damas estaban de pie, junto al fuego, hablando en voz baja, vestidas con la elegancia necesaria para asistir a cualquier baile londinense, en cualquier momento. Se parecían mucho, luciendo el cabello rubio oscuro recogido, en un ramillete de flores de seda, y pómulos tan marcados que resaltaban, incluso en pleno día. Ambas giraron, al unísono, y de inmediato esbozaron unas sonrisas amables.

—¡Oh, eres tú! —exclamó la vieja Dempierre, apartándose de su hija para correr hacia Nate. Extendió la mano y le tomó el rostro entre las manos, como si se conocieran de toda la vida con esos ojos verde musgo brillando con lágrimas contenidas—. ¡Oh, Nathaniel, ya eres un hombre!

—¡Mamá! —susurró la joven Dempierre, moviendo sus faldas con volantes y acercándose a Nell con una sonrisa cómplice—. ¡No debes abalanzarte sobre hombres desconocidos de esa manera!

—¡Oh! Cállate, Gigi —canturreó sin hacer un ademán de soltar a Nate—. Arrullé a este hombre para que se durmiera de bebé y le vendé las rodillas de niño. ¿No te acuerdas de mí, pequeño Nate?

—Debo decepcionarte, señora —dijo Nate con una sonrisa de disculpa, a pesar de la extraña familiaridad que le había atraído, al entrar en el salón—. Me temo que recuerdo muy poco de mi infancia. ¿Debo suponer que nos conocíamos?

—¿Nos conocíamos? —La señora Dempierre se burló, dejando caer las manos a los costados y retrocediendo un paso—. ¡Vaya! Tu madre y yo éramos tan unidas, como hermanas. Te conocí toda la vida. —Frunció el ceño, visiblemente disgustada por la falta de reconocimiento, y luego levantó un hombro pálido, dejando escapar un pequeño suspiro—. Lo recordarás con el tiempo. Estoy segura de ello.

—Eso espero —replicó Nate con una postura relajada y una expresión amistosa, a pesar de la cacofonía de alarma que resonaba en su interior—. Por la ausencia debido a mi mala memoria, ¿puedo solicitar presentaciones hasta que recupere el sentido?

—¡Oh, por supuesto, por supuesto! —asintió, haciendo un gesto a su hija para que se acercara—. Soy Lady Therese Dempierre, antigua condesa y exiliada. Esta es mi hija, Giselle. Vivimos al otro lado de los acantilados blancos, en nuestra finca inglesa. —Ese rostro se iluminó y esas manos aplaudieron—. ¡Sí! Seguro que lo recordarás todo cuando hayas visto La Falaise. ¡Te encantaba jugar allí de niño!

—Estoy seguro que tienes razón —dijo Nate con una pequeña reverencia—. Soy, por supuesto, Nathaniel Atlas, y ella es mi esposa, Eleanor. Tengo entendido que ella conoció a Lady Giselle ayer en la ciudad, ¿no?

—Es un placer conocerte, Lady Dempierre —dijo Nell, en voz baja, dando un paso al frente y haciendo una ligera reverencia, lo que hizo que sus gafas se deslizaran hacia abajo, atrapadas en la punta respingada de su nariz—. Si hubiéramos sabido que vendrías, sin duda te habríamos preparado una recepción más elegante.

—¡Oh, eso no importa! ¡No importa en absoluto! Gigi me contó lo encantadora que eres, y cuando mencionó el nombre de Atlas, insistí en que partiéramos de inmediato para averiguar, si Nathaniel había vuelto a casa, por fin.

—Sí —confirmó Lady Giselle con la mirada fija en Nell—. Quería asegurarme que la relación sea duradera, así que me alegró mucho tu entusiasmo.

—¿Así es? —respondió Nell con evidente confusión.

A Gigi Dempierre se le formaron los labios como a una gata. —¡Por supuesto! Si soy tu amiga, quizás me prestes algunos de esos vestidos fabulosos. No me puedes criticar.

Su madre lanzó una rápida y desconcertada mirada a la ropa actual de Eleanor y apretó los labios con fuerza.

—Estamos abriendo una casa, que ha estado cerrada herméticamente, durante una década —aclaró Nate con suavidad—.

Mi esposa y yo pasaremos la mañana explorando, así que, como pueden ver, no estamos tan presentables, como deberíamos estar.

—Tonterías, tonterías —insistió Lady Dempierre, agitando la mano, como si pudiera ahuyentar las ideas, al igual que las moscas de verano—. Ella está perfecta, tal como está. Mi hija desea pasar un rato con tu encantadora esposa. ¿Quizás podrías invitarme a visitar la casa, antes que la renueven? Guardo muy buenos recuerdos de aquí.

—Es poco presentable para las visitas, Lady Dempierre —dijo Nathaniel, mientras la sospecha comenzaba a abrirse paso en sus pensamientos.

—¡No me importa, de verdad! —insistió ella, acercándose para tomarlo del brazo, como si el asunto ya estuviera decidido—. He echado mucho de menos esta casa.

Él miró a Nell, quien asintió casi imperceptiblemente, como si deseara aceptar la petición. Si su esposa ganaba algo, quedándose sola con la hija, quizás esto valiera la pena. Puso su rostro amable y permitió que la lady lo tomara del brazo. Dirigiéndose a su esposa y a Gigi Dempierre, les dijo: —Discúlpennos un momento. Les devolveré a la madre, en breve, pero no puedo prometer que estará limpia de polvo.

—De todos modos, siempre está un poco polvorienta —replicó Gigi con esa sonrisa felina, y Nate soltó una breve risa, en lugar de admitir que no estaba completamente seguro de lo que quiso decir.

Lady Dempierre exhaló un suspiro, mientras salían del salón, aferrándose al costado de Nate. Empezó a mirar hacia arriba y alrededor de las habitaciones.

—¿Hay alguna habitación en particular que desees ver? —le preguntó, cortésmente.

—Hay un retrato de tu familia por aquí —dijo ella, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos. Esta lady se parecía muchísimo a su hija, seguía siendo hermosa, a pesar de su edad, y de alguna

manera lucía las ligeras arrugas, alrededor de los ojos, como si fueran joyas ornamentales. Parecía muy experta en el arte de pestañear para conseguir lo que quería—. ¿Recuerdas haber posado para este? Fue justo después que naciera Alice, como medio año antes de... —Esa voz se apagó, parpadeando ante los pensamientos y soltándolo del brazo para alejarse por un momento.

—¿Estás bien? —preguntó Nate, pero su corazón también latía aceleradamente.

Ella se pasó los dedos bajo los ojos y por las mejillas, soltando una risa temblorosa y sacudiendo la cabeza, haciendo temblar los pétalos de seda de su cabello. —Lo siento... Hacía tanto tiempo que no lloraba por lo que pasó, pero estando aquí de nuevo, todo se siente tan fresco. No debería haber venido y traerte recuerdos tristes ni haberme dejado perturbar tanto en una visita social. ¡Perdóname!

—No hay nada que perdonar —le aseguró Nate, aunque aún no estaba seguro de si esto era del todo cierto—. Recuerdo el retrato. Mi padre me dio una de sus medallas para que la usara y tuve que quedarme quieto un buen rato.

De repente, ella sonrió y sus mejillas se tornaron perfectas y rosadas. —¡Sí! ¿Sabes dónde está? Confieso que después que abandonaran la casa, a menudo he pensado en ese retrato, perdido aquí en la oscuridad, y he deseado tenerlo para mí. Ahora que estás en casa, debes colgarlo con orgullo para que todos lo vean. He echado mucho de menos sus caras, Nathaniel.

Él estaba demasiado aturdido para responder, y quizás esto era lo mejor, pues no estaba seguro sobre qué respuesta habría sido la más diplomática. La miró parpadeando, por un instante, intentando con todas sus fuerzas encontrarla a ella, entre los escombros de sus recuerdos. Había algo en ella que le resultaba tan familiar, pero no podía comprenderlo.

—Aún no lo hemos encontrado —confesó—. Cuando lo encontremos, sin duda las invitaré a verlo. Espero que lo hayan cubierto, durante todo este tiempo. A mí también me gustaría verlo.

—Sí, yo también lo espero. —Lo miró con atención, como si buscara en ese rostro alguna pista sobre el paradero del retrato. Cuando volvió a hablar, la voz sonó más serena y mucho más fría—. ¿Ya has abierto las bodegas?

—No, todavía no —respondió Nate—. ¿Crees que están ahí abajo?

—No. Por supuesto que no. Simplemente recuerdo que tus padres guardaban allí varios barriles de vino francés de excelente calidad, y me preguntaba, si aún queda alguno. Sería maravilloso tener un poco de sabor a casa.

—Te enviaré un barril lleno, si tenemos alguno —prometió con una expresión agradable, aunque neutral, mientras la conducía al comedor—. Aquí es donde más hemos progresado —dijo, abriendo los brazos—. Me pareció que valía la pena empezar con una habitación individual y un lugar para comer, y después iremos hacia afuera. No está terminado, por supuesto, pero ya he servido una docena de comidas, y es suficiente.

—¡Ay, estas sillas! —suspiró ella, rozando los biseles en espiral tallados en la madera—. Es curioso cómo las pequeñas cosas pueden despertar tanto los recuerdos. Casi puedo oír los fantasmas de la música, en las paredes.

—Hablando de música —dijo Nate, volviendo su atención al presente—. Encontré algunos instrumentos, en el salón de baile, sobre todo un arpa. Todos necesitan reparación para volver a funcionar. ¿Podrías recomendarme a alguien? A la señora Atlas le encanta tocar el arpa, y me gustaría restaurar esa pieza pronto.

—Por supuesto que sí —dijo ella, asintiendo—. Espero que algún día toque para nosotros. Espero que nuestras familias vuelvan a ser tan buenas amigas, Nathaniel, como antes. Me alegro muchísimo de verte.

—Estoy seguro que nos haremos buenos amigos —le aseguró Nathaniel—. Evidentemente, mi esposa y tu hija comenzaron ese

trabajo por su cuenta.

—Sí, apenas podía creerlo —respondió ella, aunque tenía los ojos fijos en la pared y parecía estar muy lejos de la realidad.

—Quizás, una vez que Meridian se recupere, podría pedirte que nos ayudes con las presentaciones por el condado. He pasado gran parte de mi tiempo, en Londres, y no sé por dónde empezar para forjar buenas relaciones. —Se dio un golpecito, en la barbilla, como sumido en sus pensamientos—. Quizás con la llegada de la Navidad, tengamos la oportunidad de agasajar a las familias de la zona. ¿Qué te parece?

—¡Ah! Sí, sí —asintió ella—. El invierno puede ser mágico, aquí en la costa. Abundan los banquetes y las veladas, siempre que puedas atravesar la nieve para asistir. ¿Por qué no vienes a cenar a La Falaise? Voy a organizar una pequeña reunión, dentro de una semana, y no sería ninguna molestia incluir a los Atlas. De hecho, no, ¡nunca lo será!

—Será un placer. No puedo expresarte lo agradecido que estoy que hayas venido. ¿Hay alguna otra habitación que te gustaría ver?

—¡Oh! Podría tenerte día y noche explorando cada rincón nostálgico de esta vieja casa —dijo ella con una risa de disculpa—. No debería haberte molestado. Simplemente, me abrumó la noticia de tu regreso, y saber que estás aquí de nuevo me hace sentir como si todos los Atlas volvieran a casa, en espíritu, por supuesto...

Nate no respondió. Sintió una punzada de culpa, en el pecho, atormentándole la idea de quedarse allí el menor tiempo posible y abandonar el lugar, una vez más. Temía que regresar aquí le traería demasiados recuerdos dolorosos, y que en cada rincón encontraría recordatorios dolorosos de lo que había perdido. En cambio, todo allí le había resultado tan ajeno, como Lady Dempierre, quien evidentemente lo conocía desde su nacimiento.

—¿Tienes la intención de restaurar el techo de aquí? —preguntó ella, sacándolo a él de su ensoñación.

—¿El techo? —preguntó, mirando el yeso moteado—. ¿Estaba pintado?

—No estaba pintado. Estaba recubierto de pan de plata y creaba los reflejos más espectaculares de la luz de las velas, durante la cena. —Ella sonrió, claramente absorta en otro recuerdo—. Un invierno, poco después de la boda de tus padres, tu madre invitó a sus amigas más queridas, a pasar un febrero gélido aquí. Vinimos a hacerle compañía, mientras tu padre estaba de viaje de negocios, y ella aún estaba aprendiendo a ser la dueña de una gran finca. Las cinco nos sentábamos aquí, todas las noches, y encendíamos todas las velas posibles, mientras tomábamos el té y charlábamos, durante horas bajo la luz.

—Suena como un recuerdo hermoso —dijo Nathaniel, sintiendo la calidez del recuerdo, como si fuera una llama entre ellos. Apenas podía recordar el rostro de su madre, y allí estaba sentada una mujer que la había conocido íntimamente y podría responder a muchas preguntas—. Solo puedo esperar crear recuerdos tan cálidos aquí.

—Sería apropiado —suspiró ella, mirando al techo, una vez más, con el pasado brillando en sus ojos—. Esto la honraría.

Él se quedó callado por un rato y luego continuó: —¿Siguen estas otras damas, en Kent? —le preguntó, reflexionando si quizás sería preferible una persona neutral para las preguntas sobre su madre, en lugar de ser el objetivo de una cita secreta—. Quizás podría conocerlas.

—Soy la única en Kent, por desgracia —respondió—. Aunque si alguna vez las invitaras, apostaría a que todas volverían, solo para pasar una noche de recuerdos, en este lugar. Fue una tontería, lo sé, cinco jovencitas acurrucadas, bajo un techo brillante, riéndonos tontamente con nuestras copas, pero significó algo para nosotras. ¿Sabes lo que significan esos recuerdos, cuando envejeces, y el tiempo se acaba?

—Nunca se han ido del todo, si los recuerdas con tanta claridad —dijo él sin poder reprimir un destello de envidia, ante esos recuerdos. No podía imaginar a sus padres en este sitio. No podía oír el eco de la risa de su madre. Aún así, oír ese relato era una especie de sustituto de los recuerdos, y su madre se sentía más real, en ese momento, que cuando él estaba solo, en esa habitación.

Al volver a mirar el techo, notó unas cuantas motas de plata adheridas al yeso. Supuso que el tío Archie debía de haberlas raspado y vendido para saldar alguna deuda. Eso explicaba la gran cantidad de baratijas y objetos pequeños, que faltaban en la casa, desde la última vez que él había estado allí.

Lady Dempierre continuó hablando con voz melancólica y distante: —Durante años, después de aquel invierno, mantuvimos un intercambio de cartas entre nosotras, las cinco chicas que formamos una hermandad, en una habitación con un techo resplandeciente. Es una tontería, claro, pero siempre quisimos volver aquí, repetir nuestro ritual y recrear la magia. Nunca ocurrió, por supuesto. El matrimonio y la vida llevan a las mujeres a un alegre viaje de imprevisibilidad, que nunca se detiene.

—El matrimonio es impredecible para todos nosotros —coincidió él—. Aunque parece que aquí se forjaron lazos de amistad duraderos.

—Sí. Nos inventamos un nombre secreto, convencidas que se convertiría en una tradición anual. Es triste, pero la verdad es que nunca volvimos a estar todas juntas, no como grupo completo.

—Supongo que es importante apreciar los momentos especiales, a medida que ocurren.

—Sí, jovencito, sí. —Ella sollozó, secándose los ojos—. Si hubiéramos sabido entonces que sería la única vez, quizás no lo hubiéramos disfrutado tanto, y no habría sido tan especial. Al final, ese febrero fue la única convención de nuestro pequeño club, pero todas cambiamos para siempre, en ese invierno. Me atrevería a decir que incluso ahora, después de tantos años, cada una de nosotras

todavía se considera una fiel miembro de nuestra sociedad de la Hoja de Plata.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Para cuando las Dempierre se marcharon, Nate se sentía como si hubiera corrido una maratón con el estómago vacío. Su esposa, evidentemente, sentía lo mismo. Mantuvo una sonrisa radiante, mientras las despedía con la mano, pero en cuanto las perdió de vista, regresó al salón, arrojó sus gafas sobre la superficie más cercana y se desplomó boca abajo, en uno de los sofás, como un saco de sábanas sucias.

—¿Alguna vez has conocido a alguien tan enérgico que parece que la fuerza de su presencia atrae hacia sí toda la energía que tienes para ti, dejándote completamente agotada? —murmuró contra el cojín.

—¿Te fue tan mal? —replicó Nathaniel, dejándose caer, junto a ella, y pasándole una mano tranquilizadora por la espalda—. Y yo que pensaba que se harían amigas rápidamente.

Nell gimió, sacudiendo la cabeza sin levantarla de sus antebrazos. —Quizás sí. Es difícil decirlo. Dijo que le recordaba a uno de sus pájaros. Una periquita, creo.

—Bueno, eso es una tontería —le aseguró Nate—. Claramente eres un estornino.

Le arrancó una risa débil, pero era una risa, al fin y al cabo. Ella exhaló un suspiro y se incorporó, girándose para mirarlo. —¿Cómo te fue con la madre?

—Probablemente igual de agotador, pero por razones diferentes —respondió—. Necesito reflexionar sobre lo que me dijo, antes de seguir adelante, pero acepté una invitación a cenar, dentro

de una semana. Quieren presentarnos a gente que vale la pena conocer, en Dover.

Ella asintió con un gesto, que podría describirse como de aceptación, aunque este no era del todo entusiasta. Él sintió un extraño impulso de estirarse y acomodarle un rizo rebelde, detrás de la oreja, donde se le había escapado del moño. —Al menos, no la visitaremos esta noche.

«Ella es como un pájaro», él lo pensó, *«es delicada, aplomada y propensa a asustarse, pero desde luego no es un periquito. Nell jamás se vestirá tan estridentemente ni graznará tan fuerte»*.

Al oír el sonido de la puerta principal, abriéndose y cerrándose, intercambiaron una mirada y suspiraron al unísono. Sin embargo, solo estaba Kit, quien entró en el salón, apartando a una doncella muy nerviosa, mientras se quitaba los guantes y la bufanda.

—¡Señor! —gritó la muchacha angustiada, lanzando una mirada desesperada a Nathaniel.

—No se preocupe —le aseguró Nate—. Kit nunca ha sido muy educado. Puede volver a sus tareas.

Ella le lanzó a Kit una mirada de desaprobación, aunque obedeció y salió a toda prisa, mientras Kit dejaba sus cosas, en una silla cercana. Él no reconoció ese desprecio, en absoluto, ni se percató que Nate tuviera que hablarle, y en cambio les sonrió cordialmente, como si su presencia fuera una sorpresa inesperada.

—Hoy hace frío —comentó, sentándose en la silla, junto a sus cosas—. Predigo que nevará la semana que viene, más o menos.

Nell estaba haciendo todo lo posible para reprimir un bostezo, detrás de sus delicadas manos, aunque no estaba engañando a ninguno de los caballeros presentes.

—En esta época del año también me da un poco de sueño —dijo Kit con compasión—. Mi madre jura que una siesta por la tarde te mantiene en marcha hasta que vuelve el calor.

—¡Oh! Una siesta me parece perfecta —asintió Nell, en voz baja—. Debe ser más al mediodía, aunque siento como si acabara de levantarme de la cama.

—Tuvimos varias sorpresas, esta mañana —le dijo Nate a su primo—. Parece que la señora Atlas ya está atrayendo a amigas esperanzadas.

—No fue tan grandioso —replicó ella, algo avergonzada ante la insinuación que tal cosa fuera posible—. Simplemente, una familia de la zona que me quería saludar. Me temo que no soy tan efusiva como su hija. Conversar con ella me ha dejado bastante agotada.

—Deberías darte el lujo de echarte una siesta, querida —le aseguró Nate, apretándole la mano—. Prometo mostrarte cualquier cosa interesante que descubramos, mientras te recuperas. Me imagino que solo serán más polvo y arañas.

—Había una familia de ardillas, anidadas en el vestíbulo, cuando llegamos —le dijo Kit, alegremente—. Parece que se están adaptando muy bien al roble de afuera, incluso sin la ventaja de los techos abovedados.

—Tenemos que invitarlas, en Navidad —dijo ella con otro bostezo. Les dedicó una sonrisa soñolienta y se puso de pie—. Voy a seguir el consejo de tu madre. ¿Quizás podrían cenar con nosotros, dentro de una o dos noches? Estoy deseando conocerla.

—El sentimiento es mutuo —le aseguró Kit, poniéndose de pie con un gesto de respeto, mientras ella cruzaba el salón—. Descanse bien, señora Atlas.

—Gracias, señor Cooper —dijo, en voz baja. A Nathaniel, le prometió—, no dormiré mucho.

—Tómate el tiempo que necesites —le dijo, sintiendo una extraña satisfacción, al oír un intercambio tan simple y tonto.

Cuando ella cerró la puerta, Nate pensó que se habría quedado allí sentado, mirando fijamente el lugar donde ella había estado,

durante un buen rato, si su primo no hubiera estado presente y fuera tan irritantemente perspicaz.

—¿Quién vino de visita? —preguntó Kit sin molestarse en volver a su silla.

Nate suspiró, frotándose los ojos con la esperanza de recuperar el aliento. Odiaba tener que relatar sucesos que aún no había analizado con claridad, pero Kit siempre aparecía en el peor momento. —Fueron Lady Dempierre y su hija —dijo, ignorando la forma en que Kit abrió los ojos de par en par—. Creo que tenemos que bajar a los sótanos a investigar. ¡Inmediatamente!

—¿Hay sótanos? —preguntó Kit, genuinamente desconcertado.

—Evidentemente —respondió Nate, encogiéndose de hombros. Se puso de pie, notando que Nell había dejado sus gafas en la mesita de noche. Las agarró y las guardó con cuidado, en su chaleco, para devolvérselas más tarde. Cuando volvió a mirar a su primo, la expresión inquisitiva aún se le dibujaba en el rostro—. ¿Nos vamos?

—Supongo que sí —respondió Kit, y sin mirar dos veces su pila de ropa de abrigo desechada, salió del salón en busca de las bodegas.

*****

Perdieron aproximadamente una hora preguntando al personal sobre áreas subterráneas, e hicieron tres rotaciones completas de la propiedad, en busca del típico cobertizo de entrada a una bodega.

Al final fue Kit quien resolvió el rompecabezas.

—Las puertas anti-ahogamiento, ¿recuerdas? —dijo, girándose bruscamente para agarrar a Nathaniel por los hombros, luciendo los ojos abiertos y azules—. Encontramos esas puertas, junto al

cenador, y tu padre dijo que cubrían un viejo pozo, y que si las abríamos, nos caeríamos y nos ahogaríamos. Las tapó con tierra para que no las volviéramos a encontrar.

—¿Por qué la entrada a un sótano está tan lejos de la casa? —preguntó Nate con escepticismo—. Lo más lógico es que fuera un pozo.

—Bueno, el terreno es más antiguo que la casa, ¿no? Vale la pena echarle un vistazo. ¡Vamos!

Y él tenía razón. Tras hurgar un poco entre la hierba suave, más allá de un cenador podrido, encontraron las trampillas cubiertas por una capa de tierra.

—¡Qué suerte que salimos a buscar ahora y no cuando empiece a nevar! —Nate señaló, mientras ayudaba a su primo a retirar la capa de tierra y hierba seca, que cubría las bisagras—. Una vez que el suelo se hubiera congelado, habríamos tenido que esperar hasta la primavera para hacer algo.

—Está cerrado —destacó Kit, frunciendo el ceño—. ¿Crees que el espíritu de tu padre me dará una bofetada, si rompo el candado?

—Puede que sí —respondió Nate, frotándose la nuca—. Pero no me apetece ir a buscar una llave vieja y oxidada, que probablemente ya no funciona. ¿Y tú?

Como respuesta, Kit simplemente golpeó con su pala, dos veces, la parte más delgada de la cerradura hasta que el hierro oxidado cedió. Ambos intercambiaron una mirada, sintiendo que estaban rompiendo una regla sagrada, al hacerlo, sobre todo después de haber sido advertidos explícitamente. Veinte años no son nada, ante el miedo a la ira de un padre.

Una de las trampillas estaba tan descompuesta, que se desprendió de sus bisagras con un lastimero crujido. De no ser por ese crudo recordatorio de la fragilidad de la madera con el paso del tiempo, quizás no se habrían molestado en volver a la casa a buscar una escalera nueva, una que no hubiera estado en un túnel húmedo,

durante media vida. Así que, a su manera, quizás Walter Atlas estuviera cuidando de los chicos, después de todo.

—No huele ni la mitad de mal de lo que esperaba —comentó Kit, aprovechando los rayos de sol del atardecer para encender las antorchas que había traído—. Esperaba un hedor a moho infernal.

—Me sorprende que no haya una capa de agua hasta las rodillas —replicó Nate, saltando del último peldaño de la escalera—. Hace frío aquí abajo, pero está seco. ¿Qué diablos?

—Bueno, la francesa dijo que había cosechas en barricas por aquí, ¿no? Tendría sentido. Podrían ignorarse durante años sin problema.

—Sí —confirmó Nate, pero algo seguía dándole vueltas en la cabeza. Tomó una de las antorchas y la sostuvo en alto, observando la habitación que los rodeaba. No podía verla entera. Era mucho más grande que una simple bodega.

Creyó distinguir las formas de un sistema de iluminación, que alumbraba este espacio, así como cualquier otra habitación de la mansión. Efectivamente, había barriles de vino, apilados horizontalmente en un gran estante enrejado contra la pared, pero eso no era lo único que se almacenaba en este enclave.

Había largas cajas de madera apiladas, una contra otra, de pared a pared, y también se encontraba un estante con una variedad de cajas fuertes, que no se adaptaban tanto a los métodos de fuerza bruta de Kit, como había sucedido con los candados oxidados.

—¡Oh! ¿Qué tan grande es este lugar? —se maravilló Kit, yendo cada vez más lejos—. Mira, hay un túnel.

Nate se acercó a su primo con cuidado, al pisar, para evitar cualquier cosa que pudiera romperse, reventarse o comportarse de forma desagradable. Kit estaba de pie, al comienzo de un largo pasadizo, con su antorcha extendida frente a él, como la pintura de un místico, mostrando su cabello dorado, bajo la luz del fuego.

—¿Y bien? —preguntó Nate, dándole una palmadita en el hombro a su primo—. A ver qué tal.

—¡Oh! ¿Es eso lo que estamos haciendo? —Kit se burló sin poder contener la incredulidad, al ver a Nathaniel pasando a toda velocidad—. ¿Qué te pasa hoy? ¡Deja de caminar tan rápido!

Nate sonrió para sí mismo, complacido que, por primera vez desde su regreso, él fuera quien ponía nervioso al otro. Los pasos de Kit resonaron contra las paredes de piedra, mientras corría tras él, llegando junto a su primo con la respiración un poco más entrecortada de lo que probablemente se enorgullecía.

—Hace un frío tremendo, aquí abajo —destacó Nate—. Supongo que podría haber una despensa. Los quesos y lo demás se conservan muy bien, aquí abajo, en los meses más fríos.

—No creo que un almacén de productos lácteos haya sido tan clandestino, Nathaniel —replicó Kit, secamente—. Pasara lo que pasara aquí, no habría un brie para guardar hasta la primavera.

—Prefiero asumir que es inofensivo hasta que tengamos pruebas de lo contrario —dijo Nate, aunque no lo decía en serio. Algo estaba pasando allí, claramente, algo que su padre no quería que descubrieran.

—Huelo salmuera —indicó Kit, olfateando el aire con una actitud teatral—. ¿Lo hueles?

—Sí. —Nate frunció el ceño, sosteniendo su antorcha lo más lejos posible, aunque la oscuridad era total, en un largo trecho—. Apuesto hasta mi último penique a que esto desemboca, en la orilla.

—¡Ah! Eso explicaría que el vino fuera francés, ¿no? —respondió Kit con un suspiro—. ¿Crees que era de tu padre?

—Debió ser de los dos —respondió Nate, lentamente, asintiendo con la cabeza para indicarle que debían regresar—. Supongo que eso explicaría por qué viajaron a Calais, en los primeros días de la guerra.

—¿Vino del mercado negro? No soy un sumiller, Nate, pero creo que esto es un poco improbable, sobre todo con Alice en brazos.

Después de eso, caminaron en silencio, probablemente intentando desentrañar este nuevo hilo de información, que parecía conducir directamente a un lío enorme e incomprensible. ¿Cómo iban a catalogar el contrabando, almacenado allí abajo, sin despertar las sospechas del personal? Por las cajas que habían visto, era evidente que no se trataba solo de vino.

—¿Vas a decírselo? —murmuró Kit, en un tono lo suficientemente bajo, como para evitar que la cueva captara su voz y se la devolviera.

—¡Sí! Y no porque esté enamorado —espetó Nate—. Ella posee una inteligencia insólita y ha estado involucrada en la sociedad de la Hoja de Plata, desde los catorce años. Podría tener respuestas fáciles de encontrar que, de lo contrario, pasaríamos meses intentando averiguar por nuestra cuenta.

Kit emitió un sonido que osciló entre una burla y un gruñido. —Es una intelectual, ¿cierto? ¡Quiere ir al castillo de Dover y curiosear!

Nate se rió, a su pesar, tocando distraídamente las gafas de ella, que descansaban en el bolsillo de su chaleco. —Esta mañana me citó a Francis Bacon con naturalidad, como si fuera algo que no necesitaba esforzarse para recordar.

—Bueno, nunca has hecho las cosas por las buenas —dijo Kit, alegremente—. No veo por qué el matrimonio debería ser diferente. Pero, estás tropezando con tus viejos obstáculos. Sinceramente, me sorprende que tardes tanto en aprender.

—Mis notas fueron mucho mejores que las tuyas, ¡Christopher! —espetó Nate, ya negando con la cabeza, ante la carcajada que le provocó—. Dime, profesor, ¿dónde estoy fallando en mi matrimonio? Estoy deseando escuchar las observaciones de un soltero.

—Estoy tentado a no decirte nada. —Él se rió entre dientes, mientras se abrían paso entre las cajas y se dirigían a la escalera—. Solo el creciente cariño por Eleanor te hace ganar mi clemencia.

—¿Crece el cariño? —Nate resopló—. La conoces desde hace un día. Con cuidado, pásame la antorcha.

Kit apagó la antorcha y se la devolvió a su primo, esperando a que Nathaniel la llevara puesta, en el cinturón, antes de comenzar el ascenso. —Siempre haces esa estúpida división de tus motivos —dijo entrecortadamente, mientras se ponía de pie—. Me como esta manzana porque se va a echar a perder pronto, no porque me guste. Me uno a esta carrera porque me permitirá hacer contactos valiosos para impulsar mis objetivos profesionales, no porque quiera ganar. Y tú así sigues, como si ambas cosas no pudieran ser ciertas a la vez. ¡Esto es ridículo!

Nate salió de la escotilla y se sentó en el césped, reflexionando sobre estas palabras con mucho fastidio. —Ve al grano —murmuró.

—Ese es el punto —dijo Kit, alegremente, sacudiéndose los escombros de los pantalones y agarrando la puerta rota para lanzarla sobre el agujero en la tierra—. No puede ser más claro ni aunque me ponga a bailar.

—Estoy de acuerdo. Ahí es donde yo calificaría tu claridad —replicó Nate—. Si eso es todo, tomemos un té y hablemos de logística. Prefiero resolver el problema que tenemos en mente que discutir los matices de mi matrimonio.

—Ahí vas de nuevo —expresó Kit, levantando las manos con exasperación.

Nate no escuchaba. En realidad, no. Kit siempre decía tonterías.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nell siempre había tenido un talento razonable para predecir los acontecimientos que la aguardaban. Se había convertido en una observadora entusiasta, durante sus estudios de perfeccionamiento y sus temporadas en Londres, incluso siendo una simple tímida. No obstante, pronto comprendió que esta habilidad, tan perfeccionada, era inútil en Meridian, y sin verdaderos dones psíquicos, no tenía forma de prever adónde iría, en un momento dado.

No es que las sorpresas fueran desagradables. ¡No! Todo lo contrario. Desde el momento en que Nathaniel irrumpió en su siesta, despotricando sobre un lugar secreto, en el suelo, y blandiendo los pantalones de un mozo de cuadra, se dio cuenta que su marido era un hombre demasiado complejo para ser predecible.

Además, él era considerado.

¿A qué otro marido se le ocurriría buscarse unos pantalones (¡tan pequeños como para que le quedaran bien!) para que los usara para navegar por una vieja caverna? ¿Qué marido, en especial, consideraría algo así, sabiendo que ella podría querer acompañarlo en una aventura inapropiada para una dama común y corriente?

Por supuesto, ella sabía que parte de esa confianza en ella, a pesar de esa extraña personalidad, poco convencional, se debía a la sociedad de la Hoja de Plata, más que a alguna cualidad en particular, que pudiera haber exhibido en su presencia, pero aún así, él la hacía sentir valiosa. Y lo que es más extraño, la hacía sentir visible, incluso destacada, por primera vez en su vida.

Habían estado trabajando principalmente de noche para explorar las bodegas, bajo la mansión. Salir a escondidas por las puertas ocultas, en el terreno, al amparo del anochecer, era

prudente, para no despertar demasiada curiosidad, en el personal. Sin estar seguros qué encontrarían, en lo que solo podía ser una guarida de contrabandistas, era mejor no llamar la atención sobre nada que pudiera acarrearles problemas.

Kit había estado presente, en varias de las visitas a la cueva, ayudando a reparar y engrasar las lámparas, que colgaban de las paredes, para que pudieran tener una visión clara del entorno y el contrabando, que había allí, ya que ciertamente esto era contrabando.

Qué harían con todo aquello era un misterio. Por ahora, lo único que quedaba era crear una lista de todo lo que encontraran (insistió Nate) y calcular su valor.

Nell había pasado la mayor parte de su vida, en una familia, que aprovechaba al máximo cada penique disponible. Ver todas esas cosas, desechadas durante décadas, era extraño para ella. Además, gran parte de las magníficas sedas, satenes y pieles estaban carcomidas por el moho, el paso del tiempo y los roedores. Esto casi la hizo llorar. ¡Qué terrible desperdicio! ¡Qué trágico fin para algo tan fino, algo que alguien podría haber atesorado profundamente! En las manos adecuadas, esas cosas habrían sido reliquias familiares, en lugar de nidos de ratas.

En verdad, la única queja que ella pudo encontrar, durante los últimos días, fue que pasar las horas de la noche, buscando entre un misterioso tesoro los dejaba a ambos demasiado exhaustos, como para usar la cama para otra cosa, que no fuera dormir.

Quizás esto fue una pequeña bendición porque el dolor que ella había experimentado, después de su primer encuentro, ahora había tenido tiempo de resolverse por completo, y, por supuesto, le había dado tiempo para contemplar cuál era la mejor manera de ejecutar su próximo intento de seducción.

Sí hubo cierto progreso, en cuanto a la intimidad, aunque aún ellos no habían vuelto a hacer el amor. Nathaniel ya no dormía, como un tronco, a punto de rodar por el borde de la cama, si

entraba una brisa fuerte. A menudo se dormía con el calor de esa pierna, contra la suya, y el olor de esa piel, siempre lavada con fino jabón de sándalo, antes de dormir, arrullándola.

El día de la primera nevada, Nathaniel envió un mensajero a Dover que recogiera varios artículos para ambos, incluyendo paquetes de Madame Bisset. Para asombro de Nell, no solo llegaron los vestidos y las prendas, sino también media docena de pares de zapatos nuevos, desde zapatillas bordadas de seda en tonos de color joya hasta robustas botas de montar, que relucían con su calidad, incluso todo vino en cajas espolvoreadas con un fino polvo escarchado por el cambio de estación.

—Me siento un poco tonto, ahora, después de haber pedido joyas —comentó Nate, durante la cena. Lo dijo con tanta naturalidad, como si Nell fuera de esas mujeres a las que les regalan joyas, a menudo—. Con lo que hemos encontrado abajo, me temo que no solo es redundante, sino muy insignificante en comparación.

Nell no había podido formular una respuesta adecuada. ¿Cómo podía decirle que cualquier regalo suyo, elegido para ella, sería más preciado que todo el contenido de su propio tesoro? ¿Cómo podía decirle algo así sin sonar absurda?

Todavía no había usado ninguno de sus nuevos vestidos, limitándose en cambio al lujo de sus camisones, algunas de las cintas para el cabello y un par particular de medias de lana, que eran tan suaves contra su piel, como cálidas, contra el primer agarre helado del comienzo del invierno.

Sabía que Nate había notado sus vestidos cuadrados, sin cambios, pero no había hecho ningún comentario al respecto. Esperaba que fuera evidente que no quería arriesgar su perfección, en los días de trabajo cotidianos.

Tal vez cuando la casa estuviera terminada, y todos volvieran a la normalidad, ella podría usar algunos de sus vestidos nuevos.

La idea de lucir esos hermosos vestidos, solo para pasar un día, en la mansión, la inquietaba, como si se portara mal, al siquiera considerarlo. Parecía que esas prendas tan hermosas debían reservarse para ocasiones especiales, pero Nathaniel había comprado tantas cosas, y no podía imaginar que surgieran tantas ocasiones especiales, en años.

Aún no había examinado las joyas. Estaban en una caja de madera sobre el tocador de su dormitorio, aún cerrada con una cinta y una etiqueta con la marca del joyero. Estaba reservando el momento de descubrirlas para disfrutar plenamente de la experiencia y examinar cada pieza con la delicadeza que deseara. No quería desperdiciar un momento tan mágico.

Por supuesto que algunas cosas tuvieron que abrirse de inmediato, ya que nadie sabía exactamente qué contenían. Por ejemplo, había llegado una cajita curiosa, junto con un pedido de artículos de aseo, dirigida a la señora Atlas. Estaba forrada de satén y llena hasta el borde de cremas, polvos, pigmentos y pomadas.

Sarah estaba fuera de sí de la emoción, ante esa extraña cajita, fantaseando sobre lo bien que usaría los artículos para convertir a Nell, en una belleza deslumbrante, para la cena con los Dempierre.

Era un sentimiento dulce, pero Nell pensaba que unas cuantas capas de polvo de arroz no harían ninguna diferencia en la apariencia de una mujer, a menos que ella se apelmazara hasta el punto de parecer espantosa. Aún así, no quería aguar la diversión de Sarah, y tal vez, en la práctica, ella también podría divertirse.

Llevar una casa siempre había sido un concepto abstracto para ella, algo que estudiaba en clase y que nunca pensó que necesitaría aplicar. Claro que restaurar una mansión abandonada es muy diferente a las tareas cotidianas en la casa de una señora, pero Nell se había entregado a la tarea con verdadero entusiasmo y disfrute.

Ver cómo la belleza de Meridian se revelaba, poco a poco, mientras el personal trabajaba su magia, habitación tras habitación,

fue sumamente gratificante. Pensó que era como resolver un rompecabezas y poner en orden algo que se había desorganizado.

Se había dividido el salón de baile en tres zonas para ordenar, en la planta baja, todos los objetos que se habían descubierto, habitación por habitación. Había un rincón para los objetos que debían restaurarse, otro para las piezas que podrían ser recuperables y, por supuesto, un montón de cosas que eventualmente serían desechadas. Afortunadamente, este último montón era el más pequeño de los tres, aunque ninguno era particularmente grande.

Lo que la extrañó fue la ausencia de desorden general que debería encontrarse en una casa. No solo faltaban adornos sino también muebles, algún cuadro y, en varios casos, las lámparas. ¿Qué clase de ladrón se toma la molestia de quitar una lámpara de araña o enrollar una alfombra? Todo esto era cuanto menos, misterioso.

Lo que hubiera sucedido allí seguía siendo un misterio para Nell, y sentía que no debía preguntar directamente. Estaba muy segura que Nathaniel le respondería y sería sincero, si le preguntaba, pero era evidente que algo terrible había sucedido, en esta casa, y su curiosidad no podía superar su compasión. Después de todo, era de pésimo gusto hurgar en el dolor ajeno sin una buena razón.

Como la nevada dificultaba el acceso a la cala del contrabandista, Nathaniel decidió detener la investigación por el momento. Esto significaba que Kit podía dedicarse a sus asuntos sin sentirse obligado a hacer visitas diarias. Nell apreciaba a Kit, por supuesto, pero había deseado desesperadamente tener a su marido solo para ella, durante la última semana, lo cual era difícil de gestionar con la alegre y servicial presencia de Kit, siempre a mano.

Por supuesto, el mismo día en que la perspectiva de una velada privada, como pareja, finalmente se hizo viable, los esperaban en La

Falaise para una cena, a la que no podían faltar, a pesar del clima y su buena voluntad.

A Nell nunca le habían gustado mucho este tipo de veladas, donde seguro que se aburría mortalmente o se sentaba deliberadamente, junto a una persona mayor, con la esperanza de entretenerla con una conversación inteligente. Sabía que esta socialización era un paso importante, en su misión, pero deseaba con todas sus fuerzas, que pudieran simplemente encerrarse en casa, durante el invierno, y que no la molestaran más.

—¿Tendrá que hablar francés toda la noche, señora? —le preguntó Sarah, mientras ambas elegían un vestido entre la colección de novedades de Madame Bisset.

—No estoy segura —respondió Nell, pensativa—. Es posible. Nathaniel dijo que la familia Dempierre frecuenta principalmente a sus compatriotas exiliados. ¡Eso no importa! Había días enteros, en casa de la señora Arlington, en los que solo se nos permitía hablar francés, griego o latín. Era un ejercicio eficaz para adquirir fluidez, aunque fuera profundamente irritante.

—Creo que el blanco y el rojo le sientan bien —comentó Sarah, mostrando un vestido y luego otro, en dirección a Nell—. Aunque puede que no sea tan cálido, como el verde. No debería importar mucho, si va directamente de casa en casa, en coche.

—Como usted prefiera —le dijo Nell con un gesto de la mano —. Soy un desastre para estas cosas. Simplemente, enséñeme sus rituales de aseo y lo haré.

—Bueno, en este caso, vamos a prepararle el baño. Preparar a una dama puede llevar mucho tiempo, señora.

Nell esperó hasta estar sola en el dormitorio, con un fragante vapor floral emanando de la bañera, y cruzó la habitación para recuperar el joyero, aún atado con su cinta. Si hubiera tenido la opción, habría esperado para disfrutar de ese momento, pero sabía

que a Nathaniel le parecería muy extraño que fuera a la cena de esa noche sin adornos.

Se sentó en la cama con la bata enrollada sobre sus piernas desnudas y desenganchó el nudo de la cinta, enrollándolo con cuidado alrededor de su mano y dejándolo a un lado en un pulcro rollo. No pudo evitar contener la respiración, mientras desabrochaba el pestillo de la cajita de madera y la abría por primera vez.

No estaba segura qué esperaba exactamente. Quizás la vertiginosa riqueza de lo que habían estado catalogando en el sótano le había hecho pensar en un torpe cofre de piratas, repleto de oro y gemas.

En cambio, la caja estaba cuidadosamente decorada con piezas elegantes y discretas, que encajaban a la perfección con su gusto: pendientes de perlas, una fina tira de oro trenzado para llevar en la muñeca, diversos broches con incrustaciones, etc.

En el centro de la caja había una delicada banda dorada con incrustaciones de gemas de color azul ahumado, talladas en círculos facetados. Era el objeto que no podía apartar la vista. Tenía algo especial, entre los demás tesoros que tenía, ante sí, y se encontró con sumo cuidado, al extraerlo de su grieta de terciopelo y sostenerlo a contraluz.

Esta brillaba, proyectando diminutos prismas de aguamarina sobre sus dedos. Si no la hubiera levantado para examinarla con tanta atención, se habría perdido el grabado en la cúspide interior, que mostraba una sencilla caligrafía, la cual representaba dos versiones entrelazadas de la letra N.

«Nathaniel y Nell».

Este era su anillo de bodas.

Se lo colocó en el dedo con apenas un ligero temblor, segura que antes que pudiera ponerlo en su lugar, este sueño le sería arrebatado y arrojado a la cruda realidad. ¡Seguramente, esto no

estaba sucediendo de verdad, no a la desaliñada e invisible Eleanor Applegate!

Y, sin embargo, allí estaba el anillo, negándose a desvanecerse en una nube de humo o disolverse en la intangibilidad de los sueños; prueba no solo de su matrimonio con un hombre, al que había admirado desde lejos, sino de su devoción a su matrimonio.

Pero esto podría no significar nada para él, siendo apenas un mero símbolo para guardar las apariencias. Ella habría estado completamente convencida que solo era eso, de no ser por esa inscripción, escondida en un lugar que nadie más podía ver.

Se llevó la mano al corazón y dio un suspiro tembloroso de asombro.

No soportaba quitárselo para bañarse, aunque sabía que era una tontería llevar joyas en el agua. De verdad, pensó que tal vez nunca más se lo volvería a quitar.

*****

Siendo su esposo, un hombre, Nell no debería haberse sorprendido que él apenas necesitara poco tiempo para prepararse para una cena. Solo que Nathaniel no era un hombre indiferente a su presentación, y cuando se aparecía con tanta perfección con tanta regularidad, era fácil asumir que tal belleza era fruto de horas de trabajo.

No obstante, cuando él llegó a sus habitaciones para cambiarse, Nell ya estaba atada a una variedad de ropa interior, excesivamente lujosa, y había sido víctima de muchos sueros, cremas y polvos, en su rostro, junto con un pequeño pincel para manchas, sumergido en lo que parecía ser hollín, aplicado a lo largo de sus ojos.

Ella imaginó que parecía una grotesca muñeca de porcelana y no tuvo el coraje de confirmarlo.

Cuando su marido entró, se quedó mudo por un instante, dudando en la puerta con los ojos fijos en ella y los labios entreabiertos por la sorpresa.

Sarah estaba terminando el último peinado, que le había llevado casi una hora de meticuloso trabajo, usando una tenaza caliente. De no ser por la cercanía del calor, podría haber huido de la atención de su doncella, al ver la reacción de su esposo.

Sarah permaneció imperturbable, murmurando un buen adiós a su amo entre las horquillas que sostenía, mientras que esas manos seguían retorciéndose y esponjando sin interrupción. De alguna manera, su doncella encontraba aquella tarea atractiva, pues Nell estaba completamente segura que ella se cansaba mucho más rápido que Sarah, si es que acaso la chica se cansaba de estas cosas.

Nathaniel se aclaró la garganta, esbozando una de sus indescifrables sonrisas amables e hizo una ligera reverencia, mientras Nell sentía que se le calentaban las mejillas. Él fue educado hasta el final, ¿cierto? Ni siquiera se le ocurrió qué decir para saludar, así que simplemente dejó que sus ojos se cerraran, mientras le peinaban el resto del cabello.

El vestido que usaría estaba extendido sobre la cama, aunque no había necesitado ni alisarlo, ni hacer algún remiendo, que Nell solía hacer, antes de un evento de la sociedad. Era de color marfil cremoso con finos bordados rojos brillantes, que trazaban imágenes de grandes flores abstractas por todas partes. Tenía una faja a juego para llevar debajo del busto, del mismo carmesí vibrante, y una segunda cinta más pequeña para rodear el cuello.

Era más fino que las cosas que había visto usar a las novias, en el púlpito y, sin embargo, comparado con muchos de los otros artículos que ahora tenía en su colección, no podía, con confianza, proclamar que era la cosa más hermosa que poseía.

Nathaniel parecía acostumbrado a vestirse sin el apoyo de un ayuda de cámara y no parecía perturbado por la presencia de Sarah, mientras se quitaba la chaqueta y se aflojaba la corbata, y un sirviente traía un lavabo y los artículos necesarios.

Seguramente, él sabía cómo lo observaban ambas mujeres, al desabrocharse el chaleco, y cómo se les cortaba la respiración al unísono, al subirse la camisa. Aún así, no les prestó atención, sino que se concentró en sus tareas.

Sarah le dio un golpecito firme en el hombro, a Nell, indicándole que debía ponerse de pie, y señaló la mampara de privacidad, que todavía estaba en la esquina de la habitación.

Bueno, era un poco tonto intentar ser modesta a estas alturas, pero si eso impedía que otra mujer viera los grandes y completos encantos de su marido, no discutiría. Además, era una oportunidad para mirarse en el pequeño espejo del rincón, por si acaso se daba cuenta que debía desmaquillarse inmediatamente.

Para su asombro (y gran alivio), no notó de inmediato una gran diferencia en su apariencia, al acercarse al espejo mencionado. Al aproximarse, pudo ver que su piel lucía más radiante de lo habitual, el color de sus mejillas era más intenso y sus pestañas lucían más oscuras y brillantes.

Que fuera tan sutil fue casi una decepción, después de todas las capas de cosas absurdas que esto había requerido. Aún así, esto no la desagradó, y se encontró absorta en su reflexión, escuchando el chapoteo de las manos de Nathaniel, en el lavabo, hasta que Sarah reapareció con su vestido y las joyas seleccionadas, ansiosa por terminar su trabajo.

El vestido tenía un encaje más ceñido de lo habitual, ajustado a su figura, siguiendo cada matiz de un realzado reloj de arena, que le proporcionaba su corsé. El fajín rojo era lo suficientemente largo como para formar un generoso lazo, en la mitad de su espalda, y cuando bajó la vista para admirar el efecto, se alarmó al ver lo

visible que de repente parecía su busto, al levantarse y salir del escote cuadrado del vestido.

Instintivamente se movió para jalar del mismo hacia arriba, enganchando sus pulgares, debajo de la costura.

—¡Oh! No, no lo hará —siseó Sarah, apartando las manos con tanta rapidez y determinación que Nell estaba demasiado atónita para discutir—. Así se queda.

—¿Así es? —respondió Nell débilmente, sintiendo un escalofrío nervioso, al ver que le ponían las perlas en las orejas y le sujetaban el lazo rojo alrededor del cuello—. ¿Está segura?

—Totalmente segura. —Sarah resopló—. A ver, déjeme ver. Sí, señora, está guapísima. Vamos a enseñársela a su marido.

—¡Nathaniel! —gritó Nell presa del pánico—. ¿Estás... del todo decente?

Hubo una pausa, mientras esperaban la respuesta, y la voz que respondió estaba claramente divertida. —Muy decente, querida esposa.

Sarah sonrió y se hizo a un lado para permitir que Nell saliera primero, aunque casi deseaba el bloqueo de otro cuerpo humano.

Nell salió con incertidumbre con la mirada baja y mordiéndose el labio inferior. Sostuvo la gruesa tela de la falda, en sus manos, se puso las zapatillas blancas que la esperaban, junto a la chimenea, y luego giró para presentarse ante Nathaniel.

Él se quedó en silencio.

Y guardó silencio, durante tanto tiempo, que ella no tuvo más remedio que alzar la vista para mirarlo. Al hacerlo, su mirada se clavó en la intensidad de esos ojos camaleónicos, que brillaban como la luz del sol en el océano, reflejando la luz del fuego de la chimenea con tanta claridad, que sintió un calor que la envolvía por todos lados.

—¿Te gusta? —preguntó ella con su voz saliendo de su boca tan suavemente, que apenas se oía.

Él parpadeó y esa tranquilizadora amabilidad regresó a ese rostro. Esos labios se curvaron en la sonrisa más encantadora. —Eleanor —dijo con una voz suave, como la miel—. Estás preciosa.

CAPÍTULO VEINTE

Como una regla autoimpuesta, Nate disfrutaba de los eventos sociales. Era una oportunidad para demostrar su valía política, aprender y analizar a la gente, y, por supuesto, vestir elegantemente y disfrutar de una comida excepcional. Sin embargo, esta vez, él apostaría, su fortuna, a que nunca en su vida había deseado con tanta desesperación renunciar a cualquier obligación social, como la cena en La Falaise, esa noche.

La última semana había sido muy difícil, intentando darle a su pequeña esposa el tiempo y la paciencia que una mujer requiere tras su primer encuentro íntimo. Nate había oído mencionar una vez, entre caballeros que se burlaban de un posible novio, en una noche en White's, que la clave para una relación marital feliz era permitir que la esposa iniciara el segundo encuentro, una vez que se hubiera recuperado de una iniciación probablemente dolorosa. Intentar aferrarse a esta joya de la sabiduría estaba resultando casi imposible.

Si no los hubieran interrumpido, a la mañana siguiente, en el salón de baile, las cosas podrían haber avanzado de inmediato, pero la aparición de Lady Dempierre y el posterior descubrimiento de las bodegas lo habían trastocado todo. Tuvo que sobornar a Kit con promesas de sus comidas favoritas y ayuda con las escrituras de los huertos para que apareciera todos los días, sirviendo de intermediario entre ambos, en caso que Nate perdiera la batalla contra sus bajos impulsos.

Esto había resultado ser, a partes iguales, efectivo y exasperante, especialmente con la evidente diversión constante de Kit, ante el concepto mismo de su matrimonio.

No obstante, esta noche fue como si su serenidad hubiera recibido un golpe fatal. No se hacía ilusiones de no sentirse profundamente atraído por su esposa, pero ni siquiera había considerado, y mucho menos aceptado, la posibilidad que cada hombre apasionado que la viera sintiera lo mismo. Si ella hubiera tenido vestidos, como este, y una doncella tan atenta durante su estancia en Londres, ella se habría dejado seducir, en su primera temporada, probablemente con un montón de pretendientes pisándole los talones.

No estaba seguro qué era más tentador, el producto terminado o la visión que ella le había presentado, cuando entró por primera vez, encorsetada en ropa interior con mucha carne a la vista, mientras la doncella le atendía su cabello, y esos labios brillantes con aceite de rosa, junto con esas mejillas cálidas y rosadas.

Esa pequeña figura lucía deliciosamente curvilínea, realzada por el vestido que él había elegido a su antojo, sin considerar las consecuencias de verla con él. Para su crédito, a ella le sentaba de maravilla. ¡Demasiado bien! ¿En qué estaba pensando al vestirla de rojo?

Ese cabello castaño rozaba el lazo que le ceñía el cuello, fino y pálido. Esos pezones, que siempre habían estado ocultos, a su vista, hasta aquella noche, que pasaron juntos, se elevaban tentadoramente sobre el escote de encaje, y cuando alzó la vista para encontrarse con la de ella, ese azul tormentoso y plateado era tan impactante que lo dejó sin aliento.

No quería hacer nada más que absorber la visión de ella con ese vestido casi tanto como quería quitárselo con extrema prisa. En cambio, se presionó la uña del pulgar contra la palma de la mano, y se obligó a mostrar su encanto y calma, bien practicados, asegurándole que ella se veía bastante bien y que debían irse pronto.

Ella sonrió aliviada, ante sus garantías, aparentemente creyéndolo al pie de la letra. Cruzó la habitación y recuperó una lista

de tareas para su doncella, apoyando las gafas sobre la punta de la nariz por un momento para repasar sus propios garabatos, mientras él permanecía paralizado y de alguna manera aún más enardecido por sus ridículos marcos redondos, que aparecieron brevemente, en su rostro, que por la visión de ella, digna de un retrato.

Él fue el primero en reconocer que era extraño cuestionar de repente tener una esposa atractiva, cuando estaba destinado a casarse con una belleza célebre sin ninguna preocupación al respecto. No le encontraba sentido ni lo deseaba especialmente. Podía controlar sus emociones, por irracionales y abrumadoras que fueran.

El viaje por Dover fue más lento de lo normal, debido a la niebla, la nieve acumulada y la capa de hielo resbaladiza de las carreteras. Aún así, hicieron un tiempo excelente y tuvieron la suerte de llegar a las puertas de La Falaise entre un séquito de otros huéspedes.

Nell se aferró, a su lado, con ese aroma flotando y enroscándose, a su alrededor, como una serpiente, mientras varios transeúntes la miraban fijamente. Era amable y agradable, saludando a todos en un francés impecable, exhibiendo una etiqueta de colegiala, mientras los conducían a una antecámara bien iluminada, ya adornada con guirnaldas navideñas.

Cuando él extendió la mano para acariciarle la de ella, notó que llevaba el anillo de bodas, que él mismo había mandado hacer. Sintió una punzada de arrepentimiento por no haber recordado usar el anillo, a juego, que él mismo había encargado. Un símbolo que indicara que eran una pareja, que se pertenecían el uno al otro, quizás le habría aliviado un poco la irritación, ante la perspectiva que otros la vieran así.

Reconoció los nombres de algunos asistentes, por su participación en alguna temporada de Londres y su prestigio entre la alta sociedad. Dos de los caballeros presentes tenían esposas

británicas, lo que, al menos, no los convertía, a ellos, en los únicos marginados en un asunto tan francés.

Los Dempierre esperaron a que la mayor parte del grupo estuviera reunido, antes de aparecer. Llegaron justo cuando su personal abría las puertas de un lujoso comedor, descendiendo por la gran escalera con porte majestuoso, seguros que su entrada había sido debidamente notada. El patriarca de la familia no era tan agradable, a la vista, como su esposa e hija, de porte modesto y muy poco cabello.

La hija, Giselle, pareció fijarse en Eleanor de inmediato. Esos ojos brillaban con una aparente emoción genuina, mientras corría a saludarlos. Vestía ropa muy ligera para el invierno, con el cabello recogido en un moño azul vibrante. Parecía completamente desinteresada por los varios jóvenes, que intentaban saludarla, mientras se abría paso entre la escalera y los Atlas.

—¡Ay, ese vestido es mi favorito de todos! ¡Me alegra tanto que lo hayas elegido esta noche! —dijo efusivamente, a modo de saludo, tomando la mano libre de Nell y sujetándola entre las suyas—. ¡Qué lista eres! Ocultando lo hermosa que eres hasta el momento oportuno. ¡Ya siento la envidia!

—¿Envidia? —repitió Nell con una risa sincera—. Creo que no.

—¡Oh! —dijo Gigi, abriendo mucho los ojos de asombro, al levantar la mirada de Nell a Nathaniel—. No lo sabes.

—Hola, Lady Giselle —respondió Nate, haciendo un gesto cómplice con los labios, lo que le valió una brillante sonrisa.

—¡Giselle sola está bien, o Gigi, si lo prefieres! Mis padres son muy apegados a la nobleza, pero yo nunca los he conocido. Ven, te sentarás cerca de mí. ¡Te prometo que nunca has probado un queso de grosella tan delicioso en tu vida! —les indicó a los dos, que la siguieran entre la multitud que entraba al comedor, sin prestar atención a los aspirantes reunidos, que pretendían hablar con ella, antes de la comida.

—¿Qué es lo que no sé? —susurró Nell, alzando hacia él esos hermosos ojos grises y parpadeando confundida.

Él se rió entre dientes, deseando que no estuvieran en público, justo ahora, para poder mostrarle el efecto de su belleza esa noche. En cambio, esperó a que se sentaran y se inclinó para besarla en la mejilla. Al oído, le susurró que mirara a cierto caballero, a su izquierda, quien la había estado observando boquiabierto tanto tiempo que la mujer sentada a *s*u izquierda, ahora la miraba fijamente.

Ella se estremeció, y el vello del delicioso cuello se erizó, al sentir el calor del aliento de Nate. Giró la cabeza hacia él, lo suficientemente cerca como para que sus miradas se cruzaran, mientras aún podían comunicarse en susurros. —No conozco a ese hombre en absoluto —insistió.

—No, por supuesto que no —replicó él, divertido—. Y quiere remediar ese error cuanto antes, en el sentido más estricto de la frase.

A ella se le iluminó el rostro y esos ojos se abrieron de par en par, al comprender. —¡Oh, pero yo nunca...!

—Lo sé, querida —le aseguró—. Por desgracia para él y para muchos de los otros admiradores, que ya has conquistado esta noche, ya te han reclamado.

—¿Por ti? —respondió ella sin aliento, humedeciéndose los labios, mientras un sirviente se le inclinaba cerca del hombro para llenarle la copa de vino.

—Por mí —respondió él sin poder disimular la ronquera de su voz—. ¿O no te acuerdas?

Ella apretó los labios, bajó las pestañas, y respiró tres veces muy superficialmente. —Lo recuerdo muy bien, Nathaniel —susurró —. Y a menudo.

El calor se extendió por su interior, sus ojos estaban recorriendo cada deliciosa pulgada de esa piel, bajo ese vestido. —¿Y disfrutas de esos recuerdos, querida? —susurró—. ¿Disfrutas ser reclamada?

Ella se estremeció, esa voz apenas era un susurro. —Nathaniel, yo...

El sonido de un tenedor, al chocar contra el cristal, interrumpió sus pensamientos, haciéndoles levantar la cabeza, al darse cuenta que estaban en compañía mixta, y además, los observaban atentamente. Desde el otro lado de la mesa, Lady Dempierre los escrutaba con las cejas arqueadas, mientras que Gigi parecía emocionada y entretenida con el espectáculo, apoyando la barbilla con los dedos, luciendo una sonrisa felina en los labios.

Él respiró profundamente para tranquilizarse, obligándose a recuperar su máscara de placidez, mientras giraba la cabeza para escuchar el brindis de Lord Dempierre, que podría haber sido el mejor discurso jamás pronunciado, o para su propia atención, tan aburrido como el bronce. Afortunadamente, independientemente del contenido, fue un discurso breve, seguido inmediatamente por la llegada de los aperitivos y el comienzo de la conversación, durante la cena, con el tintineo de los cubiertos.

—¿Cómo van las renovaciones? —le preguntó Lady Dempierre cortésmente, levantando la copa de vino con una mano, que lucía un gran anillo de rubí, el cual brillaba a la luz de las velas—. Me alegra mucho saber que Meridian se está recuperando.

—Estamos progresando rápidamente —respondió Nell, en nombre de Nate—. No me cabe duda que volverá a ser un hogar adecuado para la primavera.

—¡Qué bonito, querida! —manifestó Lady Dempierre con una sonrisa forzada—. Nathaniel, ¿encontraste por casualidad ese cuadro que te mencioné? ¿El retrato de tu familia? He pensado en este muchas veces, desde la última vez que nos vimos, y cuánto desearía volver a ver sus rostros.

Él la observó, procurando disimular sus pensamientos tras una actitud educada. —Lamentablemente, hemos encontrado que faltan muchas obras de arte —dijo, tomándose su tiempo para responder —. Aunque no me imagino a un ladrón robando un retrato familiar, ¿por qué valor lo venderían? Estoy seguro que acabará apareciendo.

Ella le devolvió la mirada con una astucia propia, como si le devolviera cada táctica impenetrable en una caja de oro. —Espero que así sea.

—¡Ah! Sí que encontré las bodegas —añadió, llevándose el tenedor a la boca, mientras ella lo miraba con los ojos abiertos. Disfrutó tomándose su tiempo para masticar el bocado y tomar su vino para completar la experiencia—, tenías razón. Están muy bien surtidas.

—¿Con vino? —preguntó ella, en voz baja.

—Entre otras cosas —respondió Nell, amablemente, dejando claro que no ignoraba las maquinaciones en juego. Esto le valió una mirada considerablemente más distendida de la mujer mayor—. Te trajimos una botella, por supuesto, como nos lo pediste.

—Sí —asintió Nathaniel con una leve sonrisa—. Esperamos que sea una cosecha agradable.

—Quizás podamos compartir una copa pronto —agregó Nell, sonriéndole a Gigi, en lugar de molestarse en seducir a la madre—, es maravilloso haber hecho amigas tan rápido aquí en Kent. Espero que sigamos unidas, durante el invierno.

—¡Oh, yo también lo espero! —afirmó Gigi con los ojos brillantes, aunque era difícil distinguir si era travesura o entusiasmo infantil lo que se escondía en ellos—. Debemos ser muy íntimas.

—Eso sería absolutamente maravilloso —respondió Nell, dejándose llevar por el ritmo de la conexión femenina con la naturalidad de una mujer de alta sociedad. Nate se preguntó si estaría imitando a su querida amiga, la señorita Blakely, pues sin duda lo parecía—. Disfruto tanto de fiestas como esta, ¡y necesito

más oportunidades para lucir mis vestidos nuevos! Tu invitación es perfecta para esta ocasión —continuó—, aunque estuve tentada de usar el verde con plumas, ¿lo recuerdas?

—¡Ah! Sí. —asintió Gigi con sabiduría, como si nunca fuera a olvidar algo tan importante—. Ese, creo, sería más apropiado para un baile.

—Bueno, entonces debemos esperar que alguien nos invite a uno... —dijo Nell, alegremente, volviendo su atención a su plato, como si no se diera cuenta del repentino interés que Lady Dempierre había tomado en este intercambio de palabras.

—En efecto —añadió Nate—, créanlo o no, todavía no he tenido la oportunidad de bailar un vals con mi novia.

—¡Ay, mamá! —chilló Gigi, casi rebosante de emoción al girarse para tocar el brazo de su madre—. ¡Tenemos que invitarlos a la mascarada de invierno!

—Sí, Gigi —respondió Lady Dempierre, rotundamente—. Parece que debemos hacerlo.

*****

Nate encontró que la mayor parte del evento fue «estándar» y predecible.

La cena fue excepcional, sin duda alguna, pero si los exiliados franceses estaban acostumbrados a rituales posteriores a la cena, diferentes a los de los ingleses, ciertamente no los conservaban. Hombres y mujeres se separaron un rato, lo que le dejó apartando el humo del cigarro con la mano y bebiendo un brandy particularmente fuerte, en contraste con el tipo de conversación vacía, que se encuentra en cualquier reunión social.

Se acercó a Lord Dempierre para agradecerle la invitación, y tuvo la clara impresión que el hombre no tenía la menor idea de quién era él.

—Tengo muchas ganas que llegue el baile de máscaras de invierno —comentó Nate con cortés entusiasmo—. Tengo entendido que es un evento exclusivo.

—¡Oh! —expresó Lord Dempierre con la mirada perdida en el papel pintado—. Es obra enteramente de mi esposa. A las mujeres les encantan estas cosas, ¿sabe?

Fue un alivio, cuando pudieron reunirse con las mujeres, porque incluso si él no hubiera estado ansioso por reunir a su novia y regresar a Meridian, había poco de interés que encontrar entre los hombres.

Con ese vestido rojo y blanco, Nell era fácil de reconocer entre la multitud. Estaba entre un trío de jóvenes y tenía un rubor en las mejillas, que presagiaba alegría y muchas risas. Las gemas del anillo de bodas brillaban contra la luz, cuando levantó la mano para apartarse un mechón suelto de cabello, y luego se inclinó para tocar la muñeca enguantada de una de las otras mujeres, como si esta acabara de decir algo verdaderamente encantador.

Ella era una criatura tan curiosa. Se apoyó en una mesa de cóctel, bebiendo brandy, y él simplemente la observó un rato, mientras se ganaba el cariño de un grupo de chicas tan diferentes a ella.

En otoño, cuando estuvieron juntas en Somerton, Nell había acompañado a todas las jóvenes. A pesar de su afición a los libros y su ropa pasada de moda, parecía una amiga apreciada por las bellezas de la alta sociedad, incluyendo a la quisquillosa e independiente Lady Heloise, y las hijas tontas y frívolas de Lord Benton.

¿Lo hizo a propósito? ¿Acaso aprendió a cautivar y conquistar a todo tipo de chicas, durante su tiempo en esa escuela de

perfeccionamiento? ¿O fue algo natural? Al observarla, él jamás habría sospechado que esos gestos eran calculados ni habría dudado de la sinceridad de esa risa tintineante.

Él ni siquiera se había molestado en tomarla en serio hasta que quedó claro que tendría que casarse con ella, e incluso entonces, lo hizo con poco más que diversión. Comprendió que era la espía perfecta: absolutamente convincente y natural.

—Su esposa es muy hermosa —dijo un hombre con un ligero acento y un estilo alegre y deliberadamente desaliñado—. Usted es un hombre afortunado.

—Estoy de acuerdo —replicó Nate, volviéndose hacia el desconocido con una leve sonrisa y extendiéndole la mano—. Un placer conocerlo. Soy Nathaniel Atlas.

—¡Ah! Ya lo sé —respondió el hombre con una risita, aceptando la oferta de un apretón de manos—. Hemos oído hablar un poco de usted aquí, en La Falaise, en las últimas semanas. «¡Oigan! El chico Atlas por fin ha regresado y restaura con nobleza su mansión ancestral». No sabía exactamente qué esperar de ustedes por las fantásticas descripciones. Mi madre tiende a exagerar, cuando se emociona.

—Entonces, ¿usted es un Dempierre? —Ahora que se lo había dicho, esto era obvio. Si esa tez rubia no lo hubiera delatado, lo habrían hecho los pómulos prominentes similares a los de su madre y su hermana. Además, esos ojos eran los del padre, de un marrón ámbar claro, estando fijos en Nate.

Él hizo una pequeña reverencia, como si el honor de su nombre fuera algo dudoso. —Soy Mathias Dempierre, heredero del fantasma de un título extranjero y de esta precaria casa sobre las rocas. Es un placer conocerlo.

—Igualmente —replicó Nathaniel—. ¿No estaba sentado con su familia, en la cena? Yo estaba frente a las damas y no lo vi.

—¡Oh! Me perdí la cena por completo —dijo Mathias, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Mamá se quejará, pero estas cosas me resultan intolerables. Pero debo confesar que por una vez, una de estas reuniones despertó mi interés. Su encantadora novia me llamó la atención, en cuanto la vi.

Nathaniel sonrió con suficiencia. —Se sentiría halagada de oírlo, pero, por desgracia, ella ya no está en el mercado matrimonial.

—Para la desolación de todos, por supuesto —continuó Mathias, riéndose—, dígame, Nathaniel, ¿sabe su hermosa novia el significado de llevar ese lazo rojo, alrededor del cuello, en compañía de franceses?

—Probablemente no —respondió Nathaniel, mirando por encima del hombro a Nell, quien seguía enfrascada en una animada conversación, con la cinta roja brillante claramente visible sobre su pálido cuello—. Porque si lo supiera, probablemente lo habría compartido conmigo.

Mathias sonrió, y esa sonrisa se curvó en las comisuras de los labios con la misma forma felina que la de su hermana. Era evidente que disfrutaba de tener información que otros no tenían. Se pasó una mano distraída por el pelo, despeinándolo, aún más, y se inclinó para hablar en voz más baja: —Mis padres solían organizar y asistir a muchos bailes de supervivientes, restos de su imperio perdido —explicó en un susurro dramático—. Estos bailes sirvieron como bálsamo para la tragedia, pues, ¿qué dolor no se cura con un baile elegante y una buena copa de oporto?

—Lo conozco un poco —dijo Nathaniel—. Pero nunca he asistido ni he oído hablar de prendas rojas.

—Bueno —continuó Mathias—, estos bailes eran exclusivos, por supuesto, para los exiliados de la élite. Y como toda buena exclusión, había un código de conducta. Cualquiera que hubiera perdido a un familiar, en la guillotina, llevaba una cinta roja alrededor del cuello para que otros supieran cuánto había perdido y lo admiraran con la mayor tristeza.

Mathias dejó que se hiciera un silencio momentáneo y luego se recostó, recuperando su tono y frivolidad habitual. —Por lo que tengo entendido, se puso muy de moda llevar uno, así que muchos se apresuraron a encontrar un vínculo familiar con alguien, que había perdido la cabeza, solo por el prestigio.

—¡Ah! —respondió Nathaniel, inclinando la cabeza—. ¡Qué deliciosamente morboso!

—Pero, ¿es muy francés, no? —respondió Mathias con un pequeño gesto de la mano—. Me imagino que su elección de adorno ha provocado algunos cacareos indignados entre las gallinas esta noche. Al fin y al cabo, son las únicas con edad suficiente para recordar esas cosas. Personalmente, disfruto tanto de la connotación imprevista, como del efecto que le da a esa hermosa tez.

—Yo también —dijo Nathaniel con amabilidad, bebiendo un sorbo. Esa actitud relajada le transmitía un mensaje claro. No le preocupaba que Nell se sintiera tentada a alejarse de él, especialmente por un hombre como Mathias Dempierre. Ella era suya.

Parecía que Dempierre estaba tan encantado con la indiferencia de Nathaniel, como probablemente lo habría estado con una broma de celos, al observar el atractivo de Nell. Aplaudió y se rió sin importarle, en absoluto, que alguien levantara las cejas.

A Nathaniel le pareció interesante, si no envidiable, la evidente indiferencia de ese hombre hacia las opiniones ajenas. Decidió que le caía bien, dejando de lado las intrigas, en torno a su familia, y se encontró riéndose con Mathias, aunque de forma más reservada.

La diversión compartida transmitía un mensaje claro. Se entendían. No había animosidad entre ellos, simplemente era el establecimiento de la evasión y la réplica verbal, que constituían la base de la amistad masculina.

¡Qué diferente era el encanto de Nell con las damas!

—¡Ah! —exclamó Mathias, mirando por encima del hombro de Nate—. La señora se acerca a nosotros.

Nathaniel no se movió, una leve sonrisa se dibujaba en sus labios hasta que Eleanor llegó a su brazo, y le pasó la mano por el hueco de su codo con una familiaridad despreocupada, que lo complació enormemente.

—Querida —dijo, bajando la mirada para encontrarse con la de ella y permitiéndose el lujo de experimentar la pequeña punzada de emoción que sentía, al tenerla cerca de nuevo—. Este es Mathias Dempierre, el hijo mayor de nuestros anfitriones.

A ella le tomó un momento registrar lo que había dicho, y cuando lo hizo, dejó escapar un pequeño jadeo, y giró hacia su nuevo conocido, murmurando: —¿Cómo está?

—Estoy encantado, señora Atlas —dijo Mathias, haciendo una reverencia cortés—. Es un honor conocerla.

—Igualmente —respondió Nell—. Gigi no mencionó tener hermanos. ¿Hay más jóvenes Dempierre por ahí, o solo están ustedes dos?

—¡Ah! —respondió con una enigmática inclinación de la cabeza —. A menudo parece que todos somos familia de una forma u otra. Veo que mi querida hermana la ha declarado su nueva favorita, en cualquier caso. Hacía tiempo que no la veía tan emocionada con una nueva amistad. Gigi solo se emociona de vez en cuando.

—Yo también la quiero mucho —insistió Nell, apretándole el brazo a Nathaniel—. Le aseguré que nos volveremos a ver pronto. Mi esposo y yo lamentamos no poder quedarnos mucho tiempo, pero tememos que la nevada se intensificará, a medida que avance la noche.

—Noches como esta suelen intensificarse —respondió Mathias, mirándolos a ambos. Retrocedió un paso, cruzó las manos, en la espalda, e hizo una reverencia discreta—. No permitan que nada

aleje a los recién casados de su hogar. Confío en que nos volveremos a encontrar pronto.

—Seguro que sí —replicó Nathaniel. Disfrutaría hablando más con Mathias Dempierre en el futuro, pero por el momento, estaba más que dispuesto a complacer el deseo de su esposa de irse y regresar a la privacidad de su hogar—. Ha sido un placer.

—Así es —coincidió el otro hombre, haciendo una reverencia a la dama—. Señora Atlas.

—Encantada de conocerlo —le dijo Nell con dulzura, apoyándose en el cuerpo de Nathaniel—. De verdad, ha sido una velada mágica. Por favor, deles nuestras felicitaciones a sus padres.

Nathaniel la miró, sonrojado, feliz y cálido contra ese costado, disfrutando ese aroma embriagador de lavanda y menta, como si fuera suyo, que venía flotando desde los sedosos rizos de ese cabello. Había sido una velada excepcional hasta entonces.

Solo esperaba que la magia aún no hubiera concluido.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Nell no estaba segura si estaba ebria por el vino o debido al puro placer de la velada. Sea cual sea la causa, esta noche bien pudo haber sido la noche más feliz de su vida.

Nunca en mil años ella esperó tener a Nathaniel Atlas con todo su elegante encanto, susurrándole palabras seductoras al oído y guiándola en un evento formal con esa mano apoyada posesivamente, en la parte baja de su espalda.

Nunca imaginó que podría experimentar lo que es sentirse bella y admirada, como lo habían sido sus mejores amigas del colegio, en todos los bailes de Londres. Ni una sola vez imaginó que otras damas, ladies hermosas, expresarían admiración por su persona, en lugar de por su mente o su firmeza.

Se sentía como una niña de un cuento de hadas, transportada a un reino mágico para pasar una noche perfecta, ataviada con un vestido de una belleza imposible y asistiendo a una fiesta, en una mansión nevada, sobre un acantilado con las gélidas olas del mar rompiendo contra las rocas. Era pura fantasía, libre y placentera.

Su carruaje apareció tan rápido que el mismo también parecía afectado por la perfección de la velada, llegando mucho antes que el transporte de muchas otras parejas, que habían estado esperando, cuando ellos llegaron.

Nathaniel parecía no darle importancia a esto, como si estuviera acostumbrado a tales privilegios. La guió a través de las ráfagas de blanco, sin separarse de ella. Antes de ayudarla a subir a su asiento, Nathaniel le besó la mano, como si aún estuvieran cortejándose y él se sintiera honrado de ser digno de esa tarea.

Ella se sonrojó, encantada que todos los demás, en el camino, pudieran ver lo que él había hecho. Eran desconocidos, todos, aunque esos desconocidos habían visto que Nathaniel Atlas, el consentido de la alta sociedad y agitador del Parlamento, la trataba, a la sencilla señorita Eleanor Applegate, como su preciada esposa, siendo una mujer deseada, no una carga indeseada.

Su ensoñación por el pensamiento la dejó algo distraída, por lo que no estaba en absoluto preparada para el brazo, que se deslizó alrededor de su cintura, mientras Nathaniel subía detrás de ella, jalándola hacia su regazo, y ella encontraba su asiento, para gran deleite de los espectadores, que estaban antes, y ya se encontraban zumbando entre ellos, cuando la puerta del carruaje se cerró.

Ella había emitido un chillido muy indigno, cuando lo hizo, y estaba parpadeando rápidamente para procesar lo extraño del asunto, sentada sobre su rodilla, mientras los caballos eran instados a moverse.

—Tienes copos de nieve en tu cabello —destacó él, acariciándole los rizos con esos dedos largos y elegantes.

—Nathaniel. —Ella se rió, extendiendo la mano para detenerlo —. ¡La gente te vio subirme a tu regazo! ¡Seguro que están hablando de esto!

—¡Oh! Eso espero —replicó él, inclinándose para acariciarle el cuello con la nariz—. No estaba preparado para todos esos caballeros husmeando en ti. Si hay chismes, ahora solo serán sobre lo mucho que me perteneces.

—Hemos estado tan cansados de las bodegas, que empecé a preguntarme, si me había imaginado esa primera noche juntos — confesó ella, suspirando de alegría, al sentir escalofríos, mientras él la besaba y mordisqueaba justo debajo de la oreja—. ¡Oh! ¡Qué bien se siente!

—¿Por qué quisiste irte tan temprano? —murmuró él contra ese cuello.

—Oh —susurró ella con la cabeza dándole vueltas por las atenciones de esa boca, el calor de ese aliento y la forma en que esas manos habían empezado a deslizarse por su cintura—. Deseaba volver a casa antes que, una vez más, estuviéramos demasiado cansados para hacer otra cosa que dormir, al acostarnos.

Él emitió un leve sonido de placer, besándola hasta el cuello. —¿Y qué quieres hacer, en vez de eso? —gruñó suavemente.

Lo cierto era que se habría sentido completamente satisfecha con tenerlo solo y para ella misma, durante unos minutos. No obstante, era evidente lo que él insinuaba. La suposición que había sacado era mucho mejor que cualquier conversación educada, que ella pudiera haber imaginado.

Entonces, en lugar de ser completamente honesta, le acarició el cabello con las uñas y dijo: —Creo que lo sabes.

Él exhaló bruscamente, levantándole la cabeza y tomando la barbilla entre los dedos. Esos ojos eran incoloros, en la oscuridad, siendo otro matiz de disfraz para un camaleón. Mantenían ese dominio sobre ella, intensamente con o sin color.

Con la otra mano firmemente envuelta, alrededor de esa cintura, él le empujó las caderas hacia adelante, presionando su excitación contra esos muslos y observando ese rostro para poder disfrutar el momento, en que ella se diera cuenta de lo que estaba sintiendo.

La respiración de ella se le quedó atrapada, en su garganta, el destello de calor que la azotó silenció efectivamente cualquier reacción verbal, que pudiera haber tenido.

—Mira lo que me has hecho —susurró él, todavía sosteniéndola por la barbilla y con la mirada fija en la de ella.

—¿En serio? —susurró ella, incapaz de resistirse a acercarse más, rozando su nariz con la de él. La proximidad le añadió un toque embriagador a su ya aturdida sensación—. ¿Yo?

—Mmm —confirmó—. Nunca me había sentido tan tentado por ninguna mujer.

—¡Oh! —manifestó ella, incapaz de resistirse a besar esa hermosa boca, apenas un poco, para ver cómo reaccionaría. Al ver que él no se apartaba ni se movía para detenerla, presionó sus labios con más fuerza contra los de él, rodeándolo con los brazos.

Él le soltó la barbilla y, en su lugar, enredó los dedos en los rizos que caían en cascada sobre el hombro de ella, aferrándose a esa cintura con fuerza. Esto le permitió dirigir la intensidad de los besos, decidir cuándo las lenguas intervendrían y cuán profundos sería los besos.

Ella descubrió que cuanto más lo besaba, más necesitaba besarlo. Una calidez se acumulaba en su interior, y esa dureza palpitante contra su muslo le transmitía una urgencia primitiva.

Un bache repentino, en el camino, los sacudió y los hizo perder el equilibrio abruptamente, casi haciendo que Nell se desplomara al suelo. Si Nathaniel no la hubiera abrazado con tanta fuerza, sin duda ella lo habría hecho. Curiosamente, el sobresalto inicial pareció desvanecerse en risas para ambos, quizás con algo de vergüenza por su propia distracción.

Ella se mordió el labio y aflojó el agarre, que repentinamente tenía sobre los hombros de su marido, el cual parecía una garra.

—¡Ah! —dijo ella con una risita—. Quizás deberíamos esperar a un lugar más fijo para continuar con esta actividad.

—Quizás sí —suspiró y la soltó, deslizándose por la cintura de ella, mientras se recostaba en el cojín opuesto—. ¡Qué lástima! Si el viaje fuera más largo, me arriesgaría sin dudarlo —insistió con aire travieso—. En el momento oportuno, semejante gesto habría sido una mejora bienvenida.

¡Nathaniel! —jadeó, casi de inmediato estallando en risas escandalizadas. Se apoyó en el costado del carruaje, abrumada por semejante broma, hasta que se quedó sin aliento.

Durante todo el rato, Nathaniel la observaba con la misma media sonrisa misteriosa, que había lucido, durante su viaje al sur desde Escocia. ¿Era más cálido ahora, o simplemente se había vuelto más hábil para mostrar la amabilidad en su rostro?

Poco importaba. Simplemente cruzar miradas con él de esa manera, en silencio y felices, compartiendo un momento de tantos sentimientos encontrados era encantador. Quizás fuera el vino. Ella también había bebido mucho vino, la última vez que habían tenido intimidad. Tal vez empezaría a tomarlo, en la cena, si tenía un efecto tan positivo en su atractivo.

—¿Te gusta tu vestido? —preguntó Nathaniel con la luz de la luna reflejada en sus ojos.

—Mucho —respondió ella con sinceridad—. Nunca me había sentido tan hermosa.

Él parecía pensativo con la mano apoyada en la barbilla, mientras apreciaba con calma el efecto que le producía el vestido rojo y blanco. —Tu tía es una mujer adinerada —dijo, después de un momento—. ¿Por qué te dejó llevar esa ropa, que te quedaba mal, y que no estaba de moda?

—¡Oh! —Nell parpadeó, sorprendida—. No creo que lo hiciera a propósito. Simplemente nunca me prestó mucha atención, y ya me daba demasiado. Nunca me quejaba de las cosas que me daba. La tía Zelda es una mujer muy ocupada.

—Te los mandó hacer —indicó, visiblemente sorprendido—. Supuse que eran fruto de la modestia de tus padres. Eleanor, debes saber que los creó para ocultar tu belleza lo máximo posible. Algo así solo pudo haber sido deliberado.

—¿Por qué haría algo así? —Nell se rió, negando con la cabeza —. Ella me quiere.

—Sí, te ama —asintió—. Pero creía que lo mejor para tu vida era permanecer soltera para poder prepararte como su pequeña heredera.

—Nathaniel, siempre he sido una chica a la que la soltería le ha parecido una propuesta realista —dijo con un poco más de seriedad —. Nunca fui una coqueta experta ni una belleza excepcional, y me han dicho muchas veces que soy demasiado esotérica para mi propio bien. Ella no tuvo que hacer nada para compensar mi falta de atractivo.

—Eligió ropa que ocultara tu deliciosa figura, envolviendo tus curvas femeninas, en rectángulos de tela gris. Esto fue totalmente deliberado. Esto fue un sabotaje que probablemente creyó que era por tu propio bien, o al menos por el suyo propio.

Nell estaba demasiado atónita para responder. Lo que él le dijo era atroz, pero tenía algo de verdad. La tía Zelda siempre conseguía lo que quería y a menudo usaba varios hilos, a la vez, para asegurar el resultado deseado. Y siempre había denigrado la institución del matrimonio, como un desperdicio de las capacidades de una mujer y algo que consideraba inferior tanto para ella como para Nell. A menudo menospreciaba a su hermana, la madre de Nell, por casarse con alguien de tan bajo rango, y tener una prole numerosa.

¡Ay! Por la bondad.

Ella miró por la ventanilla del carruaje, donde apenas se veía nada más que las salpicaduras de nieve, en la ventana oscurecida, absorta en sus pensamientos. Parecía que solo había pasado un instante, cuando habían llegado a casa, con Meridian elevándose imponente y cálido frente a ellos.

Era tarde, por supuesto, y casi toda la casa ya se había retirado. El mayordomo se ofreció a llamar a Sarah para que ayudara a Nell, a desvestirse, pero ella rápidamente lo disuadió. Probablemente parecía que le daba pena interrumpir el descanso de Sarah, y quizás así fuera, pero en realidad quería estar sola en su dormitorio con su esposo lo antes posible.

Nate la siguió por las escaleras, abriendo la puerta de su habitación frente a ella con un suspiro de alivio. Inmediatamente ella se quitó las gafas y él comenzó a aflojarse la corbata.

¡Qué cambio tan grande había experimentado esta habitación desde su llegada! Las ventanas ahora lucían con ricas cortinas, el suelo de madera relucía con su brillo, y una alfombra ornamentada se extendía sobre las relucientes lamas de un deslumbrante azul real. El fuego, que crepitaba en la chimenea, inundaba de calidez el espacio, proyectando un resplandor de bienvenida, a este espacio que habían restaurado y convertido en suyo.

Nell cruzó la habitación hasta su nuevo tocador y se sentó en el taburete, deshaciéndose rápidamente del elaborado peinado, que tanto le había costado lograr. Dejó caer las horquillas, a racimo, en un plato de plata, aliviada de liberar su cuero cabelludo de sus ataduras. Se sintió sumamente indulgente al soltarse los rizos, incluso a costa de arruinar su milagrosa transformación.

—Disculpa —dijo Nathaniel, en voz baja, desde atrás, al ver esa mirada en el espejo del tocador—. No me di cuenta que mi observación anterior sobre tu tía podría molestarte, lo cual fue una tontería y una falta de visión de mi parte. No dudo que tu familia te quiere mucho, Eleanor.

—No estoy molesta —replicó ella, mirando por encima del hombro, mientras continuaba pasando sus dedos por su cabello.

Él ya estaba sin camisa, y esa ligera extensión de cabello castaño miel brillaba sobre ese pecho musculoso a la luz del fuego. Ella lo había besado, esa noche. Y le había gustado. Quizás le había estado dando demasiadas vueltas a la seducción, como era propensa a darle demasiadas vueltas a todo.

Una idea se abrió paso, en su mente, como una voluta de humo de una vela apagada. Decidió que debía actuar de inmediato, para no convencerse a sí misma que no debía hacerlo. Le dedicó una sonrisa dulce y tranquilizadora y preguntó: —¿Me ayudarías con el vestido?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas —dijo él con una risa de disculpa, cruzando la habitación, mientras ella se ponía de pie.

Ella estuvo a punto de agarrar una cinta para sujetarse el pelo por la noche, pero decidió que no, que era mucho más efectiva, como arma de sensualidad desatada. La recogió y la echó por encima del hombro, girando la cabeza, en señal de invitación, cuando su marido se acercó por detrás. El calor de ese cuerpo la irradiaba, provocándole un delicioso escalofrío por todo su cuerpo, aunque mantuvo la compostura, disimulando el nerviosismo que la invadía con la serenidad, que había aprendido en la escuela.

—Desata primero la faja —le indicó, consciente de la proximidad de ese aliento, mientras desenredaba el lazo, liberando la banda carmesí de su caja torácica—. Hay pequeños botones en la espalda, si no te importa desabrocharlos.

Él se movió lentamente, soltando con cuidado cada perlita del ojal con un roce de las yemas de los dedos sobre la piel expuesta de la columna vertebral, hasta que, para su decepción, él llegó al borde de la ropa interior. Pareció trabajar más rápido, una vez que ella se quedó sin piel desnuda que revelar, y tras un breve instante, el vestido se descolgó lo suficiente, como para que ella se quitara las mangas, y dejara que todo se desparramara a sus pies.

Ella se quitó el vestido, dejando sus zapatillas, en el centro de la habitación. Llevaba el corsé abrochado por detrás, pero en lugar de pedirle a Nathaniel que también se lo quitara, se giró hacia él, desabrochando la parte delantera del corsé, donde el lazo le quedaba justo entre los pechos.

Él pareció tragarse cualquier impulso, que pudiera haber tenido de moverse, pero su garganta se flexionó, mientras sus ojos se posaron en el trabajo de las manos, siguiendo los dedos, mientras tiraban de las cuerdas para soltarlas, jalando cada una de ellas hasta que solo quedó la última fila, y pudo subirle el corsé por encima de la cabeza y lanzarlo a la pila de las otras cosas.

La camisola le caía ligera sobre el cuerpo; la tela era tan fina y sedosa, que dejaba muy poco a la imaginación. Tenía su atención absorta y no quería perderla, pues en ese momento, ella sentía que

le estaba lanzando el hechizo más perverso. Y, por supuesto, se recordó a sí misma que debía actuar, antes de pensar. De momento, todo iba bien.

Ella se recogió la falda desde los muslos, apretándola con los puños, mientras el dobladillo se alzaba, dejando al descubierto la parte superior de las medias y el primer atisbo de sus muslos. Contuvo la respiración, desterrando la timidez, mientras subía la tela por las caderas, revelando el oscuro triángulo entre sus muslos y la curva de su cintura.

Reveló partes de sí misma, que jamás pensó que un hombre pudiera ver. Su ombligo, el pequeño grupo de pecas, en su caja torácica, y, por supuesto, sus pezones desnudos. Se quitó la camisola y la arrojó al montón de ropa, quedándose solo con sus medias, suaves y de un blanco marfil, y sus joyas, incluyendo la gargantilla de satén rojo, que se destacaba sobre su esbelto cuello.

—¿Me ayudas con las medias? —le preguntó con la voz apenas más débil que al principio. Se sentó en el taburete del tocador y levantó una pierna hacia él, con la punta del pie en punta. El corazón le latía con fuerza contra el pecho y la piel le hormigueaba por el frescor del aire de la habitación. No podía explicarse lo que hacía, pero si él seguía mirándola así para siempre, podría ser capaz de muchos comportamientos sorprendentes.

Él le sujetó el tobillo con la mano, y el calor de esa piel se fundió, a través de la tela de sus medias. Esos ojos se habían oscurecido y esas pupilas se encendieron con solo una fina línea de ese color avellana siempre cambiante alrededor. La forma en que se acercó a ella fue casi un desafío; la intensidad de ese rostro y la seguridad de esa postura le aceleraron el pulso, por lo que la sangre en sus venas corría caliente y rápida.

Él mantuvo la mirada fija en ella, a pesar de la completa exhibición de su desnudez como una tentación visual. Se arrodilló, apoyando el pie de ella contra un hombro desnudo, mientras esos

dedos comenzaban a deslizarse por la media, rozando ligeramente la tela con las puntas de sus uñas cuidadas.

Él jaló de la cinta, que sujetaba la primera media, donde ella la había anudado con precisión alrededor de la suave piel de su muslo, unas horas antes. La desenganchó con facilidad; la cinta suelta le permitió liberar la pierna de la sujeción de la media y comenzar a bajarla.

Ella se estremeció, el calor de esos dedos contra una zona tan tierna y prohibida le envió una ráfaga de sensaciones desconocidas y deliciosas por todo su cuerpo.

Él se inclinó hacia adelante y volvió a colocar la parte superior de la media con un suave beso en la cara interna del muslo. La respiración entrecortada de Nell pareció animarlo, pues a medida que ella revelaba más de su piel, él continuó besando la piel recién expuesta: la rodilla, la curva de la pantorrilla y los tobillos. Él se tomó su tiempo, y en lugar de lanzar la primera media, al montón desordenado, la dobló cuidadosamente junto a él, como si fuera un tesoro.

Él le tomó el tobillo desnudo y lo levantó por su hombro, instándola a doblar la rodilla y a ensanchar la postura, mientras le guiaba el pie suavemente hacia el suelo alfombrado.

Nell se dio cuenta que había dejado de respirar. Su último aliento quedó atrapado, en sus pulmones, como un conejo en una trampa. Estaba fascinada por sus decisiones y atrapada entre el deseo de ocultarse de su vista y una profunda y rebelde emoción, que se aferraba a su jaula, en lo más oscuro de su ser. Este desenfreno había estado latente, en su interior, todo el tiempo, sofocado por la creencia que tal vez nunca se dejaría llevar por sus caprichos.

Se tomó un momento para apreciar la escandalosa vista, que había creado, con las piernas abiertas y su parte más íntima, a la altura de su cuerpo arrodillado. Él la miró, quizás para asegurarse de no haberse excedido, y ella, en respuesta, se inclinó para acariciarle

el cabello, pasando los dedos por los sedosos mechones color caoba, aún peinados con la perfección de la fiesta.

Él soltó un profundo suspiro, cerrando los ojos, mientras se apoyaba en la mano de ella, aparentemente derretido de placer por la sensación. Ella nunca imaginó que un hombre reaccionara así, a su tacto, y menos aún, uno tan hermoso, uno que creía tan inalcanzable.

¿Cuántas veces lo había imaginado haciendo las cosas más pequeñas para emocionarla? Podría haberse mantenido viva, el resto de sus días, con un solo recuerdo de él, besándole la mano o recompensándola con una sonrisa destinada solo para ella. ¿Y cuántas veces se había reprendido por esas fantasías tontas, creyendo que tales cosas eran imposibles?

La última temporada, en Londres, durante la cual él le había parecido nada menos que un semidiós, se sintió, como si hubiera sido hace una vida, borrosa en la bruma de este momento, mientras esas manos se deslizaban a lo largo de su última prenda de vestir restante, manejando la delgada carne de su muslo con una familiaridad que bordeaba la propiedad.

¿Le pertenecía ahora? Ella era su esposa, después de todo.

Ella lo observó tomar la parte superior de la media, que le quedaba, y empezar a bajársela, repitiendo el recorrido de besos, saboreando su pierna tanto como la otra. Con su postura tan abierta, era plenamente consciente de lo cerca que él estaba de su centro del deseo, tan cerca que podía sentir la suavidad de ese aliento deslizándose sobre partes de ella, que nunca había sabido que existían, o que no se había permitido explorar.

¿Él también le pertenecía? ¿Era el matrimonio un intercambio de cuerpos tras las puertas de un dormitorio privado?

Él besó la suave piel detrás de la rodilla, el hoyuelo justo debajo y la suavidad de su pantorrilla. Tras quitarle esta última prenda, repitió lo mismo, y le colocó la pierna a un lado, dejándola

completamente expuesta, con las piernas abiertas sobre el pequeño taburete del tocador.

Él la miró a través de ojos entornados y un flequillo de pestañas, mientras deslizaba las manos por la piel suave y expuesta de las piernas de ella, acercándose cada vez más al lugar donde se encontraban.

—Nathaniel —susurró con el cuerpo, en llamas, por un deseo profundo y primario, una demanda que no sabía cómo responder.

—Silencio —respondió él, suavemente, acariciándole el sexo con los dedos con suavidad—. ¿Quieres esto?

—Sí, quiero. —Ella logró decirlo sin ser una pregunta ni un asentimiento, antes que sus palabras se dispersaran en el olvido, ahogadas en un jadeo de sorpresa, ante el primer contacto de esa boca con ella, besándola allí. Esos labios hermosos y sensuales rozaban lo que parecía el centro de cada sensación en su cuerpo, siendo la clave del éxtasis absoluto.

Era increíble la sensación que emanaba de un roce tan ligero, tanta que cuando apareció esa lengua, lamiéndola con intención lenta y deliberada, ella pensó por un breve momento que iba a desmayarse.

No había nada a lo que aferrarse para mantenerse firme, salvo al propio Nathaniel. Sus manos cayeron sobre esos hombros, fuertes, sólidas y firmes. Esto solo pareció enardecerlo, pues un brazo subió y la rodeó por el trasero, atrayéndola aún más hacia adelante en el taburete.

La primera noche que hicieron el amor, Nell intentó contener sus ganas de hablar, por miedo a sonar ridícula o desagradable. Esta noche, no pudo ejercer tal autocontrol. Si bien la voz se le había arrebatado momentáneamente en ese explosivo primer contacto, ahora parecía no poder contenerla.

Sus gritos parecían animarlo, y esas atenciones se volvieron más fuertes y profundas. Él empujó sus dedos dentro de ella,

mientras seguía saboreando hasta saciarse.

Ella encogió los dedos de los pies en las suaves fibras de la alfombra bajo sus pies descalzos, cerrando los ojos, mientras jadeaba. La cabeza le daba vueltas, y destellos de color parecieron brotar tras sus párpados, mientras la sensación se imponía al sentido. Sus dedos se clavaron, en la parte baja de esa espalda, sujetándolo con fuerza. Pero él no cedió, a pesar de los ruidos que ella hacía; levantó la vista para observarla, mientras ella se desprendía por completo de su control.

Ella pensó que quizás él había vuelto a pronunciar su nombre, aunque no estaba segura. Todo se perdió en la oleada de placer que la invadió, como olas del mar rompiendo contra los acantilados.

Por un instante, fue como si flotara, fuera de sí misma, mientras toda la tensión de sus extremidades se desvanecía en una sumisión líquida. Lo que acababa de sucederle era algo absolutamente maravilloso, incluso alarmante, para reflexionar sobre ello en un futuro lejano. Por ahora, por una vez, su mente estaba en silencio. Se había quedado sin palabras.

Cuando ella parpadeó y regresó a la tierra de los vivos, Nathaniel la levantó del taburete, atrajo su cuerpo desnudo contra el calor del pecho y la llevó a la cama.

En lugar de depositarla sobre el colchón, de alguna manera logró subirse a la cama con ella, a cuestas, su cuerpo desnudo estaba boca abajo, debajo de él, era débil por la dicha y estaba flexible.

—No te muevas —le susurró al oído, besándole las mejillas, la nariz, la boca y la barbilla. Desapareció un instante, a pesar de esa protesta, para quitarse los pantalones. Fue impactante el frío, que ella sintió, en ese breve instante sin él.

Cuando él regresó, trepando de nuevo sobre ella y hundiendo el peso del cuerpo sobre el de ella, ella levantó los brazos para atraerlo, hundiendo los dedos en ese cabello, agarrándolo

fuertemente para saborear esos labios, mientras esas manos comenzaban a vagar sobre ella; esos toques eran más firmes y exigentes, mientras se deslizaba por los lados de su cuerpo y esas caderas se clavaban en las de ella.

—Hazlo otra vez —susurró contra esa boca, jadeando, mientras él le recorría la garganta con besos, deslizando un dedo sobre la cinta roja que llevaba—. Por favor.

—¿Hacer qué? —murmuró, ahuecándole pecho y arrastrando el pulgar sobre un tenso pezón, mientras besaba más abajo, capturándola con la boca.

Ella jadeó, arqueando la espalda. Una fiebre pareció desgarrarla, mientras esa lengua la rozaba. —Entra en mí, Nathaniel. Por favor.

Él se quedó paralizado, durante un instante, levantando la cabeza y volviéndose hacia ella. El cabello de ella, despeinado por sus manos, le colgaba en esa onda natural sobre los ojos.

—¿Qué dijiste? —preguntó él, moviendo las caderas hacia adelante para que ella sintiera toda la fuerza de su excitación contra el vientre.

Ella resopló con impaciencia, retorciéndose lo suficiente, como para liberar una de sus piernas de debajo de esos pesados muslos. Le rodeó la cintura, devolviendo el movimiento de empujar las caderas hacia adelante con la sugerente mímica de lo que podría seguir. —Métete dentro de mí —repitió con un dejo de desesperación, en la voz—. Nathaniel, lo necesito.

Él gimió, como si la petición le hubiera asestado un golpe, y se colocó encima de ella, agachándose para acariciarle la entrada con la cabeza del miembro. —¿Así? —preguntó, en un susurro.

—Más profundo —jadeó ella, apretando su pierna libre, alrededor de esa cintura—. Nathaniel, por favor.

—Oh —murmuró, dejando de lado las provocaciones para centrarse en la satisfacción. La sujetó por las caderas y se adentró en ella por completo, sus cuerpos quedaron completamente unidos.

—Oh, sí —suspiró ella, acariciando ese pecho con los dedos, probando la textura de aquel mechón de cabello castaño dorado bajo los dedos, al sentir ese peso dentro de ella—. Sí, así de fácil.

Él se apoyó en los codos y comenzó a penetrarla con embestidas largas y lentas. Esta vez se sentía diferente, menos cuidadoso, mientras bombeaba las caderas con la fuerza de quien toma algo que siempre ha deseado.

—Puedes hacerlo, cuando quieras —susurró ella con ese aliento caliente, en la mejilla de ella—. Debes saberlo.

—No lo sabía. —Él logró decirlo, cerrando los ojos y entregándose a las sensaciones y a la increíble intimidad de compartir todo el cuerpo con otra persona, de entregarse tan plenamente, y ella a él.

A ella le encantaba que él pareciera estar igualmente sometido a este placer, que su cuerpo fuera la respuesta a la satisfacción de él, que él pareciera perder un poco de ese control siempre presente, gimiendo de placer y ganando velocidad.

—No me canso de ti —confesó él, apoyando la frente, en la de ella, penetrándola cada vez con más fuerza y más exigencia—. ¡Oh!

Ella quiso responderle, pero las palabras se convirtieron en polvo brillante, en su mente, sus pensamientos se nublaron como momentos antes, cuando estaba en el taburete. Le costó mucho seguir esos movimientos, quería invitarlo a entrar en ella con una bienvenida desenfrenada, mientras ese ritmo se volvía más frenético y esa respiración era más superficial.

La segunda oleada de placer, que la invadió, no fue tan fuerte ni tan debilitante como la primera, aunque aún así fue gloriosa. Se abrazó a él con fuerza, mientras él alcanzaba su propio clímax y ese

cuerpo temblaba con la fuerza, mientras él penetraba el último vigor, en su cuerpo, con un gemido de dulce liberación.

Ambos estaban húmedos, cubiertos por una fina capa de sudor tras su encuentro. Esto hizo que la piel de ella brillara, a la luz del fuego, con las extremidades enredadas sobre las sábanas de seda arrugadas, mientras ambos luchaban por recuperar el aliento.

Nell casi protestó, cuando él se deslizó fuera de ella, dejándose caer de lado sobre las almohadas. Sin embargo, parecía que él no tenía intención de separarse de ella tan fácilmente. Le jaló la mano, acurrucándose contra ella, cara a cara, y la pudo observar.

Ella podría mirarlo a los ojos, eternamente, lo pensó. Había una galaxia de color en ese interior, y tanto misterio como un cielo estrellado. Creyó no haber visto nunca una obra de arte tan hermosa, como esos ojos, y aún así, no pudo evitar que los suyos se cerraran, siendo cada vez más pesados, hasta que no hubo nada más que sentir que ese abrazo, en sus sueños.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Pasó casi una hora, antes que Nate sintiera el deseo de meterse bajo las sábanas. El fervor que lo había infundido bien podría haberlo encendido por un tiempo. Pero, supuso, que volver a la tierra era una consecuencia natural de alcanzar una visita al cielo, así que se levantó con cuidado de la cama, y pensó en la mejor manera de quitarle la manta a su esposa dormida sin molestarla.

Él hizo lo mejor que pudo, pero al final ella se movió de todos modos, sus pestañas oscuras parpadearon contra sus mejillas, mientras abría los ojos, y le sonreía adormilada.

—Estoy arreglando las mantas —explicó en un susurro—. ¿Te traigo algo? ¿Agua?

Ella asintió, levantando la mano para frotarse los ojos con un amplio bostezo, todavía con esa cinta roja brillante aferrada a su cuello.

—Quizás quieras quitarte las joyas —sugirió con una sonrisa, volteando para ir a buscar la jarra de agua fresca de la encimera, junto a la chimenea. Sirvió dos vasos y, al volver, ella estaba colocando con cuidado la cinta y sus pendientes de perla, en la mesita de noche, apretando la manta contra el pecho con un instinto de modestia tardía.

—¿Y el anillo? ¿No? —preguntó, notando el brillo que tenía bajo la luz del fuego, mientras le pasaba el vaso.

—No. No estoy lista para desprenderme de él —admitió, dibujando una sonrisa tímida, en el borde de su vaso—. Lo usé antes en el baño.

—¿En serio? —Él se rió entre dientes, encantado con la idea, aunque no con su practicidad. Giró y se dirigió al armario, sacando un camisón para ella y batas para ambos, que colocó a los pies de la cama. No tenía prisa por volver a vestirse—. Yo también tengo una banda a juego. Iba a esperar a que la tuya terminara para empezar a usarla. Me alegra poder hacerlo ahora.

—¿Tiene el mismo grabado en el interior? —preguntó ella suavemente con sus grandes ojos grises, buscándolo con esperanza, mientras él volvía a subir a la cama junto a ella.

—Por supuesto —dijo, extendiendo la mano para acariciarle el rostro. No importaba que encargar el grabado hubiera sido un capricho, algo en lo que apenas había pensado entonces. Había encargado esos anillos hacía semanas, cuando sus decisiones sobre Nell se basaban más en hacer las cosas bien, que en sentimentalismo.

Antes, nada de eso importaba. Aunque ahora sí significaba algo.

Ella sonrió, y un rubor se extendió por el puente de su nariz, claramente muy contenta de oírlo. Hacerla sonreír así era cada día más gratificante para él.

—Supongo que debería escribirle a mi tía, mañana —dijo ella, terminando su vaso de agua y dándole la espalda, un momento, para colocarlo junto a sus joyas, en la mesita de noche—. Le diré que nuestra invitación fue aceptada y que sea maldita por comprarme vestidos feos toda la vida.

Nate tosió, ante la inesperada carcajada, que se le escapó. —Quizás algo un poco más suave —sugirió sin poder disimular su diversión.

Ella volteó hacia él con una leve sonrisa, luciendo el cabello desordenado, como una mujer salvaje del bosque. —Jamás lo haría —le aseguró.

—Es un placer ser testigo de tu florecimiento, querida —dijo, reclinándose sobre las almohadas y extendiendo el brazo para invitarla a unirse a él. Cuando ella lo hizo, acurrucándose a su lado y apoyando la cabeza en su pecho, con esos rizos castaños enroscándose en su espalda, él sintió por un instante un dolor en el corazón.

—Nathaniel... —expresó en voz baja, como si no estuviera segura de si debía hablar o no—. Quiero conocerte. Físicamente, hemos tenido intimidad, pero mucho de ti sigue siendo un misterio para mí. Quiero conocer lo bueno y lo malo, lo cual juré aceptar con calma, cuando nos casamos. Deseo ser tu esposa de verdad.

—Eres mi esposa —respondió de inmediato, y luego hizo una pausa, reflexionando sobre sus palabras—. ¿Qué quieres saber tú de mí?

—Todo —suspiró ella, acariciándole con la mano la extensión del pecho—. ¿Por qué te hiciste político? ¿Por qué te uniste a la Hoja de Plata? ¿Por qué dejaste que esta hermosa casa se desmoronara? Eres un enigma para mí, incluso después de nuestra intimidad actual, y me siento simple y sin interés a tu lado.

Él lo consideró, sopesando mentalmente sus opciones para responderle. —Tú no eres nada simple —replicó, en primer lugar—. Puede que no tengas un pasado trágico ni un aire de misterio, pero eso no es nada negativo. Me sorprendes cada día. También he sentido la necesidad de conocerte a fondo. Quizás hemos estado demasiado absorbidos por la intriga que nos rodea, como para conversar como marido y mujer.

—Ha sido una intriga desmesurada —admitió ella—. Debes saber que no pretendo sorprenderte.

—No sería tan efectivo, si fuera deliberado —dijo, dándole un beso en la coronilla—. Me temo que todas las respuestas a tus preguntas son parte de la misma triste historia. Meridian me recuerda a mi familia. Kent me recuerda los años posteriores.

Recordar lo que he perdido y todo lo que he sufrido es doloroso, así que lo dejé atrás.

—Tus padres murieron —expresó ella, mitad pregunta, mitad afirmación—. Kit me dijo que los criaron como hermanos.

—Tenía diez años —confirmó él con un suspiro—. Mis padres, junto con mi hermanita Alice, se ahogaron cuando su barco naufragó en el Canal. Fue algo misterioso, ocurrido en un día tranquilo y templado. Sospechoso, cuanto menos.

—Tenías una hermana —manifestó ella con la voz teñida de una compasión insoportable.

—Apenas. No tenía ni un año —le dijo—. Unos años, antes de la tragedia, el hermano de mi madre, Archibald, se instaló cerca de Meridian con su familia. Los Cooper no son de familia adinerada, pero como mi madre tuvo la fortuna de casarse con alguien de una posición social muy superior, les regaló a mis tíos una parcela de huertos, como regalo de bodas, lo que les brindó la oportunidad de amasar su fortuna y estatus. Así que, cuando me quedé huérfano, al menos fue sencillo que me enviaran con una familia que vivía tan cerca.

—¿Archibald es el padre de Kit?

—Sí. Debes entender que no estaba en su sano juicio. El tío Archie siempre tuvo un toque de locura, pero con los años, ese encantador toque de excentricidad degeneró en autodestrucción. Creía rápidamente en conspiraciones y sospechaba que otros trabajaban en secreto para traicionarlo. A medida que envejecía, su comprensión de la realidad se volvió más tenue. Nunca se sabía con certeza si una conversación que contaba había ocurrido con una persona real o era producto de su mente. Solía sacarnos a Kit y a mí de la cama, y exigirnos saber quién de los dos se escondía en las paredes, susurrándole.

Él respiró profundamente, recordando la furia y el pánico de su tío, y su desesperada esperanza de encontrar una explicación a lo

que creía que estaba sucediendo. De niño, lo había enfurecido. Ahora, solo lo entristecía.

—Su mente frágil lo convirtió en presa fácil de hombres sin escrúpulos, que se aprovechan de la credulidad ajena. En lo que respecta a mis padres, era muy difícil saber cuándo creer sus historias y su perspicacia, o ignorarlos por completo. Para mí era difícil, porque ansiaba cualquier cosa que me revelara algo sobre mis padres, a quienes sentía que apenas había conocido.

—La locura siempre es una tragedia —confirmó Nell sin simular compasión ni disgusto—. Mi abuela olvidó quiénes eran sus hijos, hacia el final. Ya no reconocía el mundo, que la rodeaba, y aún así no pudo morir hasta que la naturaleza lo considerara oportuno. Me aterra, Nathaniel. No puedo imaginar enfermedad más cruel que perder una parte de mi mente.

Nate asintió, aunque ella no podía verlo. —Yo también. Él me contaba historias descabelladas y quería creérmelas todas. Decía que mis padres habían participado en espionaje, durante la guerra, que se habían involucrado con espías peligrosos, traicionando a la gente, vendiendo secretos a los franceses, etc. Las historias variaban, pero su insistencia en que sus muertes no fueron accidentales nunca cambió, así que empecé a preguntarme, si quizás había algo de verdad en sus delirios. Empecé a tomar notas con atención de los fragmentos de sus divagaciones que eran coherentes.

—Debe haber sido muy difícil para un niño estar a merced de un hombre así.

—Me atrevería a decir que fue más difícil para Susan. Entre el temperamento impredecible del tío Archie, a menudo basado en sucesos inventados para los que no teníamos defensa, y su tendencia a hacer negocios con dinero, que no tenía, rápidamente terminó endeudado y sin amigos en sus momentos de necesidad. Sospecho que entró en Meridian House, muchas veces, buscando cualquier cosa de valor, que pudiera vender en caso de apuro.

—¿Era violento? —preguntó ella, en voz baja.

—No de la forma que imaginas —respondió Nate—. De vez en cuando nos atacaba, pero nunca le puso la mano encima a su esposa. En su interior, sabía que estaba confundido, y había momentos terribles de lucidez, en los que lloraba, se disculpaba y prometía no volver a perderse. Era una promesa que no podía cumplir, por mucho que lo deseara.

Ella estaba en silencio. Su mano aún se movía sobre ese pecho, trazando formas y remolinos de una manera, que él encontraba extrañamente relajante.

—En lugar de ir a prisión por deudas, empezó a vender los huertos, pieza por pieza, hasta que no le quedó nada más que un par de cerezos, junto a la casa. Lo único que podía perder era la casa misma. Kit se había alistado en el ejército, en cuanto terminó la escuela, y probablemente, a propósito, estaba demasiado lejos para ayudar a medida que la situación empeoraba.

—No los culpo —susurró Nell—. Pobre Kit. Pobre Susan. Incluso tu tío fue víctima de sus propios demonios.

—Para cuando él realmente lo perdió todo, yo ya había terminado mi educación y comenzado mi primer mandato en la Cámara de los Comunes. Tenía la singular y obsesiva intención de ascender lo más alto posible en la sociedad, para algún día descubrir la verdad sobre lo que les había sucedido a mis padres. Si realmente eran traidores, merecían la dignidad de un juicio y, de ser culpables, una ejecución humanitaria. Alice no debería haber sufrido daño. Quería respuestas. Quería venganza.

Ella asintió, aferrándose a él de tal manera, que él pensó que se estaban consolando en silencio, uno al otro.

Tenerla allí sí que lo ayudaba. Esa presencia era más tranquilizadora que cualquier palabra que él pudiera haber pronunciado. Había contado algunos de estos sucesos, una vez, cuando Kit regresó del continente, pero aún así habían sido tan

crudos y tan irreales. Una parte de él sentía, como si estuviera reconstruyendo la narrativa de su propia vida por primera vez, observando cómo se desarrollaban los acontecimientos, en la oscuridad, mientras hablaba con otra persona en la seguridad anónima de la hora de las brujas.

—Un día, Susan me encontró en Londres, al salir de un pub. Estaba llorando y corrió hacia mí, como si yo fuera lo único que pudiera salvarla de ahogarse, en sus propias lágrimas. Me dijo que lo habían arrestado por sus deudas y que estaban subastando su casa sin que ella pudiera pagarla.

—Comprar la casa fue fácil para mí. Le devolví las escrituras a Susan, solo a ella, así que, una vez que recuperáramos al tío Archie, no podría volver a hacer trueque con este inmueble. Resultó que salvar a mi tío fue un asunto mucho más complejo de lo que había previsto. En los días transcurridos entre su arresto y la liquidación del negocio de la casa, lo habían embarcado rumbo al oeste, cruzando el océano, para un período de servidumbre por deudas, ante su última serie de desgracias financieras. Serviría como esclavo en una plantación de azúcar, en Jamaica, con un cuerpo envejecido y una mente frágil.

Él suspiró, evocando el recuerdo del peso del fantasma, que había sentido en su pecho ese día. Mientras que el pánico y el resentimiento, que habían enterrado cada faceta de su humanidad, deshilacharon sus emociones, en los extremos, hasta que la única manera de seguir adelante fue con una armadura de disposición helada.

—Sabía que si me iba inmediatamente, al otro lado del mundo, a buscarlo, perdería todo por lo que había trabajado. Era difícil ser sensato, pero lo logré. Pasé dos semanas, llamando a todos los contactos importantes, que tenía, con la esperanza de encontrar algún asunto, en Jamaica, que pudiera atender para justificar mi partida, mientras el Parlamento estaba en sesión.

—Me costó mucho, aunque encontré algunas tareas que legitimaron mi viaje. Al final, los impagos de impuestos de las colonias sobre las importaciones británicas me dieron un problema plausible que abordar, y algunas sospechas sobre la veracidad de los tratos del gobernador actual me incentivaron, aún más, a emprender el viaje, bajo la apariencia de asuntos de Estado.

—Eso fue inteligente —susurró ella.

Él se preguntó si ella se lo estaba imaginando correctamente. ¿Podría evocar la imagen de su tía con su vestido rosado andrajoso, sollozando en Oxford Street? ¿Conocía el olor a salmuera y madera empapada en el mar? Ni siquiera él pudo reconocer el rostro del tío Archie, que para entonces se había vuelto demacrado por la edad ni el terror que debió sentir al ser embarcado, rodeado de desconocidos.

—Nunca supe con certeza si odiaba a mi tío, más de lo que lo amaba —se oyó decir Nathaniel, como si su voz perteneciera a otra persona. Se detuvo sorprendido ante la afirmación, sintiendo una punzada en el pecho. Nunca le había dicho eso a nadie. Ni siquiera estaba seguro de haberse permitido pensarlo con tanta claridad. No obstante, esta era la verdad.

Y era la verdad.

Hubo un instante de silencio, pero ella no dejó de mover la mano, acariciándole el pecho con la mayor dulzura. Ella no retrocedió ni lo condenó, ni murmuró palabras que expresaran, en el fondo, que él realmente no se sentía así. Ella era una mujer capaz de comprender la complejidad de las personas y encontrar una chispa en la maraña que alimentar. Eso era lo que él había visto esa noche, cuando ella se movió con tanta soltura entre los asistentes a la fiesta, riéndose con desconocidos, como si fueran viejos amigos.

—¿Cómo es Jamaica? —preguntó ella, acariciándole con la mejilla el hueco del hombro y deslizando una de sus piernas sobre una de las de él, en un regalo de calidez compartida.

Él sonrió con una sensación agridulce. —Si hubieras visto las playas de Jamaica, más nunca habrías contemplado con tanto cariño el gélido mar inglés. Es un paraíso de sol y arena dorada. El agua es agradable, no es fría, cuando te acaricia los pies descalzos, y su color es un turquesa vibrante. Ojalá hubiera estado allí con más asuntos que atender, porque ahora que lo pienso, parece un lugar donde uno podría pasar toda la vida sin preocupaciones.

—Ningún lugar es así —dijo ella, y él sintió la curva de una sonrisa, en ese pecho—. La gente es igual, llueva o truene, y por mucho que corras, no puedes escapar de ti mismo.

—Cierto —admitió—. Pero, algunos problemas son menos abrumadores, en el paraíso. Me llevó un tiempo localizar exactamente dónde servía mi tío, y las indagaciones tuvieron que hacerse con sutileza para poder resolver la situación sin escándalo. Pero, fue demasiado tarde, cuando recibí las respuestas. Quizás el sol lo llevó al límite de su propia cordura, o quizás su cuerpo ya no soportaba el estrés de su mente, pero menos de una semana, antes de mi llegada, lo encontraron en su cama, frío y muerto.

Él suspiró al oír el jadeo de horror que ella soltó, abrazándola con más fuerza. —Fue rarísimo —le dijo—. Todos en esta plantación lo describían con elogios. Los hijos de los esclavos africanos lo llamaban «abuelo», y las mujeres elogiaban su dulzura con los niños. Los demás hombres blancos, ingleses e irlandeses contratados, lo describían como alegre y cariñoso. Según todos los relatos, atado a una vida de trabajo como esclavo, estuvo brevemente en paz, y luego abandonó la vida mortal. Quizás por un instante, fue feliz.

—Quizás —asintió Nell—. Después de todo, es difícil evitar la felicidad por completo, igual que es difícil evitar la tristeza por completo.

—Lo traje a casa, en un ataúd, y lo enterramos entre los cerezos —continuó Nate—, durante años nos había prohibido entrar en Meridian House, insistiendo en que estaba llena de maldad y

arrepentimiento. En cierto modo, debí estar de acuerdo con él, porque cuando me marché de Kent, después del entierro, pensé que no debía volver jamás. Ahora, no puedo evitar preguntarme, si él creía que la casa estaba maldita, o si simplemente no quería que descubriéramos, cuánto había robado, a lo largo de los años.

Él soltó una risita seca, aunque sin humor. De repente, se sintió inseguro de haber lanzado una diatriba tan oscura, sobre todo después de una intimidad tan hermosa. —Supongo que debería haber empezado con algo más ligero, como una introducción a mi vida privada —se disculpó—. Es tarde, y no pensé bien qué historia contarte.

—Esta es una historia que responde a muchas de mis preguntas —replicó ella, levantando la cabeza para mirarlo en la oscuridad—. Gracias por confiar en mí, Nathaniel.

—La encuentro indecorosa, señorita Applegate —susurró, inclinándose para capturar esos labios, en un pequeño beso, antes de corregirse y decir—. Nell.

Por un momento, ella creyó que se quedarían dormidos así, abrazados bajo las mantas, con algo de la verdad expuesta entre ellos. Sin embargo, su cuerpo no se dejó vencer por el descanso. Era casi como si pudiera oír el zumbido, en la mente, mientras exploraba la historia que él le contaba: armándola, buscándola y dándole sentido.

No fue ninguna sorpresa cuando ella habló de nuevo.

—Mi tía tenía las llaves de Meridian —le recordó—. Y tú no parecías sorprendido por eso, solo irritado.

Él suspiró, sabiendo qué la había llevado directamente a esa conclusión. Era culpa suya por no haberlo pensado bien. —Eran amigas —decidió decirlo, porque era cierto—. Lady Dempierre, mi madre, tu tía y otras dos damas, evidentemente, eran muy amigas.

—No lo supe hasta el día en que las mujeres Dempierre nos sorprendieron con su visita. Me contó una historia sobre un invierno,

que pasaron juntas, en esta casa, y cómo creaban la ilusión de la luz de las estrellas, reuniéndose en el comedor y encendiendo docenas de velas, que refractaban la luz, en las hojas de plata dorada del techo. Nell... Se hacían llamar la sociedad de la Hoja de Plata. Mi madre era una de ellas.

—Tiene sentido —continuó Nell con un tono, que sugería una rápida aceptación de la explosiva revelación. Parecía que la información era trivial y no la impactó profundamente—, mi tía construyó su fortuna y su independencia con medios que nadie ha comprendido del todo. También me ha dicho, más de una vez, que la información es el contrabando más valioso, y es mucho más fácil de burlar a un agente de aduanas que quedarse sin los objetos de valor.

—¿Tu tía es una contrabandista? —preguntó él, horrorizado. La mujer era una chantajista y posiblemente una asesina, así que, naturalmente, debía esperar una lista más larga de crímenes. Aún así, él no esperaba esto.

—Nathaniel —dijo Nell, incorporándose para poder mirarlo a los ojos—. ¿Qué creías que era la sociedad de la Hoja de Plata, cuando decidiste unirte a sus filas?

Él dudó, víctima de su propia locura y sorpresa. —Supuse que era una rama de nuestras operaciones de espionaje parlamentario —admitió—. Uno de los muchos grupos activos que trabajan en la sombra para influir en la guerra.

Ella ladeó la cabeza, mirándolo con los ojos entrecerrados, visiblemente desconcertada. —Estoy confundida —dijo lentamente —. Mi tía me dijo que habías estado haciendo preguntas sobre nosotros, lo que me hizo creer que conocías exactamente la naturaleza de nuestro negocio. Pensé que tus preguntas eran la razón por la que me encargaron entregarte esa invitación. Si tu madre fue socia fundadora y lo sabías, ¿por qué no fuiste a visitar a mi tía, directamente?

—No conocía su identidad —respondió él, completamente desvelado por el pánico sordo, que empezaba a rasparle la garganta

—. Su apodo fue una de las cosas que mi tío repitió, muchas veces, a lo largo de los años. Lady Silver no jugó un papel coherente ni consistente en sus divagaciones, pero él mencionó su nombre lo suficiente, como para que me sintiera obligado a investigarla.

—Y ella nos envió a ver a los Dempierre —añadió Nell, dejándose caer de nuevo a su lado—, cuando, en cambio, podría habernos explicado todo, en media hora, tomando el té, ese día en Londres. A veces, podría estrangularla. Por favor, acepta mis disculpas, en su nombre.

Nathaniel jamás lo diría, pero el inmenso alivio que sintió, en ese momento, al saber que la irritación de ella se debía a Zelda Smith y no a él, fue vertiginoso. Ella bostezó, apretando una mano contra su corazón, y murmuró algo así como: «buenas noches»; asegurándole que hablarían más, al día siguiente.

Él miró al techo con un montón de preguntas zumbando en su mente, las cuales había estado ignorando con asombroso éxito, durante las últimas semanas. Había rechazado las incertidumbres sobre sus objetivos de venganza y exposición. Se había asegurado que Nell lo entendería, una vez que se revelara la verdad.

«¿Qué creías que era la Hoja de Plata?».

Su pregunta lo angustiaba. No había confirmado ni negado su suposición sobre el propósito, pero la forma en que ella lo había mirado con los ojos entrecerrados le hizo preguntarse, si se estaba perdiendo mucha información. Considerando lo sorprendido que estaba por los recuerdos de Lady Dempierre, probablemente él estaba muy mal informado.

Quizás fue apropiado que hubiera conjurado el fantasma del tío Archie, esa noche. Por primera vez en su vida, él comprendió lo que significaba dudar de la propia realidad.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

A medida que el mundo seguía transformándose del óxido otoñal al azul invernal, Nell comenzó a usar su ropa nueva con entusiasmo. Las cosas, que había traído, ya no eran efectivas contra los elementos, sobre todo con la escarcha salada y punzante del océano, que cubría el mundo, en grandes láminas, entre la nieve y el hielo.

Había escrito a todos, antes de la Navidad, con la esperanza que sus cartas pudieran llegar, a pesar de la nieve. La familia era lo primero, por supuesto. A su tía, le envió la noticia que habían conseguido la invitación, al baile de máscaras de invierno. Para su familia, en Winchester, recopiló un alegre recuerdo de lo ocurrido, desde la última vez que la vieron, haciendo que la vida pareciera mágica y emocionante sin alarmarlos demasiado. Y, por último, a su hermano Peter, le escribió una carta que envió por correo, a la Universidad de Oxford, con la esperanza que él regresara allí, en lo que quedaba del año.

Después de esto, las cartas fueron algo más desafiantes. A Gloriana, en primer lugar, le envió una larga y sincera explicación de sus decisiones, una disculpa por tardar tanto en escribir y una sincera felicitación por la noticia de su eminente boda con nada menos que Alex Somers, que había visto en el periódico, días atrás. Fue un alivio, uno considerable, ver ese anuncio y saber que Glory había encontrado una pareja más adecuada sin tener que preocuparse demasiado.

Se detuvo con la sangre helándola, en las venas, al pensar en lo cerca que había estado su marido de casarse con una de sus mejores amigas. ¿Habría sido igual entre ellos? ¿Habrían adquirido la

costumbre de dormir abrazados? ¿Habrían hecho el amor con tanta pasión y frecuencia?

Era imposible saber las respuestas. Lógicamente, ella sabía muy bien que no había ninguna razón para que Nathaniel no hubiera encontrado la felicidad con su hermosa amiga, pero algo la desquiciaba y le decía que: *«no, ella es una criatura completamente diferente».* Quizás esto era solo orgullo, y se resistía a la idea que su recién descubierta felicidad pudiera haber ocurrido con otra pareja, que no fuera Nathaniel y ella.

¿Estaba enamorada de él? Sin duda. Estaba perdida y completamente enamorada de él, de una forma que parecía más intensa y profunda que su fascinación por él, cuando estaba fuera de su alcance. Solo podía esperar que también se estuviera ganando su cariño, y que con el tiempo, él llegara a sentir por ella lo mismo, que ella sentía por él.

Quizás esto también influyó en ella, aceptando su nuevo atuendo y usándolo a diario. Sabía que se veía mucho más atractiva con estas prendas que con sus antiguos vestidos, literalmente por el elegante diseño de estas ropas. Sentía que caminaba más erguida y hablaba con más firmeza, cuando vestía así, incluso, a veces, tenía que detenerse, al pasar frente a un espejo, para comprobar que el reflejo era ella misma, y no otra mujer.

Esto también agradó visiblemente a Gigi Dempierre, que se había convertido en una compañera habitual, a medida que se acercaba el invierno.

Después de todo, Nell tenía que ocupar sus días con algo, después que el suelo se congelara demasiado, como para permitir más travesuras bajo Meridian House, al menos hasta la primavera. El personal se había dedicado a restaurar la casa con tanta habilidad y rapidez, que Nell apenas era necesaria para la administración de la casa, salvo para repasar algunas cosas, cada mañana, antes del desayuno, y cada noche, después de la cena.

Con Gigi, cada salida parecía digna de mención. Ella tenía una forma especial de fijarse en los pequeños detalles del mundo, que, al señalarlos, añadían una dimensión especial al entorno. La propia Nell jamás habría notado a un hombre que fingía cojera hasta que la mujer con la que hablaba le dio la espalda. También se habría perdido por completo los diminutos relojes pintados sobre la entrada de su cafetería favorita. Nunca se habría parado a admirar la sombrilla pintada, que una mujer llevaba para protegerse del sol invernal.

Quizás lo más notable fue que Nell sabía que no habría recibido la colección de pájaros cantores de Gigi, en La Falaise, con mucho más que una recepción cortés y sin pensarlo dos veces, si la otra mujer no hubiera dedicado tanto tiempo y cuidado a presentar cada uno por su personalidad y características únicas. Ahora, Nell estaba segura que podría anunciar con precisión y seguridad, cada una de estas aves en la próxima recepción real británica, si conseguían una invitación.

Para ser franca, esto le había dado reservas acerca de usar su vestido de plumas para el próximo baile de máscaras.

—No seas tonta —le dijo Gigi riéndose, dejándose caer en uno de los sofás de Madame Bisset con una frivolidad despreocupada, que solo se encuentra en la intimidad de cualquier otra dama—. No murieron pájaros cantores para hacer ese vestido. Apuesto a que fueron gansos y una buena cantidad de tinte negro.

—¡Gigi! —la regañó Madame Bisset, indicándole a Gigi que quitara los zapatos del mueble. Dirigiéndose a Nell, le dijo—. Es mejor no pensar demasiado en el origen de la mayoría de las cosas. Dicho esto, me sobran muchas plumas, a juego, para hacer una máscara a juego, y una para su marido, por supuesto.

—¿Y la mía? —preguntó Gigi, mostrándole sus hoyuelos, a la mujer mayor—. ¿O le pido algo al herrero?

—¡No hará tal cosa! —La modista resopló, poniendo las manos en las caderas—. Tomará tiempo, ¡pero no puede confiarle el arte a

ese patán! ¡Imagínese!

—A Madame Bisset le gusta mucho el herrero —le susurró Gigi a Nell con un tono teatral—. Tiene unas manos grandes y fuertes.

—¡Basta! ¡Váyanse! ¡Tengo trabajo que hacer! —dijo, agitando las manos hacia ambas mujeres hasta que salieron corriendo a las calles de Dover, sin poder contener la risa. A pesar de su tono, Madame Bisset sonreía con cariño, al cerrar la puerta, negando con la cabeza las travesuras de Gigi.

Gigi no perdió tiempo en estrechar el brazo de Nell y echar a andar por la calle adoquinada. —¿Vamos a buscar vino caliente? ¿O quizás algo de comer, si tienes hambre? Todavía no quiero volver a casa. Mamá está en su peor momento, cuando está en plena planificación navideña.

—El primo de mi esposo no vendrá a buscarme hasta dentro de una o dos horas —dijo Nell, contemplando la altura del sol, en el cielo invernal—. Esperaba que pudiéramos explorar algunas de las otras tiendas del centro. Todavía no he encontrado un regalo de Navidad para Nathaniel.

—¡Ah! —asintió Gigi con aprobación—. Mejor aún... Podemos conseguir sidra caliente en los puestos. ¿Qué te gustaría comprarle a tu guapo galán?

—¿Es un pretendiente, si ya me he casado con él? —preguntó Nell, riéndose y dejándose arrastrar por la primera de una serie de calles medievales hacia un bullicioso mercado navideño, en la plaza.

Había visto algo parecido en Bath-Spa, durante sus días en la escuela de perfeccionamiento. La señora Arlington siempre insistía en que sus colegas alemanes organizaban los mejores mercados navideños del mundo, pero siempre había sido muy divertido recorrer los puestos, antes de regresar a Winchester para las fiestas.

Su querida amiga Tatiana siempre había insistido en que fueran, arrastrando a Gloriana y Nell, a los puestos más eclécticos, en busca de regalos para sus familias. Sin la tía, Nell estaba segura

que nunca habría encontrado ni la mitad de tantas cosas únicas: arreglos de insectos exóticos prendidos con alfileres en cuidadosas vitrinas, cristales pulidos y piedras preciosas, que brillaban en rollos de terciopelo, y artesanías, en los escaparates, hechas a mano por las esposas del lugar, en vez de los artesanos. Muchas cosas quizás no fueran aptas para la alta sociedad, aunque eran muy bonitas y encantadoras, a su manera.

No obstante, ninguna de esas cosas le gustaría a Nathaniel.

—No tengo ni la menor idea —le confesó a su nueva amiga, frunciendo el ceño—. Hace unas semanas, le dije que quería saberlo todo sobre él, y aunque me ha contado muchas historias de su vida y experiencias desde entonces, no se me ocurre qué aficiones o pasatiempos podrían interesarle.

—Bueno, entonces —dijo Gigi, ladeando la cabeza con un brillo travieso—. ¿Te desnudamos y te envolvemos en un lazo? Estoy segura que disfrutará del gesto.

Nell se sonrojó, pero no se inmutó ante semejante broma. —Me temo que esto sería redundante, a estas alturas —dijo, dejando a la otra chica boquiabierta y escandalizada.

Compraron sidra a un vendedor, que Gigi parecía conocer, quien le sonrió como un viejo amigo, mientras le pasaba las humeantes tazas de líquido. Nell empezaba a darse cuenta que muchos hombres, en la ciudad de Dover, estaban enamorados de Gigi Dempierre, y a ella misma, esto le traía sin cuidado.

—Es solo porque nunca me voy de Dover —le había explicado, desestimando esa observación con un gesto, como si fuera un mosquito—. Si desapareciera, cada primavera, como otras jovencitas, no sería diferente de ninguna de ellas. La familiaridad engendra obsesión, ¿sabes?

Nell se rió. —Esa no es la expresión, Gigi.

—¡Oh, no importa! Entonces, ¿Nathaniel fuma en pipa? —preguntó con energía, señalando una exhibición de tallas de madera,

entre las que había muchas pipas elegantes.

Nell arrugó la nariz, bastante distraída. —No, y no lo animaré a que lo considere. Mi padre sí, y estas se ven muy bien. Echémosles un vistazo más de cerca.

Cuando el sol comenzó a ponerse y llegó el momento para que Nell regresara a Meridian, ella ya había conseguido regalos para sus dos parientes, su tía, su hermano gemelo, su hermana menor y su abuelo, pero aún no tenía ni un atisbo de inspiración sobre qué regalarle a Nathaniel.

Una vez que subió al carruaje, frente a Kit, le planteó la pregunta. Al fin y al cabo, si alguien conocía a su marido lo suficiente, como para hacerle una sugerencia, ese era Kit, pero él solo se rió entre dientes.

—Esa es la cuestión, ¿no? —dijo, alegremente—. ¿Qué se le da al hombre que ya lo tiene todo?

—¿Qué le vas a regalar? —preguntó ella, inclinándose hacia delante con curiosidad.

—No lo había pensado —confesó—. De joven, él solo quería libros, y no le gustaban.

—Maquiavelo, Milton y más —recitó Nell, recordando la biblioteca de Marylebone—. Supongo que ese tipo de cosas son prácticas, dadas sus aspiraciones.

—Sí, pero aún así, él fue un joven aburrido.

Nell no pudo evitar sonreír. Estaba segura que sus hermanos dirían lo mismo, si le preguntaban cómo era de niña. —Consideraré los libros, si no se me ocurre nada más.

Kit la observó con rayos de luz púrpura, esparcidos por su cabello rubio, mientras el carruaje avanzaba dando tumbos. —Mi madre conservó algunas cosas, a lo largo de los años —dijo, después de un momento—. Cosas que recogió de Meridian, antes

que nadie más pudiera llevárselas. Quizás a Nathaniel le gustaría recuperar algunas de esas cosas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó ella, deteniéndose para reprimir un bostezo tras sus dedos enguantados. El invierno siempre le producía ese efecto. Quizás podría descansar un rato, antes de cenar, y luego empezar a repartir estos regalos, a sus legítimos destinatarios.

A Kit no pareció importarle su rudeza y respondió sin dudarlo. —Ella lo sabría mejor que yo. Creo que son algunas joyas de su madre, un juguete de Alice, un retrato de la familia junta, ese tipo de cosas... Mi madre siempre tuvo la esperanza que Nathaniel se ablandara, al madurar, y que algún día quisiera estas cosas. De pequeño, denostaba abiertamente el concepto mismo de sentimentalismo.

—¡El retrato! —repitió Nell. Se incorporó, al instante, y todos sus pensamientos de descanso y tareas ociosas se hicieron añicos con esa sola palabra—. ¿Tu madre tiene el retrato? ¿De toda la familia junta?

Kit la miró sorprendida y parpadeó. —Sí. ¿No querrás decirme que Nathaniel lo ha estado buscando?

—¡Sí que lo ha hecho! —exclamó ella con una oleada de emoción, en el pecho—. ¡No puedo creer que no se nos ocurriera preguntarte esto hace semanas! ¡Me encantaría ver que lo devuelvan a Meridian, sea Navidad o no!

—¿Qué tal si lo develamos en la cena de Nochebuena? —sugirió Kit con una sonrisa cariñosa, al ver el entusiasmo de esos ojos brillantes—. No le digas nada a Nate. Le daremos una sorpresa.

—De acuerdo —respondió ella, juntando las manos. Sabía que debía considerar la conveniencia de ocultarle esa información, pero justo ahora, con la escarcha crujiendo en las ventanas del carruaje y los regalos saliendo de sus paquetes, a su lado, estaba demasiado

emocionada por los días que le esperaban, como para pensar cómo ocultarle un secreto a Nathaniel Atlas.

Además, ya sea que lo hubiera querido o no, Kit le había dado esta idea.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Nathaniel nunca había disfrutado mucho de la Navidad.

Sin duda, disfrutaba del pastel de carne picada tanto como cualquier otra persona, y había algo tranquilizador en la soledad y el silencio del invierno, pero en cuanto a los troncos de Navidad, el muérdago y las canciones festivas, no podía recordar un momento, en que lo llenaran con el brillo de magia, que otros parecían experimentar.

Cuando se despertó, en la mañana de Nochebuena, y encontró densas nubes grises, que se cernían bajas, en el cielo sobre el océano, sintió como si de alguna manera fuera su culpa, como si su incapacidad para abrazar el espíritu alegre de la temporada hubiera ahuyentado la brillante luz del sol, que siempre debería acompañar un momento de alegría.

Se quedó de pie, junto a la ventana, contemplando esas nubes hasta que el frío se deslizó desde el cristal, por el alféizar hasta sus dedos, recordándole que debía ponerse manos a la obra para empezar el día. Era la tercera vez, en la última semana, que se levantaba y encontraba a su esposa desaparecida, probablemente enfrascada en los preparativos de la cena, de esa noche, con el personal.

Sonrió para sí mismo, más reconfortado por la idea de verla rebosante de ilusión, al organizar su primera cena de Navidad, que por el crepitar del fuego cercano. La antología azul *Cuentos del oriente* había viajado de la mesita de noche de Nell a la suya, y en su lugar, a su lado, ahora había una pila de tres libros diferentes, que, según ella, se adaptaban a distintos estados de ánimo, antes de dormir.

Esas gafas captaban el más leve rayo de sol, que se abría paso, a través de aquellas pesadas nubes, y brillaban como si no quisieran estar en ningún otro lugar que no fuera quizás posado sobre la nariz respingada de su señora.

Él bajó las escaleras con Nell en el centro de sus pensamientos. Esperaba encontrarla hojeando un libro de recetas por enésima vez con la cocinera, o quizás, en el escritorio del estudio, garabateando más cartas a sus seres queridos, agradeciéndoles los paquetes, que habían empezado a llegar hacía unos días.

Pero no estaba preparado para encontrarla encaramada en el tercer peldaño más alto de una escalera, muy vieja, colgando el borde de una guirnalda de hojas perennes sobre una serie de clavos. Stuart, el lacayo, estaba parado, al pie de la escalera, mirándola con cierta incomodidad, mientras ella le hablaba desde abajo.

—Le dije que no lo hiciera —dijo una voz, desde la barandilla. La doncella de pelo rizado de Nell observaba con una fascinación, que no disimulaba del todo su desaprobación—. Dijo que siempre nos equivocamos.

—¡Es fundamental que los arcos sean simétricos, Sarah! —gritó Nell por encima del hombro, iniciando el descenso por la escalera con una cacofonía de alarmantes chirridos de madera.

Nathaniel se adelantó rápidamente y la agarró por la cintura, jalándola al suelo, antes que ella pudiera sufrir más peligro en la escalera. —¡Oh, Eleanor! —murmuró, a falta de otras palabras que le vinieran a la mente.

Ella le sonrió radiante con los ojos brillantes, como plata pulida, y señaló por encima de ellos, el trabajo que había hecho. —Es muérdago —dijo en voz baja—. De los manzanos. Lo compré en Dover, pero Kit dijo que podremos recogerlo, nosotros mismos, el año que viene. ¿No es precioso?

—¿Es una rama para besar, entonces? —respondió Nathaniel, arqueando las cejas, demasiado impresionado por esa felicidad,

como para indignarse por esa subida por las escaleras, como si ella fuera una sirvienta.

—Lo es —confirmó ella, levantando la barbilla, en señal de invitación, mientras él se inclinaba y le daba un beso cálido, aunque casto, en los labios.

Después de todo, ellos tenían audiencia.

«El año que viene...».

Él no le dio mucha importancia a esto, sino que la condujo al comedor para tomar una taza de té y un pequeño desayuno. El techo por fin estaba seco y la lámpara de araña, colocada de nuevo, devolvió al salón parte de su antiguo esplendor. No estaba revestido de plata, sino forrado con grandes remolinos de azul pálido, imitando las tranquilas olas de un mar idílico.

Realmente, ¿él se había tomado tantas molestias para dejar atrás a la otrora casa, hecha polvo?

Mientras discutían sus planes para la cena de esa noche, compartiendo avena caliente y miel con más cerezas de la maceta de la tía Susan, Nathaniel pensó que esta Meridian House estaba muy lejos de la que lo había perseguido.

Tal vez los pisos que brillaban con una nueva capa de cera eran los de las mismas tablas de madera, y sí, las habitaciones habían vuelto a la misma vida, que habían tenido antes, aunque este lugar se sentía como un mundo aparte de la mansión, en ruinas, en el acantilado, de la que había apartado la mirada, cada vez que pasaba.

«El año que viene...».

Valía la pena considerarlo. Tentativamente.

No podía imaginarse que besándose, bajo una rama, esto tuviera el mismo encanto en el vacío resonante de Marylebone, en el invierno.

Kit llegó, antes del almuerzo, trayendo consigo el arpa restaurada, recién pintada y afinada por el artesano que Lady Dempierre le había sugerido. El pianoforte también había sido reparado, y juntos lograron devolver ambos instrumentos, al salón de baile, sin que Nell lo supiera.

—¿Deberíamos cubrirla con tela? —preguntó Kit, estirando el cuello de un lado a otro, mientras consideraba la ubicación del arpa. Los adornos esculpidos habían sido pintados, la madera fue pulida y los engastes de latón habían sido restaurados para que brillaran—. ¿Para que puedas quitártela en un momento de gran revelación?

Nate se rió entre dientes, negando con la cabeza. —No creo ser capaz de un gesto así sin parecer completamente ridículo.

—Sí, esa era mi esperanza —asintió Kit, dándole una palmadita en el hombro a su primo con alegría—. Mamá está emocionadísima por esta noche. Ha echado mucho de menos tener a su familia, a su lado, durante las fiestas.

Él asintió, permitiendo que Kit se fuera a ocuparse otros asuntos, antes de la cena, e hizo lo mejor que pudo para ignorar la incomodidad, que se había instalado en sus hombros, ante esas palabras.

Kit estuvo en el ejército. El tío Archie desapareció. Y Nate quedó atado a Londres. Nunca se le había ocurrido que su tía hubiera estado sola y perdida, en Navidad, durante todos esos años. Era como si aquellas fiestas de cuando Kit y él eran niños, no fueran más que una fantasía, algo de lo que se había convencido, a sí mismo, que nunca había sido real, mientras que ella probablemente había llorado por esos días perdidos, sola, junto a su chimenea, durante las épocas más oscuras y frías del año.

Esto era inaceptable. Ellos se habían comportado de manera inaceptable.

«El año que viene...».

No tenía sentido fingir que sus planes originales seguían vigentes. Era tan improbable que volviera a Londres, a tiempo completo, como que encerrara a Nell, en una casa de campo, con sus libros. Así que, ¿por qué no considerar la perspectiva del año que viene? ¿Por qué no considerar todos los años siguientes?

Cada minuto que pasaba, esto le parecía más atractivo.

*****

La nieve empezó a brotar de aquellas nubes hinchadas, justo antes del atardecer, cayendo del cielo en espirales vertiginosas de un blanco brillante.

Kit y Susan se habían estado riendo como niños, mientras corrían desde el carruaje hasta la puerta de Meridian, con los copos de nieve derritiéndose, en sus ropas y en sus cabellos, lo cual no les quitaba nada de la alegría, que sentían por la noche que les esperaba.

Nell vestía de verde bosque y plata, esos rizos castaños estaban recogidos en una banda de perlas y diamantes, y los mechones oscuros del cabello le brotaban alrededor de las líneas de su rostro.

Cada vez que el anillo de bodas de ella brillaba con la luz, él se encontraba tocando su propio anillo. Ya se había vuelto tan natural llevarlo, que a menudo olvidaba que lo llevaba. Le gustaba el recuerdo de ver su contraparte, brillante y resplandeciente, tan alegre como, de alguna manera, se había vuelto su matrimonio.

En lugar del tradicional tronco de Navidad, Nell había sugerido que comenzaran su tradición navideña con una vela de Navidad, que requeriría menos cuidado y crearía mucho menos desorden, en medio de la restauración en curso de la casa.

Con toda la familia reunida, alrededor de la mesa, lista para comenzar el banquete de Navidad, Nell reveló el objeto: un grueso trozo de vela con una mecha larga y retorcida, que ardería desde el atardecer hasta el amanecer.

—Debes encenderla, Nathaniel —le dijo Nell con la voz entrecortada por la anticipación—. Y mañana, al amanecer, solo tú podrás apagarla.

—¿Qué pasará si no lo hago? —preguntó, en tono burlón, mientras se levantaba y le hacía un gesto al lacayo para que le trajera una vela encendida.

—Mala suerte —dijo Susan, inmediatamente—. Para todo el año.

—Muerte de un familiar, según mi abuelo —agregó Nell con tristeza—, es todo muy pagano, ¿cierto?

—Vamos, vamos —replicó Kit—. Una vez que robamos una tradición, se mantiene estrictamente anglicana por el resto de la eternidad, querida.

Y así, el primer plato fue servido a la luz de la parpadeante vela navideña, que parecía endulzar el vino e inspirar la conversación, que se desarrollaba en torno al mismo.

Nate se encontró riéndose de sincera diversión más de lo que podía recordar haber hecho nunca en una reunión de cualquier tipo, a menudo atrapando la mirada de su esposa, a través de la mesa, y sosteniéndola hasta que ella miraba hacia otro lado con un florecimiento de color rosado, en sus hermosas mejillas.

Deseaba que cada plato llegara y se acabara más rápido, esperando el momento en que ella viera el arpa, en esa noche. Se les había ordenado a los sirvientes, que se reunieran en el salón de baile para una celebración especial, que incluiría dulces y vino para todos, y quizás, si alguien se animaba a crearla, habría música acorde con la ocasión.

Si la comida no hubiera sido tan deliciosamente variada, habría sido más difícil mantener la paciencia. Así fueron las cosas, cualquier tentación de apresurarse se acalló rápidamente, ante el siguiente sabor de los coloridos platos de comida elaborada con cariño.

Nate se dio cuenta que había extrañado esto voluntariamente, durante muchos años. Sonreír hasta que le dolieran las mejillas fue algo que disfrutaba. Pudo haber pasado esas frías vacaciones, solo, aunque ahora estaba viendo a la familia sentada a la mesa. La imagen de los tres, alegres y familiares, riéndose juntos, compartiendo historias del pasado, era tan embriagadora como el vino. E igual de potente.

—No puedes saber cuánto he extrañado esta casa —le dijo Susan, como si pudiera oír sus pensamientos—. Cuánto te he extrañado, mi querido niño.

Él había extendido la mano para apretarle la suya, en lugar de intentar encontrar las palabras para responder. Después de todo, ¿cómo podía siquiera empezar a disculparse por abandonar a una mujer tan encantadora y generosa? ¿Cómo le explicaría que ni siquiera consideró lo que había hecho?

Él creía que la única disculpa sincera era una mejora duradera, por lo que se comprometió, en silencio, a ser un mejor sobrino y, tal vez, un mejor hombre en general.

Cuando se hubo consumido el último bocado del postre, y todos insistieron en que no podían soportar otro bocado, todos permanecieron de pie al unísono, jugando una vez más con esas tontas supersticiones que de algún modo habían sobrevivido a los siglos.

Le ofreció el brazo a su esposa y les pidió a todos que lo siguieran al salón de baile, para unirse al personal, durante un rato de la fiesta, antes que el día de Navidad llevara a cada persona, a sus asuntos privados.

—Tengo una sorpresa para ti —le susurró suavemente al oído, deleitándose con la forma en que ella le apretaba el brazo y reprimió un pequeño chillido de anticipación.

—Tengo una para ti también —dijo ella, mordiéndose el labio—. Bueno, dos, en realidad. Te daré la otra, cuando estemos solos.

—¿Ah? —respondió él, fascinado.

Las puertas del salón de baile se abrieron para revelar una festividad deslumbrante, a punto de comenzar. Las velas danzaban en las paredes y el salón relucía como nuevo, envuelto en un deslumbrante resplandor de decoración festiva.

Nell jadeó de alegría, llevándose los dedos a los labios. Se separó de Nathaniel para darse la vuelta, contemplando cada pulgada del salón, hasta que sus ojos se posaron en el arpa. Giró hacia él, radiante como todas las llamas juntas, y se arrojó a sus brazos para un fuerte abrazo, que pareció deleitar a los sirvientes reunidos para unirse a ellos.

—¿Toco? —le susurró, como si apenas ella pudiera creerlo—. Había olvidado que quería repararlo.

—Me encantaría oírte tocar —dijo él, besándola suavemente en la mejilla—. A todos nos encantaría. Dame un momento.

—Quería decir unas palabras, antes de empezar nuestra celebración —anunció, dejando una mano, en la espalda de Nell, y usando su voz de político para proyectarse por todo el salón—. Muchos de ustedes aquí presentes, esta noche, siguieron a su jefe, desde una casa, en Londres, hasta una mansión, en ruinas, junto al mar. Compartieron esta aventura conmigo, y juntos hemos restaurado esta otrora grandiosa casa a su belleza original. Sé que están lejos de casa, y que con el tiempo muchos de nosotros regresaremos a la ciudad, pero esta noche, por favor, compartan conmigo y los míos la riqueza de un año bien vivido. ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —respondió el salón con una ovación estridente de risas y emociones desatadas, en el mismo oxígeno, con

el destello de una noche largamente esperada.

—¡Una última cosa! —gritó Kit, antes que todos pudieran disolverse en sus propias conversaciones y alegrías—. La señora Atlas y yo tenemos un último objeto que restaurar, en este salón, en honor a quienes bailaron aquí primero y llamaron a este lugar su hogar.

Nate giró, curioso y confundido, al ver a su primo hacer un gesto a dos de los lacayos para que trajeran un gran rectángulo cubierto por una sábana.

—Ya que rechazaste una revelación extravagante —dijo Kit con un guiño—. Yo haré los honores.

Cuando él retiró la manta, revelando el retrato, se hizo el silencio. Nate se quedó paralizado, mirando los rostros de la familia que había perdido, al niño que había sido.

Estaban posando, en este mismo salón, donde su padre consideraba que la luz era la mejor. Su madre sonreía levemente, sosteniendo a una bebé abrigada cerca de su corazón. Su padre estaba de pie con una mano sobre su hombro y la otra sobre el del pequeño Nathaniel. Él parecía un niño serio, aferrado a un velero de madera y de pie, responsablemente erguido, con una de las medallas militares de su padre puesta en el pecho. Por supuesto, recordaba que su porte recto se debía a la constante insistencia de los adultos, lo que había logrado tal efecto, más que a su propia madurez, a temprana edad.

Su corazón pareció apretarse, de manera dolorosa, haciéndose un nudo, y luego liberándose, como si veinte años de dolor hubieran superado la hazaña, que había reconstruido, desbordándose y derramándose en su pecho.

Él sintió las lágrimas, en sus mejillas, antes de darse cuenta que las producía.

No era el único que lloraba. La tía Susan también tenía los puños en la boca y sollozaba con fuerza, pero cualquiera que la

mirara podía ver claramente que eran lágrimas de felicidad, pues de alguna manera sonreía, a través de ellas, rodeada del resplandor de su propia felicidad.

Nate sabía que no podía deshacerse, en un mar de sollozos, frente a su personal, mucho menos delante de su familia, así que cruzó el salón, y atrajo a Kit hacia él, en un fuerte abrazo, confiando en el movimiento y la calidez del gesto para mitigar sus agitadas emociones.

—Fue idea de tu esposa —le susurró Kit a Nate, al separarse—. Nunca pensé que lo quisieras.

—No lo quise —replicó Nate, aturdido por la emoción—. Lo habría rechazado. Pero, ahora que lo tengo, no puedo imaginar separarme del mismo. ¡Qué regalo!

—¿Sigues hablando del cuadro? —preguntó Kit, dándole un codazo y señalando con la cabeza a la pequeña Eleanor.

Su esposa estaba apartada de los demás con la esperanza y la incertidumbre, pintadas en el rostro. Tenía las manos entrelazadas, frente a ella, y el anillo de bodas se reflejaba en el círculo de luz del salón de baile.

Ella se mordió el labio, como solía hacer cuando estaba insegura. La esperanza en el rostro y el afán por complacerlo podrían haberle roto el corazón a él, nuevamente.

Él cerró la distancia entre ellos y la atrajo hacia sus brazos. La besó con firmeza y decisión, para que ella siempre supiera, sin lugar a dudas, que ahora era una Atlas y que nunca sería tan bienvenida en ningún otro lugar, como en sus brazos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

En la noche de la Epifanía, el dolor en los dedos de Nell finalmente había comenzado a disminuir.

Le había sido imposible separarse de aquella arpa. Sus notas eran claras y brillantes, las cuerdas estaban en un equilibrio perfecto entre tensión y flexibilidad, respondiendo a cada punteo de sus dedos, y a cada deslizamiento de su mano con una música deliciosamente hermosa.

Nunca antes había podido sumergirse, en la música, de esa manera. En la escuela, las clases tenían un horario estricto, y en casa no había arpa para tocar. En Meridian, pudo crear música hasta que sus dedos estuvieron demasiado rígidos para moverlos y sus callos se volvieran tan pronunciados, obligando a Sarah a darle un sermón severo sobre el estado adecuado de las manos de una dama.

Le tomó varias rondas de discusión a Sarah comprender que los callos debían formarse, de lo contrario, volverían a aparecer ampollas y sangrado, cada vez que ella tocara su instrumento. Fue una batalla difícil de ganar, pero ganada, al fin y al cabo.

Aunque, ¿qué importaba esto, en esta época del año? Toda aventura, al aire libre, requería guantes, y esta noche no era la excepción. Además de su rostro tras la máscara de plumas, sus callos, poco femeninos, estaban igualmente disimulados bajo guantes de seda color jade hasta el codo.

—Tienes que ponerte la máscara, antes que bajemos —le dijo a Nathaniel, quien la admiraba abiertamente, desde el otro lado del carruaje, con las cintas en los bordes de su brillante máscara negra enrolladas alrededor de sus dedos.

—Tendrás que ayudarme —replicó él con naturalidad, indicándole que se sentara junto a él, en su banco—. Simplemente, no quería que me obstruyeran la vista, mientras fueras solo mía para admirarte.

—¡Oh, basta! —Ella se rió, acercándose con cuidado, moviendo su falda forrada de plumas y sentándose, junto a su marido. Le quitó la máscara de las manos, las cintas se deslizaron entre sus dedos y cayeron sobre su regazo, mientras él se inclinaba hacia adelante y besaba sus labios, dándose un beso para sus últimos momentos de intimidad de la noche.

—¿Estás segura que no hay más instrucciones? —preguntó él, inmóvil mientras ella le deslizaba la ficha de dominó sobre los ojos, ajustándola a la línea de su frente y el puente de la nariz—. Parece demasiado afortunado para ser posible.

—Sí y me alivia. ¿A ti no? Lo último que quiero hacer ahora mismo es caer en la deshonestidad y el subterfugio. He llegado a apreciar a Gigi, como amiga, y la idea de traicionar su confianza me repugna.

—Entiendo —dijo él, en voz baja, mientras las manos de Nell hacían nudos precisos en las cintas que sujetaban su máscara—. Simplemente me sorprende que no hubiera nada en la carta más allá de la instrucción de «asistir y disfrutar» de esta mascarada literal.

—Bueno, también está la factura —dijo Nell con una risa tímida, que fue inmediatamente correspondida por una genuina diversión por parte de su marido.

Ella había comprado una lámina, en la tienda de Zelda, como regalo de Navidad para Nathaniel, una que había adquirido después de su fuga. Esta lámina mostraba una representación muy precisa de Nathaniel desvelando a una novia con otro velo debajo. En la parte inferior, se leía: *«Parlamentario se casa con una jovencita misteriosa».*

Ahora esa lámina estaba apoyada contra el espejo del tocador de su dormitorio.

Se sonrojó un poco ante la mezquindad de su tía y añadió: —Lo cual, por supuesto, pagaré con mis propias reservas. Te lo aseguro.

—Cualquiera que haya sido el precio, valió la pena —le aseguró, girándose antes que ella pudiera terminar de alisarle el pelo sobre las cintas y agarrándole la barbilla con los dedos—. Ahora, ven a besar a un desconocido con máscara, antes que tu marido nos descubra.

Sus risas fueron atrapadas por el beso, disolviéndose entre ellos en un momento final y robado, antes que el carruaje se detuviera suavemente sobre los adoquines helados, afuera de La Falaise.

Nathaniel parecía un demonio seductor con su máscara, forjada en un diseño, en espiral, que terminaba en puntas afiladas justo debajo de los ojos. Era demasiado oscuro para saber de qué color se verían rodeados por el cuero oscuro, aunque Nell estaba descubriendo que cuanto más miraba esos ojos, más constantes parecían los de él, mostrando un color propio que ella disfrutaba muchísimo.

Él se recostó y levantó su propia máscara por el asa hasta cubrirse los ojos. —¿Tengo un aspecto misterioso? —preguntó con seriedad.

—Te hubiera preferido con gafas —respondió ella con una sonrisa—. Pero estás tan guapo como siempre.

—Aduladora —bromeó, mientras la puerta se abría, cegándolos momentáneamente a ambos con el resplandor de la luz de las antorchas, dispuestas a lo largo del camino, que conducía a la mansión.

Esta noche no nevaba. Todavía no, al menos.

Las pilas de blanco cristalino y brillante, a ambos lados del camino de entrada, daban testimonio de la frecuencia de las nevadas de este año y de la duración de cada tormenta. Aún así, formaban un marco sobrenatural para su entrada, y Nell sintió algo mágico en la combinación del fuego y el hielo, mientras su vestido, forrado de plumas, rozaba el camino de piedra y se aferraba al brazo de Nathaniel.

El aire era de alguna manera eléctrico. Ella sintió la carga de anticipación para terminar una última misión, bajo la supervisión de su tía, crujiendo a través de las pieles sobre sus hombros y bajando en espiral por los brazos desnudos, bajo los que se escondía.

Depositaron su invitación en una bandeja dorada, a la entrada, y permitieron que unos lacayos enmascarados les quitaran sus abrigos.

Al más puro estilo de los bailes de máscaras, no habría anuncios de invitados, esta noche, suponiendo que estuvieran bien disfrazados con sus mejores galas. Nell pensó que toda esta artimaña era un poco absurda, sobre todo para ella misma. Al fin y al cabo, ¿de qué servía un disfraz cuando eres una cabeza más baja que todos los demás en el salón?

Los guiaron por un corredor iluminado con velas, cubierto de esculturas metálicas, que imitaban el serpenteo de enredaderas y hojas, que se reunían en un matorral, en lo alto, como una alcoba de verano en un jardín encantado.

Ninguno de los dos habló, pues eso interrumpiría el efecto de la decoración y tal vez habría disminuido el impacto del momento en el que aparecieron en el salón de baile, brillando en oro y blanco, mientras docenas de parejas giraban y bailaban, en el centro de la pista.

Nell estaba completamente segura que nunca había visto nada tan sorprendente, excepto, tal vez, cuando vio al hombre que estaba a su lado.

—¿Puedo pedirte el primer baile? —preguntó Natan, en voz baja—. Me temo que ya es muy tarde para dar nuestra primera vuelta por el salón.

—Nunca bailo, antes del champán —dijo Nell, riéndose—. No me encontrarás especialmente elegante en movimiento.

—Agradezco la advertencia —replicó él con una sonrisa, mientras señalaba una mesa con relucientes copas de champán, dispuestas ante un semicírculo de botellas—. No te amaría ni la mitad sin tu franqueza.

Nell se quedó momentáneamente sin palabras, muy contenta por el inminente alivio, que se siente al beber un trago de licor. ¿Acababa de confesarle su amor? Ella pensó que sí, pero no se atrevió a preguntar, por si se equivocaba. En cualquier caso, ellos fueron interceptados por Gigi y Lady Dempierre, camino a la mesa.

—¡Nell, querida, ahí estás! —gritó Gigi, levantando el brazo para saludarlos. Iba engalanada de pies a cabeza con una gasa color violeta, bordada a mano con un pavo real y una pava real, en plena danza nupcial. Claro que su máscara era más de pavo real que de pava real, pero había razonado con Madame Bisset que: «si los pájaros fueran hombres y sus damas mujeres, el estilo de vestir sería al revés».

Evidentemente, el tema aviar se extendió a la familia, pues Lady Dempierre estaba envuelta en blanco y lucía una cara de paloma sobre la suya.

Nathaniel dejó escapar un pequeño y apenas perceptible suspiro de decepción, que Nell respondió con un codazo en el costado. Su disgusto no iba dirigido a Gigi. De hecho, había apoyado sinceramente que Nell cultivara una amistad, aquí en Kent. Más bien, estaba harto del indecoroso entusiasmo de Lady Dempierre por su empresa y su incansable habilidad para monopolizarla.

Nell no pudo ocultar del todo su diversión, ante su angustia, pues jamás se habría imaginado a Nathaniel Atlas tan exhausto por

una mujer de mediana edad. Por supuesto que tampoco se habría imaginado que fuera tan cosquilloso. Así eran los descubrimientos del matrimonio.

—¡Ay, qué alegría verte! —exclamó Gigi, estirando las manos para acercar a Nell, que chilló alarmada por casi derramar el champán recién servido—. Mamá ha sido una auténtica aburrida, y Mathias no para de hacer juegos de palabras con pájaros. ¿Cómo llegué a una familia tan insoportable?

—Todas las familias son insoportables —le dijo Nell, dándole un sorbo a su bebida—. ¿Alguno de los juegos de palabras fueron particularmente ingeniosos?

—Por supuesto que no —respondió Gigi con un sorbo. Miró a su madre, que conversaba animadamente con un Nathaniel tolerante, y bajó la voz—. He estado pensando en tu propuesta de ir a Londres contigo esta primavera. Lo deseo desesperadamente, Eleanor, pero me temo que mis padres se enfadarán mucho con solo sugerirlo.

—¿Por qué se oponen tanto? —preguntó Nell sin poder disimular su exasperación—. ¡Mereces una vida propia!

—¿En serio? —suspiró Gigi, dándole un buen trago a su bebida —. Supongo que no podrán detenerme, si me lo propongo. ¿Estás segura que no seré una molestia? Nunca he estado en Londres.

—No serás ninguna molestia —le aseguró Nell—. Nathaniel estará muy ocupado, cuando se reanude el Parlamento, y me alegraría mucho tener una amiga con quien pasar la temporada. Puedo presentarte a mi querida amiga Tatiana. Creo que ustedes se llevarán de maravilla.

Gigi apretó los labios, intentando contener la emoción. — Tendré que confiarle a Mathias el cuidado de mis pájaros.

—Puedes traer un par, si quieres —replicó Nell—. Sé lo mucho que te importan, y a mí también me encanta el canto de los pájaros.

—¿Qué están tramando ustedes dos? —preguntó Nathaniel amablemente, apareciendo, al lado de Nell, con una mano cálida en la espalda.

—¡Oh! Todo tipo de actividades delictivas —respondió Gigi con naturalidad, ignorando el enfado de su madre—. Lamentablemente, tu esposa ha echado por tierra mis ruines planes.

—Ella tiene la costumbre de hacer eso —respondió Nathaniel, riéndose.

—¡Oh! Discúlpame —dijo Gigi, poniendo una mano en el brazo de Nell—. Le prometí este baile a ese ridículo Jean Catroux. ¡No te desaparezcas! ¡Hasta pronto!

El trío observó a Gigi alejándose y contoneándose con el azul fruncido de su falda ondeando con gracia, en la pista de baile, mientras la recibía un joven de aspecto impecable, preparándose para los primeros acordes de la cuadrilla. Si su madre percibía alguna señal social tácita, que le indicara que ella también debía despedirse, decidió ignorarla, dejándolos en un silencio incómodo.

—Lady Dempierre, su conjunto de esta noche me parece de lo más impactante —dijo Nell, finalmente, con genuina admiración—. Está radiante.

—¡Vaya, gracias, señora Atlas! —Lady Dempierre sonrió, aunque Nell tuvo la impresión que la mujer mayor aún no sabía qué pensar de ella—. También estás guapísima esta noche. ¿Tuviste una buena Nochebuena?

—Sí —dijo Nell, inclinándose ligeramente hacia el calor del cuerpo de su esposo, a su lado—. Fue una noche perfecta para refugiarse de la nieve y disfrutar adentro. ¡Ah! ¿Te lo contó Nathaniel? ¡Encontramos el retrato de su familia! Está colgado en nuestra sala de estar.

Ante esta noticia, la postura de Lady Dempierre cambió visiblemente, como si se hubiera erguido en toda su estatura. Era difícil leer su rostro tras la máscara, pero era evidente que su interés

se había despertado considerablemente. —¿En serio? —exclamó sin aliento—. ¡Me alegra mucho saberlo! Me encantaría visitarte pronto y verlo con mis propios ojos. Me alegraría mucho volver a ver el rostro de Mary.

—¿Crees que ella sentiría lo mismo? —dijo una voz gélida, desde la izquierda—. Si mal no recuerdo, discutían a menudo.

A Nell se le erizaron los pelos de los brazos, y la piel le picó con fría incredulidad. Pero, efectivamente, dio la vuelta y se encontró con su tía Zelda, cuyos rasgos eran perfectamente distintos, a pesar de la media máscara de seda roja que llevaba. Ese cabello blanco plateado estaba recogido, en lo alto de la cabeza, con ese habitual estilo severo, y el vestido era uno sencillo, estampado de rojo y negro.

Los dedos de Nathaniel se curvaron alrededor de la curva de la cintura de Nell, como si la estuviera anclando, en su momento de sorpresa.

—Zelda —dijo Lady Dempierre con la voz apagada por su falta de entusiasmo—. Como siempre, me sorprende verte. ¿No te ha retenido nada en Londres, este año?

—¡Ay! Mi querida Therese —dijo Zelda con una sonrisita venenosa—. Sabes que vengo todos los años, sin importar el obstáculo. Nunca me perderé esto.

—¿En serio? —replicó Lady Dempierre con un suspiro—. ¿Y está nuestra querida Harriet con ustedes esta noche? No la he visto por la pista de baile, y la pobre tiene tendencia a llamar la atención.

—Harriet tenía asuntos que atender en Londres. La señora Goode tiene esa seguridad —dijo Zelda con suavidad—. Una mujer admirable, ¿no te parece? Sobre todo sin un marido que garantice sus ambiciones.

La tensión entre las dos mujeres era casi insoportable.

—Me lo he preguntado a menudo —continuó Lady Dempierre, levantando la barbilla—, ¿en qué momento una solterona pasa de señorita a señora? Esto parece muy arbitrario.

—¡Oh! Por supuesto que suele ocurrir —respondió Zelda con naturalidad, luciendo un destello de luz en sus incisivos—. Ajusté mi nombre, al abrir mi negocio. Harriet no vio motivo para esperar y simplemente adaptó el título, en cuanto les dijo a sus padres que no pensaba casarse jamás. Es una muestra de valentía, ¿no te parece, Nell?

Nell se sobresaltó, tan morbosamente fascinada por la negociación que se desarrollaba, ante ella, que casi había olvidado su propia presencia entre ellas. No podría decirle «tía Zelda», así que respondió cortésmente: —Conseguí mi título a la manera tradicional.

—¡Ah, así es! —expresó su tía, frunciendo el ceño, lo que hizo que Nathaniel se erizara al lado de Nell.

—¡Tía! —exclamó Lady Dempierre, completamente indiferente a las pullas que ni iban dirigidas a ella ni salían de sus propios labios —. ¿Eres la tía de la señora Atlas?

—Por supuesto que sí —respondió Zelda con una risa sin humor—. Estás perdiendo tu talento para la información, Therese. Parece un golpe de suerte, ¿no te parece? ¿Que el hijo de Mary y mi sobrina favorita se enamoraran, y se fueran juntos a Escocia? El momento no podría haber sido mejor.

—¿Es el destino? —preguntó Nathaniel con voz sombría y una calma extraña—. Señora Smith, creo que ha llegado el momento de una explicación. Evidentemente, no tuviste ningún problema en conseguir una invitación a este baile, y aún así, se planeó y planeó los primeros meses de nuestro matrimonio, aparentemente sin ningún motivo.

—¡Oh! ¿Yo soy la intrigante? —dijo Zelda, mirando fijamente a Nathaniel—. ¿Crees que ignoro tus verdaderas intenciones, muchacho? ¿Le has contado tus sospechas a tu esposa? Apuesto a

que no. No se dejaría vencer por tus encantos, si supiera lo que has estado tramando todos estos años.

—Nathaniel y yo somos sinceros, el uno con el otro —dijo Nell rápidamente con el corazón en un puño, ante este desagradable giro de los acontecimientos. Ya habría tiempo para una explicación más tarde, en privado. Sabía muy bien lo hábil que era su tía con las insinuaciones provocativas. La forma en que se le había acelerado el pulso era simplemente una reacción al ataque contra su esposo. No era miedo ni duda. Confiaba en Nathaniel. Enderezó los hombros—. Y él tiene razón. Nos debes una explicación.

—¿En serio? —replicó Zelda, dirigiendo a su sobrina esa mirada penetrante que, sin el apoyo de Nathaniel, podría haber hecho retroceder a Nell—. Ustedes son sinceros, quiero decir. ¿Entonces lo has confrontado con tus sospechas? ¿Sobre sus impulsos asesinos?

—¿Cómo dices? —siseó Nathaniel, todavía agarrando fuertemente la cintura de Nell.

Lady Dempierre tenía los brazos cruzados con una postura rígida, aunque inalterada, durante todo el desarrollo de la conversación. Cuando Zelda se giró hacia ella, parecía haber olvidado por completo la enemistad entre ellas y le dijo con un tono rápido y serio: —Han encontrado las bodegas.

—Excelente —susurró Zelda—. Aún falta un día. En cuanto recibamos una respuesta de Pauline, tendremos que actuar con rapidez para no perder nuestra oportunidad.

—Sí —asintió Therese Dempierre con un suspiro—. Supongo que no tenemos elección.

—Puede que no tengan opciones —dijo Nathaniel, en voz baja y firme—. Pero mi esposa y yo sí. No se les ha extendido ninguna invitación con respecto a las bodegas de Meridian. No pueden esperar seriamente que la consideremos a estas alturas.

—Nathaniel —susurró Nell, poniéndole una mano suave en el brazo—. Deberíamos al menos escuchar qué desean, ¿no? Por el

bien de la Hoja de Plata.

Él parpadeó y la miró con aturdida incredulidad, algo detrás de sus ojos envió una punzada de dolor directamente a su corazón.

—Estoy a la espera, por supuesto, de una explicación —añadió ella, apresuradamente—, porque estoy tan confundida, como tú, por la presencia de mi tía, aquí, esta noche, y el innecesario baile de futilidad que ha orquestado.

—¡Tonterías! —espetó Zelda—. Les di a ambos exactamente la información que necesitaban y el resultado ha sido ideal.

—¿Ideal? —repitió Nathaniel con un aura de ira temblorosa, emanando de su serenidad—. ¿Tus manipulaciones con tu propia sobrina, y presumiblemente con el hijo de tu difunta amiga han sido ideales?

—Hasta ahora —reiteró Zelda con indiferencia, encogiéndose de hombros—. Ya no quieres destruirme a mí ni a mi empresa, condenando a incontables almas a un destino peor que la muerte, y ahora tengo los medios para reabrir nuestro acceso al Canal, si logras controlar tu temperamento. Estoy segura que Therese y yo podemos aclarar muchas de tus preguntas, y quizás algunas que nunca se te habrían ocurrido.

Nell respiró temblorosamente con la piel enrojecida por el deseo de huir o quizás simplemente de echarse a llorar. —¿Fuiste tú? —Ella logró decirlo con la voz entrecortada—. ¿Estuviste involucrada en la muerte de la familia Atlas?

—¿Importaría si así fuera? —preguntó Zelda, ladeando la cabeza con curiosidad—. Al parecer, unos pocos asesinatos en la historia no son un obstáculo para tu amor y devoción, mi querida muchacha.

En ese momento, él la soltó. Esa mano cayó de la cintura de Nell con un peso muerto y apático, que parecía mucho más derrotado que cualquier gesto de ira. Era como si toda la vida se le

hubiera escapado del cuerpo, ante aquella abundancia de horror e implicación.

—Voy a regresar a Meridian —dijo él con seriedad y la mirada fija en el vacío, no en una de las tres mujeres—. Eleanor, eres bienvenida a venir conmigo, o a quedarte a pasar tiempo con tu tía.

La implicación era evidente. Nell debía tomar una decisión. ¡Inmediatamente!

Zelda realmente parecía divertida por esta prueba, como si nunca se hubiera imaginado a sí misma como la perdedora en una batalla por el afecto de Nell.

Quizás fue por esto, ante la sonrisa irónica y tenue en el rostro de la mujer, a la que creía conocer de verdad, en quien había confiado toda su vida, que Nell no dudó. Le dio la espalda a su tía, abrazó a su marido y dijo con las últimas fuerzas que le quedaban: —Vámonos a casa.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

No habían hablado durante el viaje, en carruaje, a casa.

Nathaniel sabía que era su culpa.

Durante el viaje con los dientes castañeteándole por el frío, Nell había empezado a decirle algo que parecía una disculpa, y él la había silenciado, rogándole que esperara hasta llegar a casa. Al regresar a Meridian, se había quedado abajo, a propósito, mientras la doncella ayudaba a Nell a quitarse el hermoso vestido y la máscara, que solo había usado menos de una hora, en un baile que llevaban meses esperando.

Él pensó que quizás solo necesitaba un tiempo para sentarse, en silencio, antes de enfrentarla. Le había ocultado la verdad sobre sus intenciones. Eso era cierto. Pero, considerando lo que ella creía capaz de hacer y lo que ya ocultaba, en su pasado, parecía obvio ahora que podría ser completamente sincero con ella sin ahuyentarla.

Ella lo había elegido a él, esta noche.

Pensarlo le hizo un nudo en la garganta y le ardieron los ojos. Así que se sirvió un segundo vaso de whisky, y cerró los ojos, ante la presión de la realidad sobre su piel.

Sabía que ella lo esperaba en la cama, probablemente rígida y ansiosa, llena de tantas palabras, que aún no estaba listo para escuchar ni responder. Lo cierto era que todo había sido tan tranquilo, idílico y completamente inesperado, que había empezado a pensar que quizás el misterio, que rodeaba a sus padres, no era tan importante como él creía.

Miró el retrato de su familia, colgado sobre la chimenea de la sala de estar, y frunció el ceño.

Ellos eran sus conocidos y esto no era como un sueño medio recordado.

Su padre parecía accesible, incluso amable. Tenían los mismos ojos. Los únicos recuerdos que Nathaniel tenía de Walter eran desde la perspectiva de un niño, cuando un hombre adulto parece increíblemente grande y fuerte. Creía que su padre era invencible, y el cuadro le recordaba que, al fin y al cabo, solo había sido un hombre.

Su madre era tal como la recordaba con una leve sonrisa de cariño, en el rostro, mientras sostenía a Alice, en sus brazos. Evidentemente, no había sido la figura sencilla y maternal, que había recordado toda su vida. Había sido mucho más misteriosa, escondiendo tesoros bajo tierra y cultivado amistades con personas como: Therese Dempierre y Zelda Smith.

En el fondo, nadie sabía quién era Mary Atlas. Y mucho menos ahora.

Dejó su vaso, se puso de pie y cruzó la sala para observarla más de cerca. Lady Dempierre había estado inusualmente absorta en él, ¿Cierto? Esto era tan sospechoso.

Le tomó algo de maniobra sin un taburete ni ayuda, pero después de un momento, Nathaniel pudo sacar la cosa de la pared e inclinarla hacia adelante para colocarla en el suelo sin correr el riesgo que las llamas de la chimenea la dañaran.

Lo puso boca abajo, pasando las manos por la unión del marco con el lienzo. Habría sido fácil pasarlo por alto, si no hubiera estado buscando algo extraño. Si hubiera sido más obvio, alguien lo habría notado antes, pero la tía Susan lo había conservado durante años, y Kit lo había transportado sin siquiera inmutarse.

Con cuidado, desprendió el marco, primero extendiendo su chaqueta, en el suelo, para amortiguar la pintura y luego, poco a

poco, separando la madera de la tela. Cuando finalmente lo levantó, el pequeño bulto que había sentido ya era visible, apoyado contra la parte trasera del marco, dentro de una pequeña ranura, que se había abierto en el envoltorio.

Metió la mano con el corazón latiéndole con fuerza, en las costillas, y apretó los dedos, alrededor de un pequeño libro encuadernado en cuero, que extrajo del marco de lona con la respiración, suspendida en los pulmones. Era negro, envuelto en una tira de cuero, y apenas un poco más grande que una baraja de cartas.

El papel estaba deformado y amarillento, en los bordes, y cuando empezó a desenvolver el cuero, que sostenía el libro, el mismo estaba duro y quebradizo. Aún así, el libro se abrió, y dentro había páginas y páginas de la caligrafía pulcra y precisa de su madre, ordenadas en las inconfundibles columnas de un libro de contabilidad.

Su vista se nubló y sus manos se sacudían por el temblor que lo recorría. Reconoció muchos de los artículos listados, en una columna llamada: *«Recibo e intercambio»*. Los reconoció porque él mismo los había indexado, en una lista muy similar a esta.

Lo que no reconoció fueron varios conjuntos de códigos con iniciales, tanto de carga como de mercancías. Fue varias páginas después, bajo el gran titular *«Pendiente»,* que empezó a comprender lo que estaba viendo.

Era una lista de nombres. Una lista larguísima, cada una con una *«F»* o una *«E»*, al lado. Muchos estaban tachados y fechados.

Efectivamente, al revisarlo, las iniciales del libro de contabilidad coincidían con los nombres de la lista más larga. La sociedad de la Hoja de Plata se dedicaba al contrabando, sí, pero no a la riqueza ni a los secretos. Transportaba personas entre Francia e Inglaterra, en tiempos de guerra, en ambas direcciones.

No sabía qué significaba esto. No podía pensar bien. Cerró el libro de golpe y se frotó los ojos, decidido a ir inmediatamente con su esposa y mostrarle lo que había encontrado. Sin embargo, al ponerse de pie, con el libro firmemente sujeto en las manos, descubrió que no estaba solo, y que quizás no lo había estado desde hacía tiempo.

Zelda Smith estaba apoyada en el marco de la puerta, con un familiar llavero colgando de sus dedos. Había desaparecido la máscara, y ahora parecía más vieja que aquel día en Bond Street o incluso antes, esta noche, en el salón de baile de La Falaise.

—Entré sola —dijo, en voz baja, respondiendo a la pregunta no formulada. Habló sin el tono burlón, que se había notado en su voz hacía apenas unas horas. No es que sonara a disculparse. No, más bien, él pensó que ella era incapaz de disculparse. En cambio, simplemente parecía cansada y resignada.

Suspiró, metió las llaves en el bolsillo y cruzó la sala, sirviéndose un vaso de whisky, el doble de lleno que el de él. Tras beber un poco, dejó el vaso, lo miró a los ojos y dijo: —Nathaniel, creo que es hora que hablemos.

*****

Nell se secó los ojos rápidamente, al oír el sonido del pomo de la puerta girando, hundiéndose más profundamente, bajo las mantas.

No estaba segura si él iría a la cama, esa noche, ni nunca más, a decir verdad. Su tía había destrozado lo que fuera que había surgido entre ellos, tan rápido y bruscamente, como un chasquido de dedos. Quizás, si él iba a su cama, no todo estaba perdido.

El resplandor de una antorcha de mano iluminaba desde la puerta hasta los pies de la cama, y por un breve instante, Nell se

preguntó si debía fingir que dormía. Hasta que oyó la voz de su tía, en la oscuridad.

—¿Nell? ¿Estás dormida?

Ella parpadeó con fuerza, dos veces, solo para asegurarse que no estaba en medio de una cruel pesadilla, pero no, con toda seguridad, su tía estaba cruzando el dormitorio, ya que los tacones de esos zapatos de baile resonaron elegantemente contra el suelo de madera hasta que llegó a la esquina de la alfombra.

—¿Tía Zelda? —murmuró Nell con la voz áspera, en su garganta ahogada por las lágrimas. Apartó las mantas y se incorporó, parpadeando ante el espectro que tenía por delante, rodeado por la luz del pasillo—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Nathaniel?

—Salió —dijo, dejando la antorcha sobre la mesa y girándose para mirar a su sobrina con los brazos cruzados, quien parecía sorprendida, realmente desconcertada.

Nell pensó que tal vez el hermoso camisón o los suntuosos adornos de la habitación la habían tomado por sorpresa.

No obstante, cuando habló, dijo: —Has estado llorando.

—Por supuesto que sí —replicó Nell sin poder contener una risa débil, ante lo absurdo de la sorpresa de su tía por una reacción tan obvia—. Sabes perfectamente la desavenencia que causaste esta noche. ¿Cómo entraste en nuestra casa? ¿A dónde fue mi marido?

—Volvió a La Falaise a buscar a Therese —respondió Zelda, cruzando el espacio que los separaba para sentarse, al borde de la cama. Extendió una mano temblorosa, rozando la mejilla de Nell con las yemas de los dedos y frunciendo el ceño—. Insistió en que me quedara y aprovechara el tiempo para disculparme contigo, así que aquí estoy.

Nell levantó las cejas, lo que provocó que el ceño de su tía se profundizara.

—Lo siento —dijo, en voz baja, quizás por vergüenza o disgusto por sus propias palabras—. No me di cuenta que mis acciones te causarían tanta angustia.

—¡Cómo que no te diste cuenta! —exclamó Nell, apartándose del contacto de su tía—. ¡Es mi marido! ¡Éramos felices!

—Nell, él ha estado trabajando la última década de su vida para desenmascararme y destruirme. Creí que te había engañado para casarte con algún plan retorcido para hacerme daño, sin importarle nada de ti. Nunca imaginé que... bueno, que fueras feliz. —Zelda hizo una mueca y negó con la cabeza—. No suelo juzgar tan mal la realidad.

—Siempre he querido encontrar el amor —dijo Nell, frunciendo el ceño—. Ya te lo he dicho.

—Bueno, sí —concedió Zelda—. Simplemente pensé... Bueno, pensé que eras como yo, y sabes muy bien que nunca he tenido a los hombres en gran estima. Siempre me he visto reflejado en ti, desde muy joven, mi amor. Me cegaste ante nuestras diferencias. O quizás no quería verlas.

—Me vestiste pobremente, a propósito, ¿no?

—Solo quería ahorrarte la molestia de la insistencia masculina —dijo con un suspiro que rozaba la irritación—. Ya dije que me equivoqué. Ya veo que me equivoqué. ¿Debo asumir, entonces, que te has enamorado de tu marido?

—Sí, por supuesto que sí —susurró Nell, llevándose los dedos, a los labios, para ahogar el sollozo, que amenazaba con escapar—. Es más de lo que jamás podría haber esperado encontrar.

—¡Tonterías! Eres demasiado buena para algo mucho mejor que el muchacho Atlas —dijo Zelda con desdén—. Peter cree que es un asesino a sangre fría —añadió, como si Nell hubiera olvidado su insinuación no hacía mucho—, ¿te ha dicho que no lo es?

—No —respondió Nell, frunciendo el ceño—. Pero, no se lo he preguntado.

—Bueno, todo se aclarará pronto —dijo con voz repentinamente enérgica y profesional. Se levantó de la cama y le indicó a Nell que la siguiera—. Probablemente, volverá en una hora con Therese. Si no quieres recibirla en bata, te sugiero que te vistas.

Nell se encontró con los pies en el suelo, frunciendo el ceño, confundida. —¿Por qué ha ido a buscar a Lady Dempierre? Ya es muy tarde y es evidente que ustedes se odian.

—¡No la odio! ¡Hemos sido amigas toda la vida!

Nell parpadeó y miró a su tía. El verdadero desconcierto se reflejaba en ese rostro.

—La ropa, Nell —le ordenó Zelda, antes que ella pudiera hablar —. Luego podrás hacer todas las preguntas que quieras.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Nathaniel tuvo que hacer todo lo posible para no correr, a través de la sala, en cuanto regresó, y tomar a su esposa en sus brazos.

Ella estaba sentada en el sofá, con el cuadro y su marco apilados ordenadamente a su izquierda, y había preferido leer, en lugar de conversar con su tía. Ver esa trenza despeinada y las gafas sobre la nariz lo animó, pues hacía apenas unos momentos había sentido un verdadero temor de haberla perdido para siempre.

Therese Dempierre lo había estado esperando, al margen de su fiesta, que seguía siendo un hervidero, a esas horas. Lo había recibido en el pasillo, cubierto de enredaderas, como si hubiera presentido su llegada e intenciones. Se había negado a conversar, durante el trayecto, lo cual le vino bien a Nathaniel, pues ya tenía mucho que procesar esa noche. Sin embargo, según Zelda, faltaba una última pieza del rompecabezas que solo Therese podía aportar, y por eso era necesario ir a buscarla.

—Nathaniel —dijo Nell con una emoción gutural, en su voz, que parecía reflejar la de él. Se levantó de su asiento y cruzó la sala hacia él, deteniéndose, justo antes de tocarlo. La incertidumbre se magnificaba en la montura redonda de sus gafas.

—Eleanor —respondió él, extendiendo la mano para tomarla—. Todo está bien. Por favor, siéntate a mi lado.

Ella asintió, apretándole la mano con tanta fuerza que él pudo sentir ese anillo de bodas, fresco contra el calor de sus dedos. Si bien había sentido la calidez de su vínculo en el destello y el brillo de las gemas de ese anillo, era en este momento, cuando su simbolismo se sentía más tangible para él.

Se sentaron juntos, en el sofá, esperando a que las otras dos mujeres se sentaran frente a ellos. La mirada de Lady Dempierre se posó de inmediato, en el retrato desmantelado, y antes de sentarse, se arrodilló ante el mismo, con los ojos llenos de emoción al contemplar el rostro de la amiga que había perdido.

Esto sorprendió a él. Profundamente.

Era una certeza que ella sabía del libro de contabilidad oculto, en el retrato, y por eso, a él nunca se le había ocurrido que ese deseo de volver a ver el rostro de su madre también fuera sincero. Él giró, secándose las pestañas con los dedos, y se sentó tan cerca de Zelda Smith, que nadie habría adivinado cómo habían estado hablando apenas unas horas antes.

Nell le apretó la mano, mirándolo con curiosidad. Parecía que, fuera lo que fuese lo que la señora Smith había querido transmitir, en su tiempo, a solas, no había sido especialmente explicativo.

—Encontré un libro de contabilidad, esta noche, oculto en la cavidad del retrato familiar —dijo, dirigiéndose directamente a su esposa—. Al revisar algunas de las entradas del libro y reconocer su correlación con lo que encontramos bajo tierra, hice un descubrimiento sorprendente, uno que seguramente ya conocías. La sociedad de la Hoja de Plata contrabandea personas entre zonas de guerra.

—No es a cualquiera —aclaró Zelda, rápidamente, atrayendo la atención de todos en la sala—. Prisioneros de guerra, separados de sus familias y algún que otro caso especial. Es un servicio a la humanidad, no a la patria. Tus padres no fueron traidores, Nathaniel, pero tampoco fueron patriotas, y al final, este hecho fue lo que los mató. La sociedad de la Hoja de Plata no planeó sus muertes, pero nos sentimos responsables de lo ocurrido, y siempre ha sido así.

Él asintió, suspirando y volteando hacia su esposa. —No soy un asesino —dijo con la timidez que le correspondía—. Sugerí el asesinato de Alex Somers para determinar, si corría peligro de

muerte por traicionar a quien yo consideraba un peligroso sicario de la Corona. Si tú o tu hermano hubieran estado de acuerdo, habría confirmado mis sospechas sobre la muerte de mi familia y, por supuesto, habría encontrado la manera de poner a salvo a Lord Alex. En mi egoísta orgullo, olvidé por completo este engaño, y lo que podría haberles significado a ti y a tu hermano.

Ella parpadeó y respondió solo con una débil palabra: —Oh.

—Mary y Walter se vieron obligados a cambiar las condiciones de un intercambio de prisioneros, en Calais, el día de su muerte —dijo Lady Dempierre, retorciéndose las manos en su regazo—. Se suponía que la bebé nunca los acompañaría, pero la pobrecita había sufrido cólicos y tu madre no soportaba separarse de ella. Mary era la pieza clave de toda nuestra operación, y no tuvo más remedio que asistir personalmente al intercambio, así que trajo a Alice. Se suponía que sería un intercambio breve y rápido, y uno que Mary no podía perderse para no arriesgar todo lo que estaba en juego, en nuestro futuro.

—Debió haber sido sencillo —añadió Zelda, intercambiando una mirada con Lady Dempierre—, siempre había sido sencillo, pero esta era la primera vez que nos pagaban con un soldado británico, un prisionero de guerra, en lugar de simplemente objetos de valor o un civil atrapado, en el lado equivocado del conflicto. Deberíamos haber previsto las complicaciones.

—En cuanto tuvieron a su hombre, se volvieron contra nosotros —dijo Therese con lágrimas en los ojos—. Dispararon a tu padre y a nuestro soldado rescatado allí mismo. Es imposible saber qué habría pasado de no ser por el francés que los acompañó. Mary giró hacia él, abrazó a Alice y cargó contra el pistolero, empuñando un cuchillo que llevaba escondido entre las faldas. Logró matar al asesino de tu padre, pero a costa de su propia vida.

Se hizo un profundo silencio. El agarre de Nell sobre la mano de Nathaniel era de acero puro, y parecía, de alguna manera, una protección contra el horror que flotaba en el aire.

—¿La bebé sobrevivió? —dijo él con voz débil y esperanzada—. ¿Es eso lo que dices? ¿Alice Atlas vive? —Nathaniel contuvo la respiración. Era demasiado esperar, demasiado descabellado creerlo, y aún así, ambas mujeres asentían.

—Ahora se llama Isabelle, pues, por necesidad, ya no podía ser una Atlas. Está a salvo, feliz, según todos los informes, y vive en la Costa Azul, criada como una hija por el hombre que la salvó —explicó Therese—. No sabe quién es. Habría sido peligroso para ella saberlo, y habría sido imposible traerla a casa.

—Lo cual no quiere decir que no lo intentáramos —dijo Zelda con insistencia—. Recibimos una carta del hombre, unos meses después, contándonos con rodeos lo sucedido, pero cuando intentamos regresar a la cala y planear una recuperación... Bueno...

—Tu tío intentó dispararnos —explicó Therese con indiferencia —. Debió saber la verdad sobre los actos de Mary, en algún momento, pero los había tergiversado desde su muerte, se había confundido. Nos dijo que si volvía a vernos, nos mataría como habían matado a su hermana.

—Nunca supimos exactamente adónde se habían llevado a Alice. Ninguno de las dos sabía siquiera el apellido del prisionero —dijo Zelda, señalando el libro que Nathaniel tenía en las manos—. Hasta esta noche.

—El padre adoptivo de Isabelle obviamente no podía ser explícito en sus misivas —explicó Therese—. Y tenía todas las razones para creer que yo sabía tanto como Mary, sobre todo porque no tenía forma de responderle. Cuando recibimos una carta, la primavera pasada, alertándonos de un cambio bastante drástico en las circunstancias, supimos que teníamos que actuar.

—¿Por qué diablos no nos lo dijiste en Londres? —preguntó Nell, imitando la reacción de Nathaniel, ante la información que Zelda le había dado antes—. ¡Estábamos todos juntos, en la misma habitación, hace meses!

Le respondió a Nell de la misma manera que le había respondido a Nate: —Tu marido no me habría creído. Nunca confió en mí, y si hubiera salido de entre bastidores con historias descabelladas y exigiéndole que hablara con Therese, que encontrara el retrato o que me permitiera acceder a la cala, nada de eso habría sucedido. Sabía que solo tardarías poco tiempo, en Meridian, antes que, inevitablemente, descubrieras gran parte de esta historia por tu cuenta.

Nell no respondió de inmediato. Su pequeño cuerpo estaba tenso por la ira, mientras miraba fijamente a su tía, desde el otro lado de la sala. —No somos peones que puedas mover por el tablero de ajedrez.

—Ella no se equivoca. —Nathaniel apoyó a la tía, a regañadientes—. Yo tenía mucha información errónea, basada en mi propia arrogancia. Habría reaccionado mal, si me hubieran confrontado directamente con algo de esto, sobre todo antes de conocerte.

—Esperábamos tener más tiempo —insistió Zelda con el tono de disculpa más profundo que pudo, bajo su habitual frialdad—. Pero acontecimientos ajenos a nuestro control nos obligaron a adelantar nuestro plan exponencialmente. Debo decir que su fuga sorpresa no nos ayudó. Lo importante es que tengo muchos mecanismos en marcha para recuperar a tu hermana y revelarle su identidad, pero necesitamos acceder a la cala y necesitamos ese libro de contabilidad.

Nell no respondió, en su nombre, en lugar de eso giró la cabeza para buscarlo a la cara. Esas mejillas presentaban dos manchas de un rosado brillante, donde él reflejaba su indignación.

—No podíamos decírtelo sin más, querida —intervino Zelda con impaciencia—. Con todas las demás deshonestidades, en juego, nos pareció cruel obligarte a seguir instrucciones de manipulación. Seguro que ahora le ves el sentido. Siempre has comprendido la importancia de lo que hacemos.

Nathaniel comprendió ahora, como nunca antes, por qué alguien como Nell se había involucrado en la causa de su tía. No la motivaban los fondos ni el prestigio. La sociedad de la Hoja de Plata era, de alguna manera, en medio de todos los asuntos oscuros, una misión de compasión, no un juego de espionaje a sangre fría.

—¿Querrá mi hermana volver aquí? —preguntó él, apartándose de la mirada fija de su esposa para volver a los intrusos—. Se ha pasado la vida creyéndose otra persona.

—No podemos saber la respuesta a eso, señor Atlas —respondió Therese—. Simplemente, creemos que, en su lugar, ella debe saber la verdad.

—Exactamente —asintió Zelda—. Por eso, debemos actuar, ahora, si es que vamos a actuar, antes que pueda casarse.

—¿Casarse? —repitieron Nell y Nathaniel al unísono, confundidos.

—Bueno, sí —dijo Therese con una sonrisa forzada—. Ese es el otro asunto que debemos discutir, si están dispuestos a seguir adelante.

Nathaniel suspiró, mirando a su esposa el tiempo suficiente para verla asentir rápidamente. Sin decirlo, compartían el mismo pensamiento: *«Esta noche fue nuestra última misión con la sociedad de la Hoja de Plata»*.

Él lanzó el libro de contabilidad, al otro lado de la sala, el cual fue atrapado hábilmente por Zelda Smith, cuya expresión había cambiado rápidamente de una confesión cansada a una sonrisa anticipada.

—Muy bien —cedió—. ¿Qué sigue?

*****

El sol ya había coronado el horizonte, cuando los Atlas enviaron a sus invitados de regreso a Dover.

Nell razonó que, desde el principio, esperaban estar despiertos toda la noche, aunque la noche de baile y risas, que había imaginado, distaba mucho de la realidad de lo que había sucedido a su alrededor. Sin duda, fue un alivio cuando regresaron a casa, sin visitas, y cerraron la puerta tras ellos.

Subieron las escaleras en silencio, agarrados de la mano. Si las criadas que atendían las fogatas matutinas encontraron algo extraño en la apariencia de sus amos, no lo manifestaron, al menos no hubo algo que alguna de las dos pudiera percibir.

El dormitorio parecía más acogedor que nunca con los destellos de luz rosada y naranja del amanecer, que se filtraban por la abertura de las cortinas, y caían sobre la cama como flechas que indicaban el camino al descanso. Por fin, Nell se deshizo de las gafas y empezó a quitarse el sencillo vestido, que se había puesto por orden de su tía, escuchando el golpeteo de los zapatos de su marido, al pasar por el suelo, y suspiró de alivio, al dejarse caer de espaldas sobre las almohadas.

Nathaniel estaba más despeinado que nunca con manchas azules, bajo los ojos cerrados, y una expresión flácida en el rostro, propia de un hombre que estuvo en el infierno y había vuelto. ¿Cómo era posible que siguiera siendo tan hermoso, incluso así? Ella no pudo evitar sonreírle, cruzando la habitación para hundirse en la cama, junto a él. En seguida, extendió la mano para cepillar la ondulación rebelde de ese cabello, que solo se le escapaba, en estas horas robadas, cuando los límites de un peinado cuidadoso, ya no podían domarlo. Pasó esos sedosos mechones entre sus dedos, recordando la primera vez que los vio al natural, aquella mañana en la posada, y lo imposible que le había parecido entonces poder tocarlo así, sin más.

Ella pensó que tal vez él estaba dormido, pero esas pestañas revolotearon y esos ojos se abrieron para posarse en ella, mientras

ella lo tocaba de esa manera.

Él giró la cabeza y le dio un beso en la palma de la mano, dejándolos a ambos, a la deriva, en ese instante de silencio y paz. La rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia sí, y exhaló un profundo suspiro, sabiendo que nunca podrían volver a la sencillez de sus vidas, antes de esta noche.

—Eleanor —dijo, después de un momento, acariciándole la espalda con sus dedos—. Lo siento muchísimo.

—Nathaniel… —comenzó ella, pero él negó con la cabeza, no queriendo quedarse callado.

—Todo lo que ha salido mal ha sido por mi terquedad —insistió —. Estaba tan seguro de tener razón, y fui demasiado orgulloso para confesártelo, cuando empecé a dudar de lo contrario. Tenía miedo de perderte, si alguna vez descubrías mis intenciones al principio. Te juro que ya no quería más. Kit te lo dirá. No valía la pena el costo del futuro para excavar en el pasado.

—¿Kit lo sabe? —preguntó ella, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Kit sabe lo que yo creía cierto —aclaró Nate—. Nunca ha estado de acuerdo conmigo, en que debamos tomar las acusaciones de espionaje e intriga del tío Archie, como algo más que uno de sus muchos delirios. Supongo que ambos estábamos equivocados.

—¿Me creyó cómplice de esta distorsión de la sociedad de la Hoja de Plata? —preguntó, sonando pequeña y distante, incluso para ella misma.

—No —respondió de inmediato—. No. Solo le dije que deseaba asegurar tu protección, lo que condujo a nuestro matrimonio, y no insistió más. Por supuesto, no necesitabas protección alguna ni la querías. Debiste creer que corrías un riesgo considerable al escaparte sola conmigo.

—No podía creer que fueras un asesino —replicó ella, inclinándose hacia el calor de ese cuerpo, dejando que el alivio le recorriera la piel, mientras él la rodeaba con sus brazos—. Pero, no pregunté, porque no quería equivocarme. No quería enfrentarme a lo que significaría amarte de todos modos, sin importar lo que hubieras hecho.

—¿Nunca lo creíste? —preguntó él con un tono de incredulidad irónica, en la voz.

Esto la hizo sonreír, aunque quizás no fuera algo que la mayoría de las parejas casadas considerarían gracioso. —Quizás al principio. Me dije que estaba protegiendo a Gloriana de ti, que estaba mucho más preparada para afrontar un matrimonio con un hombre peligroso, pero esto fue una tontería. Glory es más que fuerte y capaz, y la verdad es que llevaba meses encaprichada contigo, y yo te quería para mí.

—¿En serio? —dijo él con un tono de sorpresa absoluta, aunque un poco escandalizado—. ¡No tenía ni idea! Desde luego, nunca diste la menor muestra de interés romántico.

—No sé cómo se da esa indirecta. —Ella se rió, hundiendo su rostro sonrojado en ese pecho.

—No te preocupes —dijo él con evidente diversión—. Sin duda, ella habría desperdiciado la oportunidad.

—¿Me menosprecias ahora? ¿Sabes que no soy más que una debutante intrigante, que engañó a un soltero para casarse con él?

—¿Un soltero al que amabas? —insistió Nathaniel con un tono tímido—. Creo que usaste esa palabra hace un momento.

—¿En serio? —respondió ella con una sonrisa—. Seguro que no hace falta decirlo.

—Quizás, pero me encantaría oírlo. Vamos, yo empezaré. Te amo, Eleanor. Llevo mucho tiempo enamorado de ti, sin intención ni planificación, y ha sido una maldita sorpresa tras otra.

—Y yo que pensaba que era completamente predecible —reflexionó, negando con la cabeza—. Muy bien, entonces. Para empezar, catalogaría mi fascinación por ti como una fantasía, una limerencia. No te imaginas mi alegría al descubrir que la realidad fue mucho más de lo que había imaginado. La idea que pudiera existir un futuro, en el que no nos casáramos, es demasiado escalofriante para considerarla con seriedad.

Él guardó silencio, sonriéndole con esa expresión de diversión descuidada, que había mostrado frente a ella, en un carruaje, lo que parecía que fue hace mil años atrás. Sus ojos brillaban con oro, verde y marrón, un hermoso espejismo de la naturaleza, en constante cambio.

—¡Qué! —preguntó ella, frunciendo el ceño con un leve resentimiento—. ¿Lo he arruinado?

—Me atrevo a decir que estoy incluso más prendado de ti que hace un momento —dijo, riéndose y abrazándola fuertemente contra él, y dándole un firme beso en la cabeza.

Se quedaron así un rato, quietos y entrelazados, sin máscaras ni artificios. Eran simplemente Nell y Nathaniel, y eso era suficiente.

—Tenemos un maldito desafío por delante, ¿sabes? —dijo él, acariciándole el pelo distraídamente con las yemas de los dedos.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —confesó, incorporándose para mirarlo con el cabello cayéndole sobre el hombro—. ¿Qué se hace primero cuando hay tantas cosas por lograr?

—Bueno —respondió él con una media sonrisa—. Creo que nuestra primera tarea sería contratar a un cerrajero y cambiar las llaves de esta casa.

Ella se rió, lo que lo hizo a él reírse, y de alguna manera, al momento siguiente, se estaban besando, enredados y pintados con rayas de color amanecer por la luz exterior.

—¿Crees que hemos terminado con las sorpresas? —preguntó ella, rozando la punta de su nariz contra la de él—. ¿Al menos por un rato?

—Para nada. —Mientras él la ponía boca arriba, ella se rió entre dientes, dándole otro beso—. Espero que me sorprendas toda la vida, señorita Applegate.

—Nell —lo corrigió, mientras lo envolvía con sus brazos.

EPÍLOGO

«Mi más querido hermano,

Espero que esta misiva te llegue con buena salud y ánimo para la tarea que tienes por delante.

Puedo decirte con total sinceridad que te envidio. Estás al borde de una gran aventura y una misión heroica, mientras yo me encargo de la mudanza de personal, el encargo de muebles y todo tipo de tonterías aburridas.

Por supuesto, de todas formas no habría podido acompañarte, y estoy segura que quieres que tu molesta hermana esté presente en semejante evento. Estoy segura que la temporada traerá sus propias emociones, especialmente para la esposa de un hombre tan importante, en un momento tan crucial de la historia parlamentaria.

De todas formas, no puedo viajar en mi estado, ¿cierto? Pero, me estoy desviando.

Todo está listo para ti en Meridian House. Al salir, las primeras briznas de hierba verde comenzaban a brotar entre las capas de hielo invernal, y los árboles frutales estaban a punto de brotar. Nathaniel ha prometido que algún día disfrutaremos de las cuatro estaciones, desde nuestra casa en el acantilado, pero este año tendré que conformarme con Londres.

Así que te pido que lleves un pequeño diario de todo lo que veas y experimentes, durante esta misión. Sería un gran regalo vivir a través de ti, especialmente a medida que mis actividades se ven cada vez más limitadas.

Cuando llegues a Kent, busca a Kit Cooper, mi primo político. Kit estará disponible para ayudarte con todo lo que necesites, y para

ultimar los preparativos, antes que cruces el Canal. Me cae bien Kit y estoy seguro que a ti también te caerá bien.

Debo confesar que me hizo mucha gracia descubrir a qué se refería la tía Zelda, cuando dijo que necesitaba tu brazo armado, aunque supongo que a ti no te divirtió tanto el engaño. Me aseguraré de burlarme de ti por ello la próxima vez que nos veamos.

Hay mucho más que me gustaría decirte, pero sé que valoras la brevedad, así que intentaré resumir mis pensamientos, mientras estén limitados al papel y la tinta.

Sé que este no era el futuro que imaginabas para mí. Era un futuro que nadie podría haber predicho (excepto quizás Tatiana Everstead). Así que, permíteme decirte por experiencia propia que la vida nunca saldrá exactamente, como la planeaste, y es aún más gloriosa por sus desvíos. Si bien es doloroso tomarse un descanso de los estudios, se puede moldear la vida de maneras que nunca podrías haber anticipado.

Te amo entrañablemente, Peter, y estaré esperando ansiosamente noticias de tu regreso.

Sé valiente. Sé audaz. (Pero prudente. ¡No te dejes llevar!)

No hay nadie en quien confío más para esta tarea que en ti.

Todo mi amor,

Señora Eleanor Atlas».

El fin.

NOTA DE LA AUTORA

¡Muchas gracias por leer *Desenmascarando a la heredera de plata*! Si tienes un momento, por favor, considera dejarme una reseña en Amazon, Bookbub o Goodreads. Las reseñas son fundamentales para mí y pueden marcar la diferencia en el éxito de un libro.

¡Las Seducciones de la Hoja de Plata han sido una aventura increíble hasta ahora! Espero que hayas disfrutado viendo cómo Nathaniel y Nell se enamoran. Está atento a la continuación de esta historia, mientras Peter Applegate se adentra en el corazón de Francia para recuperar a Isabelle, perdida hace mucho tiempo.

¡También me encanta saber de mis lectores! Si tienes comentarios, preguntas o simplemente quieres saludarme, puedes escribirme a: ava@avadevlin.com.